

de

Terror en Venecia

VICTOR
CANNING



EMOCION
INTRIGA
MISTERIO

Lectulandia

A Venecia, los visitantes van a disfrutar de sus maravillas históricas y sus encantos naturales y humanos, y retratarse con las palomas en la Plaza de San Marcos. Y para todos es ésa, en presencia y recuerdo, una ciudad de ensueño. Pero, para el detective inglés Edward Mercer, fué sólo una ciudad de terror constante. Mercer llegó allí comisionado por un rico matrimonio norteamericano, para descubrir el paradero del joven guerrillero italiano Gian Uccello, que había salvado heroicamente de los alemanes a un hijo de aquél. Pero, desde que puso planta en Venecia, una telaraña de terror creciente fué envolviendo a Mercer, a punto de estrangularlo. Fué golpeado brutalmente, secuestrado, sometido a torturas, y cada luz y cada sombra de Venecia, lo amenazaban de muerte, igual los tipos de los bajos fondos, que la propia policía y autoridades, y hasta la bella muchacha de quien se enamoró, soñando vivir con ella el resto de sus días, también resultó para él casi un enemigo mortal. Encontró la tumba de Gian Uccello, pero este heroico y genial criminal nato, había resucitado, y desde las sombras más bajas y desde las cumbres más altas de la autoridad y la sociedad, entabló batalla con Mercer para liquidarlo. Mercer huye oculto en un ataúd, pero cae en manos de la policía, acusado del asesinato del hombre más amado de Italia. Las masas enfurecidas piden su cabeza y cuando está a punto de perderla, entable la batalla final con el resucitado Gian Uccello.

Lectulandia

Victor Canning

Terror en Venecia

ePub r1.0

Titivillus 21.01.2019

Título original: *Venetian Bird*
Victor Canning, 1951
Traducción: José Villalba

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Terror en Venecia

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

Victor Canning

Contraportada

Sobre el autor

Cuando Carlos Boldesca atravesó la plaza San Marcos, un perro con bozal corrió desde la sombra de la mesa de un café, ladrando a las palomas que se contoneaban paseando sobre las losas verde limón tendidas a lo largo del suelo, bajo la pálida luz del sol de abril. Las aves se remontaron al cielo en alborotado batir de alas, columpiándose sobre la plaza como absorbidas por un tremendo vórtice de viento.

Boldesca pasó bajo ellas haciendo caso omiso del ruido y movimiento, tratando de llegar a la opuesta y lejana esquina de la plaza. Con las manos hundidas en el bolsillo de su raído traje azul, la cabeza impelida hacia adelante sobre sus encorvados hombros, caminó a pasos cortos e impacientes, como si estuviese ansioso de sacudirse de encima la abierta amplitud del lugar.

Internándose entre las abigarradas calles y callejuelas situadas al norte de la plaza, fué aminorando el paso. Se detuvo en el puentecillo que cruza el canal en la desembocadura de la calle San Jorge, recostándose sobre la balaustrada y observando abajo los rayos solares, en su reflejo contra la fachada izquierda de las tiendas y casas. El aire estaba saturado de olores dulces y espesos de pan fresco y cocinas de restaurante. Tomó un breve descanso, no con la laxitud del hombre que goza las delicias plenas de color y sonidos de una mañana veneciana, sino con la intranquilidad semifurtiva, indecisa y desganada de un hombre que, habiendo llegado de tan lejos, se pregunta si debe seguir adelante. Volvió la espalda a la multitud que pasaba por el puente y sacó un periódico del bolsillo. Al hacerlo, el sol dió de lleno sobre su mejilla izquierda, permitiendo ver una cicatriz curva, oscura y profunda. El periódico era un ejemplar del *Corriere della Sera*^[1] del día anterior. Estaba doblado precisamente en la página de anuncios, y uno de ellos, de la sección titulada *Diversos*, había sido marcado con una gruesa línea de lápiz.

Se ofrece recompensa a quien informe del paradero de Gian Uccello, que vivía últimamente en la región de Spezia, allá por junio de 1944, y era antiguo residente en Venecia. — Mercer, calle San Jorge, 13, Venecia.

Eso es lo que decía el anuncio.

Asintió suavemente con la cabeza, a medida que iba leyendo, y de pronto, con un movimiento rápido, deslizó el periódico en un bolsillo. La lectura le devolvió la resolución que ya había perdido.

En esos momentos, un niño descalzo subió los escalones del puente, llevando un gran pan bajo el brazo. Volvió atrás la cara para llamar a alguien que seguramente se hallaba entre la multitud, y fué a chocar con Boldesca. El hombre se volvió con cierta alarma y en un movimiento de enfado agarró al chicuelo por los cabellos zarandeándolo violentamente antes de soltarlo; el muchacho gritó una obscenidad y echó a correr.

Boldesca bajó los escalones hacia la calle, serpenteando entre el gentío; cerca de la puerta de una panadería, una anciana con vestido y chal negros, desdentada y carente de forma femenina alguna, tendió una mano hacia el que pasaba, en demanda de una limosna. La miró ceñudo, pero hundiendo la derecha en el bolsillo del remendado chaleco, le tendió un billete de dos liras. Siguió su camino volviendo la cabeza nerviosamente de vez en cuando, para observar la numeración de la calle. El número 13 de hallaba en la parte sombreada, casi al final. Era una tienda de curiosidades, con ventanas polvorientas, llenas de baratijas y bisutería, pequeñas reproducciones de la Basílica de San Marcos, tarjetas postales y santos y “madonnas” hechos de plástico. Encima de la puerta, en letras doradas, un nombre, *Alfredo Gostini*. Boldesca se quedó contemplando la ventana como si alguna duda lo asaltase. Detrás de él, una mujer comenzó a reñir alegremente con un vendedor de frutas.

El eco de sus voces alcanzaba los angostos salientes de los edificios cercanos.

Boldesca penetró rápidamente en la tienda, dejando a un lado su indecisión. El propietario barría el piso en ese momento. Se enderezó y lo miró, inclinándose en su escoba:

—*Signore, signore...* —Su voz era ronca y asmática. Boldesca metió la mano en el bolsillo, sacó un sobre barato de color azul y lo mantuvo frente al rostro del hombre.

—¿Sabe algo de esto?

El individuo movió negativamente la cabeza.

—Déjelo aquí.

—¿Es este el domicilio del señor Mercer?

—No. Esta es una dirección convenida para recibir la correspondencia.

El dueño de la tienda tomó el sobre y dando vuelta en torno al mostrador, lo deslizó por una ranura situada entre los anaqueles, regresando después con la escoba semisuspendida, listo ya para continuar su trabajo. Boldesca, con cierta intranquilidad, prosiguió:

—¿Qué clase de hombre es? ¿Italiano?

—A mí me pagan por entregar las cartas, no por discutir acerca de mis clientes.

Boldesca adivinó que aquel hombre hablaría si le pagaban y consideró la conveniencia de darle unas cien liras, pero pensó que tenía por delante todo un día libre y la perspectiva de gastar dinero en informaciones, cuando seguramente se hallaría frente a otras tentativas, en contra de sus pocos cientos de liras, y eso le pareció desventajoso. Se volvió y salió del establecimiento.

Gostini prosiguió su trabajo, barrió metódicamente, tosiendo de cuando en cuando, a medida que el polvo le llegaba a la garganta. Finalmente, con bruscos escobazos, echó la basura hacia el umbral de la puerta.

Permaneció apoyándose en la escoba, mirando como casualmente hacia arriba y abajo de la calle. El hombre que le entregara el sobre, había desaparecido.

Sus labios se apretaron suavemente, y a medida que caminaba internándose en su tienda, principió a silbar tenuemente. Era un tipo corpulento, con el ancho tórax asentándose sobre unas piernas cortas y delgadas, y usaba chaqueta de fieltro verde y negro con mangas largas y delantal gris. Fué atrás del mostrador frotándose con ambas manos la parte alta de su cabeza calva y pasando los dedos sobre los mechones grises de las sienes. Alcanzó el nicho que se abría en el muro y sacó el sobre azul. La habitación estaba llena de luz, lo que la hacía más alegre. Su ventana única daba al canal y el sol, pegando sobre las aguas, enviaba temblorosos reflejos al techo y paredes del cuarto, en grupos de vibrantes figuras que hacían parecer más grande la pequeña y sucia habitación, cual si se tratara de una caverna bajo el agua, retorcida y estriada por sombras de jade y perlas.

Gostini arrojó la carta sobre el tapete verde de una mesa. Silbando todavía, puso a hervir agua en una marmita y cuando estuvo hirviendo a borbotones, llevó la carta hasta ella, la expuso al vapor y comenzó a abrirla. Trabajó como un experto, moviendo la cabeza a un lado para evitar recibir el vapor en los ojos y las delgadas volutas de humo que dejaba escapar su cigarrillo. Instantes más tarde, leía lo siguiente:

Señor:

En relación con su anuncio en el "Corriere", yo puedo darle una importantísima información sobre Gian Uccello, pero esa información vale una fuerte cantidad de dinero, digamos veinte mil liras. Entre las ocho y las nueve de la noche de hoy, estaré en la escalera de la iglesia situada en Campo San Zacarías.

CARLOS BOLDESCA.

Gostini movió la cabeza con pena; parecía qué no había encontrado nada interesante para él. Tomó de la mesa un frasquito con goma, y volvió a pegar el sobre. Se echó un trago del contenido de una botella y junto con la carta se la llevó al interior de la tienda. Allí, tomó asiento y volvió a llevarse la botella a la boca, tosiendo de cuando en cuando.

Una hora después, Eduardo Mercer, un inglés que se hospedaba en el *Albergo Adriático*, situado en la Riva degli Schiavoni, llegaba hasta la tienda de Gostini; esperó mientras éste atendía a un turista que portaba un pequeño globo de cristal en la mano, el cual al moverse dejaba caer con lentitud pequeños copos de nieve sobre una imitación de una miniatura del Puente del Rialto. El turista salió. Gostini hizo señas

de inteligencia a Mercer, dirigiéndose atrás, al nicho, del cual extrajo la carta de Boldesca, entregándosela.

—¿Es todo? —preguntó Mercer al tomarla.

—Solamente una, señor.

El recién llegado tomó un cortapapeles del mostrador y abrió el sobre. Mientras leía, Gostini principió a pulir algunos ceniceros de latón. Mantuvo la cabeza agachada, y todo lo que pudo ver del inglés fueron los abotinados pantalones y los zapatos. Estos brillaban, pero notó que estaban muy usados y que una de las vueltas del pantalón se hallaba bastante gastada. Cuando aquél se guardó la carta en el bolsillo, oyó el crujido propio de ese movimiento.

—¿Vió usted al hombre que la trajo?

—Seguro, señor. —Gostini jadeada al frotar un cenicero con un trapo.

—¿Qué aspecto tenía?

—En un negocio como el mío, señor, no sería muy correcto analizar a mis clientes —repuso el hombre, moviendo tristemente la cabeza.

Mercer sonrió y sacó la cartera, dejando caer dos billetes de a cien liras cada uno.

—Esto, para resolver sus escrúpulos. Infórmeme acerca de lo que le he preguntado.

Gostini recogió los dos billetes y recorrió con la mirada toda la longitud de la figura que tenía ante sí.

—Se trataba de un obrero que llevaba un vestido azul oscuro que alguna vez fué de buena calidad.

Alzó los ojos y su mirada se cruzó con la de su interlocutor. Luego, siguió explicando;

—Tenía una cicatriz en la mejilla izquierda, y por el acento me parece que no era veneciano.

—Comprendo.

Mercer se volvió en dirección a la puerta. Sus movimientos eran los del hombre que se traza una meta y una intención al hablar, dando la impresión de quien sabe perfectamente valorar el tiempo, y cuando se pierde inútilmente hablando.

—Cien liras habrían sido suficientes —dijo.

Gostini movió los hombros y cuando su visitante se fué, atravesó la tienda principiando a desenvolver una caja de figurillas llegada de París. Media hora después, los santos, *madonnas* y bailarinas, se alineaban sobre el mostrador, y él estaba ocupado en marcar cuidadosamente los precios respectivos.

Casi había terminado su labor, cuando dos hombres penetraron en la tienda. Al verlos, una expresión de alarma cruzó rápidamente por su semblante.

—Buenos días, Gostini.

—Buenos días, Guffo.

El llamado Guffo se inclinó sobre el mostrador y tiró un periódico sobre él. Era de estatura mediana y fuerte musculatura, de cabello negro y fino, y vestía un traje

gris limpio y de buen corte. Llevaba corbata oscura que le daba aspecto de insecto de anchas alas. Su acompañante permanecía detrás de él y era un tipo de baja estatura, semblante aburrido y tez oscura. Su traje colgaba desmañadamente, dejando ver los huesudos tobillos; hizo una leve mueca mientras observaba al propietario del negocio, y sus dientes de oro quedaron a la vista. Alrededor del cuello, llevaba una bufanda de colores chillones, y unos anillos mordían profundamente los callosos dedos de su mano izquierda.

—¿Cómo van los negocios?

—Así, así..., la estación del turismo apenas está comenzando.

—Me refiero a los “negocios”.

Guffo jugó un instante con sus gruesos anteojos, volviendo el semblante hacia el periódico que se hallaba abierto por la página de anuncios, entre los cuales resaltaba uno subrayado a lápiz.

—Esta clase de negocios —insistió, y al sonreír revelaba aspecto de hombre satisfecho con su propia fuerza y sabiduría.

—¿Qué es lo que tú y Moretto venís buscando?

Se notaba cierto matiz nervioso en la voz de Gostini, al tiempo que caminaba para situarse detrás del mostrador.

—Estamos interesados en ese señor Mercer. ¿Cuántas cartas le has entregado?

Moretto tomó una figura de plástico que representaba una bailarina española y empezó a rasparle la pintura dorada de la falda, con una uña bastante sucia.

—¿Qué podría decirnos? —Se echaba de ver que ahora, además de nervioso, estaba enojado. Moretto lo miró fijamente, hizo un gesto y dejó caer la figurilla al piso. Pisoteó los varios pedazos en que se había roto.

—Queremos entendernos contigo, Gostini. No te pongas pesado.

La voz de Guffo era amable, alentadora. Moretto levantó una *madonna* que tenía un manojo de lirios en los brazos e hizo ademán de arrojarla también contra el suelo.

—Vino hace media hora a recoger una carta —se apresuró a decir Gostini.

—¿Es cierto?

—Claro, que sí. ¿Por qué estáis interesados en Mercer?

Guffo movió la cabeza lentamente.

—Va a comenzar una carrera para ver quién te mata primero: tu curiosidad o los tos que sufres. ¿Qué decía la carta? ¿De quién era?

—¿Qué te has creído que soy yo? No acostumbro a leer las cartas que llegan aquí.

Guffo rió y Moretto volvió la estatua hacia abajo para echar una bocanada de humo por el agujero que tenía en la base.

—Tú lees todas las cartas que pasan por tus manos. Siempre sacas alguna conclusión de lo que lees. Dinos algo y te daremos mil liras.

Gostini seguía observándolos. Guffo se frotaba las mejillas y apretaba los labios. Moretto permanecía absorto, observando cómo salía el humo del hueco de la estatuilla.

—Tres mil liras —exclamó Gostini, de repente. Moretto tiró la figura al aire. Gostini avanzó lentamente, pero el primero atrapó la figura en el aire gesticulando y Guffo lo golpeó con repentina saña. Su primer puñetazo fué dirigido al hombro.

—Déjate de bromas —dijo—. Gostini puede enfadarse. Vuelvo a ofrecerte mil liras.

Gostini cedió.

—Era un hombre llamado Boldesca. Sin dirección. Ofrecía encontrarse con ese señor Mercer esta noche, entre las ocho y las nueve, en la escalinata de la iglesia de San Zacarías. Dice tener una importantísima información sobre el paradero actual de Gian Uccello, y quiere por ella veinte mil liras.

—Descríbemelo.

Guffo escuchaba atentamente mientras Gostini hacía la descripción. Luego, se levantó recogiendo el periódico del mostrador.

—Bueno, no le entregues más cartas hasta que las hayamos visto nosotros. Págale, Moretto.

Se encaminó a la puerta.

El aludido dejó un billete de mil liras delante de Gostini, y cuando éste lo tomaba, rápidamente, lo golpeó con el dorso de la mano en el estómago. Gostini perdió la respiración dejando escapar un doloroso quejido. Moretto se aproximó a la puerta riendo y en el momento de salir dijo:

—Y mantén cerrada la boca.

Algunos minutos más tarde, Guffo y Moretto entraban a un pequeño bar cercano a la Plaza de San Marcos. El segundo, tomó asiento mientras su compañero iba al teléfono. Habrían pasado veinte minutos cuando regresó. Moretto le aproximó la copa que había pedido mientras Guffo se hallaba ausente.

—¿Qué dijeron? —preguntó.

—Que conocen el nombre y la cicatriz. Es su día de descanso y no saben adónde ha ido. Este va a ser un trabajo difícil.

—¿Quiénes son ellos? —Guffo hizo una mueca y se echó un trago a la boca, pasándolo de golpe.

—Me agradecería saberlo. No me gustan estos trabajos de segunda mano. Vámonos, tenemos que ir a recoger “eso” esta noche.

Una cortina de macetas con plantas, salpicadas con rojos frutos, disimulaba el extremo del café del angosto pasaje que conducía a la parte trasera. Eduardo Mercer levantó una mano para tomar una de las frutas. La abrió con la uña de su dedo pulgar y se entretuvo en jugar con ella y con la pequeña semilla. Tomó asiento acomodándose bien los pantalones en los tobillos, mientras su cigarrillo se iba consumiendo en el cenicero de la mesa. Parecía aburrido e indiferente, como un hombre que había sido traído y llevado durante todo un largo y turbulento día, para terminar en este quieto y cada vez más oscuro lugar.

Unas carcajadas de los habituales parroquianos del bar le hicieron volver la cabeza. El camarero, en la puerta, volvió también la cara para saber de dónde procedía la risa, mientras se frotaba con un dedo la mancha de grasa que llevaba en la solapa. Mercer se hundió más aún en su asiento y por un momento tuvo envidia del alegre grupo. Sentado allí solo, vigilando la escalinata de la iglesia de San Zacarías, a través de la plaza, pensaba en sí mismo. Era un tema que no le producía placer alguno, pero que, sin embargo, no le resultaba fácil de evitar. Reflexionaba igual que el hombre que holgazaneando se pregunta acerca del porqué de una broma pesada.

Tenía el pelo rubio, rojizo, la frente amplia y algo huesuda, y su cara era larga, simpática, sin que tuviera nada que llamase la atención. Su aspecto en conjunto era indefinido, como una de tantas figuras que pasan desapercibidas por las calles, confundidas entre la multitud, pero que al estar aisladas parecen adquirir cierta personalidad. Cualquiera podría apreciar por la amplitud de su talle y la leve caída de los hombros que ya no se trataba de un hombre joven, pero se observaba que todavía poseía una musculatura poco común. Su boca, de labios delgados, era propia de un carácter apacible, pero a la vez, hacía presumir tenacidad. Los ojos, la expresión total del rostro, parecían más bien contemplativos que cansados. Y si bien no era alto, tampoco podía considerársele de baja estatura, como parecía en un principio. Hay algunos hombres que satisfechos con las cualidades que creen poseer, muestran el carácter abiertamente a través de sus acciones, y otros, por el contrario, lo ocultan, ya que no tienen seguridad alguna sobre lo que pueden ofrecer a sus semejantes. Mercer pertenecía a los últimos.

Sacudió el hueso de la fruta, observando simultáneamente cómo caía sobre los guijarros una luz lívida proyectada por las lámparas eléctricas rojas y verdes que lucían a lo largo del toldo del café. Levantó los ojos y destacándose en el azul del cielo sin vida, observó la curva renacentista del frontispicio de la iglesia, línea acusada de un arco antiguo. Sobre la puerta principal, ardía en una hornacina, una

lucecita, y podía ver el brilla algo deslustrado de una cruz y los bordes opacos de los gastados escalones, elevándose hasta la puerta de color oscuro.

Hotel de tercera clase y gastos de viaje en segunda, seguía pensando. Ahí se resumía con bastante fidelidad su actual situación, pero no era oportuno protestar ahora. Diez mil liras a la semana y una bonificación de veinte mil, si tenía éxito en su labor..., lo cual se le aparecía como muy dudoso. Si lograba ganar treinta libras esterlinas, libres de polvo y paja, en el asunto aquel, ya podía darse por satisfecho... Algo le había sucedido al dinero después de la guerra, pues ya no fluía como la corriente del Gulf Stream, permitiendo que un hombre pudiera sumergirse y sacar un cubo lleno de él de vez en cuando. La decencia y el orden parecían haberse esfumado de la vida.

Por detrás de la gran mole de la iglesia, un reloj dió la media hora. Perezoso, al unísono con la campana del reloj monumental, Mercer golpeó el vaso que tenía delante, utilizando para ello la cucharilla.

El camarero se le acercó diligente.

—¿*Signore*? —dijo levantando el cenicero y tirando al suelo las colillas.

—Lo siento, no traté de llamarlo. —El hombre se mantuvo cercano y aburrido, esperando entrar en conversación para pasar las interminables horas del anochecer. Mercer sonrió inopinadamente y con ello su semblante adquirió insospechada gracia e inteligencia.

—Puede traerme un coñac y tómese usted también otro.

—Gracias, *signore*.

El camarero se alejó en dirección a la puerta. Al propio tiempo, Mercer oyó un sonido que venía de la oscura plaza. Era un ruido seco, como de lucha, y después el de un aliento entrecortado, jadeante. Enderezándose de su asiento con rapidez, miró curioso hacia los escalones del templo. Entre las sombras imaginó ver a alguien que se movía. De nuevo oyó el ruido inconfundible de pies de hombres que luchan.

Se levantó y corrió velozmente. Su cuerpo se movía con soltura, con una entereza y un vigor que habían hecho desaparecer por completo la indolencia del hombre que estuviera hundido y fastidiado frente a la mesa del café. Se dejó oír un leve sonido entrecortado y apenas perceptible, emitido con desesperación y rápidamente sofocado.

El ruido que se oía por el lado de la iglesia mientras iba corriendo en aquella dirección le trajo el vago recuerdo de algo.

El camarero lo llamó mientras se lanzaba a la gran faja de oscuridad que se abría ante la puerta de la iglesia. Un grupo de sombras se apartó de las tinieblas y en el último peldaño advirtió tres hombres que luchaban a brazo partido. Vió levantarse un puño y golpear. Uno de los combatientes cayó pesadamente a tierra; los otros se inclinaron sobre él.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó.

Las columnas de la gran puerta recogieron las breves palabras y las transmitieron en una sucesión de ecos. Los dos hombres se alzaron velozmente y oyó que uno de ellos juraba con rabia.

—*Signore, signore* ¿qué sucede? —preguntaba el camarero que venía también corriendo desde el café. Mercer brincó hacia adelante cuando los dos hombres huían a escape para ocultarse en la sombra del muro del templo. Su mano alcanzó a uno de ellos en el hombro, pero el individuo se deslizó a un lado, dándole un golpe con el brazo y lanzándolo contra la pared del edificio.

—¿Está usted bien, *signore*? —El camarero se le acercó afectuoso y le dió la mano para ayudarlo a levantarse. En la lejanía de la plaza se oía ruido de pasos que corrían.

—Estoy bien —dijo—, pero no sé cómo se encontrará este individuo.

Se acercó a él anhelosamente y le tendió la mano para que se pusiera en pie. Luego, en vista de que el otro no hacía movimiento alguno, arrodillóse junto a la inerte figura que yacía tirada ante la oscura puerta.

—Alúmbreme —ordenó al camarero.

Aquél encendió una cerilla.

—¿Los vió usted, *signore*? —preguntó.

—No.

El hombre caído sobre un costado, respiraba con dificultad. Mercer lo volvió suavemente. Antes de que la cerilla se extinguiera, vió confusamente un rostro moreno con una herida contusa sobre el ojo derecho y una larga cicatriz en la mejilla izquierda. Fijó la mirada en el rostro que tenía enfrente y por un momento, para su gran sorpresa, se le despertaron viejas amargas. Aquí está, pensó, la estupidez familiar, aquella violencia y mezquindad, entre las cuales había encontrado el pan y la sal, y en esta ocasión, él que había creído encontrar un trabajo alejado por entero de todas aquellas cosas, volvía a equivocarse una vez más.

La cerilla se apagó de repente. El camarero a su lado, encendió otra y recogió un periódico que estaba tirado cerca del hombre, lo retorció para formar una especie de antorcha y en seguida las llamas flamearon temblorosas.

Mercer metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta del hombre y sus dedos sintieron una cartera; la sacó, abriéndola. Dentro había una tarjeta de identificación con el nombre de su propietario: Carlos Boldesca. Eso era lo que había supuesto. Deslizó un brazo alrededor del herido, levantándolo de sobre las losas. El camarero lo tomó por uno de los brazos y entre los dos, le pusieron de pie. El herido murmuró algo, abrió los ojos e hizo un movimiento impaciente de protesta.

Lo condujeron entre ambos caminando lentamente hasta el café y allí lo acomodaron en una silla. El hombre movía ligeramente la cabeza.

—Sírvale un trago y no diga nada a la gente de ahí dentro; no hay necesidad de meterse en líos.

Cuando se fué el camarero, inclinóse hacia el hombre y le habló con calma, subrayando la voz en su entonación, cual si se tratase de un niño que no presta la atención debida.

—Tenemos que llevarlo a su casa. ¿Dónde vive?

Boldesca lo miraba disimuladamente y levantó una mano bastante sucia que se llevó a la frente. Se recostó penosamente en el respaldo del asiento y bajó en seguida el brazo para sujetarse el otro un poco más arriba de la muñeca.

—Beba. —Mercer tomó el vaso de coñac que le trajo el camarero, haciéndole deslizar la bebida entre los labios. El herido farfulló algo, y agarrándose todavía el brazo izquierdo, lo levantó tomando el vaso y bebiendo con ansiedad.

—¿Dónde vive?

El alcohol lo hizo estremecerse y se inclinó hacia adelante. Trataron de sostenerlo, pero se levantó y dijo con gravedad:

—Palacio Boria..., me siento..., me siento bien.

Cerró los ojos y se recostó en la silla.

—¿Está lejos? —Mercer hablaba con el camarero, pero su mirada no se apartaba de Boldesca.

—Un poco más allá de la Plaza de San Marcos.

—Lo llevaré.

—Necesita un médico.

—Ya estará bien cuando le haga efecto el coñac.

—Puedo llamar un médico por teléfono... —El camarero titubeó, añadiendo—: Y a la policía también...

Vieron cómo se endurecía la cara de Boldesca y Mercer tuvo la impresión de que, a pesar de los ojos cerrados, el hombre se hallaba alerta y consciente de la presencia de ambos.

—Sí..., la policía... Hay que decírselo.

El herido se sentó erguido, sacudiendo la cabeza mientras abría los ojos. Hablaba coherentemente, pero en su voz se echaba de ver cierto matiz de rabia.

—No, no. No necesito para nada a la policía. Es un asunto privado. —Se humedeció los labios con la punta de la lengua y sonrió con malicia.

—Ya ustedes supondrán de lo que se trata..., una mujer.

—¿Cómo se encuentra?

—Me duele bastante la cabeza, pero puedo aguantar.

Se puso de pie ayudándose con el borde de la mesa, ansioso por dejarlos.

—Iré con usted —dijo Mercer poniéndose junto a él. El camarero se encogió de hombros.

—Es posible que tenga razón en lo referente a la policía, pero necesita un médico. Ya lo arreglaré yo cuando lleguemos a su casa.

Boldesca se encaminó hacia la plaza. Mercer entregó algunas monedas al camarero, y se fué tras de aquél, sosteniéndolo luego por un brazo, que el hombre

trató de sacudir.

—No haga tonterías. Necesita alguien que lo acompañe.

El camarero los vió alejarse. Estaba perplejo, pero no por el asalto, ya que no era esa la primera vez que un hombre resultaba golpeado por causa de una mujer, sino por la manera de comportarse del inglés. El camarero quería adivinar lo que se escondía tras de aquello, pues presentía que algo se le había escapado a su observación. El problema había sido planteado ante sus ojos, pero las palabras que oyó no acababan de darle la interpretación que le haría entenderlo todo perfectamente. Se metió en el café lleno de confusión.

Mercer y Boldesca cruzaron la arcada, pero ya en la calle, el primero dió vuelta a la izquierda bajando hacia una callejuela que se abría con rumbo a la Riva degli Schiavoni.

—¿Adónde me lleva?

—Podemos tomar una góndola en el embarcadero, lo que te permitirá llegar hasta el Palacio Boria sin tener que caminar. —Mientras hablaba se encaminaba al Gran Canal.

—¿Quién habló del Palacio Boria?

—Tú.

—De ninguna manera. —Boldesca trató de desasirse, pero Mercer se lo impidió fácilmente.

—¿Cómo te llamas?

—Vivo por las cercanías del Rialto. Cuando lleguemos al embarcadero nielas arreglaré yo solo.

—¿Cómo te llamas? —Boldesca caminó en silencio algunos pasos más. Luego, dió un tropezón y Mercer lo sostuvo con firmeza. Entonces, muy despacio, exclamó:

—Sandro... Sandro Mercanti.

—Debes dejar a las mujeres en paz —dijo Mercer, sonriendo muy a su pesar—. Tuviste suerte, ya que a esos tipos no se les ocurrió sacar un cuchillo.

—Uno lo sacó —repuso el herido con desgana.

Desembocaban ahora la calleja y frente a ellos se veía el amplio desembarcadero, todo bañado de luz.

Un reducido grupo de paseantes iba y venía. Boldesca levantó el brazo izquierdo y Mercer pudo ver entre los dedos de la mano derecha que sostenía la manga un hilillo de sangre. Al verla, dijo enfáticamente:

—Tú vienes conmigo.

Dió vuelta a la izquierda rumbo al embarcadero, llevándose al hombre.

Pocos pasos fueron suficientes para llegar a la angosta entrada del *Albergo Adriático*. Boldesca se defendió, pero una vez dentro, toda su resistencia desapareció. El vestíbulo se encontraba vacío y olía a fritangas y cigarrillos baratos.

Subieron dos tramos de escalera a lo largo de un estrecho corredor hasta llegar a la habitación de Mercer. Sentó a Boldesca en una silla, cerca de una jofaina y corrió

las cortinas.

—Quítate la chaqueta —ordenó.

—Oiga..., yo no necesito...

Lo ayudó a quitársela y le subió la manga izquierda de la camisa. Apareció una herida de cerca de una pulgada de largo, justamente abajo del codo. Mantuvo el brazo sobre la palangana para lavárselo con mayor facilidad. El otro lo miraba con desconfianza. Mercer sacó un pañuelo limpio de un cajón y Boldesca se encogió inclinándose un poco, mientras le vendaba la herida. Cuando acabó de curarlo, le ayudó a ponerse otra vez la chaqueta, y dijo:

—Toma.

Le dió un cigarrillo y se lo encendió; después, fué hasta la mesa, tomó asiento junto a ella y observó. Boldesca lo miraba también sin dejar de fumar con nervosismo evidente. El cigarrillo se le deshacía entre los labios y dentro de la boca iban cayéndole amargas partículas de tabaco. En la quietud de la mísera habitación, con sus muebles de nogal y sus cortinas verdes, poco a poco, comenzaba a comprender la significación de los incidentes acaecidos a última hora.

Mientras más pensaba en ellos, más iba en aumento su temor.

—Ha sido usted muy bondadoso, *signore*, pero tengo que irme —explicó.

—Te quedarás aquí conmigo.

Se levantó y caminó hacia la ventana, siguiendo con la vista las imprecisas hojas de parra que bordeaban las cortinas.

—Quiero saber toda la verdad —dijo Mercer volviéndose—. Tú no eres Sandro Mercanti, ni vives cerca del Rialto.

—Entonces, me gustaría saber quién soy.

—Tú eres Carlos Boldesca y vives en el Palacio Boria.

—Está equivocado, pero no me encuentro lo bastante bien como para empezar a discutir. Buenas noches, *signore*.

Mercer se encogió de hombros.

—Bueno, finjamos que has perdido la memoria de nuevo. ¿Qué te pasa? ¿De qué tienes miedo?

—Déjeme ir. Nunca he oído hablar de nadie llamado Boldesca.

—Harías mejor en aparentar que has perdido la memoria.

Y al acabar de decir las últimas palabras, Mercer dejó caer la carta que le había escrito Boldesca.

—Tú fuiste quien me escribió eso. Yo soy Mercer, el hombre a quien ibas a buscar cuando te atacaron.

—Jamás había visto esa carta hasta ahora. Ni he oído hablar de usted. —Y al tiempo que hablaba, Boldesca lo estaba mirando sin aparentar emoción de ninguna clase.

Mercer se encogió de hombros.

—Bueno, finjamos que has perdido la memoria. Puse un anuncio en el periódico solicitando una información relativa a Gian Uccello. Tú contestaste a mi anuncio. Decías que necesitabas veinte mil liras. ¿Todavía las quieres?

Boldesca no contestó, pero Mercer veía en la mirada furtiva y en la quietud del otro el principio de una obcecación originada por el miedo. Allí había ocurrido algo que él desconocía. Boldesca acudió a la cita dada y ahora quería huir cubriéndose con una serie de negativas. Ahora le devolvía la carta diciendo:

—No sé nada de todo esto.

—¿Así es que tú no eres Carlos Boldesca? ¿Tú no eres el hombre que había de encontrarse conmigo esta noche para decirme algo sobre Gian Uccello?

—No.

Mercer se contemplaba con fijeza en el espejo del armario, sin perder de vista a Boldesca, que se hallaba detrás de él. Introspectivamente, relacionaba las cosas de este cuarto y las situadas más allá de él. Aquí estaba en esa mísera habitación de un hotel, confrontando mentiras y sospechas, divirtiéndose con las vacilaciones que el miedo provocaba en un hombre, y esperando el momento propicio para arrastrarlo al pánico, o a la confusión lastimosa, escondiendo cualquier sentimiento de simpatía o de bondad, porque sabía que esos serían obstáculos para lograr el objetivo que perseguía. ¡Cuánto tiempo hacía que esta lección la había aprendido por experiencia propia! Ahí estaba el cuarto y cientos más como él; esta hora y la sombra de mil horas pasadas, y en el marco de la memoria, los tristes momentos de ofuscación que nunca podría olvidar; preso en el panorama, igual que se estaba viendo en el espejo, envejeciendo, pero no menos activo por ello, con la inconstante inconformidad de su existencia, con la lengua amarga. Se volvió al otro y le habló calmoso:

—No hay nada ilegal en todo esto. Necesito encontrar a Uccello por muchas razones inocentes y buenas. ¿Por qué has decidido no ayudarme? ¿No quieres ya esas veinte mil liras, Boldesca?

—Yo no me llamo Boldesca. —Al acabar de decir esto, Mercer se enfureció. Se le echó encima e introdujo la mano en su chaqueta, extrayendo la carta del bolsillo interior de la misma. La puso debajo de la luz.

—Con qué demonios no lo eres ¿eh? —Abrió la cartera y cayó al suelo una fotografía suelta, pero no la tomó en cuenta. Buscaba la tarjeta de identificación del hombre. Cuando la halló, la sostuvo en alto, diciendo:

—Ahora dime que no eres Boldesca.

El otro se le acercó entre airado y temeroso, tratando de arrebatarle ambas cosas. Tuvieron una lucha breve. Mercer la mantenía alejado oponiendo su fuerza contra el pánico momentáneo de su opositor y prolongando la lucha con crueldad deliberada. La lucha es algo que en la vida va contra los propios sentimientos. Dejó que aquel embustero de cabeza gris siguiera luchando un momento más, pero casi de inmediato su propio disgusto mató el deseo que sentía de ser cruel y apartó al hombre, arrojándole a la cara cartera y documentos. Boldesca se derrumbó sobre el lecho,

volviendo el rostro hacia atrás, obligado por el dolor y respirando con fuerza. Se sentó temblando...

—Por piedad, *signore*...

—Está bien... pero sé razonable. —El herido se inclinó hacia adelante con los codos apoyados sobre las rodillas y sosteniendo la cabeza entre las manos.

—Deme algo de beber y hablaré.

Mercer lo observó. El golpe y el navajazo sufridos, habían ablandado al hombre más de lo que pudiera suponerse.

—Te daré alcohol.

Bajó al corredor y entró en el pequeño bar situado en la parte trasera del restaurante. El empleado se hallaba recostado sobre el mostrador escribiendo una carta. Hizo a un lado el papel, contento de que lo interrumpieran.

—Buenas noches. Quiero un aguardiente grande.

El hombre alcanzó una botella de Sarti.

—¿Por qué no ponen timbres en este hotel? A nadie le gusta andar bajando desde su cuarto al bar entre bebida y bebida.

—Domani^{l2l}. ¿Se lo cargo en la cuenta? —preguntó al tiempo que le acercaba el vaso.

—Mañana, siempre mañana. No. Lo pagaré ahora. —Entregó el dinero.

—Llévese una botella, *signore*, y ahórrese la caminata.

—Es una buena idea —contestó Mercer sonriendo.

Subió la escalera llevando el vaso con cuidado. Al dar la vuelta al corredor, lo asaltó una idea, una duda. Era como un escalofrío, sensación que desde hacía algunos años le resultaba ya familiar. Lanzó un juramento feroz y apresuró el paso. La puerta de su cuarto se hallaba abierta y, al entrar, vió que Boldesca se había escapado. Dió un puntapié a la puerta para cerrarla. Cruzó la habitación y se sentó. Cuatro años antes hubiese obligado al hombre a que hablara primero y después le habría traído la copa. Tiró el licor y encendió un cigarrillo. Se recostó en su cama con los pies apoyados en la baja barandilla. De pronto, sintió frío y se vió muy solo en el pequeño y mísero cuarto. Cada empleo que encontraba parecía llevarlo a unas habitaciones cada vez más ruines, de mayor mezquindad. Paseó nervioso, saltando de la cama, y con puntería natural arrojó su cigarrillo dentro del agua sucia de la palangana. El movimiento pareció dejarlo más descansado y volvió a sentarse con el extraño sentimiento de enfado y diversión ante la situación en que se hallaba.

Nervioso, púsose otra vez de pie y yendo hacia el extremo de la alfombrilla, junto al guardarropa, recogió la fotografía que cayera antes de la cartera de Boldesca. De vuelta en la cama; la sostuvo en alto contra la pequeña luz de la cabecera, distinguiendo la cabeza y los hombros de una mujer sonriente, de cabello oscuro. Dejó caer la fotografía y se quedó mirando a las grietas del techo y al opaco adorno del que pendía la luz central de la habitación. Su espesa blancura desaparecía bajo las manchas negruzcas de moscas y polillas muertas.

Torres, cúpulas y líneas barrocas de los palacios, trazaban una línea negra y dorada al recortarse contra el pálido cielo. Ninguna brisa alteraba la calma de la gran laguna; lanchas y barcos de vapor se deslizaban por la parte baja del Lido y en el tibio gris blanco del muelle, las góndolas con sus cuellos negros y erectos parecían mirar fijamente al espacio cual grotescos monstruos marinos. Delante de San Marcos, las palomas desfilaban con afectada rigidez. El león alado en su pilar, alzaba una garra pontifical en dirección a los dorados caballos de la lejana basílica, ignorando a la pequeña corriente humana que transitaba por allí a esas horas.

Un fotógrafo callejero con gorro blanco, traje gris y corbata roja, su “Leica” al frente, cual si fuera un libro de oraciones, medio arrodillado para captar a una pareja que pasaba, le alargó un papel y con voz bien timbrada y alegre hizo un comentario que ruborizó a la muchacha e hizo reír a su acompañante. Los camareros arreglaban sus mesas saltando como urracas incansables; las empleadas de oficina, garbosas y sonrientes, cruzaban la *piazzetta*^[3], y el hombre de los globos, en la esquina del Palacio Ducal, se mostraba indignado por la pérdida de uno verde y muy grande que, caído en el agua, flotaba hacia la desembocadura del Gran Canal. A lo lejos se dibujaba la línea gris acero de las corbetas ancladas fuera de la Dogana. Bajo las arcadas del Palacio Ducal, Mercer, sentado en un banco de piedra, sonreía escuchando al vendedor de globos que lanzaba maldiciones por haber perdido veinte liras. El disgusto de Mercer por dejar escapar a Boldesca, había desaparecido y ahora le prestaba ya poco interés.

Si el hombre tenía miedo todavía, tendría que buscar los medios para hacérselo perder y conseguir que hablase.

El asunto de Gian Uccello, que había representado la comida, el alojamiento, los cigarros y el vino de las últimas tres semanas, y podía ser que de las próximas también, no lo entusiasmaba. Rara vez sentía afición por su trabajo, excepto cuando se le chasqueaba. De todas maneras, tenía una labor que llevar a cabo. Iba al Palacio Boria en busca de Boldesca. El portero del hotel le había informado donde estaba el edificio. Primero, llamó a la Sección de Anuncios del periódico, por si el suyo había tenido alguna otra respuesta. Las tres cartas que recibió estaban ahora en sus manos. Una de ellas era de tipo común y provenía de una agencia de Milán ofreciéndole localizar a Uccello e indicaba su tarifa. Con sentido profesional, decidió que aquélla era muy elevada. Las otras dos cartas parecían haber sido escritas por locos. Una de ellas, en tinta púrpura, decía que el firmante había conocido a un hombre llamado Urigo Uccellino, que sirvió con él durante la campaña en Abisinia, siendo capturado

por los etíopes y mutilado por sus mujeres y que, después de rescatado, había saltado por la borda de un barco hospital y fué devorado por los tiburones del Mar Rojo. El remitente poseía la fotografía, y por la cantidad de ocho mil liras pintaría un buen retrato para Mercer. La suma incluía el valor del marco.

La otra carta estaba escrita a máquina; contenía tres planas de tonterías líricas y finalizaba con una proposición indecente, disimulada en términos tan ambiguos que Mercer tuvo que leerla varias veces para comprenderla por completo. Ambos firmantes, estaba seguro, deambulaban por las calles de sus ciudades con apariencia de gente normal.

La mayoría de las personas padece su propia locura, la mantiene lo más oculta posible y si uno quiere darse cuenta de ella, debe espiarlas, esperar el momento de su aislamiento y mirar rápidamente por el ojo de la cerradura... ¡Qué bien lo sabía! La fantasía de sus orgullos y de sus ambiciones imposibles y la lujuria de las cosas fuera de su alcance... Entre todas esas cosas, él había gastado la mayor parte de su vida.

Cuando el fotógrafo callejero irguió su cámara llamándolo a gritos, Mercer denegó con la cabeza y pasó de largo. Siguiendo las instrucciones del portero, dió la vuelta a un callejón estrecho y pronto estuvo en el lugar conocido como Campo Boria. Al lado opuesto de la plaza, se veía el Palacio. Su planta baja estaba construida con mezcla de albañilería de gran consistencia, cortada por altas ventanas de estilo barroco. Encima de éstas, una serié de arcos y pilares angostos formaba una galería a todo lo largo de la fachada y sosteniendo el siguiente piso, cuya decoración consistía en tres ventanas arqueadas, con adornos en espiral y unos cristales emplomados representando figuras coloreadas. La puerta principal consistía en un gran arco coronado por un escudo de armas labrado en piedra. Una docena de amplios escalones conducía hasta dos puertas de cristal y madera, grandes, macizas y recargadas con finos adornos góticos de hierro.

Al subir la escalera, vió un pequeño letrero colocado a un lado, sobre un marco de madera. Con letras de oro, decía: "GALERIA BORIA".

Al término de la escalera, detrás de una mesa de reducidas proporciones, estaba sentado un empleado. Se puso en pie tan pronto como advirtió la presencia de Mercer y tiró de un grueso cordón rojo que iba desde un soporte de abrigantado latón, hasta otro semejante, colocado en el primer escalón.

—*Buon' giorno, signore*^[4].

Mercer contestó al saludo y estuvo a punto de preguntarle si conocía a Boldesca, pero cambió de idea por estimar que no siempre es acertado ir directamente al grano.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó al hombre que sonreía.

—La Galería Boria, *signore*. Le gustará visitarla.

Tiró del cordón para permitir el paso a Mercer.

—¡Ah! ¿Un museo? —Y Mercer llevó una mano al bolsillo.

—Aquí no hay que pagar. Todo lo que exhibimos está en venta. Suba y eche una mirada, si gusta.

Se puso a un lado para dejar el paso libre a Mercer, y cuando el visitante iba subiendo la escalera, lo llamó para hacerle una recomendación:

—Si se interesa usted por alguna cosa, toque el timbre. Hay uno en casi todas las salas. Ya irá alguien a atenderlo.

Al terminar de subir, se halló en un amplio salón que terminaba en una alta ventana por la que se veía el Gran Canal. De aquél se pasaba a otra serie de salones llenos de antigüedades de todo género, cuadros, alfombras, piezas de porcelana china. Mercer recorrió varias de aquellas habitaciones leyendo con atención los pequeños anuncios en letras doradas sobre fondo negro, que había junto a cada objeto. Al principio, se encontró a gusto, porque aquello le parecía Acogedor y no se sentía como un hombre perdido. Algunas de las cosas exhibidas le agradaron y de buena gana les habría puesto una inscripción por su cuenta: *Escritorio con incrustaciones de madera, siglo XVIII, cortinaje interior, planchas de madera de palo de rosa, jardinera de jade de la dinastía de los Ch'in Lin...*

Los reflejos de luz en el agua proyectados al través de una de las ventanas, pusieron en movimiento a los bajorrelieves. Mercer extendía de vez en cuando la mano para tocar algunos muebles y observar cómo la huella de sus dedos se borraba lentamente de las pulimentadas superficies. Tapices del siglo XVI; bocetos de algún pintor a orillas del Loire, siglo XX; Aubusson, dibujos de Lurcart..., predominio de colores rojo vivo y azul, y los músculos distendidos de un hombre en lucha con un toro. Esto mantuvo su atención a causa de los vivos colores y la factura que no acababa de entender. Se percató de pronto que en el palacio reinaba un silencio agobiante.

Fué hacia la ventana y se asomó para ver el Canal. En la orilla opuesta un barco de vapor se alejaba de la estación de Santa María della Salute. Encendió un cigarrillo y se sorprendió por el ruido que hizo la cerilla al frotarla en la caja. A su derecha se encontraba una pequeña vitrina llena de figuritas delicadas, que examinó de cerca, deleitándose en su color y modelado. Seguramente habría muchísimas personas que no necesitaban que se les dijera que se trataba de porcelanas rusas, pero él no figuraba entre ellas. Podría pedírsele que juzgase si un hombre mentía o no, y entonces reunía condiciones para opinar con la seguridad de un experto; pero si se le hubiese preguntado qué era aquello, esos muebles que tanto le gustaban con sus curvas y brillos, habría tenido necesidad de mirar los rótulos. Se sentía empequeñecido, estúpido e insatisfecho consigo mismo.

Tomó asiento cerca de la ventana y estuvo contemplando algunas máscaras africanas hasta terminar el cigarrillo. Luego, fué hasta la estancia siguiente, para encontrarse en una sala de recepciones del siglo XVIII. Había en ella muchas figuras de cera, de tamaño natural, representando hombres y mujeres vestidos a la moda de la época: altas pelucas, crinolinas, ricas casacas de seda y brocado, cintas de terciopelo en puños y garganta. Sentadas o de pie, mirándose unas a las otras con mirada fría y como sorprendida. Bajo un dosel de seda verde situado al fondo del salón, se

encontraban sentados un hombre y una mujer. Seguramente se trataba de algún noble y su esposa. Ella tenía un abanico a la altura del pecho, y él lucía la estrella de una condecoración extranjera. La quietud de los grupos hizo volar la fantasía de Mercer y suponer que su entrada los había sorprendido, cortándoles el habla y sumiéndolos en aquella elegante y extraña petrificación.

En ese instante, el ruido de algunas voces vino a sacarlo de su abstracción. El rumor venía de más allá de una puerta entreabierta situada junto al gran dosel o trono. Allí se encaminó y lo cruzó para encontrarse frente a frente con la mujer cuya fotografía tenía en su poder, por habérsela quitado a Boldesca. Portando un rimero de papeles, ella caminaba también hacia la puerta. Al verlo, se detuvo y con la cabeza inició un movimiento de interrogación. Era una mujer alta, morena y mucho más hermosa de lo que aparentaba en la fotografía. Su tez poseía la palidez marfilínea y era de líneas delicadas, pero firmes. Le agradó al momento. Le gustó la forma en que se mantenía de pie, la esbelta línea de su cuerpo bajo el delantal verde de trabajo, fuertemente ceñido en el talle, y el movimiento lento y gracioso de aquel brazo suyo que alzaba los papeles hasta el pecho, como si fueran un manojo de lirios.

—Lo siento, pero este salón no se halla abierto al público. ¿Puedo servirlo en algo? —Su voz era atenta, aun cuando se advertía cierto matiz autoritario.

El hombre vaciló un momento; no quería echar las cosas a perder.

—Me parece que no podrá ayudarme. Busco a una persona que, según creo, trabaja aquí —respondió.

A medida que hablaba, sus ojos examinaron el salón. Era una especie de taller con estanterías conteniendo herramientas, piezas de materiales diversos, trozos de lana y de seda y bancos revueltos con papeles y muebles rotos. Al extremo de la habitación, bajo la luz de una ventana alta que daba al Canal, se encontraba un amplio telar en el que se veía un tapiz sin terminar, que ocupaba las dos terceras partes del bastidor. Detrás del telar estaban dos mujeres que habían interrumpido su trabajo; una era joven, y la otra de mayor edad.

—¿A quién busca usted?

—A un hombre llamado Boldesca —dijo Mercer, y pensó: “Tú lo conoces. Él llevaba tu fotografía”. Pero si Mercer esperaba que la pregunta la obligase a hacer algún gesto excepcional, se equivocó. Ella simplemente asintió, llevándose una mano a los cabellos para alisarlos.

—Trabaja y vive aquí; pero siento decirle que hoy no está.

Balanceó el cuerpo con suavidad y se dispuso a dirigirse a la puerta.

—¿Estará mañana aquí? —Permanecía de pie, deseando no abandonar el salón todavía, y se daba cuenta de la inmovilidad de aquellas dos mujeres que lo estaban observando desde detrás del tupido enrejado que formaban los hilos del tapiz.

—Suponemos que sí.

—Podría dejarle un recado, ¿verdad? Ya que vive aquí, es posible que vuelva en el transcurso del día.

Su sonrisa era una excusa por la molestia que le estaba causando al retenerla allí, pero sabía muy bien lo que quería, y esperaba una oportunidad que quizá llegara a presentarse. Presentía también que había despertado la curiosidad de la joven acerca de su persona.

Al llegar la mujer a la puerta, se volvió diciendo con peculiar entonación:

—Si desea dejar algún mensaje para él, haré que lo reciba cuando llegue.

—Gracias.

Igual que todos los salones de aquel lado del palacio, éste se hallaba inundado por suaves reflejos de luz. Las dos mujeres que estaban detrás del telar, permanecían atentas a cuanto sucedía. Mercer observó los delicados movimientos de los dedos de la muchacha al manejar los papeles, el pequeño parche que tenía sobre la uña del dedo pulgar, de la que había desaparecido el barniz, y sirviéndole de fondo, por encima de sus hombros, los colores del tapiz colocado en el telar.

—Tal vez usted pudiera indicarle que aún siento grandes deseos por tener noticias de aquel amigo suyo. —Mientras hablaba no quitaba ojo del tapiz, y tuvo la ligera impresión de ver pájaros, seres de colores vivos, arbustos en flor y un estanque rodeado de rocas.

La de más edad de las dos mujeres que lo observaban desde detrás del telar, lo miraba fijamente, con gesto de desagrado.

—Mi nombre es Mercer —explicó mirando de frente a la joven. No había esperado nada de ella, pero en su interior había surgido aquella esperanza suya que le era tan familiar. Tal vez Boldesca se encontraba ausente para no encontrarse con él, y la muchacha seguramente sabía que aquél estaba en condiciones de proporcionarle los informes que necesitaba.

—¿Mercer? ¿Mercer? —Repitió el nombre y por un instante él se preguntó si lo hacía, no para familiarizarse con lo extraño que pudiera parecerle, sino más bien como si fuera el eco de una palabra que ya hubiese registrado su mente.

—Sí, Mercer. —Sonrió, volviéndose hacia la salida—. Inglés —añadió.

Y ella sostuvo la puerta para que él pudiera pasar, sin dejar de repetir las palabras con tono de voz indiferente:

—¿Al señor Mercer le agradecería recibir noticias de su amigo?

—Eso es. Tal vez usted conozca también a ese amigo.

Aquí está, pensó, una joven agradable y bonita a la cual había que tratar solapadamente como si fuera una enemiga, pues no cabía descartar la posibilidad de que ella supiese algo que pudiera serle útil. En lo que a él mismo se refería, el asunto de Gian Uccello era completamente inocente, pero recordando a Boldesca y el terror que mostró, tenía que estar pendiente de ella mientras hablaba, igual que había hecho con muchas otras personas, esperando que el detalle más insignificante diferenciase la mentira de la verdad.

—Su nombre es Gian Uccello.

Ella no hizo gesto alguno. Se limitó a mover la cabeza y abrió un poco más la puerta. Un ruido detrás de él lo hizo volverse y vió que las dos mujeres del telar proseguían su trabajo, sin darle mayor importancia, moviendo sus manos con presteza por entre la trama de urdimbre, en rápidos movimientos.

Al cerrarse la puerta tras de ellos, pensó que precisamente aquella rápida y exagerada reanudación del trabajo se debió a determinada cosa acaecida en el cuarto y que eso, por un instante fugacísimo, lo había acercado a lo que andaba buscando con tanto afán. Ahora ella caminaba silenciosamente delante de él en dirección a la larga galería. Observando el movimiento de sus hombros firmes, le dijo:

—¿Qué hacen aquí? ¿Tapices?

—Sí, los tapices Boria. Son famosísimos.

—¿Y muy caros?

Se hallaban en la parte alta de la gran escalera, cuando ella se detuvo sujetando con una mano los papeles junto al pecho.

—Aquí todo es caro. ¿Hay alguna cosa que usted quisiera ver? ¿Algún mueble, quizá?

—No, gracias. El único mueble que he poseído fué un baúl americano. Ahora sólo tengo maletas.

La joven inició una ligera risa cuyos ecos se extendieron por toda la galería, y encogiéndose de hombros, agregó amablemente:

—*Buon' giorno, signore.*

Mercer bajó la escalera buscándose cigarros en sus bolsillos. Sabía muy bien que ella estaba observándolo. Cualquier cosa que pudiera haber imaginado respecto a ella, ya estaba lejos, y en su oficio era conocidísima la desalentadora debilidad de la imaginación, pero ella le gustaba. Se hallaba a punto de volverse para sonreírle, cuando oyó el eco de sus pasos alejándose en la galería.

Al llegar al escritorio, se detuvo y habló con el empleado que lo había estado mirando descender la escalera.

—¿Quién es ella? —preguntó sonrojándose.

—La signorina Adriana Medova. Es Directora de la Galería y hace los diseños.

—¿Cuáles diseños?

—Para los tapices.

Mientras el empleado respondía, se abrió una puerta a su espalda y apareció una niña. Bajo el brazo izquierdo llevaba un perrito color castaño que se agitaba ladrando en su deseo de que lo bajasen al suelo. La criatura tendría unos ocho años, vestía pulcramente y sujetaba una naranja en su mano libre. Sin decir palabra, se la dió al empleado, el cual sacó una navaja del bolsillo y comenzó a quitarle la piel.

—¿Qué hace aquí Boldesca?

—¿Carlos? Es el portero de la puerta principal y, además, uno de los auxiliares —replicó el hombre.

—Necesito verlo —expuso. Mercer enarcando las cejas.

El empleado lo contempló con curiosidad mientras desgajaba la naranja, ya sin piel, para entregársela a la chiquilla.

—Escogió usted un mal día, *signore*.

—¿Es hoy su día de descanso?

—Un día..., dos..., tal vez tres. De cuando en cuando, Carlos sale. Anoche no durmió aquí. Posiblemente regrese esta noche o mañana, pero uno nunca sabe nada cuando se trata de Carlos.

—¿Bebe?

Él empleado hizo una mueca burlona y se encogió de hombros.

—No acostumbro a investigar, *signore*... Si quiere volver mañana...

Mercer contempló al hombre y a la niña, impresionado por la sensación de afecto que ambos mostraban en aquel instante. La negra cabellera del hombre inclinándose hasta los rizos de la niña y la suave y confiada seguridad de ésta al descansar sobre las rodillas de aquél, comiendo tranquilamente la naranja y sin preocuparse de Mercer, era cosa verdaderamente atractiva.

—Gracias, me parece que así lo haré.

Salió empujando las puertas de cristales y llegó a Campo Boria. Dudaba si cruzar toda la plaza en dirección al cafetín para proseguir sus investigaciones relacionadas con Boldesca, cuando de una glorieta próxima a la escalera salió un hombre y se fué a él. Al ruido de sus pasos, Mercer se detuvo, quedando frente a un capitán de policía. Era un hombre joven, bien parecido, con un bigotillo negro, elegante en su uniforme gris con galones rojos. Se llevó la mano a la visera de su gorra militar, haciendo un saludo ceremonioso, y con el movimiento, la luz del sol se reflejó en sus charreteras, en la negra piel del cinturón y en la funda de su pistola.

—*Buon' giorno, signore*. ¿Es usted el *signore* Eduardo Mercer, que se hospeda en el *Albergo Adriático*?

—Efectivamente. Yo soy.

—Me gustaría, *signore*, que me acompañase a la Jefatura.

—¿Para qué me necesitan allí?

El oficial sonrió con malicia manteniendo la sonrisa algo más de lo necesario para que Mercer tuviera tiempo de admirar su magnífica dentadura.

—No me lo han dicho, *signore*.

No sintió aprensión alguna, solamente cierta curiosidad basada en la inocencia de sus actos; sin embargo, los policías no podían ser considerados como sus amigos y por ello se apoderó de él un cierto sentimiento de antagonismo,

—¿Fué el portero de mi hotel quien le informó sobre mi paradero?

—Sí, *signore*.

—Ha de ser algo muy importante para que me manden a buscar por un capitán.

—A mí nunca me dicen de qué se trata.

Enseñó los dientes otra vez, pero ahora estaba mirando a una bonita muchacha que pasaba, y a ella iba dirigida la sonrisa.

- Tal vez por ser usted inglés se le guarda esa consideración; *signore*.
—Sería la primera ocasión en que la policía tuviese alguna atención conmigo.

La visita de Mercer había causado cierta impresión sobre Adriana Medova. Diez minutos después de que él saliera del edificio, ella hablaba con su jefe, el Conde Boria. Ambos se hallaban en la pequeña terraza situada en la fachada del palacio, a nivel del agua, donde lo había encontrado sentado al amparo de la sombra de un amable quitasol, mientras saboreaba su café matutino.

El Conde no la vió en seguida cuando ella se aproximaba a la terraza, y durante un momento, la joven permaneció observándolo cuidadosamente.

Algunas veces lo había sorprendido en la más absoluta soledad, y ahora se sentía impresionada ante aquel abandono físico y espiritual que parecía adueñarse de él en tales momentos. Era un hombre delgado y de apariencia cansada. Apoyaba el mentón sobre sus manos entrelazadas y tenía la mirada perdida en el Canal. Sentía por él un gran afecto, una verdadera simpatía en atención a cuanto había hecho en su favor. En cambio, nada podía ella hacer por él. Con la mayoría de las personas, sucede igual que con el paso de los años: la amistad o la antipatía, progresan. Con el Conde, sin embargo, podía llegarse hasta un cierto límite, y ahí se acababa todo... No se le podía dedicar más afecto, ni tener mayor intimidad con aquel hombre de aspecto patriarcal y gran suficiencia.

Se aproximó a él, y al ruido de sus pasos lo vió cómo se movía para con centrarse y asumir la elegante personalidad que le era habitual cuando se hallaba en público.

—*Signorina*^[5] —dijo.

Se levantó de su asiento y le acercó una silla, mirándola fijamente mientras la joven se sentaba. Sabía, por el leve fruncimiento de sus cejas, que algo la tenía preocupada, pero eso no le interesaba por el momento. Advirtió la combinación de colores de su vestido y el agradable conjunto de su cuerpo al sentarse, con los rayos solares iluminando una parte de él. Y lo invadió algo muy parecido al desaliento, pero que aceptaba sin pena; pensó que si fuera veinte años más joven, o diez cuando menos, habría encontrado la manera de llevarla a su alcoba, pero...

El Conde era un anciano al que solamente le quedaba ya su ambición, y aun a esa tampoco le concedía mucha importancia.

—Ese inglés, Mercer, de quien usted me habló, vino esta mañana preguntando por Boldesca —murmuró Adriana.

El Conde se sentó frotándose una mejilla con la mano. Era el suyo un rostro arrugado, pero que no mostraba huellas de lucha interna; las amigas eran la herencia producida por procreaciones incestuosas, la lucha por las responsabilidades inherentes a la aristocracia y los años pasados en proyectos y vigiliias.

—No me sorprende que ese tipo haya tratado de obtener informes sobre Boldesca, pero me gustaría saber por qué vino a buscarlos aquí.

—Es que ese hombre asegura que Boldesca le iba a proporcionar algunos datos referentes a Gian Uccello.

Durante algunos instantes, el Conde permaneció silencioso observando el ir y venir de las moscas alrededor de los rojos lirios que bordeaban la terraza. Luego, exclamó calmoso:

—Ayer me enteré de que Mercer había solicitado informes sobre Uccello, en el periódico, y de que Boldesca le había contestado ofreciéndole una información que lo sorprendería, respecto al lugar en que se hallaba Uccello.

Vió la sorpresa reflejada en el rostro de la joven, pero no le dió importancia alguna, pues estaba más interesado en el cansancio que el asunto le producía, debido al esfuerzo que se veía obligado a realizar, y porque pesaba sobre él una finalidad que no podía negar sin ir contra su propia naturaleza. Había también un poco de maldad que lo dominaba. Habría sido todo mucho más sencillo, de haber logrado evitar que la carta de Boldesca hubiese llegado a manos de Mercer, pero por aquellos días todo había sido difícil, complicado.

—¿Qué podía saber Boldesca?

—Supongo que viviendo aquí, no le fué difícil lograr alguna información, pero dudo mucho de que llegase a ser “sorprendente”; sin embargo, hasta ahora, creí haber impedido que ambos se encontraran.

—Lo que no me explico es su visita aquí. Si no encontró a Boldesca, ¿cómo supo que vivía aquí?

—Exactamente, signorina. Yo sé que Boldesca puso dos direcciones en su carta, y ahora estoy pensando que las personas enviadas por mí para negociar con él, no supieron llevar a cabo cumplidamente su tarea, y que entre ellos dos existía alguna relación desconocida. De todas maneras, el inglés no sabía seguramente nada esencial, pues de lo contrario no habría venido aquí preguntando por Boldesca, y mucho menos por Uccello.

—La realidad es que si Mercer hubiese descubierto algo, la policía estaría ya en este palacio. Creo que no le dijo nada —agregó el Conde, finalizando su explicación. A la muchacha se le ocurrió que él intentaba ayudarla, pero por encima de ella misma y de sus pequeñas ansiedades, había algo que nunca se le ocurrió sospechar.

—Debe ser eso, efectivamente. Pero ¿qué pasará ahora con Boldesca? ¿Y si se encuentran los dos?

—No llegará a suceder —dijo él denegando con la cabeza—. A Boldesca lo he alejado de aquí.

—¿Alejado? ¿Adónde?

El tono de la voz de la joven le causó irritación, pero supo controlarse. Ella reflejaba en el semblante todo cuanto sentía o pensaba y la necesidad de verse obligado a ocultarle tantas cosas, le produjo una impaciencia irritante.

—Un amigo mío se lo ha llevado consigo a Milán —explicó—. No es necesario que usted vuelva a preocuparse por él. Tenga la seguridad de que no hablará. —O

acaso ya no volverá a hablar nunca... ¡Cuánto engaño puede encerrarse en una sola palabra!, musitó. Pero ¡cuánta virtud también en ese engaño! La vió serenarse ante las seguridades que le daba, y sabía que para ella esas promesas eran la realidad misma.

—Me sentiré muy satisfecha cuando todo esto haya terminado —exclamó Adriana al tiempo que se mordía suavemente el labio superior y observaba el Canal atraída su atención por la estela de espuma que dejaba tras de sí una barca. El Conde logró calmar su ansiedad, pero aun habiendo desaparecido, le quedaban todavía huellas de una intranquilidad que no era capaz de dominar. No convenía confesarle que ella lo había sabido comprender. Ambos pertenecían a mundos muy diferentes. Para él, la muchacha no era sino una más de sus campesinas. En cuanto a ella, lo veía como a un verdadero enigma, un hombre cuyos caprichos y deseos obedecía ciegamente. Incluso la ayuda que le prestaba, no podía Adriana juzgarla definitivamente como producto de su vieja amistad, como gentileza para con ella y su familia, o pago de la habilidad que ponía en servirlo.

El Conde se puso en pie y apoyó una mano en el hombro de la joven para inspirarle confianza. ¡La había ayudado tanto en el pasado y seguía ayudándola ahora! Con ese sentimiento de confianza, Adriana sintió que sus temores comenzaban a desvanecerse.

—Ahora ya no puede tardar mucho. Casi todo está hecho. Sin embargo... —Se separó de ella caminando hasta el sitio donde comenzaba la escalera que iba a terminar en el agua.

—Dígame, ¿qué opina usted del inglés? —siguió diciendo.

Se volvió de espaldas y permaneció erguido entre los pilotes rojos y negros que emergían del agua a orillas del Canal. Ahora se podía perfectamente apreciar su elevada estatura, los hombros huesudos inclinados hacia adelante, la canosa cabellera pegada al cráneo. Todo ese conjunto le daba el aspecto de una figura tallada en madera. Era un anciano fuerte, que no mostraba ninguna clase de fatiga. Adriana advirtió que se había adelantado a sus pensamientos formulando planes, considerando la forma de hacerlos viables, de ponerlos en práctica.

—Yo no sabría qué decir...

—¡Oh! Venga, venga, Signorina, no es eso lo que yo esperaba de usted. El mundo puede dividirse en gente tolerable e intolerable. ¿Cómo clasificaríamos al señor Mercer?

Se acercó más a la muchacha y, por un instante, no fué la cara del anciano con sus labios apretados, lo que ella vió. Imaginaba entonces a Mercer, y su imaginación lo reproducía igual que cuando estuvo en el taller. No había en él nada aristocrático, ni dignidad, ni facciones distinguidas; incluso aquella manera de jugar con el botón del chaleco, demostraba un desgano equivalente a su propio hastío; pero aun así, en la personalidad de aquel hombre había algo extraordinario.

—Casi me atrevería a decir que puede clasificársele entre los tolerables.

—En tal caso —repuso el hombre— debemos ayudarlo. De lo contrario, podría excederse demasiado. Después de todo, él no tiene nada que ver con la policía y sabemos que sus investigaciones llevan una finalidad inocente. Yo tenía la esperanza de verlo estrellarse contra la pared, pero Boldesca lo ha echado todo a perder. Lo más sencillo sería ayudarlo a que termine su trabajo y se vaya. Siempre habíamos pensado en que tendríamos que acabar por hacerlo así.

—Pero ¿cómo se le va a decir?

—Usted misma será quien se lo diga. Probablemente volverá otra vez a preguntar por Boldesca.

—Es que yo le dije que nunca había oído hablar de nadie llamado Gian Uccello.

—Es una mentira fácil de explicar —repuso el Conde sonriendo—. Esa pregunta se la hizo en un taller donde había otras personas, y usted no estaba preparada para esa interrogación. Usted no lo conoce, ni sus propósitos tampoco... ¿Por qué ha de darle usted detalles de carácter íntimo?... No, no, ya verá como él encuentra la explicación razonable.

En su forma de hablar, se echaba de ver ahora cierto ligero acento autoritario, y ella comprendió que ya no le estaba hablando el amigo, sino el jefe que daba órdenes.

—Para él todo debe ser circunspección —continuó diciendo—. Su profesión consiste en hacer que la gente le confiese sus secretos. Si la encuentra dispuesta a ayudarlo, creará que es la consecuencia de su pericia profesional. Hable y déjelo hablar a él. Interróguelo a su vez, para tener la seguridad de que Boldesca no le dijo nada de importancia, y cuando usted lo haya hecho, dígame lo que él quiere saber.

Apoyó su mano derecha en el brazo de la joven y fué caminando en esa forma hacia la puerta.

—Cuando venga ese inglés, hablaré con él.

—Bien pero no es necesario que se preocupe, *cara Signorina*^[6].

Al sentir que el hombre le apretaba el brazo con mayor firmeza y sentido paternal, Adriana sintió agradecimiento por la ayuda y consejos que acababa de darle.

—¡Ha hecho usted tanto por mí! —comenzó a decir, pero él la obligó a callar sonriendo y haciendo un gesto cariñoso.

—No tiene que agradecerme nada. Pronto estará resuelto todo. Mientras tanto, si alguien viene a preguntar por Boldesca, dígame que se fué a Milán a otro empleo.

Cuando Adriana hubo desaparecido, el Conde Boria se encaminó lentamente a su habitación para llamar por teléfono. Había algo que no salió de acuerdo con sus cálculos. Según sus planes, Boldesca no debía haberse encontrado con Mercer, y no obstante todo parecía indicar que así había sucedido. Abrigaba el convencimiento de que Mercer no representaba peligro alguno, pero necesitaba que sus agentes le dijese la verdad.

“Toda la sabiduría y astucia del mundo —pensó cuando levantaba el auricular telefónico— no podría jamás proveer a un hombre de una armadura que lo asegurase contra los errores de otras personas. Pero, después de todo, ese era uno de los riesgos

que se había echado sobre sí. ¿Por qué alarmarse ante un peligro que ya ha pasado? ...”.

Cuando pedía el número a la central telefónica, se entretuvo en mirar un dibujo colgado en la pared. Los colores brillantes, los azules y oros lo hicieron sonreír levemente. Había pasado el tiempo, pero sin hacer nada por exorcizar al demonio de hombres como él. Los años le convierten a uno en un ser distinto...

El “questura” de Venecia, es un edificio gris y severo que da frente al Río de San Lorenzo. Entraron dejando atrás al centinela armado que se hallaba junto a la puerta, y llegaron a un vestíbulo desierto que despedía desagradable olor a desinfectante, humo de tabaco y pobreza. El lugar tenía ese aspecto característico de hostilidad y desorden que poseen todos los edificios públicos italianos. Mercer atesoraba suficiente experiencia respecto a la policía italiana para saber que no cabía hacerse ilusiones acerca de su hostilidad y que el desorden imperante no debía tomarse como demostración de ineficiencia.

Subieron al primer piso por una escalera de aspecto monástico y Mercer se quedó solo mientras aguardaba al capitán, que había desaparecido por una puerta en la que un rótulo colgado, decía: *Dirigente l'Ufficio Stranieri*^[7]. Por un momento, se preguntó si su detención sería debida únicamente a algo relacionado con su pasaporte o con su permanencia en Italia. Muchas de las personas que visitan aquel país, nunca se preocupan de obtener el correspondiente permiso de estancia, pero él lo había obtenido en Milán, sabiendo que necesitaría la ayuda policíaca y que no lo atenderían hasta no quedar satisfechos con su documentación.

Permaneció sentado observando las pocas personas que aguardaban en la sala, y a las otras que entraban y salían por las puertas laterales, todas con esa actitud de sumisión que adoptan los italianos al aproximarse a la *polizia* y a los *carabinieri*.

El capitán regresó, pero en vez de conducirlo a la oficina donde se atendía a los extranjeros, lo hizo entrar por una puerta carente de rótulo, una pequeña oficina que, en comparación con lo desierto del vestíbulo, parecía excesivamente amueblada. Tenía un gran escritorio, un sofá, varias sillas y un retrato de Garibaldi. En la pared, sobre el calentador eléctrico, un gran librero repleto de expedientes voluminosos y gruesos libros de Leyes, y cerca de la ventana que daba al Canal, un biombo japonés que protegía a la mesa de los fuertes rayos solares.

El hombre sentado frente al escritorio, se cubría la boca con la mano cual si sufriera dolor de muelas. Con un movimiento de cabeza, señaló un asiento frente a la mesa e hizo señas al capitán para que se fuera. Mercer se sentó, observando que sobre la mesa había una etiqueta de cartón doblado, en la que se leía un nombre impreso: *Alcide Spadoni*.

—¿Es usted el *signore* Eduardo Mercer? —Aquello era un saludo que tenía mucho de interrogación amenazadora.

Mercer se limitó a asentir con un movimiento de cabeza.

—*Il vostro passaporto*^[8].

Mercer se lo entregó. El señor Spadoni lo tomó y se puso a revisarlo cuidadosamente, volviéndolo a veces para descifrar un sello o un visado. Lo cerró mirando detenidamente la cubierta gastada, y se lo devolvió.

—*E vostro permesso di soggiorno in Italia?*^[9]

Mercer entregó el documento que le habían dado en la Questura de Milán, autorizándolo para permanecer cinco meses en el país. Mientras lo estaba viendo, le acercó un cenicero y exclamó:

—Yo no fumo, pero si desea...

Mercer encendió un cigarrillo y contempló el retrato de Garibaldi que aparecía tocado con un gorro de lana muy parecido a los antiguos gorros de dormir. Al mismo tiempo, observaba de reojo a Spadoni. El hombre tenía el permiso sobre el escritorio y Mercer sabía que ya lo había estudiado por todos los lados. Pasaporte y permiso se hallaban en regla.

Aguardó en silencio. La experiencia le había enseñado que no debe ayudarse en nada a la policía; simplemente contestar sus preguntas o evadirlas y tener los documentos en orden a fin de no darles oportunidad alguna para interponerse en su camino, máxime tratándose de pequeñeces.

—¿Cuánto tiempo lleva residiendo en Venecia? —interrogó devolviéndole el papel.

—Cinco días.

Spadoni se recostó en la silla y esbozó una sonrisa.

—Usted está acostumbrado a tratar con la policía, ¿verdad?

—¿Por qué me lo pregunta?

—¿Es que no le interesa saber por qué se le ha llamado?

—Mi curiosidad puede aguardar hasta que usted me lo diga.

Spadoni se rió ahora sin disimulo. Tiene toda la apariencia de un perro somnoliento, pensó Mercer. En efecto, el rostro del policía era grande y alargado, su piel arrugada se plegaba hacia las comisuras de los labios y sus ojos de color castaño y llorones aparecían hundidos bajo unas cejas espesísimas. Con una mano se alisaba el lacio pelo oscuro que le caía sobre las orejas en pintorescos y descuidados mechones. La parte de su cuerpo que se dejaba ver por encima de la mesa, era musculosa y se acentuaba más por el buen corte de su chaqueta color café. Usaba gruesa corbata azul con un gran nudo y las puntas del cuello blanco sobresalían por la solapa de la chaqueta, dándole cierto aspecto de descuido artístico. Se inclinó jugando con el anillo que llevaba en la mano derecha y Mercer advirtió que su cabello comenzaba a encanecer.

—¿Cuántas veces ha visitado Italia, *signore*? —La sonrisa habíase esfumado, pero sus ojos entornados aparentaban bondad al contemplar a Mercer, y parecía que en cualquier momento iba a quedarse dormido.

—Cinco, en 1924... 1928... 1932... 1938, y ahora.

Spadoni movió la cabeza y se levantó. Anduvo a lo largo de la habitación cambiando de sitio el biombo japonés para que la luz del sol pudiese entrar en la estancia oblicuamente. Mercer pensó que ese era el tipo de hombre que siempre debía de permanecer sentado para impresionar con su elegancia pujante y sencilla, que infundía respeto y temor a la vez; de pie, parecía contrahecho, porque sus piernas eran cortas y desproporcionadas con la fuerte complexión del resto de su cuerpo; además, era grueso y con una barriga que habría dado envidia a cualquier carnicero. Regresó a la mesa y sentándose se limpió la boca con un pañuelo de seda. Luego, con afabilidad, exclamó:

—Dígame lo que sepa sobre Valentino Grandini.

—Nada.

—¿Está usted seguro?

—Sí.

Spadoni comenzó a guardar su pañuelo dentro de la manga. Se inclinó con los codos apoyados en el escritorio; su cara alargada se enfrentaba a la de Mercer con triste expresión de nostalgia.

—Eso resulta muy extraño, *signore*, porque el cuerpo de Valentino Grandini fué sacado del Rio dei Graci a quinientas yardas de aquí y no muy lejos de su hotel, esta mañana a las seis. Recibió varias puñaladas, tenía la cara deshecha y una herida en el brazo izquierdo que había sido vendada con un pañuelo de lino blanco. Ese pañuelo estaba marcado con el nombre de usted en seda negra.

La última frase que dijera el policía, fué lo que vino a despejar su memoria, haciéndole retroceder quince años, a una fría habitación de París. El pañuelo había sido bordado, efectivamente, en seda negra por su propia madre, para regalárselo. Al recordarla, la veía otra vez con aquella su placentera expresión en el rostro, cuando se inclinó para besarla en esa ocasión, y ahora sentía casi el mismo calor que experimentó cuando ella lo tomó de la mano. Se hacía, otra vez, la ilusión de sentir el olor del carbón del pequeño brasero que ella tenía para calentarse en aquella habitación helada y casi carente de mobiliario. Ahora, su madre había desaparecido y los pañuelos también; todos, excepto este último que utilizó para vendarle el brazo a Carlos Boldesca; pero aun cuando el recuerdo había venido rápido a su mente, no hubo pausa alguna en la respuesta.

—¿Un pañuelo con mi nombre?

—Sí, *signore*.

Mercer reaccionó. Ya se había esfumado el pasado, y tan sólo existía aquella habitación que parecía moverse por los reflejos del agua, y Spadoni inclinado al otro lado de la mesa.

—¿Cómo identificó usted el cadáver?

—Llevaba consigo todos los documentos de identificación —repuso, y todavía húmedos, los extendió frente a él en el escritorio.

Entre los hombres de su clase y la policía no podía existir ninguna especie de confianza entera, ante el temor de concederle alguna ventaja inconscientemente. Por eso se limitó a responder con aparente naturalidad:

—Me dijo que se llamaba Sandro Mercanti. Contestó a un anuncio que yo hice insertar en el *Corriere della Sera* pidiendo informes sobre un tal Gian Uccello; lo vi anoche por primera vez. Fué asaltado cuando venía en busca mía y me explicó que había sido atacado a causa de una mujer; lo llevé a mi hotel, le vendé el brazo y desapareció mientras yo iba en busca de una copa, sin darme ningún dato sobre Gian Uccello.

Por un momento, Spadoni no dijo nada, pero sacó una libretita y anotó algo en signos taquigráficos. Después, sostuvo el lápiz ante su cara con ademán parecido al de un sacerdote elevando el cáliz. Impresionante, infundiendo respeto y solemnidad, dijo en voz baja:

—¿En ese anuncio usted usó una dirección convencional?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque es la única manera de mantenerse fuera del alcance de los maniáticos.

—Sandro Mercanti debe haber sido un nombre falso.

—¿Cree usted?

—Sí, porque generalmente las direcciones ficticias inducen a la gente a ocultar su verdadera identidad y porque nosotros le tenemos identificado como Grandini. Durante los últimos cuatro años, hemos estado buscándolo como político indeseable. Puede usted aceptar mi palabra de que Grandini era su verdadero nombre.

Mercer se inclinó y por entre las espirales del humo oyó la voz sardónica necio se hubiese puesto a argumentar con ella. Sólo quería salir ya de aquella habitación, tomar una copa en alguna parte y permanecer solo. En cualquier sitio, ocultándose de Boldesca, se encontraba Gian Uccello. En lo que él había considerado como un episodio inocente, se presentaba ahora la violencia, pero ¿por qué? Inesperadamente, Spadoni le ofreció su encendedor.

—Su cigarrillo está apagado —explicó.

Mercer se inclinó y por entre las espirales del humo oyó la voz sardónica del hombre que demostraba claro antagonismo.

—¿Cómo se describiría a sí mismo profesionalmente, *signore*? —Su acento revelaba la intención de irritarlo, y lo consiguió, pero Mercer se propuso no darle la satisfacción de que lo advirtiera.

—De varias maneras —respondió lentamente.

Spadoni movió la cabeza con aire indulgente, y arrellanándose en su asiento, musitó como si tratara de aprender de memoria una lección:

—Ya comprendo..., empleado confidencial, agente confidencial, investigador confidencial... No hay un solo nombre digno para clasificarlo. ¿O sí lo hay? Claro que si fuéramos personas vulgares, la descripción sería fácil.

Se había extralimitado demostrando su antipatía hasta el punto de que ahora Mercer se sentía con derecho a contestarle adecuadamente.

—Ésta es su oficina. ¿Quiere que nos limitemos a su asunto? Si usted cree que yo maté a Grandini, encarcéleme.

—No creo que usted lo matara —repuso riendo Spadoni—. Entre nosotros, le diré que no me importa quién lo mató; no obstante, tenemos que averiguarlo. La persona por quien principio a interesarme mucho es Gian Uccello. Tal vez usted mismo pueda informarme sobre él.

—Este departamento policíaco debe estar muy mal organizado —se permitió decir Mercer irónicamente, al pensar en la razón por la cual haciendo ambos la misma clase de trabajo, uno oficial y otro privadamente, siempre había entre ellos un muro de discordia.

—Esa es la impresión que reciben los extraños.

—Estuve aquí hace cinco días, les dije todo lo que sabía de Uccello y solicité la ayuda de ustedes, sin recibir ninguna. Tal vez por ese motivo mi visita ha pasado al olvido. El señor Lirco puede aclararlo todo, pues hablé con él.

—El *signore* Lirco fué trasladado a Roma hace tres días. Su puesto lo ocupo yo ahora, y sería una gentileza de su parte si me repitiese esa información, ahorrándonos la molestia de tener que buscarla en los archivos.

Mercer miró al policía y notó que lo estaba observando con un interrogador arqueado de cejas. En sus labios apareció una leve sonrisa.

—Acabo de ser imperdonablemente descortés con usted —dijo con voz seca—. Tratemos de olvidarlo.

Mercer se levantó; si no podía salir de la habitación, pasearía cuando menos, y se encaminó a la ventana. Afuera, atracada a la orilla del Canal, estaba una esbelta góndola pintada de rojo, cubierta con un toldo de lona y ostentando la palabra *Policía* en la parte de popa. Tal vez el cuerpo de Boldesca fue traído en ella, desde el Rio dei Greci.

—¿Usted vino a Italia en busca de Gian Uccello? —interrogó de nuevo Spadoni colocándose junto a Mercer.

—Sí. Un bufete de abogados en París, Gevlin Frères, para quien estuve trabajando anteriormente, me empleó ahora de nuevo. —Detrás de esas palabras cuyas existía todo un terrible mundo de monotonía, de desesperación casi..., el viejo Gevlin con su aspecto de buitres, escatimándole el dinero, tratando de engañarlo y diciendo que ese sería el último trabajo que le confiaría..., que los empleos del futuro corresponderían a otros hombres mejores y más jóvenes que trabajarían por menos dinero...

—¿Y para qué quieren encontrar a Uccello?

—Uno de sus clientes le necesita. Se trata de un norteamericano cuyo hijo fué aviador de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Le derribaron en Italia durante la guerra, y se encontró en las montañas en la crudeza del invierno, con una pierna fracturada. Un hombre, de quien más tarde supo que era Gian Uccello. Padre e hijo,

tienen con él esa gran deuda de gratitud... un refugio de los guerrilleros: una taberna. Si no hubiese sido por Uccello, indudablemente habría perecido en la nieve. En la taberna permaneció con fiebre constante, sin saber donde se encontraba; pero, días más tarde, los alemanes hicieron un avance y se lo llevaron prisionero. Los guerrilleros escaparon. Eso sucedió en febrero de mil novecientos cuarenta y cuatro. Mi trabajo ha consistido en localizar la taberna, con la poca información que me facilitaron, y buscar a Uccello. Padre e hijo, tienen con él esa gran deuda de gratitud...

—¿Usted cree esa historia?

Mercer se separó de la ventana. Viniendo de Gevlin Frères, todo podía ponerse en duda. Sus trabajos anteriores fueron de tipo muy distinto, pero ahora había llegado al convencimiento de que, quizá por primera vez, lo habían encargado de algo que era absolutamente cierto.

—¿Por qué no? —respondió—. Aviadores derribados y rescatados. Los americanos son gente generosa, y además, encontré la taberna.

—¿Dónde?

—En Montevasaga, en las colinas al Este de La Spezia. El tabernero recordaba el incidente y también a Uccello, pero no pudo darme ninguna información respecto a ese hombre; solamente que Uccello le dijo una vez que era de Venecia. Llegó allá durante la guerra y desapareció cuatro meses después del ataque alemán. Entonces, yo vine aquí con la esperanza de hallar algún antecedente policíaco, pero ni ustedes ni las autoridades de la ciudad poseen antecedente alguno. Por eso se me ocurrió publicar el anuncio... —Por su mente cruzó el recuerdo de aquellas tres pacientes semanas de reconstrucción de los hechos, sacados de los vagos detalles que le habían dado en París; las dificultades para localizar la taberna; la fría indiferencia del tabernero y del sargento de *carabinieri* en Montevasaga, para quien Uccello era sólo un recuerdo confuso, pero que recordaba perfectamente el ataque alemán, pues en el tiroteo, ambos, él y el tabernero, habían perdido a sus esposas.

—¿Qué ocurriría si usted lo encontrase?

—Dólares, dólares suficientes para hacer de él un hombre rico en Italia. Tal vez lo invitasen a visitar América. Ya comprenderá usted que se trata de un verdadero héroe, y le espera una buena recompensa. Recogió a un hombre herido en la nieve y le salvó la vida.

—Y esta mañana hemos sacado a uno del canal... demasiado tarde para salvársela —exclamó Spadoni moviendo la cabeza. En seguida, preguntó—: ¿Qué opina usted sobre la coincidencia de esos dos hechos?

—No tengo por qué opinar. Mi único interés consiste en proporcionarle a Gevlin Frères la dirección, el paradero de Gian Uccello.

Spadoni movió la cabeza y bajó la vista desde la cara de Mercer hasta llegar a la chaqueta, y de ahí a los pantalones grises excelentemente planchados, y los zapatos muy relucientes, aunque bastante usados. Se recostó en el asiento y quedó

contemplando fijamente el panel superior del biombo japonés, para seguir con la vista las delicadas líneas de una rama de peonías. Luego, dijo con indiferencia, como si deseara darle ambigüedad a sus palabras, con falta de énfasis, exteriorizando sus pensamientos en voz alta e invitando a Mercer a compartirlos o desecharlos, de acuerdo con sus inclinaciones:

—Gian Uccello y Valentino Grandini..., tal vez no exista relación alguna entre esos dos nombres, pero carezco de ingenio para creerlo. Yo también me rijo por los hechos. Ahora nos conocemos el uno al otro, *signore*. Tal vez la próxima vez que nos encontremos resulte más fácil ser siquiera un poco sinceros. Usted me encontrará casi todas las mañanas tomando café en el *Quadri*... alrededor de las once. Será bien recibido en cualquier momento para compartir mi café... Por ahora creo que nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos. Gracias por haber venido.

Levantó la mano, y el sol arrancó una diminuta llama de fuego a su anillo con monograma. Mercer le estrechó la mano y se dirigió a la salida. Estaba seguro de que se le permitía irse incondicionalmente, porque no lo consideraban sospechoso de homicidio, sino que simplemente desconfiaban de él a causa de su profesión. Se detuvo en la puerta abierta y dijo lentamente:

—Usted se halla equivocado y lo sabe. Esta es una de las ocasiones en que yo podría describirme a mí mismo como el representante de una institución de caridad privada.

—La caridad disfraza con frecuencia a la culpabilidad —contestó impaciente Spadoni, irguiéndose en su silla y sin levantar la mirada—. Adiós.

Cuando Mercer desapareció del despacho, el policía apretó el timbre de su escritorio y aguardó, haciendo algunas anotaciones taquigráficas. En seguida, vino de la habitación contigua un hombre alto, en mangas de camisa y chaleco.

—Luigi, ¿está Cassana en el edificio?

—Sí.

—Llámalo.

Luigi se dirigió a la puerta que comunicaba con los pasillos y gritó un nombre. Regresó rascándose el brazo por encima de la camisa y observando con interés a Spadoni. Aguardó mientras terminaba sus anotaciones y cuando el jefe levantó la vista, exclamó:

—Bueno, ¿y qué?

—No le tengo confianza —murmuró el interrogado moviendo los dedos por entre su cabellera.

—Póngale un collar y una placa alrededor del cuello y será un perro policía, como nosotros —repuso Luigi riendo.

—Dígale eso al Prefecto algún día —arguyó Spadoni disgustado.

—Lo siento. ¿Es él quien lo hizo?

—No, pero ha perdido la costumbre de ser sincero cuando habla con nosotros. Tampoco me reconoció.

—Ignoraba que ustedes ya se habían encontrado antes.

—No cara a cara. —Y Spadoni, al decir las últimas palabras, se recostó en el respaldo de su asiento para ponerse más cómodo. Frotábase la boca pensativamente con el dorso de la mano. Cuando habló de nuevo, su voz era áspera y desagradable—: En Roma, el año 1938 —dijo—, en el decimosexto año del Fascismo, el Senador Ravaggio, del Gran Consejo Fascista, querido amigo y consejero del Duce, y un hombre tan desagradable como el peor que pudiera producir este país, fué asesinado casi delante de nosotros cuando pasaba en su coche por la Vía Colonna. Salía de la casa de una de sus concubinas para ir a la de otra. Un francés fué fusilado por ese crimen, pues se le capturó *in flagranti*. Tras de él, aunque nunca pudimos presentar prueba alguna que las relacionase con el asesinato, había otras dos personas: Rosa Melitus y un inglés, Eduardo Mercer. Ambos trabajaban, podemos casi asegurarlo, a las órdenes del *Deuxieme Bureau*^[10]. ¿Interesante, verdad? Yo era entonces oficial subalterno y por eso dudo que ahora me reconociera, pero en cambio yo sí a él. Es un hombre muy hábil o, al menos, lo fué. —Levantó el lápiz como lo haría un maestro para atraerse la atención de los alumnos distraídos. Luego, continuó—: En estos momentos, se encuentra en Venecia Eduardo Mercer, en situación económica no muy buena, probablemente apartado por algún tiempo del *Deuxieme Bureau*, y buscando a un tipo del cual nadie sabe nada, y por razones que sólo un tonto podría creer. Ya un hombre relacionado con Mercer ha sido asesinado, y en la Vía Garibaldi, no muy lejos de aquí, una mujer llamada Rosa Melitus atiende una casa de huéspedes, y lo ha venido haciendo desde los últimos ocho años. ¿Quiere darme su opinión acerca de todo esto, Luigi, o dejamos que las cosas sigan como están? Yo no he sido trasladado apresuradamente aquí desde Roma sólo para dedicarme a investigar las licencias de los cocheros en la Plaza de San Marcos. —Hizo una pequeña pausa como esperando que Luigi hiciera también algún comentario, pero éste permaneció silencioso, y la entrada de Cassana en la habitación vino a darle un giro distinto a la conversación.

El recién llegado parecía fuera de su ambiente en la enorme y severa sala. Vestía un traje de franela gris extravagantemente cortado, zapatos de gamuza, camisa de seda azul, corbata roja, y sostenía en la mano una boina blanca. Pendiente del cuello, y sujeta con una correa llevaba una cámara fotográfica “Leica” con su estuche correspondiente.

—Oiga, Cassana.

—Dígame, *signore* —repuso el aludido. Era un tipo gracioso de ojos brillantes y cabello negro, que sonreía enseñando unos dientes muy blancos por entre los labios gruesos.

—Tengo un trabajo para usted.

—A sus órdenes... —exclamó, y al decirlo, Cassana hizo una reverencia. Su rostro inteligente, quemado por el sol y con bastante arrugas a causa de la risa, le recordó a Spadoni un cuadro del dios Pan que había visto en alguna parte.

—Quiero que vigile a alguien.

—¿Una mujer? —Y Cassana se llevó la mano a la corbata para componérsela.

—No, se trata de un hombre.

Spadoni se echó a reír cuando vió el descontento que se reflejaba en el semblante de su subordinado.

—¿Quién es, *signore*? —preguntó, encogiéndose de hombros.

—Eduardo Mercer, inglés, *Albergo Adriático*. Quiero que usted y sus hombres lo vigilen, principalmente por las noches. No es ningún tonto. Si él llega a darse cuenta, hagan como si no lo notasen. Algunas fotografías suyas pueden sernos útiles. Luigi le proporcionará todos los informes que necesite.

Los despidió, agregando cuando Luigi sostenía la puerta para que saliese Cassana:

—Quisiera el expediente que se refiere a la primera visita de Mercer, en la cual trató de averiguar los antecedentes de Gian Uccello, y quiero también que pidan una conferencia telefónica con el puesto de *carabinieri* en Montevasaga, Distrito de La Spezia.

Esa tarde Mercer permaneció en la cama largo tiempo, pensando en lo sucedido con Boldesca. ¿Por qué lo habrían asesinado? La historia que le contó sobre su aventura con una mujer, pudo, después de todo, haber sido cierta y ser muerto por celos, o por alguna venganza, pero más bien parecía que Boldesca se hallase en posesión de algunos informes acerca de Gian Uccello y que alguien estuviera interesado en que no se supieran. Era casi seguro que trataron de impedir que se entrevistase con él, pero les falló el intento. Cuando Boldesca dejó el hotel, el que atentó contra él la vez primera repitió el ataque sin equivocarse ahora, pero los asesinos ignoraban si ya había informado a alguien. De ser así, podía presumirse que Mercer ocultaba ciertos detalles que lo hacían peligroso, y esa idea no le agradaba nada; era posible que ahora fuese él mismo la próxima víctima; pero, se preguntaba, ¿por qué tanto misterio y peligro en un asunto tan sencillo como el de localizar a un hombre desaparecido durante la guerra?

Continuó acostado fumando. Lo perturbaba lo extraña que ahora se iba tornando la misión que le confiaron. Lo invadía de nuevo el temor que había experimentado anteriormente y bajo cuya angustia le era muy difícil vivir. Una fuerza enemiga se le oponía ahora. La única solución que encontraba, era dejar Venecia, y ello resultaba casi imposible. ¡El hombre tiene que vivir!... Si supieran en París que él había salido de Venecia por razones de seguridad personal, no se lo perdonarían.

Permaneció acostado hasta que oscureció, tratando de darle alguna solución práctica a su caso, pero no pudo hallarla. Al fin, salió del cuarto, obligado por los negros presentimientos que embargaban su agitada mente. Se sentó en la Plaza de San Marcos para tomar un vaso de vino de Marsala, rodeado por conversaciones entrecortadas, el paso lento de los transeúntes y las luces multicolores, lo cual le trajo gradualmente un ligero optimismo. Cuanto más tiempo permaneciera en Venecia, más gente estaría informada de que aún continuaba buscando a Uccello, y como hasta la fecha no sabía nada de él, se sentía más seguro. No obstante, tenía que continuar su trabajo y llegaría el momento en que al averiguar algo, quedaría señalado como individuo peligroso. No había nada que pudiese hacer para remediarlo, hasta que llegara el momento preciso. Continuó sentado entre la alegre algarabía de la gran plaza, y poco a poco sus preocupaciones fueron alejándose. Ahora, su pensamiento lo ocupaba solamente la joven del Palacio Boria... Le había gustado y aun cuando sabía que no debía confiar en nadie relacionado con Boldesca, esperaba que ella no habría tenido nada que ver con su muerte. Era hermosa, pensaba, pero al mismo tiempo

recapacitaba acerca de su profesión y le hubiese agradado ser cualquiera otra cosa menos lo que era.

Se levantó y salió de la Plaza. Hubiese sido muy agradable tener alguien con quien conversar en esos momentos; alguien cuyo único interés fuera el de la amistad, el afecto. Con ella, por ejemplo, pudo haber pasado las horas más deliciosas de ese atardecer... Se detuvo frente al escaparate de una librería para contemplar un libro abierto que mostraba una reproducción de la Venus de Botticelli. La Venus parecía mirarlo con ojos llenos de inocencia y juventud, recordándole a una muchacha que sirvió de acompañante a su madre, tan hermosa, que hacía olvidarse de su sexo. Una joven cuyos labios parecían tallados en frío mármol, cuyo cuerpo podía tocarse sin que perdiera su insensibilidad. Los labios de la joven del Palacio eran diferentes, sensuales, y su cuerpo...

Siguió caminando. Odiaba la soledad, estos momentos tan frecuentes en su vida. Cualquiera podría alejarlos llevando una mujer a su lecho, emborrachándose, porque así se limitan los horizontes, diciéndose a sí mismo que un millón de personas sufren la misma soledad, pues siempre existe algo que lo oprime a uno, incrustándose profundamente, igual que si fuera un asqueroso sapo en el lógamo del fondo de un pozo.

Llegó al Correo y dió la vuelta en dirección a la calle Vallarezza; al fondo encontraría el Gran Canal y el embarcadero. Deseaba tomar otra copa, y por un momento estimó conveniente entrar al *Harry's Bar*, pero también deseaba tener alguien con quien hablar. Sabía que en los dos lugares que acostumbraba visitar, solamente tendría la compañía de los camareros, y ésta era una de esas noches en que el rápido fluir de las conversaciones sería un ruido más que le serviría como complemento del servicio.

Llegó hasta el pequeño muelle y compró un billete para la estación de Veneta Marina. Ya a bordo del barco, se sentó en su parte central para poder fumar tranquilamente y observar el malecón. Le gustaba Venecia en esa época del año, porque había pocos turistas, y así carecía de mixtificaciones. Ahora, viéndola deslizarse nebulosamente cubierta de luces y de rótulos luminosos de los bares, tenía todo el aspecto de una ciudad de juguete, con una frágil fachada de figuras de cartón, que al ligero toque de un dedo podían venirse abajo desplomadas. Las cambiantes luces se reflejaban en el agua con menos intensidad que las vivas pinceladas de un artista impaciente que estuviera deleitándose en la combinación de ocre y verdes limón de su paleta. Recordó a su madre, que había trabajado en el escenario del *Teatro Fenice* y aseguraba que a Venecia había que contemplarla cuando se estuviera enamorado por primera vez. Situada entre agua y aire, su irrealdad tenía aquella angustia y especie de éxtasis que muy bien podrían ser comparadas con la gracia y la tristeza del despertar a la pubertad.

El barco atracó en los muelles de Veneta Marina, y Mercer saltó a tierra. La Vía Garibaldi se extendía ante su vista; era una de las calles más anchas de la ciudad y

finalizaba en ángulo obtuso frente a la laguna, con coches alineados a lo largo y una multitud de marineros noctámbulos y trabajadores acompañados de sus esposas. Por su aspecto era un arrabal. Se veían mujeres andrajosas paradas en los portales, llamándose unas a otras; niños jugando en el sucio pavimento; jóvenes agrupados junto a tienduchas, encogiendo los hombros almohadillados de los trajes y fijando sus ojos oscuros y brillantes en la multitud, con mirada especulativa.

Las casas tenían aspecto triste y ruinoso. Túneles angostos y oscuros conducían a patios ruidosos, llenos de familias que superpoblaban las sórdidas viviendas. Era una calle donde la pobreza hacía compras y encontraba placeres; mujeres de senos disformes y colgantes se hallaban reclinadas sobre las ventanas encima de una insignificante tienda de aceites; un bar con mesitas para juegos, reflejando sus luces sobre un escaparate donde se exhibían verduras y carnes..., y un restaurante incrustado entre una barricada de macetas, con plantas diversas, frente a un cine, situado en el feo edificio de una vieja capilla.

A media calle, Mercer dobló hacia la izquierda y siguió a lo largo de un callejón que terminaba de pronto a orillas del Canal, y al otro lado del agua se veía una manzana de edificios destinados a fábricas; arriba, podía verse una estrecha franja de cielo, rociada de estrellas como al azar.

Subió los escalones de una de aquellas casas que hacía ángulo con el Canal y tocó el timbre. La puerta de madera se abrió automáticamente y la luz le dió súbitamente vida a su pintura verde desteñida. Por una puerta semiabierta a su derecha, se oyó una voz diciendo con brusquedad:

—*Chi é?*^[11]

—Eduardo Mercer —contestó él.

Permaneció quieto examinando un cuadro de atrevidos colores que representaba el Baño de Psyché y que estaba colgado en una de las paredes de la entrada. Alguien había colocado la tarjeta de un dentista en una esquina, y el cristal tenía un desvanecido lustre de humedad. La voz de antes rió al tiempo que exclamaba:

—Bueno... —Había un cierto atractivo en aquellas palabras que daban la sensación de agua al burbujear jugando en un cubo grande—. Has estado cinco días en Venecia y por fin vienes.

Mercer continuaba en el mismo sitio. La casa lo recibía con amistad sospechosa e impaciente, andrajosa y llena de murmullos. Era una bienvenida distinta a la que habría deseado. A eso había llegado Rosa Melitus, y a no ser que tuviera suerte, esto —materialmente diferente, pero lo mismo en esencia— era lo que le esperaba a él en alguna parte y algún día.

—Te telefoneé a mi llegada —dijo, y se sintió como un chico al disculparse de una falta.

—Sí, querido, para preguntar el nombre de algún hotel barato.

Un hombre y una mujer surgieron de entre la oscuridad, al principio de la escalera. Mercer se echó a un lado en el pequeño recibidor, para dejarlos pasar. La

muchacha lo miró con curiosidad y cambió su cartera de un brazo al otro. Al moverse, despidió cierto perfume y una pulsera se deslizó por su brazo.

—¿Eres tú, Renata?

Volvió a resonar la voz ronca allá en el salón.

—Dile a tu amigo de Chioggia que cuando venga la próxima vez, me traiga más medicina.

—Okey, Rosa —dijo el hombre, y salió con impaciencia abotonándose el abrigo. La muchacha lo siguió después de guiñarle impudicamente un ojo a Mercer.

—No estés ahí parado. Ven a tomar algo de medicina. Ese que acaba de salir es el encargado de almacén de una de las organizaciones de ayuda norteamericanas.

Mercer entró en la habitación. Rosa Melitus se hallaba acostada en un sofá, con el cuerpo a medio cubrir y lucía una chalina de seda alrededor del carnoso cuello. Se inclinó para poder verlo mejor y los largos rizos de su cabello, semejantes a tirabuzones, se mecían como ramilletes de acacias marchitas, sobre su cara blanca y redonda. El cuerpo, bajo la colcha, se adivinaba gordo y fuerte.

—Tú no cambias —dijo ella alegremente, y un libro se deslizó por su regazo abajo. La mujer se agachó para recogerlo, y Mercer vió unos senos forzados bajo la blusa escotada. La encontraba más gruesa y más vieja cada vez, pero la amistad entre ellos continuaba inalterable.

—Tú tampoco cambias —dijo él mintiendo gentilmente.

La mujer se echó a reír y negó con la cabeza:

—Eso no es verdad. Mi cuenta en el Banco aumenta de volumen y yo también. ¿Pero, qué crees que pueda hacer una mujer con todo esto? —interrogó golpeándose el pecho con la mano—. Sírvete. Ahí al lado tienes un vaso —terminó diciendo.

Mercer se sentó junto a una gran mesa redonda próxima al sofá y tomó una botella de *whisky* Four Roses. Bebió rápidamente una copa y la volvió a llenar. Rosa encendió un cigarrillo y se lo quedó mirando con fijeza. Él sabía que la mujer no perdería un solo detalle. Podía haberse abandonado en lo personal resignándose a un confort desordenado y a una obesidad que aumentaba paulatinamente, pero su sagacidad en nada había disminuido.

—¿Aún padeces de la garganta?

—Sí, querido. ¿Y tú qué traes por aquí?

—Sólo dificultades —repuso él sonriendo.

—Debieras jubilarte ya...

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el hombre.

—Pudiera encontrar algo para ti. Y tengo muchos amigos.

—Me gusta mucho mi trabajo.

—No seas embustero; nunca te gustó, muchacho. Tal vez los primeros años, pero después ya no. Por eso nunca pude hacer nada contigo. No lograré olvidar que fuí yo quien te metió en estos asuntos. Por eso has tardado cinco días en venir a verme.

—¿Qué hubieras hecho conmigo?

—Pude haberte dado dos cosas en estos días, pero tú sólo querías una.

Tiró su libro a un rincón y alargó una mano para alcanzar el vaso. Luego, siguió diciendo:

—Lealtad y amor, eso te habría dado. —Al beber, la enorme garganta palpitaba con fuerza.

—A veces me consuelo con la idea de que a ti nunca te gustaron las rubias. En aquellos tiempos, los diez años de diferencia entre nosotros pasaban desapercibidos... Sin embargo, aquí estás de nuevo y todavía no has decidido jubilarte.

—Ahora estoy trabajando para Gevlin Fréres; un empleo mal pagado.

—Juraste que no volverías con ellos después de aquel asunto en Roma.

—Esto de ahora es una cosa decente.

—Siempre juegan con dos barajas.

—No he dejado de odiarlos, pero necesito comer.

—Aquí tienes alimentos suficientes, querido. —Al pronunciar sus últimas palabras, la mujer sacudió sus rizos con coquetería y el grosor de su cuello apareció horrible y fascinante al mismo tiempo.

Mercer cerró los ojos momentáneamente para pensar tan sólo en su lealtad y afecto por ella.

—¿Sabes algo de una muchacha llamada Adriana Medova, que trabaja en el Palacio Boria?

—Nada. ¿Necesitas algún informe?

Se quedó titubeando y ella sabía por qué. No quería que se supiera nada de Adriana. Repitió como un eco:

—Sí. Tengo que comer.

—Lo averiguaré.

—Gracias.

—¿Quieres algo más —exclamó Rosa— o saco la baraja?

—Eso es todo, excepto que me resulta agradable estar contigo otra vez. —Alzó la copa y brindó por ella.

—¡Ah, querido, querido! ¡Pudo haber sido magnífico haber estado siempre juntos!

La mujer extrajo un juego de cartas de debajo de la colcha y mientras ella las barajaba, Mercer dijo rápidamente:

—Hay algo más.

—No me sorprende.

—Si tuvieras necesidad de un par de matones que llegaran hasta lo inimaginable por ti, ¿a quién escogerías?

Rosa dejó de barajar las cartas y lo observó con fijeza.

—¿No dijiste que este era un trabajo decente?

—Y lo es, pero esta es solamente una pregunta teórica.

—Pues mira, estamos en Venecia. No sería difícil hacer una lista de personas con instintos del siglo dieciséis. Se lo preguntaré a Bernardo.

—¿Quién es ese tipo?

—Un abogado honrado, pero con mala clientela. Bebe mucho. Es el hombre en quien finalmente han venido a descargar mis afectos. No tardará en llegar.

—¿Es de confianza?

—Si le ordenase ponerse de cabeza en lo alto de la torre de San Marcos, lo haría sin vacilar.

Comenzó a repartir las cartas, y mientras jugaban, Mercer recordó aquellas otras ocasiones en que se habían sentado juntos como ahora para pasar el tiempo con ese mismo juego. La vió por primera vez cuando él era un jovencito de escasos dieciséis años. En esos días, ella era una mujer alta y fuerte, cuyo principal capricho consistía en alborotarle los cabellos, acariciarlo y después abandonarlo lanzando una carajada picaresca. Cuatro años más tarde, cuando debido a su conocimiento de idiomas fué empleado como guía de turistas por una agencia de viajes en París, la encontró y aprendió de ella una profesión nueva. Pero desde ese momento, ella tuvo que esperar las caricias del hombre amado.

Se conocían perfectamente, habían trabajado juntos con mucha frecuencia y esperado jugando a la baraja, cada vez que se dejaba sentir la monotonía del tiempo. Inmediatamente después del asunto de Roma, ella se había retirado y aquí la tenía ahora convertida en una mujer fuerte y gruesa que le hacía sentirse cual un joven escolar; una mujer cuya obesidad bonachona y cuyos suspiros al recordar el pasado le hubieran molestado si no fuera porque ese pasado le había enseñado tanto de sus verdaderas cualidades... Le dirigió una mirada cariñosa al tomar una carta.

—Tu madre nunca debió haberse casado con un inglés. Tal vez de esa manera hubiese tenido yo una oportunidad —dijo ella.

Allá en el recibidor, sonó un timbre.

—Es Bernardo. Empuja el botón para que pueda entrar.

Apareció el abogado y se inclinó para besarle una mano a Rosa, murmurando algunas palabras de saludo. Era un hombre maduro, de baja estatura, cuyo cabello principiaba a encanecer y tenía los hombros caídos; de maneras afables, pero muy alerta, y con la cara despejada e impaciente, cubierta de venas muy visibles, debido al exceso de licor.

Volviéndose con aire interrogador hacia Mercer, dejó caer al suelo un salchichón envuelto en papel. Mercer lo recogió, y Rosa hizo al fin las presentaciones diciendo:

—Ya te he contado todo lo que tuve con él hace años, Bernardo. La madre de Mercer era una artista francesa y su padre un negociante en maíz, pero todo eso ya pasó.

—Hablas como un oráculo. Eres tú quien debiera contestar tus propias adivinanzas, *cara*^[12].

Tomó asiento y se sirvió un vaso colmado de *whisky*. Mercer continuó de pie, sin apartar su pensamiento de aquellos ojos despejados, penetrantes e inteligentes que no dejaban de escudriñarlo.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

La pregunta había sido formulada con calma, pero no dejaba lugar a dudas respecto al significado.

—Cerca de veinte minutos —replicó el interpelado, mientras Rosa reía.

—Es celoso, querido, es celoso. —Pero quizá también ella comprendía que su pregunta no era motivada ahora por los celos.

—¿Ha venido por negocios, o por qué otra cosa?

Mercer se movió nervioso. El abogado sonreía amistosamente, más se advertía algo de rudeza en el aspecto mísero de aquel hombre.

—Por negocios.

Bernardo se inclinó para recoger las cartas que estaban dispersas y las estuvo poniendo en orden. Después, alargó una mano y acarició un muslo de Rosa por debajo de la colcha.

—Traje el salchichón, pero tenemos que conseguir una botella de Orvieto, para celebrarlo. ¿Hay alguien más en casa?

—Enciéndeme un cigarrillo y di lo que tengas que decir —exclamó Rosa al tiempo que denegaba con la cabeza.

Bernardo hizo lo que la mujer le pedía y le entregó un cigarrillo humeante. A continuación, con un ademán de cabeza, señaló a Mercer y manifestó con jovialidad:

—La policía tiene interés por alguien de esta casa. Rosa no es, desde luego. Ella ya pagó todas sus cuentas y trabaja ahora decentemente. Tampoco soy yo, porque conozco mucho de leyes y, como quiera que sea, ellos no ignoran que deben proceder conmigo en forma distinta. Así es que debe ser usted.

—Estoy en Venecia por cuestión de negocios, y nada más.

Rosa los observaba con la picardía retratada en el semblante.

—No te diré nada que no me hubiera dicho a mí, Bernardo; solamente habla de negocios, pero quiere una lista de los matones profesionales que hay en la ciudad.

—Uno de estos días se la dejaré a Rosa, pero creo que los encontrará demasiado caros, o tal vez sea que todo ha subido de precio en esta época que vivimos.

—No intento alquilar a ninguno de esos tipos —exclamó Mercer pasando un dedo sobre el polvo que cubría la chimenea. Seguidamente, preguntó—: ¿Cómo sabe usted que la policía está interesada en mi persona?

—Mire lo que hay allá afuera —le respondió Bernardo señalando hacia la ventana con un movimiento de cabeza—. Cuando entré, él se hallaba protegido por la sombra a orillas del Canal, fingiendo que contemplaba la fábrica de muebles que hay en el lado opuesto.

Vació su vaso y empujó la botella para ver cuánto vino quedaba en ella, antes de servirse otro trago. Luego, siguió hablando:

—He vivido mucho en esta ciudad. Los conozco a todos ellos, naturalmente, a pesar de que los cambian de vez en cuando. Ese es un fotógrafo callejero..., usted ya sabe..., instantáneas en el momento en que uno tiene la boca llena de helado... Ha estado ya aquí algún tiempo, así es que pronto le pagarán para que se vaya, o lo enviarán a otra provincia. Mírelo bien cuando salga. Es un hombre de buen aspecto, lleva bigote y su nombre es Cassana.

—Muchas gracias por el informe.

—No hay de qué. ¿Piensa usted irse ahora?

—No, el saber esperar forma parte de mi trabajo —contestó Mercer riendo, al tiempo que volvía a sentarse—. Estoy aquí por un negocio lícito. No me importa lo que pueda pensar la policía. Por de pronto, estoy descansando... Denme cartas, después salchichón y vino de Orvieto.

Rosa se movió con aire de satisfacción.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó—. Creí que lo tomarías como una excusa para marcharte. Estaba segura de que nos dejarías, pero según parece había menospreciado todo el valor de aquel negociante en maíz. ¿Cómo te llevabas con tu padre?

—No tuve ocasión de llevarme ni bien, ni mal. Murió cuando yo tenía tres años.

—Quisiera que el mío hubiese muerto cuando yo tenía esa edad, pero vivió hasta los ochenta y era una fuente de indiscreción constante y de gastos inagotables. Toma cartas, querido, y no hagas apuestas fuertes, ¿eh?

Un guía que acompañaba a un grupo de turistas franceses, disparó un cartucho sin bala y las palomas alzaron el vuelo súbitamente de la plaza. Trazaban un amplio círculo y ese era un espectáculo familiar, pero Mercer se detuvo para ver revolotear a las aves pasando a poca altura sobre las cabezas de la muchedumbre. Por unos momentos, se embelesó con los destellos de sus alas grises y blancas. En seguida, las palomas tomaron altura y fueron a posarse en las cornisas de los edificios cercanos. De muchacho, había tenido palomas en su casa, y ahora las miraba como conocedor que era.

—Las palomas de San Marcos —dijo una voz a su izquierda—. Ningún turista se va sin haberse retratado con ellas.

Spadoni se hallaba sentado a una de las mesas del *Quadri*, tomando uno de sus acostumbrados cafés. Golpeó la silla que había vacante junto a la suya.

—Venga y acompañeme —dijo—. Quizá me andaba usted buscando.

—Lo siento, pero tengo un compromiso en este momento.

—¿Con Gian Uccello?

—Desgraciadamente, no.

—¡Qué lástima! Un héroe como usted debía recibir su recompensa. Siento que la policía no haya podido ayudarlo.

—Tal vez es que se dedica a perder el tiempo tomando cafés.

Spadoni sonrió y se pasó la enorme mano por los despeinados cabellos.

—¿Cuánto tiempo piensa seguir por aquí? —preguntó.

—Una semana.

—Venga a verme antes de irse.

—No lo olvidaré.

Cuando se retiró, Mercer pensaba en lo que sucedería la siguiente semana. Ya bastante tarde en la noche anterior, había redactado su informe para enviarlo a Gevlin Frères y lo tenía aún en el bolsillo, sin echarlo al correo. Si quería seguir conservando el empleo, tenía que tenerlos informados sobre la marcha del asunto que le tenían encomendado. En otros muchos empleos anteriores, había fracasado precisamente por su manera de comportarse.

Caminó en dirección a la calle de San Giorgio. La parte delantera de la tienda de novedades de Gostini, se encontraba vacía; permaneció en ese sitio un momento, pero impaciente, dió algunos golpes sobre el mostrador. En seguida oyó que alguien tosía en la habitación de atrás. Como Gostini no llegaba, Mercer se aproximó hasta la puerta, con medio cristal, de aquella habitación. Una cortina pequeña cubría los cristales; empujó la puerta, abriéndola. Gostini, con chaleco verde y delantal, hallábase inclinado sobre una mesa dando espalda a la ventana. Mantenía la cabeza a poca altura de una palangana llena de agua caliente y sujetaba una toalla sucia sobre los hombros y la frente, para no dejar escapar los vapores que emanaban del agua. Absorbía el vapor a grandes bocanadas, y la habitación se hallaba impregnada de irritante olor balsámico, de ese bálsamo que componen los frailes. Levantó la toalla para ver quien llegaba y parpadeó con las pestañas cargadas de vapor. Tenía todo el rostro rojo y lustroso. Al reconocer a Mercer, hizo un movimiento de cabeza y exclamó:

—Asma.

—Vine a ver si había más cartas.

—Ni una. —Volvió a inclinar la cabeza y siguió absorbiendo.

—Ya lo veo —replicó Mercer, entrando ya del todo en el cuarto.

Una góndola dió vuelta en el Canal frente a la ventana. La sombra del gondolero se reflejó en la desordenada habitación, y el ronco grito de *¡Premi!*, resonó entre los edificios.

Gostini se secó la cara lentamente con la grasienta toalla y preguntó:

—¿Se le ofrece alguna otra cosa, *signore*?

La luz matutina, al reflejarse sobre las ondas, daba al cuarto un cierto tinte de melancolía.

Mercer sacó de un bolsillo cuatro sobres abiertos y los tiró sobre la mesa que tenía delante. Había casi perdido las esperanzas de averiguar algo, pero siempre sería mejor no olvidar ningún detalle.

—¿Recuerda, esto? —interrogó.

El hombre avanzó moviendo la cabeza y rascándose los mechones encanecidos que le caían sobre una oreja.

—Todas dirigidas a mí.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó Gostini.

—Fíjese en la manera como fueron cerradas.

Sin saber qué responder de momento, Gostini comenzó a toser obligado por la presión espasmódica del ancho cuello.

—No comprendo lo que insinúa, *signore* —acabó respondiendo.

—Cuando se abre un sobre al vapor del agua, el borde de él siempre se contrae un poco, y eso se nota cuando vuelve a cerrarse.

—¿Quiere decir que alguien ha estado abriendo sus cartas, *signore*?

La entonación de su voz daba a entender que se hallaba levemente indignado, como si el anciano verdaderamente sintiera lo que estaba diciendo.

—No disimule, Gostini. Usted es el único que pudo abrirlas —exclamó sonriente Mercer.

—Pero, *signore*. ¿Cómo puede usted imaginar tal cosa?

—Ahorre la palabrería inútil, Gostini —repuso Mercer indignado. Luego, lentamente, se acercó a la ventana y volvió la espalda al hombre. ¿Qué puedo hacer?, pensaba. No habría seguramente manera de hacerlo hablar. Ya tuvo ocasión de conocer a otras gentes en situaciones similares y había resuelto éstas apelando a la fuerza; pero la idea de golpear al viejo Gostini, le repugnaba. Dió media vuelta de repente y dijo de improviso:

—Usted sabe que le pagué, y bien. Todo lo que tiene que hacer, es decirme por qué o por quién lo hizo. Yo no diré nada.

Entonces, vió aparecer en el rostro del anciano los síntomas de la lucha que allá en su interior estaban librando la codicia y la mentira, petrificando su cuerpo y señalándose esta lucha con mayor claridad en la comisura de los labios y el abstraído mirar.

Gostini permanecía silencioso y pensativo. Mercer, por su parte, no hacía movimiento alguno, sabiendo que ésa era la mejor actitud que podía adoptar. Limitábase a observar el vapor que subía de la palangana.

Repentinamente, Gostini, encogiéndose de hombros, exclamó:

—No sé de qué me está hablando, *signore*. Yo no abrí sus cartas; eso es todo.

Mercer ya no ocultaba su indignación, ni tenía por qué hacerlo en aquella habitación y frente al individuo que lo contemplaba de hito en hito.

—Ofrecí pagarle, Gostini, porque soy un hombre razonable; pero tal vez habré de recurrir a otros medios para hacerlo hablar.

Se fué hacia él con aire amenazador y vió que el temor se apoderaba del hombre, y vió también las abultadas líneas sanguíneas en sus ojos azules e inyectados en sangre; pero, sin embargo, seguía manteniéndose firme, hasta que, asustado, gritó en tono de angustiada desesperación:

—Le juro que nunca abrí esas cartas. Usted no puede venir aquí y tratarme de esa manera.

Inició un movimiento para marcharse, pero Mercer extendió el brazo y lo detuvo.

—Usted es un farsante. Usted las abrió. ¿Por qué tiene tanto interés por Gian Uccello?

Gostini retrocedió hasta la pared, con los ojos parpadeando nerviosamente.

—No sé a qué se refiere... ¡Dios mío! Créame, *signore*, no sé nada de esas cartas.

Mercer se quedó quieto sabiendo que nada lograría, pues cualquier sentimiento de miedo que pudiera infundirle cualquier soborno que le ofreciera, sería igualado —tal vez ya lo habían sido— por personas más poderosas que él. Oyó abrirse la puerta y cuando iba a volverse, una voz exclamó:

—Desde luego, está mintiendo, pero él no tiene la culpa.

Dos hombres desconocidos permanecían junto a la entrada. El más alto lo miraba con interés placentero desde detrás de unos lentes con montura de carey y tocándose con los dedos la corbata de lazo jaspeada de manchas blancas y rojas. Su compañero mantenía a su lado, con la boca abierta y una sonrisa canina que le hacía mostrar toda una fila de dientes de pro, frotándose, al mismo tiempo, con suavidad las grandes manos rojas. El primero de los recién llegados cruzó la habitación en dirección a la mesa y tomó asiento.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó Mercer, viendo que el hombre tomaba las cartas que estaban sobre la mesa.

—Me llaman Guffo “el Gorila”, y ese que está en la puerta es Moretto

—Dígame, ¿cómo sabe que ese tipo está mintiendo? —volvió a preguntar Mercer en tanto que Gostini se retiraba para ir a llenar un vaso de agua. Guffo, sentado, lo observaba a través de sus lentes y daba la impresión de ser un búho. La serenidad de ese hombre, hizo que Mercer se pusiera en guardia. Oculta bajo esa quietud, aguardaba la fuerza que tan sólo espera el momento oportuno para entrar en acción. Ya había encontrado otros hombres de esa clase anteriormente, e ignoraba cuál sería la provocación que pudiese hacerlo estallar.

Gostini avanzó un paso con ansiedad.

—Guffo, yo no...

—Cállate la boca.

El viejo se retiró. Guffo volvió las cartas que tenía en la mano, con curiosidad.

—¿Son estas las cartas? —preguntó.

—Sí —replicó Mercer aproximándose, arrebatándoselas y metiéndolas en un bolsillo.

Moretto hizo un ademán significativo, pero el otro, con un gesto, le ordenó contenerse.

—Las cartas son tuyas —arguyó a manera de explicación.

—Todavía estoy esperando saber por qué las abrieron.

—Ya lo sabrá, *signore* Mercer. ¿Inglés, no?

—Sí. —Presentía que Guffo había decidido no alterarse por nada, aquella mañana.

—Esta es una dirección de conveniencia, *signore* —prosiguió—. La gente que hace eso, es generalmente porque tiene algo que ocultar, y Gostini es demasiado curioso. De vez en cuando, abre alguna carta. Si está de suerte, pues se gana algún dinero.

—¿Chantaje?

—Esa es una palabra muy dura para usarla contra un pobre anciano —le repuso Guffo encogiéndose de hombros—. Yo lo conozco hace ya muchos años, y fíjese en que no ha podido enriquecerse. —Mientras hablaba, indicaba la destartalada habitación.

Pudiera ser, pensó Mercer, que Guffo le estuviese diciendo la verdad. Una dirección de conveniencia ofrecía muchas oportunidades para el chantaje; pero él conocía los sentimientos encontrados que perturban las profundidades del alma humana para aceptar lo que muestra la superficie, sin reserva alguna. Guffo le había dado una explicación franca, pero con el aspecto del hombre que suelta un chiste malicioso. También Gostini quería decirle algo a Guffo, pero lo hicieron callar. Era muy probable que “El Gorila” participara en aquellas actividades del chantaje. Con ese pensamiento, Mercer dió por sentados otros hechos: a Boldesca lo habían asesinado cuando iba a una cita, que probablemente no habría mencionado a nadie. Guffo, suponiendo que trabajase de acuerdo con Gostini, sabía lo referente a esa cita. Sería una coincidencia que Guffo hubiese entrado en esta habitación tan oportunamente. Todo eso era lo que con cierta lógica pensaba Mercer, y también se le ocurrió que “El Gorila” pudiera saber algo referente a Uccello. Por eso, pesando las palabras, preguntó:

—¿Oyó lo que le estaba diciendo a Gostini sobre Gian Uccello?

—¡Naturalmente, *signore*!

En ese momento, alguien entró en la tienda y golpeó con fuerza sobre el mostrador. Gostini, dirigiendo una mirada interrogadora a Guffo, salió contento de dejarlos siquiera fuese por un momento.

Entretanto, Mercer acercóse a la venta para acodarse en la balaustrada de piedra.

Bajo los rayos del sol, el agua tenía ese brillo acerado de las espadas bien pulidas. Cerca de las gradas del edificio, un pilote rayado de azul y amarillo, se inclinaba como un ebrio sobre el Canal. Una mujer tiró un bote de basura por una ventana y al caer interrumpió los reflejos del agua.

—Estoy tratando de encontrarlo, y no me resulta muy sencillo —dijo en voz alta.

Guffo se le acercó y acomodóse junto a él arrojando el humo de su cigarrillo contra la cerrada ventana, para que ascendiera empañando los pequeños cristales.

—Moretto y yo acostumbramos tomar una copa todas las mañanas a estas horas. ¿Por qué no nos acompaña? Quizá pudiésemos ayudarlo.

No veía al hombre, pero oía su voz y pensaba en la poca sinceridad de la oferta. Posiblemente, Guffo sabía algo... Dió media vuelta. El hombre tenía los brazos cruzados sobre su traje gris a rayas rojas y examinaba atentamente la ceniza de la punta de su cigarrillo. Moretto permanecía en pie detrás de él, con la cabeza inclinada hacia adelante, mientras se frotaba las piernas enfundadas en el ajustado pantalón.

—Está bien. Vamos —respondió Mercer asintiendo con la cabeza.

Cinco minutos más tarde, los tres hombres se hallaban sentados alrededor de una mesa en uno de esos cafés que hay en las pequeñas plazas cercanas a San Marcos. Cuando el camarero hubo servido las copas, “El Gorila” preguntó:

—¿Por qué busca usted a ese Gian Uccello?

—Le prestó un gran servicio a un norteamericano durante la guerra y ahora quieren darle una gratificación.

—¿Generosa?

—Ya le dije que se trata de un norteamericano.

—Pero usted no puede encontrarlo.

—No. Me parece que no voy a conseguirlo.

—Y entonces, ¿qué?

—Pues tendré que buscarme otro empleo.

—Podiera ser que hiciéramos negocio para evitarle la molestia de tener que hacer eso —expuso Guffo, después de haber permanecido silencioso un momento—. Mire usted, *signore*. —Se inclinó hacia adelante, frotando la copa entre las palmas de las manos—. Podríamos encontrar alguna mujer que fingiera ser su viuda, decir que había muerto, arreglar los papeles, tenerlo todo en orden y cobrar. La muchacha no pediría mucho, y el resto nos lo dividiríamos entre nosotros.

Mercer se echó a reír. La proposición resultaba enteramente inesperada, pero no cabía duda que era sincera.

—No, gracias —contestó.

—¿Por qué no? —insistió Guffo—. ¿Tiene usted tanto dinero que puede permitirse el lujo de perder una Oportunidad tan excelente como ésta?

—Tendría yo que tener mucho menos del que tengo ahora para hacer lo que me está proponiendo.

—Si usted no encuentra a la persona que busca, el americano se decepcionará —explicó Guffo moviendo tristemente la cabeza—. Pero, si me hace caso, todos podemos ser felices. Eso es, sencillamente, sentido común.

Mercer se lo quedó mirando. El antagonismo que le había inspirado aquel hombre cuando se presentó en la habitación de Gostini, no existía ya. Podría reavivarse, mas por el momento carecía de importancia.

—Prefiero que me diga todo lo que realmente sepa de Uccello —dijo.

—Nada. Eso sólo es un nombre para mí.

—Un nombre para el cual me agradecería encontrar un domicilio. Si usted pudiese ayudarme, se le pagaría espléndidamente.

Terminó de beber su copa y al levantarse para dejarlos, oyó una voz procedente de la acera:

—*Momento, signore... Ah, va bene! Beníssimo!*^[13]

Un fotógrafo callejero estaba medio sentado frente al grupo con su “Leica” a la altura de los ojos. Mercer reconoció a Cassana. El hombre hizo un movimiento de cabeza y dejó una tarjeta sobre la mesa.

—... A cualquier hora entre las diez y las cuatro, en la dirección que lleva la tarjeta. Un grupo distinguido, *signore*. Gracias.

—¡Fuera de aquí! Esas cosas me ponen nervioso —exclamó Moretto al tiempo que arrojaba la tarjeta y hacía ademán de lanzarse sobre Cassana que, sonriente y con una reverencia burlona, se encaminaba a las demás mesas.

—Moretto no tolera ni siquiera verse en el espejo cuando se está afeitando —dijo Guffo, y en seguida, a manera de despedida, exclamó—: Piénselo, *signore*. Es un buen negocio.

—Pero no de los que yo acostumbro hacer.

Mientras Mercer caminaba rumbo a la plaza, “El Gorila” lo observaba. Moretto apuró el resto de cinzano que le quedaba en la copa y dijo con impaciencia:

—No me gusta eso. ¿Por qué hablaste con él de esa manera?

—Porque los negocios son los negocios, de cualquiera parte que vengan, y quizá porque no me gusta que me traten como un perro por un error que otro también pudo haber cometido. Cuando no se le dice a uno lo que está sucediendo, y ni siquiera se sabe por qué o por quién hay que matar a un hombre, siempre es bueno mantener un ojo abierto para negociar aunque sea con el enemigo.

La oficina situada a la entrada del palacio Boria, aparecía desierta.

El vestíbulo se hallaba iluminado por la poca luz que despedía una lámpara, y en contraste con la que llegaba de la galería, precisamente al principio de las escaleras, el lugar era una laguna de tinieblas.

Por el valor de una copa en un café del Campo Boria, Mercer había averiguado que el nombre de la persona que atendía la entrada a la galería era Minelli, que la niña llamada Ninetta, era su sobrina.

Esperó a que apareciese Minelli. Cuando supo la muerte de Boldesca, pensó que sería oportuno regresar al Palacio Boria. Tal vez no ganase mucho preocupándose por ello, pero tenía curiosidad por saber cómo explicarían la ausencia de Boldesca, y puesto que al mencionar el nombre de Uccello en el taller solamente había logrado una respuesta sin sentido, pensó probar con Minelli. Tenía el presentimiento de que en algún lugar de aquel palacio estaba la solución para su problema, si ataba con paciencia los pequeños cabos sueltos. Y había que hacerlo, pues ese era su trabajo.

Cruzó por detrás del escritorio y abrió, empujando la puertecilla. Una estrecha escalera conducía al sótano del palacio; bajó lentamente hasta un pequeño corredor. Enfrente, había una puerta abierta y la luz que pasaba por ella, producía largas sombras en la gastada superficie de las anchas losas que pavimentaban el corredor.

Deteniéndose en el umbral de la puerta, vió un cuarto grande y ordenado, una mesa cubierta con tapete verde, un sofá de cuero, sillas de madera y una mecedora de mimbre frente a la estufa apagada. De las paredes colgaban diversas fotografías, que eran otros tantos grupos familiares, y encima de una puerta, al fondo, había una *madonna* de yeso, en colores azul y blanco, colocada en un nicho adornado con un vaso de flores, y a los lados, unos retablos votivos.

Ninetta se hallaba sentada en la mecedora desnudando a una muñeca, y el perrito, que estaba acomodado en el interior de una canasta junto a la niña, miró a Mercer con ojos redondos y solemnes, sin sorprenderse, mientras la chiquilla lo saludaba:

—*Buona sera, signore*^[14]— dijo ella sonriendo.

Bajó la cabeza y siguió tirando con sus delicados dedos de la cinta del chalequito que lucía la muñeca. A Mercer le gustaban los niños y quería que ellos lo aceptasen como uno más, pero siempre le resultaba difícil penetrar y comprender el complicado mundo de los pequeñuelos.

—Traigo algo para ti —dijo a la niña, y dirigiéndose a ella, sacó un paquete de almendras revestidas de azúcar, rosas y azules, envueltas en papel transparente.

Ninetta tomó el paquete que le ofrecían, levantó una mano y poniéndolo cuidadosamente sobre su falda junto a la muñeca, dijo:

—Gracias. ¿Las compraste para mí?

—¡Claro! ¿No te gustan los dulces?

—Mucho, pero prefiero los chocolates.

—Eso será otro día —explicó Mercer riendo y arrodillándose junto a ella para observarla en su tarea de desnudar a la muñeca. Ninetta volvió la cabeza hacia donde él estaba, y la solemne expresión de su carita se trocó en una agradable sonrisa, tolerante y franca.

—Me gusta que me observes —exclamó ella—, pero yo creo que no estás verdaderamente interesado en lo que yo hago.

A una mujer pudo haberle respondido, pero con la niña se sintió azorado.

—¿Cómo se llama tu muñeca?

La alzó un poco para que le viera bien la cara y lo corrigió diciendo:

—Es hombre.

—Está bien, Ninetta, está bien; pero dime cómo se llama.

—Beppo, y se ha portado muy mal. Cayó al Canal y por poco se lo come un pez. Ahora le va a dar un resfriado y se va a morir.

Algo se movió en la puerta del fondo. Minelli estaba allí de pie.

—Ninetta y sus cuentos —explicó—. No la tome muy en serio, *signore*. Esta noche, tal vez muera el muñeco, pero mañana estará vivo otra vez y yo volveré a tropezármelo por las escaleras.

Había tomado su presencia allí con toda naturalidad, con la compostura de un sirviente acostumbrado a no hacer preguntas, y con la cordialidad de un hombre que gusta de la compañía de sus semejantes.

—Mi nombre es Mercer, y ayer estuve también aquí.

—Ya lo recuerdo, *signore*.

—No lo encontré a usted arriba. Vine a preguntar si Boldesca había regresado ya.

—Yo estaba en el patio dando de comer a las palomas y a los conejos. Juzgando por lo que comen, podría afirmarse que todos los conejos del mundo han nacido en Nápoles.

Riendo de su ocurrencia, se dirigió a un aparador y sacó una botella y dos vasos. Levantó la primera diciendo:

—Tendría mucho gusto...

—Gracias.

—Es coñac Buton, de Bolonia —manifestó Minelli, al ponerla sobre la mesa—. Mi hermana y su esposo viven en los arrabales, y cuando vienen a visitarme me traen tres botellas. Nunca más, pero tampoco menos.

—Cuando yo era chico, me dedicaba a criar palomas, en su mayoría “tumblers” y “checkers”.

—Venga usted un día cuando el tiempo se halle despejado para que vea las que tengo. Es muy difícil mantener una raza pura aquí. Les doy sus pequeñas lecciones de eugenesia y les quiero hacer comprender los peligros de la Plaza de San Marcos, antes de soltarlas, pero algunas son todavía muy indiscretas. —Y el hombre rió mostrando su blanca dentadura. Cuando terminaron de beber su copa, Mercer soltó la pregunta que le bailaba en la cabeza:

—¿Y Boldesca?

—No ha regresado aún; tal vez en esta ocasión se haya ido para siempre. Si fuera así, yo tendría que buscar un nuevo inquilino.

—¿Tiene huéspedes aquí?

—Sí, *signore*. Todo este sótano completo es mío, y hay más habitaciones de las que puedo utilizar.

—Pues siento que Boldesca no esté de vuelta, porque necesito ponerme en contacto con un amigo suyo, pero no conozco la dirección.

Mientras iba hablando, no dejaba de observar a Minelli, que estaba tratando de levantar con la uña la etiqueta de la botella de coñac.

—¿Puedo ayudarle en algo, *signore*? Conozco a algunos de los amigos de Boldesca.

—Es posible. Uno de ellos se llama Gian Uccello.

—¿Gian Uccello? No, nunca he oído hablar de él. —Minelli repitió el nombre pensativamente y sacudió la cabeza.

Mercer comprendió que nada tenía que hacer allí. El hombre podía estar mintiéndole, o diciendo la verdad...

—¡Qué lástima! Habré de esperar hasta que regrese.

—Siento no poder servirlo, *signore*.

Mientras hablaban, Ninetta, absorta con su muñeco, no les ponía atención. Por Minelli, Mercer supo algo de las tres mujeres que había visto en el palacio. Eran todas hermanas. Adriana Medova y la más joven, María Pía Medova, no se habían casado aún, pero la mayor, llamada Luisa Orlando, tenía un esposo paralítico y vivía junto con él y con su hermana María Pía. Adriana vivía sola en su casa. Todas eran tejedoras expertas, y Adriana, de quien Minelli se expresaba con gran respeto, era una artista a quien, en buena parte, se debía el prestigio de que gozaban los tapices Boria. Ellas no eran de Venecia, sino de algún lugar al sur de Italia. Se habían trasladado a la Ciudad de los Canales, poco antes de la guerra. El palacio y el negocio pertenecían al Conde Boria, cuya familia venía habitando en Venecia desde antes de que San Marcos fuera edificado.

Mientras hablaban, entró un hombre por la misma puertecilla que usara antes Minelli. Vestía uniforme de marino, era alto y erguido y sonreía con expresión arrogante. Con la cabeza, hizo un saludo a Minelli, y lanzó a Mercer una mirada ligera y curiosa. Después, salió al corredor.

—Es el Teniente Longo, uno de mis huéspedes —explicó Minelli.

Cuando Mercer se levantó para irse, el hombre salió con él, diciendo:

—Ya son casi las siete. Todos se marcharán ahora y debo hacer mi inspección acostumbrada, antes de cerrar.

Cuando llegaban al vestíbulo, oyeron ruido de pasos en las grandes escaleras. Adriana y María Pía, bajaban. La más joven llevaba un fardo con ropa bajo el brazo y una bolsa de paja tejida colgaba de su mano derecha. Venía mirando hacia atrás y hablando con su hermana.

—Buenas noches —dijo Mercer, y el saludo hizo que la muchacha volviese la cabeza.

En su rostro se reflejó la sorpresa que experimentaba. La bolsa de compras se le cayó al suelo, abriéndose y regando los escalones con verduras de todas clases y pequeños paquetes.

—Permítame —dijo Mercer adelantándose y principiando a recoger cebollas y paquetes. La muchacha se inclinó al mismo tiempo que él, ocultando la cara mientras lo ayudaba. Le quitó la bolsa cuando estuvo llena y se alzó diciendo:

—Gracias, *signore*.

—¿Me permiten que las ayude? Van ustedes muy cargadas. —Miraba a Adriana, cargada con varios libros bajo el brazo, que también lo estaba observando.

—No, no, yo puedo llevar mi bolsa. —El tono de la joven era insolente y un poco apresurado.

—Eso no, María. Debemos agradecer la ayuda del señor Mercer —arguyó su hermana. En seguida, bajó algunos peldaños hasta situarse en el mismo nivel en que él se hallaba—. Un italiano no sería capaz de cargar con una bolsa de compras... pero si al señor Mercer no le molesta... —siguió diciendo.

—Caminaré entre las dos, y así no lo notará nadie. Eso me evitará el abochornarme.

Cruzó el vestíbulo, y al pasar junto a Minelli, que sujetaba la puerta para que pulieran salir cómodamente, dijo:

—Buenas noches.

—No vamos muy lejos. —La joven hablaba sin mirarlo cuando cruzaban la plaza, pero él se daba cuenta de la excitación que la embargaba. Ya no era para ella una sorpresa, sino un placer, el encontrarse envuelta en una situación tan inesperada.

—Debo prevenirle —dijo Adriana, mientras se encaminaban a la iluminada Calle Larga— que María le preguntará dentro de un momento si conoce usted a alguien que se llama Brown y vive en Burton-on-Trent. Era un sargento que estuvo hospedado en su casa durante la guerra. Acostumbraba a obsequiarla con su ración de chocolate, porque María le recordaba a su hija.

—Nunca he estado en Burton-on-Trent. Raras veces permanezco en Inglaterra.

—De todas maneras, él me escribe —dijo María—, y el año que viene piensa traer a su familia a pasear por Italia. Me gustaría ir algún día a Inglaterra. ¿Es cierto que allá hace mucho frío y que hay niebla, *signore*?

María Pía continuó menudeando sus preguntas, que Mercer contestaba como mejor le daba Dios a entender. De cuando en cuando, volvía a mirar a Adriana que, con semblante afable y sonriente, lo miraba también. Le hubiese gustado hablar con ella, pero la hermana lo obligaba a prestarle toda su atención... Llena de gracia y de simpatía, lo hacía blanco de todas las nuevas armas del arsenal de su juventud, pero Mercer sólo pensaba en Adriana, qué caminaba junto a él. No sabía qué había en aquella mujer que tanto le interesaba y que le hacía sentir una emoción tan extraña.

La casa de la hermana mayor, la señora Orlindo, era un departamento situado en una planta baja, cerca del Campo San Angelo. Al llegar allí, Mercer titubeó un poco y pensó entregar la bolsa y despedirse, pero Adriana le dijo con calma:

—Ayudándonos a traer la bolsa se ha ganado usted un vaso de vino, si usted gusta...

Contentísimo con la invitación, Mercer entró en la sala de la casa, y allí le presentaron al *signore* Orlindo, cuñado de Adriana, un hombre maduro que se hallaba sentado en una silla de ruedas colocada próxima a la ventana.

Recibió a Mercer como si se tratase de un viejo conocido, sin gastar cumplidos con él. Hizo una seña a María para que fuese a ayudar a su esposa, que se hallaba por alguna de las habitaciones interiores, al tiempo que ordeñaba a Adriana que les sirviera un poco de vino. Ella dejó caer sobre las piernas del inválido los libros que traía, y aquél les lanzó una ojeada antes de colocarlos encima de algunos otros que tenía a su alcance, en el alféizar de la ventana. Sus modales eran bruscos, pero daba la impresión de que tras ellos se ocultaba un irresistible buen humor. Su voz tenía gracia y cierta fuerza de convicción. Hizo girar su silla y la condujo hasta aproximarla a la mesa, para beber el vino que les habían servido.

—Si alguna vez sufre de parálisis en las piernas, y hay cosas peores, *signore*, pues muchas personas sufren paralización de la mente y no lo saben, procure que no lo ataque en Venecia. Le dan una silla de ruedas, pero ¿Para qué le sirve en esta ciudad? A cada paso hay un puente o una escalera. A mí, no siendo que me acomoden en una góndola, no puedo salir de este encierro en el Campo San Angelo. *Cara* Adriana, ¿por qué nos sirves estas cosas? Trae la otra botella. ¿Cuál es su opinión política, *signore*?

—La verdad, es que creo no tener ninguna.

Adriana estaba ahora llenando los vasos de nuevo.

—Pues a su edad, ya debería tenerla. En cuanto a mí, los años no cuentan, pues un inválido es un anciano.

—Vas a asustar al señor Mercer, obligándolo a marcharse, si continuas hablando de esa manera —comentó Adriana, llamando la atención a su cuñado.

—Tonterías. Estoy seguro de que él sabe conocer a un hombre honrado y a un buen vino, cuando los encuentra —contestó, y volviéndose a Mercer prosiguió—: Ustedes los ingleses, nunca tienen opinión política: sólo excitación cuando se aproximan las elecciones. En Italia, todos somos políticos consumados, seguros de la

verdad de nuestras propias convicciones. Por eso siempre vivimos aquí en un caos. Algún día, cuando no tengamos aquí ninguna mujer que nos interrumpa, venga usted y se lo explicaré. Deja ya de reír, Adriana, y cuéntame cómo conociste a este señor.

—Llegó a la galería para ver algunas cosas y nos ofreció muy gentilmente su ayuda para traer todas nuestras cosas que habíamos comprado en el mercado.

—¡Galantería! Eso no tiene más importancia que las plumas de un pavo real o las muecas de un mono. ¿Quién de las dos lo atrajo, *signore*? ¿Adriana o María Pía?

Y al acabar de decir sus últimas palabras, dejó caer su mano sobre la de Adriana, que estaba junto a él, y le dió un cariñoso apretón. La muchacha levantó la que le quedaba libre y acarició la cabeza del paralítico. Mercer sonrió y antes de que pudiera contestar, Orlino continuó diciendo:

—Tómese otra copa de vino y dígame cuál mueble falsificado piensa comprarle a ese timador llamado el Conde Boria.

—No voy a comprar nada, solamente me llevó allí mi curiosidad.

—Eso ya es otra cosa.

Hablaba con cierta impetuosidad llena de buen humor, moviendo su silla en el reducido espacio de la habitación, inclinando la cabeza de cuando en cuando, y observando a Mercer por debajo de las cejas espesas, cual si tratase de estudiar el efecto que en él hacían sus impertinentes declaraciones.

En cuanto a Mercer, daba la impresión de desasosiego, buscando continuamente un medio para cambiar de conversación o el hilo de sus pensamientos, pero parecía un ave enjaulada y resignada con su prisión.

Mientras hablaban, la signora Orlino, una mujer alta y demacrada, a quien Mercer había visto ya detrás de un telar del palacio, entró a poner la mesa para la cena. Se levantó para despedirse, pero Orlino le detuvo con una invitación que casi resultaba una orden, para que los acompañase a cenar. Vaciló momentáneamente, pero miró a Adriana y captó un ligerísimo movimiento de su cabeza, una señal tan sutil, que casi se estableció entre ellos una agradable conspiración.

Orlino estuvo de excelente humor durante toda la cena. Hizo que todos bebieran más vino del que es prudente, y se advertía con claridad que la presencia de Mercer lo había excitado, rompiendo aquella pesada monotonía de su soledad, incrustado todo el día en su silla de ruedas.

Mercer no recordaba lo que comieron, ni la causa que motivó tanta risa.

Ese agradable episodio había consistido únicamente en sencillos chistes familiares. La signora Orlino hablaba poco, sin alzar la vista de su plato y su vaso; sólo de vez en cuando movía la cabeza, si el marido se arriesgaba a usar alguna palabra gruesa. María Pía, en cambio, hablaba constantemente, y Adriana, sentada a su lado, reía con Orlino. Era ella quien verdaderamente le interesaba a Mercer. Su cuerpo tan unido al suyo cuando se movía, y aquel brazo que le tocaba de continuo... Todo ello lo conmovía de tal forma, que no podía apartar la vista de la muchacha... Sabía que esa habitación, esa gente, representaban para él algo que le faltaba desde

mucho tiempo atrás: un grupo en el cual no fuese un extraño... Y aquí, también había encontrado una mujer que despertaba en él un antiguo sueño. No tenía fuerza para negarse a sí mismo la esperanza de que tal vez se le presentaría la oportunidad de llevar una relación más estrecha e íntima. Contribuía a exaltar estas ilusiones la actitud de Adriana, que tenía en cada movimiento de sus manos, al atenderlo en la mesa, pequeños, pero expresivos indicios de una posible reciprocidad. El hombre carece de armas con las cuales defenderse contra el hambre de su propia imaginación.

Al despedirse Mercer, Orlindo le hizo prometer que vendría a visitarlos otro día. En seguida, movió su silla hasta la puerta, abriéndola con cierto ademán que denotaba casi un honor, y dijo:

—Venga por aquí alguna tarde, cuando las mujeres estén en su trabajo.

—Yo me voy también —exclamó Adriana, tomando su abrigo.

Salieron juntos y echaron a andar por la calle que conduce al *Teatro Fenice*.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Mercer.

—Fué durante la guerra. Un trozo de obús que lo hirió en la espalda. —Ella se detuvo al borde de las escalinatas del Canal. Ya había oscurecido y Mercer no podía ver el rostro de la muchacha. Esta añadió—: Usted fué muy condescendiente quedándose a cenar y dejándolo hablar. A él le encanta hacer nuevas amistades.

—Debe ser terriblemente mísera la vida de un hombre incrustado a una silla de ruedas. Ese es el Teatro Fenice, ¿verdad? —preguntó al ver del otro lado la imponente mole del edificio.

—Sí.

—Mi madre actuó en él una vez.

A la joven le agradaba Mercer. Sentía por él algo que contrastaba enormemente con su ansiedad por liberarse cuanto antes de las cosas que tenía que decirle.

—Debo visitar a un cliente que vive al otro lado de la ciudad. ¿No quiere compartir conmigo una góndola hasta el Gran Canal?

—Eso me agradaría mucho.

Desde el momento en que saliera del palacio con ella y su hermana, había notado que una parte de sí mismo, el elemento indagatorio profesional, permanecía inactivo, paralizado por su propio deseo de liberación. Había caminado y reído con ellas cual un viejo amigo. Al entrar en la casa, dejó fuera mucho de lo que le resultaba desagradable en su personalidad. Por un rato que resultó demasiado corto, formó parte de un grupo familiar que le había brindado un confortable descanso, un gran bienestar. Ahora, contra su voluntad, despertaba de aquel sueño y aparecía de nuevo el hombre alerta, cauteloso. Mientras la ayudaba a bajar a la góndola, se reprochó a sí mismo el pensar cuál sería el motivo de que ella se mostrase tan afectuosa.

—¿Qué hacía usted en el palacio esta mañana?

—Preguntar por Boldesca.

Una cortina negra los cubría, separándolos del gondolero. Encendió un cigarrillo cuando la góndola despegó del muelle, en la oscuridad, y en el silencio que se

produjo entre ellos durante un rato, sabía que flotaba una pregunta que ella, por delicadeza, no había formulado.

—¿Sabe usted a qué me dedico?

—No.

—Soy agente investigador privado. Vine a Italia tratando de encontrar a un individuo llamado Gian Uccello. Publiqué un anuncio pidiendo informes y Boldesca acudió a verme, pero no le dieron tiempo a darme su información. Cuando acudía a mi cita, lo asaltaron, y luego, se me escapó en un descuido mío mientras yo iba a buscar una copa de licor que lo reanimase. Parecía muy asustado. Todo eso me hace sentir terriblemente curioso y, en cuanto a las razones que tengo para buscar a Gian Uccello, puedo asegurarle que son honradas y razonables,

Mientras hablaban, la amplia proa de la góndola se iba abriendo paso en la oscuridad. Sobre sus cabezas, los altos edificios daban la impresión de inclinarse hacia adelante, amontonándose sobre las negras aguas, y parecía que allí no había ni agua, ni aire y únicamente un mundo de oscuridad que los aislaba, uniéndolos en la melancolía que a esa hora los rodeaba.

—¿Es así como se gana la vida? ¿Haciendo eso?

—Sí, esa es mi forma de vida.

—¡Qué romántico!

—Tal vez lo parezca, pero no es así —repuso él echándose a reír—. Es solamente un trabajo y no siempre grato ni loable; pero, ahora, por primera vez, me resulta agradable. Sólo quiero encontrar a Uccello para decirle que un padre norteamericano quiere hacerle un magnífico obsequio por haber salvado la vida de su hijo durante la guerra.

—Por el tono en que usted lo dice, casi parece que se halla indignado —manifestó Adriana, y en la oscuridad, la oyó reírse suavemente.

—¡Claro que lo estoy! No me es posible comprender la razón por la cual Boldesca salió huyendo de mí.

—Boldesca es un hombre raro e inseguro. Usted no me ha preguntado nada, pero creo que yo puedo decirle tanto sobre Gian Uccello como él.

—¿Usted?

—Sí, yo.

La joven hizo un leve movimiento en la sombra, y la mano del hombre tuvo entre sus dedos un pliegue de su vestido de lino áspero. Su ofrecimiento de ayuda había sido tan inesperado, que pensó en si la oscuridad que ocultaba su rostro no escondería también inocencia, o ingenio. Su cautela profesional lo obligó a ocultarle la noticia de que Boldesca había muerto. En aquel trabajo suyo era preciso mantener reserva sobre sus secretos, hasta hallarse seguro de la persona con quien trataba.

—Si me puede ayudar en algo, le quedaré muy agradecido —se limitó a decir.

—Me parece que sí.

Adriana, manteniéndose en silencio, contemplaba la pequeña linterna que llevaba la proa de la góndola, y al pasar en ese momento por el ojo de un puente, oyó claramente el ruido de suelas de madera pisando allá arriba. La tenue luz de un farol en una esquina iluminaba la piedra grisácea de una casa llena de remiendos y manchones producidos por la humedad. Otra góndola se les adelantó. El agua, al correr entre ambas, lanzaba salpicaduras. Este hombre es honrado, pensó ella, y no comprendo la ansiedad que se apoderó de mí cuando lo vi en el palacio por primera vez.

—Si hubiera sabido cuáles eran sus deseos cuando fué usted a la galería, lo hubiese ayudado entonces mismo.

—Usted me dijo que no conocía a Gian Uccello.

—Lo conocía, pero es alguien de quien no puede hablarse con facilidad, sobre todo si se trata de un extraño. Incluso ahora, tampoco me es muy fácil hacerlo.

En aquella oscuridad, Mercer se alegraba con sólo oír su voz. Si pudiera ahora verle el rostro a la luz, sabría si lo estaba engañando..., pero tal vez no había nada que descubrir.

—Usted no lo sabía, por supuesto..., pero cuando ayer por la mañana mencionó ese nombre, hizo acudir a mi pensamiento un sinfín de recuerdos. Esos que uno no debe mencionar sin que...

—El hombre que estoy buscando —dijo él interrumpiéndola rápidamente— era un guerrillero que vivía en La Spezia, allá por 1944.

—Es el mismo.

—¿Alto, moreno..., como de mi edad?

—Sí.

—¿Sabe dónde se encuentra ahora?

Oyó un rasponazo del remo cuando el gondolero se sujetaba a uno de los pilotes. Del jardín de un restaurante surgía una llamarada de luces en colores variados, que convertía el agua y los edificios en una gruta de matices rojos y azulados merced a la cual, por un instante, Mercer vió el rostro de Adriana, pálido y con una tal serena hermosura, que se conmovió. Ninguna mujer lo había impresionado antes de esa manera. Cuando volvía de nuevo a la oscuridad, ella respondió:

—Él vivía en, Venecia hacia finales de la guerra. Aquí es donde lo conocí y estuvimos juntos...

—No es preciso que me diga nada más, sino únicamente donde se encuentra ahora.

Hablaba en voz baja, tratando de ahogar una ráfaga de celos. Le era imposible contener los pensamientos que emanaban de esa palabra “juntos”.

—Murió. Está enterrado en Mirave, donde cayó muerto durante un ataque aéreo. Es un lugar que no está lejos de Venecia. Había ido allá a resolver algunos asuntos.

La serenidad con que ella se expresaba, calmó sus celos. Aquel hombre pudo haber sido lo que fuese para ella, pero ahora estaba muerto, y Adriana hablaba de él

sin mostrar emoción alguna.

—¿Tenía algún pariente?

—Ninguno.

—¿O amistades?

—Yo soy la única que lo recuerda.

En ese momento, la góndola chocó contra el pie de una escalerilla en la que venía a desembocar el río que habían seguido por el Gran Canal. En ese sitio había más luz y Mercer podía verle la cara, pálida y sumergida entre las sombras de la cubierta. Momentáneamente, los labios de la muchacha se suavizaron, intentando una sonrisa titubeante dedicada a él. Mercer la aceptó con gratitud.

—Ya supondrá usted que mañana mismo iré a Mirave, ¿verdad?

—Sí.

—Y gracias por su ayuda.

—Debía habérselo dicho antes, sólo que en esa ocasión...

—Comprendo, y de todos modos se lo agradezco.

Descansó su mano derecha sobre las de la muchacha, la cual, sin tratar de evitarlo, volvió ligeramente la cabeza.

—¿Y después de haber ido a Mirave, se irá de Venecia inmediatamente? —preguntó despacio.

Sintió el calor de las manos de Adriana en la palma de la suya, y las palabras de ella encontraron eco en su mente, dándole una esperanza que lo hizo vibrar de impaciencia, hasta el punto de temblar. Retirando su mano, al levantarse, dijo:

—Cuando regrese de Mirave, el trabajo habrá concluido y yo seré mi propio jefe.

La góndola seguía internándose por la corriente principal y se deslizaba diagonalmente al cruzar el ancho cauce, mientras el cuerpo del gondolero se mecía y encorbaba en tosco ritmo, como si estuviera llevando a cabo algún viejo ritual silencioso. Mercer se quedó quieto, ocurriéndosele que toda aquella cautela con que se había acercado a la mujer, no tenía ya razón de ser. Eso mismo hubiese sido lo que Boldesca le habría referido: la historia de un hombre y una mujer, y el sitio donde aquél se hallaba sepultado. La muerte de Boldesca debía quedar al margen, pues todo era una extraña coincidencia de cosas que van a intercalarse en un mismo asunto... De todos modos, Boldesca ahora ya no le preocupaba. Las esperanzas que estaba empezando a concebir, eso sí, eso era lo único que ocupaba su atención. ¿Qué significaría aquella pregunta que Adriana acababa de hacerle? ¿Si se quedaría después de regresar de Mirave? Seguramente que ella habría advertido ya los sentimientos que lo embargaban, y por eso surgió su pregunta.

Al despedirse, dió media vuelta y se alejó silbando para sí mismo, lleno de felicidad.

Mirave quedaba a cincuenta millas al sudoeste de Venecia, y hasta allí llegaba un ramal de la línea Milán. En un vagón que más bien parecía una caja de cigarros puros maltrecha, recorrió la última parte de la jornada, cruzando riachuelos lentos y pedregosos, tierras recién aradas, y junto a muchos árboles frutales que comenzaban a florecer.

Mercer veía desfilar el paisaje sin curiosidad alguna. Los campos italianos y cualquier campo que fuera, no le interesaban gran cosa. Él pertenecía a las ciudades, a los lugares llenos de gente y al oscuro anónimo de los callejones, también. Pero hoy precisamente, sentía una ausencia de toda curiosidad, que actuaba para él como un magnífico sedante. Solamente podía pensar en Adriana. Ni siquiera se tomaba la molestia de inquirir cuál de aquellos otros pocos pasajeros, que junto con él habían abandonado el tren en Milán, pudiera ser uno de los esbirros de Spadoni. En un paso a nivel, una mujer andrajosa levantó la barrera pintada en colores blanco y rojo, para que el tren pudiera pasar. Un grupo de patos se dispersaba, formando vistoso grupo, a través de un patio empedrado, y los bambúes alineados junto a la vía parecían cambiar de color, cuando el viento los agitaba; después, se veían olivos contorsionados por esa agonía silenciosa infligida por el tiempo y la fertilidad de la tierra. El cielo parecía hallarse tenso, tan sutil y tirante como un globo a punto de estallar.

Llegaron a la estación de Mirave, y Mercer salió junto con otras tres personas más, que desaparecieron inmediatamente en el silencioso atardecer, con una naturalidad que parecía lógica, en vista de la fría soledad del lugar. La locomotora lanzó un silbido y se perdió en el amplio espacio que formaban cielo y campiña.

Mercer echó a andar por la calzada que va desde la estación hasta la ciudad.

Mirave era un montón de edificios derruidos que se agrupaban alrededor de una plaza principal. El yeso caído de las paredes, los papeles y el polvo, se movían con dificultad a lo largo de las cunetas, a impulsos del viento caliginoso, y las persianas despintadas de las casas, parecían contemplar inexpresivamente un “*pissoir*”^[15] nuevo, pero descolorido, que había en el centro de la plaza. Una hilera de acacias recientemente plantadas, proyectaba débiles sombras sobre las piedras del pavimento. Las gruesas estacas que las sostenían, y a las que se encontraban sujetas por fuertes ligaduras de fieltro, daban la impresión de haber extirpado toda la fuerza que pudiese haber en las raquíticas ramas.

Mercer siguió caminando y cruzó el empedrado. Pensaba si habría llegado a una ciudad deshabitada por causa de alguna plaga, hasta que vino a recordar que era el

mediodía y que, aun cuando no hacía calor, era la hora de la siesta. Si en alguna ocasión, pensó, quisiera segarme el cuello y me faltase valor para hacerlo, regresaría a este lugar a esta hora precisamente, y me sería muy fácil hacerlo.

A lo largo de la fachada del mayor de los edificios, podía verse aún una de las sentencias mussolinianas, borrada tan defectuosamente, que se leía con claridad: “Noi, Italiani, siamo pronti”^[16]. Y esa era, por supuesto, una de las cosas que no habían estado nunca en su vida. Con letras más pequeñas, encima de la puerta, al principio de la escalerilla que arrancaba de la acera, se leía también un rótulo: “Commune di Mirave”^[17]. En el escudo de uno de los leones heráldicos, que todavía quedaba de los dos que habían adornado los laterales de la puerta, había un viejo rótulo indicador del Ejército, pintado en azul y blanco, diciendo: “Sección 293 de Transmisiones. Oficiales únicamente”.

Mercer se detuvo durante unos segundos al pie de la escalera, deseando haber escogido una hora más apropiada para visitar aquella oficina pública. Hasta él llegaba el ruido producido por el golpear intermitente de un martillo, y le vino a la memoria el recuerdo de haber pasado junto al patio de un taller de cantería que se hallaba a la entrada de la plaza. Las emanaciones del mingitorio público, le resultaban sumamente desagradables.

Pasó sobre un hombre que estaba acostado en el último peldaño y penetró al edificio. Aquello estaba bastante oscuro y tardó algún tiempo en habituarse a la oscuridad para lograr encontrar la puerta de la oficina donde sabía que habrían de darle la información deseada. Unas bellas letras doradas, le hicieron saber que era la oficina del Alcalde.

Tuvo que llamar tres veces con los nudillos, antes de que se oyese algún movimiento en el interior. Luego, una voz somnolienta lo autorizó a pasar. El Alcalde estaba sentado frente a su escritorio, observando ceñudo un montón de papeles que tenía ante sí. Parecía un hombre enloquecido al tratar de decidir cuál de los muchos asuntos que tenía pendientes debería hacer primero. Por debajo de la mesa, asomaban sus pies, cubiertos tan sólo por los calcetines, y de un cenicero que había junto a un diván, en el otro lado de la habitación, elevábase el humo que despedía un cigarrillo.

—Perdone usted, pero no había nadie en el piso de abajo.

—Probablemente estarán todos durmiendo —replicó el Alcalde bostezando y señalando una silla frente a su mesa. A continuación, comenzó a abotonarse la parte superior de su chaleco.

Era un hombre alto, muy velludo, con esa expresión resignada de las personas acostumbradas a verse molestadas a cada momento y a quien eso ya no las pone de mal humor.

—¿Lo molesto?

—No importa. Cuando no es una cosa, es otra, y nunca puedo dar fin a este trabajo mío.

Con la mano golpeaba un montón de documentos escritos en papel grisáceo, y demostraba al hacerlo un orgullo parecido al del amo que toca las cadenas de sus perros de caza.

—¿Quién es usted? —preguntó seguidamente.

—Mi nombre es Mercer —respondió el aludido entregándole su pasaporte— y he venido a verlo porque ando buscando ciertos informes.

—De eso tenemos mucho aquí —arguyó el Alcalde dando un golpe sobre otro montón de papeles—. Creí que venía usted de Padua. Siempre me molestan desde allá. Por supuesto que no tienen mucho trabajo. El Gobierno de usted hace esto mejor que nosotros —añadió mirando la cubierta del pasaporte británico—. Yo, la única vez que tuve uno, fué el año que me casé. Luna de miel en Austria. Sólo llegamos hasta Klagenfurt, a cincuenta millas de la frontera, pero tenía obligación de llevarlo —dijo, devolviéndole el pasaporte.

—Pues estoy haciendo unas investigaciones, por razones legales, respecto a un hombre que resultó muerto en un ataque aéreo a esta ciudad durante la guerra.

—Tuvo que ser durante la guerra porque en otros momentos no se producen esa clase de ataques —replicó el Alcalde— y sólo sufrimos uno que produjo víctimas. Fué terrible, aunque yo no estaba aquí entonces. Me hallaba en Ancona, pero puedo decirle lo que le interese. Tengo todos los archivos y no falta nada en ellos, excepto lo referente a 1941 y 1943. Los oficiales ingleses quemaron los documentos para calentarse. Eran neozelandeses. ¿Eso es igual que ingleses?

—Sí, pero no vaya a decir que se lo dije yo. Pues veré, el hombre en quien estoy interesado, se llamaba Gian Uccello. ¿Está usted seguro de que solamente hubo un ataque aéreo?

—Mi familia y yo mismo llevamos viviendo en ésta ciudad más tiempo que ninguna otra. Si bien no permanecí aquí durante toda la guerra, en cambio sé con certeza cuántos ataques aéreos hubo. Veamos los archivos.

Se alzó del asiento y camino hasta el lado opuesto de la habitación, abriendo un armario colocado junto al sofá. Mercer lo oía murmurar en tanto que registraba los estantes repletos de documentos. Regresó y se colocó frente a una ventana que daba a la plaza, para hojear un expediente bastante desordenado.

—Aquí está —exclamó—. Fué a las once y media de la noche del 3 de enero de 1945. Este lugar se hallaba entonces en poder de los alemanes, pero nunca se pudo saber si el que atacó fué un avión aliado o de los propios alemanes. Murieron todos los que se encontraban en el hotel.

—¿Cayeron bombas sobre algún hotel?

—Sí, en el *Albergo Risorgimento*, situado allá al otro lado de la plaza. No ha vuelto a ser reedificado; solamente quedan algunas paredes, un espacio abierto.

—¿Sabe usted si entre los muertos hubo un hombre llamado Gian Uccello?

El Alcalde pasó algunas páginas del expediente y moviendo la cabeza, exclamó:

—Exacto. Hubo ocho muertos, cinco de ellos eran vecinos de esta población, y los otros forasteros. Un hombre y dos mujeres, pero todos fueron identificados.

El hombre regresó a su escritorio y se sentó de nuevo.

—¿Y entre esos últimos estaba Gian Uccello? —insistió Mercer.

—Ese es el nombre que tenemos anotado aquí y que figura también en la placa de ahí afuera.

—¿Placa?

—Usted mismo puede verla cuando salga. La población hizo una colecta para levantar inmediatamente un monumento. Los alemanes no se opusieron, porque afirmaban que se trataba de un avión aliado y decían que ese era el culpable de las víctimas.

—¿Cómo identificaron a Gian Uccello?

—No lo sé, en el expediente no hay ningún detalle que lo indique.

—¿Quién podría saberlo?

—Crespi sería el más indicado —explicó el otro, arrellanándose en su asiento, y después de haber reflexionado un rato, añadió—: En esa época era Alcalde de aquí. Fué el primero en llegar al lugar bombardeado. También prestó auxilio a los que quedaron vivos e hizo todos los arreglos para celebrar los funerales. Debió ganarse unas quince mil liras en aquel negocio.

—A lo que parece no perdió ninguna oportunidad como Alcalde. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿A Sinobaldi Crespi? Es el cantero de este pueblo. Él se encargó de esculpir todas las lápidas. Lo encontrará usted cerca de la estación.

—Debo verlo... —dijo Mercer, y se quedó silencioso durante unos instantes. Pensó que con lo que acababa de oír, su trabajo había terminado—. ¿Entonces, se halla sepultado en el panteón? —preguntó.

—Sí, con todos los demás.

—¿Podría usted, como Alcalde, darme una constancia firmada para poder confirmarlo?

—Tendrá que pagar doscientas liras por el documento, más el valor de los timbres —explicó el aludido, al tiempo que movía afirmativamente la cabeza.

—Desde luego.

Mercer sonreía mientras el hombre redactaba el escrito. Luego, continuó hablando:

—¿Hay algún fotógrafo en la ciudad? Tengo interés en obtener fotografías de la tumba y de esa placa.

—Sí. Filippo el del café, le hará ese trabajo. Es una diversión para él. Dígale de mi parte que no le cobre más de quinientas liras —y entregó a Mercer el certificado firmado, diciéndole—: *Due cento dieci lire. Grazie, signore*^[18].

Afuera, Mercer estuvo observando la placa. Se hallaba colocada algo más alta de la cabeza de un hombre, en la esquina del edificio. Era de mármol, alargada y de poco grosor. En su parte baja había una inscripción indicando que fué colocada en memoria de todos los que habían muerto a resultas del ataque aéreo, y luego seguía una lista de nombres, entre los que figuraba el de Gian Uccello. La mayor parte de la placa estaba ocupada por un magnífico relieve que representaba a ocho personas, cada una de las cuales simbolizaba una profesión u oficio diferente, caminando por una senda bordeada de cipreses; al final de ella, aparecía una pequeña población y sobre ésta volaba el ángel de la muerte.

Advirtió inmediatamente que el trabajo realizado en la placa era muy superior a las que suelen hacerse al precio de quinientas liras por figura. El grupo destacaba en el mármol con un vigor que denotaba determinación, e impresionaba profundamente la vista de aquella procesión del sacrificio, a la que nada sería capaz de detener en su camino. Las liebres y las aves, el pescuezo semivuelto de una cabra, todo mostraba igual sentido de tristeza en el reducido grupo caminante. Un soldado con su fusil, una mujer con una canasta, un campesino portador de una garrafa de vino y una guadaña, un hombre ataviado con traje de ciudad y llevando una maleta..., todos dirigiéndose hacia el punto en que los aguardaba el ángel fatídico. Si Crespi era el autor de la lápida, pensó Mercer, no cabía duda de que se trataba de un genio que no debía ocultarse allá en Mirave.

Encontró a Filippo en el café, del otro lado de la plaza. Se arregló con él para que hiciese las fotografías y se las enviara a Venecia. Luego, mientras tomaba una cerveza, pasó revista mental a su situación. No le cabía duda ninguna sobre la muerte de Gian Uccello, y si esto era así, sólo le restaba enviar su informe a Gevlin Frères, corroborándolo con el certificado del Alcalde y las fotografías. Su trabajo estaba terminado ya. De acuerdo con lo dicho por Adriana, no cabía duda de que el Gian Uccello que ella conoció y que había venido aquí era el mismo hombre que estuvo en Montevasaga. La descripción que la muchacha hizo de Uccello, coincidía con la que le habían proporcionado en París y que, más tarde, confrontara en Montevasaga. El tipo estaba muerto, y su trabajo, en consecuencia, había llegado al fin.

Sentado en el café, dibujaba con un dedo en el vaso empañado por la cerveza helada. Se le ocurrió pensar en cuál sería su siguiente empleo, si es que lograba conseguir alguno. Con lo que ganase en este asunto y lo poco que le restaba en su cuenta bancaria en París, podría vivir un par de meses. Claro que había otras personas a quienes podía acudir en solicitud de trabajo, pero en todas partes le sucedería lo mismo... Aquella sugerencia escasamente disimulada de que ya no era el mismo de antes, de que estaba envejeciendo... Eso y el pensar que no había podido conseguir, como hicieron otros muchos, un buen acomodo, eran ideas que le causaban profunda amargura. ¿Qué fué lo que Gevlin le había dicho, también? “La cara de un hombre se gasta cuando han pasado diez años. Lisboa, Tánger, Roma, Ankara... En todas partes

lo conocen. Consígase una cara nueva y entonces hablaremos”. La cara de Gevlin no se le gustaría nunca, porque jamás la había mostrado. ¿Qué podría hacer, pues?

Trabajo de espionaje para divorcios, observando industriales obesos y señoras infatuadas y viejas, haciéndose el amor en habitaciones escondidas; ojos de cerraduras y sábanas en desorden; sirvientas de hotel alargando la mano, y toda la triste cabalgata de una vida mediocre, llena de mal reprimidos deseos, ilusiones y celos... Y sin darse cuenta, iría rodando hasta caer en el abismo que tanto había luchado por evitar; mercado negro y pequeños delitos, chantajes y fraudes, y finalmente. ¡Dios Santo, qué nauseabundo era todo eso!

No. Ocurriera lo que fuese, él no llegaría a esos extremos. Ya encontraría algún trabajo... Además, ahora estaba Adriana y existía una determinación nueva y valerosa por su parte para separarse definitivamente de esa clase de vida. Tenía que ser así. Tenía que ser así, pero el solo entusiasmo de aquella idea, le hizo también sentirse desconfiado. Sería un tonto si confiaba sin más ni más en la sonrisa de una mujer, en unas cuantas palabras enigmáticas... ¿Y si todo eso no fuera más que pura amabilidad?... No podía creer que a eso se redujera todo. Se entregó decididamente a soñar despierto, hundido en su silla, a pesar de que ya no era ningún joven y sus zapatos se hallaban bastante usados... En ese instante, y a pesar de su abstracción, escuchó el martillar del cantero, que posiblemente estaba marcando algún dibujo irregular, y eso vino a romper el hilo de sus pensamientos.

Terminó de beber su cerveza y consultó el reloj. Disponía casi de una hora antes de que saliera el tren. Tenía que interrogar al cantero respecto a la identificación del cadáver de Uccello.

El taller de cantería quedaba en la esquina de la plaza; un pequeño terreno de forma triangular, cercado de una valla bajita dotada de entrada amplia. Al fondo del patio, había una fila de cobertizos, y encima, un rótulo de madera: “Sinobaldi Crespi, Lapidario y Funerales”.

Mercer observó desde la puerta. Había un hombre en el patio; se hallaba inclinado sobre una plancha de mármol y cincelaba unas letras. Era de bastante edad; usaba un traje gris de trabajo, lleno de polvo, y en la cabeza llevaba un gorro de papel para evitar que el cabello se le llenase también de polvo de mármol. Al cabo de un momento, interrumpió su trabajo y miró a Mercer. Sus ojos parpadeaban débilmente, y se pasó una mano por el desordenado bigote. Mercer tuvo la impresión de hallarse frente a una foca desnutrida.

—*Buona sera, signore*^[19].

El recién llegado lo saludó con un movimiento de cabeza y su mirada pasó del lapidario hasta la colección de estatuas religiosas, ángeles, urnas funerarias y lápidas llenas de palomas y flores. Pensó que en todos los cementerios italianos podían encontrarse las mismas figuras. Aquellos ángeles de cara asexual, un poco fatigados por el esfuerzo de sostener continuamente una guirnalda y mantener las alas semiabiertas; las palomas, que parecían excesivamente cansadas para echarse a

volar... Mercer tenía la certeza de que las manos que habían cincelado aquello no podían ser las mismas que hicieron el trabajo de la placa que acababa de admirar en el otro extremo de la plaza. Repentinamente, preguntó:

—¿Es usted quien esculpió la placa en memoria del ataque aéreo que está en el Edificio Municipal? —Mientras hablaba, señalaba con la cabeza hacia el lugar indicado.

Crespi, bajando del caballete en que se hallaba, se encaminó lentamente hacia donde Mercer se encontraba.

—¿Usted no es italiano, *signore*? —preguntó.

—No. Inglés.

—Comprendo. —Y dirigiéndose despacio hasta una lápida en la que había tallado un grupo de mujeres arrodilladas ante una cruz, siguió diciendo—: Usted ya vió aquella lápida, ahora mire ésta. —Y la golpeaba como si quisiera que desapareciese para olvidarla.

—Hay bastante diferencia.

—¡Diferencia! *Signore*, este es el trabajo de un artesano para ganarse el pan. En aquella hay genio. Mi trabajo lo podrían hacer mejor en una fábrica.

—¿Quién hizo aquella? —preguntó Mercer.

—Mi ayudante Paolo Cerva. —El orgullo que se reflejaba en las palabras del hombre, no podía pasar desapercibido—. Un genio, *signore*, si es que hubo alguno. En caso de interesarle, le mostraré algunos de sus trabajos. Venga a la caseta. —Y uniendo la acción a la palabra, abrió la puerta para dar paso a Mercer—. ¡Pobre Paolo! —terminó diciendo.

—¿Por qué pobre? —preguntó aquél encaminándose al patio.

—Los alemanes se lo llevaron prisionero cuando evacuaron la población. Recogieron a todos los hombres jóvenes que encontraron y se los llevaron consigo. A Paolo lo agarraron justamente al terminar esa placa, dos meses antes de finalizar la guerra. Se le podía ver como tomaba un trozo cualquiera de mármol en bruto e iba dándole vida, riendo y cantando, siempre alegre y contento, diciendo chistes... Pero esos malditos *tedeschi*^[20] se lo llevaron como si fuera un cualquiera. Eso me destrozó el corazón.

Mercer comprendió que si lo dejaba, el hombre seguiría hablando de su ayudante durante mucho tiempo, y le cortó aquellas explicaciones planteándole la pregunta motivo de su visita:

—Usted ayudó a rescatar a las víctimas del ataque aéreo que hubo aquí, ¿verdad?

—Sí. En aquella época yo era el Alcalde. ¡Qué noche tan terrible y cuánto trabajo tuvimos que hacer! Entre, *signore* —y mantenía abierta la puerta para que Mercer pasara.

—¿Recuerda usted a una de las víctimas de ese ataque aéreo, llamada Gian Uccello?

—Perfectamente, *signore*. Paolo y yo condujimos su cadáver. Ahora, mire esta lápida. ¡Qué estilo tenía para los animales!... He ahí un burro, pero un burro de verdad, como todos nuestros burros, con el espinazo encorvado y la barriga llena de viento y de heno agrio.

—¿Cómo era él?

—¿Quién?

—Ese hombre, Uccello.

—¡Oh! Estaba destrozado. Todos estaban hechos pedazos.

—Pero ¿no puede usted recordar su aspecto, cómo iba vestido, algo?

—Claro que sí. Yo mismo lo sepulté, igual que a los otros. Era moreno, bien formado y..., ¡oh!..., no sé, de la estatura de usted, quizá menos. Llevaba puesto un traje azul, es decir, lo que quedaba de él. Ahora vea estos... —Bajó una carpeta con dibujos y los fué extendiendo sobre el tosco banquillo.

—Pero ¿cómo fué identificado por Gian Uccello? ¿Lo recuerda usted?

—Déjeme pensar un momento... —Crespi trataba de recordar y tenía ambas manos juntas, puestas sobre la carpeta—. Había tres forasteros..., dos eran mujeres. ¡Ah, sí! Ya recuerdo... El otro era un hombre y llevaba su tarjeta de identidad en la cartera. Pero ¿por qué desea saber todo eso?

—Estoy haciendo investigaciones, comisionado por unos abogados.

—¡Oh! Bueno, pues llevaba su tarjeta y... sí, por supuesto..., una carta de una mujer de Venecia. Le escribimos a ella.

—¿Quién era esa mujer?

—No lo recuerdo, pero contestó diciendo que aquel hombre era solamente amigo suyo, que no tenía parientes, e incluía algún dinero para los gastos del entierro.

—¿Dónde podría yo hallar ahora la tarjeta de identidad y las cartas?

—¡Dios sabe! Con todo eso se hizo un paquete y fué remitido a Padua cuando los Aliados llegaron aquí. No hay duda de que está muerto, y probablemente, también Paolo, el que esculpió la lápida conmemorativa para todos ellos. La guerra nos arrebató muchos de nuestros mejores hombres... Mire estos dibujos. Si Paolo viviera, habría sido famoso...

Mercer casi no lo escuchaba. Estaba pensando en aquella mujer de Venecia. Adriana. Sí, tenía que ser ella. Y este hombrecillo parlanchín, había enterrado a Uccello.

—Mírelos. A veces trabajaba directamente en la piedra, pero en otras ocasiones hacía primero los dibujos, principalmente cuando se trataba de lápidas.

Crespi iba volviendo las láminas, con movimientos cuidadosos, cual si deseara que nadie más las tocara, poniendo una por una delante de Mercer. Eran en su mayoría bocetos decorativos de figuras muy semejantes a las que había en la placa del Edificio Municipal, pero había también algunas figuras solas y dos o tres caras.

—¡Qué tragedia! Nunca más regresó. Murió probablemente en Alemania o en cualquiera otro lugar. Ya sabe usted como los trataban ellos. Era un espíritu de tal

delicadeza... Mire como trabajaba los animales y los niños. También al natural los trataba con gran cariño. Los niños lo amaban entrañablemente y los pájaros... Tenía palomas en el patio, las conocía a todas por su nombre y cuando estaba sentado en aquel café de la plaza, las llamaba con un silbido y todas ellas acudían y lo rodeaban. Paolo y sus pájaros. Igual que San Francisco. Este es un dibujo que yo siempre quise que esculpiera, pero nunca tuvimos un trozo de mármol lo bastante grande para ello.

Colocó ante Mercer una hoja de papel de gran tamaño, cubierta enteramente de dibujos propios para una lápida. Durante un segundo, Mercer lo miró con igual indiferencia que viera los restantes. El cantero levantó otra lámina, pero, al iniciar el movimiento, Mercer interpuso la mano rápidamente y lo detuvo, preguntando:

—¿Paolo Cerva hizo esto?

—Claro que sí.

Alzó el dibujo y se apartó algunos pasos del banquillo.

—Le gusta ese dibujo, ¿verdad? Usted es un hombre que sabe distinguir. Este dibujo era el favorito de Paolo. ¡Oh, *signore!* Es magnífico hablar con una persona que aprecia estas cosas. Aquí en Mirave, tienen unos cerebros, o lo que ellos llaman cerebros, que avergonzarían a un grupo de ranas. Me encanta poder hablar de él con alguien. Sólo yo sé lo que Mirave ha perdido, lo que perdió Italia, lo que el mundo quizá perdió... —Sus ojillos parpadearon, y con su mano áspera y rugosa se atiesaba el bigote.

Mercer lo oía hablar, pero sus pensamientos se hallaban bastante lejos de allí. El dibujo le evocaba algo y trataba de recordarlo buscando en su memoria desde el momento en que Crespi lo puso delante de él. Por fin, pudo recordar. Pájaros, arbustos y una fuente entre rocas. A no ser que se hubiese equivocado, el dibujo tenía un enorme parecido con los tapices que había visto tejer en la Galería Boria, pero no podía acordarse de la tapicería con exactitud.

—¿Quiere facilitarme este dibujo? Le pagaré lo que usted indique.

Deseaba mostrárselo a Adriana. Si es que existía alguna semejanza, a ella podía interesarle mucho. Por un momento, pensó que ella pudo también haber conocido a Cerva y conseguido uno de sus dibujos.

Crespi lo miraba emocionado, y Mercer advirtió la lucha interna que estaba librando el anciano, hasta que finalmente asintió:

—Lléveselo, *signore*. Yo tengo los otros y me agrada ver que también hay gentes que saben apreciar el trabajo de Paolo.

Tuvo la necesidad de soportar, durante veinte minutos más, la conversación del anciano, y por poco pierde el tren.

Ya en él, se sentó al fondo del coche. Algunas otras parejas se hallaban sentadas enfrente, y después de acomodarse, desplegó el dibujo para estudiarlo despacio. Era un dibujo hecho a lápiz, de líneas exquisitas, exactas. Representaba un pequeño lago en la selva, bordeado por árboles fantásticos y por arbustos con flores tropicales pesadas y ornamentales. Alrededor del agua y en los árboles, había pájaros extraños;

otros revoloteaban sobre el agua, y en una roca no muy alta, alejada del agua, se veía un ave del paraíso con las alas a medio abrir y desplegando su plumaje en delicados ramilletes de finas plumas.

Eran las diez y veinte minutos de la mañana, y todavía el sol no llegaba hasta aquel lugar de la Piazza donde estaba situado el café de Florián; pero, en cambio, caía con todo su esplendor sobre las mesas del *Quadri* y del *Laverna*. De ahí que el *Florián* estuviese vacío y muy concurridos los otros dos. En otras estaciones del año, la cosa era muy diferente y había que esconderse del sol, no buscarlo como ahora. La fachada de San Marcos quedaba a la sombra, pero los ligeros mástiles, rematados por un águila dorada, brillaban con cálido resplandor, mientras que la sombra del *Campanile*^[21] sobre las gastadas losas del pavimento, semejava un oscuro sendero. Nada había cambiado; allí estaban nuevamente los vendedores de periódicos, de globos, de figuras baratas de metal..., juguetes que permanecían envueltos y guardados durante la noche, pero que todas las mañanas volvían a ser exhibidos. El joven camarero que le había servido su café, tenía la cara de un dios Pan, y ostentaba el pequeño distintivo de plata con el número diecinueve, cual si se tratase de una medalla *al valor* ganada en la lucha con tantísimos clientes.

Un hombre sentado junto a una mesa algo retirada de la de Mercer se entretenía en arrojar migas de pan a un grupo de palomas. Alguien disparó una pistola y las aves se dispersaron cual hojas barridas por el vendaval.

Un buhonero le vendió a Mercer un plano de Venecia y se retiró sorprendido. Los vendedores lo acosaban y el café se le estaba enfriando, mientras rechazaba un álbum con tapas de cuero, un retrato que le habían hecho a lápiz o un ramo de camelias. La vendedora de flores llegó hasta la mesa del hombre que echaba migas a las palomas, pero fué rechazada inmediatamente. El hombre volvió la cabeza y Mercer pudo reconocerlo. Era el Teniente Longo. Lo saludó amablemente y el otro devolvió el saludo con frialdad. Un momento después se marchaba, atravesando la plaza.

Mercer continuó sentado. Descansaba y se sentía feliz. Esa misma noche iría a visitar a Adriana, pues tenía un buen pretexto para hacerlo: a ella le interesaría ver el dibujo que había traído de Mirave, pero después ya no habría otros pretextos para volver a verla. Antes, otras mujeres le habían dado esperanzas y lograron interesarle, pero esta era muy diferente... Había algo en ella que él intuía que habría de ser para él. Permaneció sentado. Soñaba y sonreía ante sus propios pensamientos, convencido de que no debía ir demasiado lejos, ya que junto al sueño se perfilaba una realidad que pudiera ser distinta.

Un hombre robusto se dejó caer en la silla que estaba junto a la suya y con el anillo que llevaba en un, dedo golpeó sobre la mesa para llamar al camarero.

—Buenos días, señor Mercer.

La cara alargada de Spadoni mostraba la mirada solemne e inteligente de los perros cuando aguardan que los lleven a pasear, les den de comer o, simplemente, que los despidan.

—Buenos días —respondió Mercer. Le desagradaba encontrar a Spadoni. Hubiese preferido continuar a solas con sus pensamientos.

—Por lo visto, esta mañana le toca descansar, ¿no?

—Soy un desocupado más.

El camarero le sirvió el café y un vaso de agua a Spadoni. Mercer se entretuvo en observar como desenvolvía los dos cuadraditos de azúcar, metiéndose después uno en la boca y dejando caer el otro en la taza.

—¿Ha encontrado ya a Gian Uccello? —preguntó el policía.

La pregunta no lo sorprendió. Por eso contestó seguidamente:

—Pudiera decirse que sí. Murió.

—¿Una muerte heroica?

En la plaza, frente a ellos, una madre con su hija posaban rodeadas por un círculo de inquietas palomas y Cassana, el fotógrafo, agitaba una lata de guisantes tratando de que las aves se colocaran en el brazo de la muchacha. Algo le dijo a ella y Mercer pudo oír su risa franca, al tiempo que observaba una sonrisa fugaz e indulgente en el semblante del hombre al insistir en su invitación a las palomas para que se pusieran donde él deseaba. Conseguiría una buena fotografía, pero le estaba costando mucho trabajo.

—¿Por qué no me cuenta todo lo sucedido? No fué ese fotógrafo que está ahí el que me siguió hasta Mirave, pero alguno de sus hombres seguramente me fué siguiendo los pasos —manifestó Mercer con desgano.

—Fué una mujer —respondió Spadoni pestañeando y asintiendo con la cabeza—. No trato de disculparme, ya que usted lo esperaba y ello es sencillamente una rutina. Obtuvo del Alcalde la misma información que le dió a usted. De haberlo sabido antes, se lo habríamos dicho...

—¡Ah! ¿Sí? En todos mis trabajos y en todas partes, he visto muy pocos deseos por parte de la policía para ayudarme con sus informes.

—Quizá pueda explicárselo.

—Quizá pueda hacerlo yo también. En Roma, en mil novecientos treinta y ocho, debido a la mucha fe que puse en mis superiores, estuve a punto de ser detenido por creérseme culpable del asesinato de uno de los Senadores de Mussolini. Pero conste que desde aquel entonces he cambiado mucho. La policía tiene una memoria excelente y tan pronto crucé la frontera, encargado ahora de una misión inocente, han de haber hecho circular la consigna: “No le digan nada de importancia, por lo que pudiera suceder”. No obstante, mi trabajo ha terminado ya y no le guardo ningún rencor.

—Esa es una gentileza de su parte, pero no responde exactamente a la verdad. Hasta que llegó a Venecia, la policía no sabía una sola palabra respecto a usted.

Muchos de los archivos de la *Ovra*^[22], fueron destruidos, y doce años es mucho tiempo.

—¿Y cuando llegué a Venecia?

—Yo lo reconocí —repuso Spadoni terminando de beber su café y levantándose—. Yo estaba en Roma en aquella época. Venga conmigo a la oficina y le enseñaré algo interesante.

Ya en la oficina, Spadoni puso en manos de Mercer una carpeta con documentos.

—Pedí que me envasen esto de Roma, después de la visita de usted —explicó—. Está al día y ahora podríamos trazar una línea roja en la última página. No se preocupe por las omisiones que pueda encontrar.

Mercer leyó todo el expediente. La franqueza de Spadoni al dejárselo ver, podía ser sincera, pero él no se hallaba muy seguro de eso. La policía siempre acostumbraba a esconder algo cuando trataba con hombres como él, aun cuando fueran cosas carentes de importancia. Lo hacían así, posiblemente, por orgullo o precaución... para establecer, no la paz, sino un armisticio simplemente.

Se advertía alguna falta de datos respecto a la infancia de Gian Uccello. Nació en las cercanías de Nápoles, y probablemente en el año 1910. Se creía que su verdadero nombre era el de Lucio Gianbaptista Martilloro. Hasta que tuvo veintiséis años —1936— no hubo nada en su contra; pero, en esa época, robó y mató a un hombre en Nápoles, desapareciendo a continuación. Hasta finales de 1938, cometió nuevos crímenes, robos con violencia y fraudes. La policía hallaba siempre su pista, pero era demasiado tarde para aprehenderlo. En 1939, se fué a Suramérica, pero un año después ya estaba de regreso. En 1943 reapareció en La Spezia como guerrillero. Ahí, por una recompensa ofrecida por las autoridades de ocupación, traicionó a uno de sus compañeros y abandonó aquella región en junio de 1944, a tiempo de evitar la justicia que se aplicaba a los guerrilleros que estuvieron trabajando en favor de los invasores alemanes. A partir de esa fecha no volvió a saberse nada de él, hasta que se comprobó su muerte en Mirave, en enero de 1945.

—Era un “buen” elemento, ¿verdad? —La voz de Spadoni llegaba desde la ventana junto a la cual permanecía de pie.

—Sí —respondió Mercer dejando caer el cartapacio sobre el escritorio, sin mostrar sorpresa. Su pensamiento se aferraba a ciertos detalles del expediente, los cuales, estaba seguro, tenían mayor valor para él que para Spadoni. “Un asesino, un ladrón... Lo había sido todo, hasta héroe, pero siempre escapando antes de que pudiesen echarle mano”.

—Precisamente por eso, nosotros y la gente para quien trabajaba, le llamábamos “Uccello”. Un pájaro muy astuto por cierto. Usar el nombre de Gian Uccello con los guerrilleros, era simplemente un alarde defanfarronería, aun cuando entre él y su expediente policíaco en Roma se irguieran las líneas de batalla aliadas y alemanas.

—¿Por qué no le apresaron ustedes, antes de la guerra, naturalmente?

—Debido a supersonalidad —replicó Spadoni al tiempo que se retiraba de la ventana—. No era un rufián ordinario. Siempre lograba una extraña lealtad de parte de la gente entre la cual trabajaba. Quizá lo consideraban un héroe, pero sea lo que fuere, el caso es que nunca lo traicionaron. Jamás hemos tenido ni siquiera una fotografía suya.

—No va a ser muy fácil decirles la verdad a nuestros clientes de Norteamérica.

—La gente decente posee el derecho de tener ilusiones. Déjelo así, míster Mercer. En cuanto a nosotros, ya es diferente. Regrese a París y cuénteles que murió como un héroe.

Cuando Mercer se levantó, el policía cruzó la habitación y le tendió la mano exclamando:

—Soy policía, pero sepa usted que ya he olvidado aquel episodio de Roma, sucediera como fuese. Ahora, espero que algo bueno le reserve el destino en París.

Mercer le dió las gracias y estrechó la mano de Spadoni que, al propio tiempo, sostenía la puerta para que aquél pudiera salir cómodamente. De pronto, el italiano dijo:

—Supongo que no querrá decirme como obtuvo la información que lo hizo a usted ir hasta Mirave.

—Lo siento —respondió Mercer moviendo negativamente la cabeza.

—No insisto. Siempre es bueno, después de todo, llevar un poco de calderilla en el bolsillo para jugar con ella. Eso lo mantiene a uno contento. —Y rió de su propia salida.

Mercer regresó a comer a su hotel. Las páginas del expediente permanecían imborrables en su cabeza y dos detalles destacaban entre todos los demás. Muy joven, antes de cometer el primer crimen, Uccello había trabajado con un marmolista de Nápoles, y en 1938 formó parte de una banda de falsificadores de billetes de cien liras tan perfectos, que durante seis meses pasaron desapercibidos, y, según declararon los demás miembros de la banda cuando fueron aprehendidos, era Uccello quien había hecho los dibujos.

La débil franja luminosa que asomaba por la parte baja de la puerta, desapareció. Dejó de oírse el ruido de pasos en las enormes escaleras, y su eco fué perdiéndose tenuemente en el silencio.

Entrar al palacio, evadiendo a Minelli, le resultó fácil; pero salir, quizá no lo fuera tanto. Podría hacerlo fingiendo que en medio de tantas habitaciones y corredores no supo hallar la salida, o bien que se quedó adormilado y al despertar había encontrado las puertas cerradas. Hubiera sido más cómodo escoger —pensó— un ventanal que aquel armario donde se guardaban las escobas, situado debajo de la escalera que conducía al último piso del edificio y que era donde se encontraba escondido.

Miró la esfera luminosa de su reloj; eran ya casi las ocho y decidió aguardar otros quince minutos más, antes de salir. Desde su entrevista de esa mañana con Spadoni, estuvo obsesionado con la idea de ir al palacio y cerciorarse de si existía alguna semejanza entre el dibujo de Cervia y los tapices. Hasta que tuvo ocasión de leer el expediente de Uccello, la semejanza no representaba para él sino algo de interés relativo..., algo que hubiese discutido alegremente con Adriana. Ahora, ya no había escape para él. Un hombre podía engañarse a sí mismo, en su deseo de no descubrir cosas desagradables donde él no quisiera que las hubiese. Eso es lo que había hecho con la muerte de Boldesca, sencillamente porque una italiana de ojos negros, cuyo cuerpo y cariño deseaba poseer, se había mostrado cariñosa con él. Un maldito deseo le hacía pensar que ella no estaba contaminada del fango en que él hacía, generalmente, su vida. De ahí su pretensión de que allí no había fango alguno o, por mejor decir, no lo pretendió, sino que quiso creer que la muerte de Boldesca, después de haberlo encontrado, fué simplemente una coincidencia.

—¡Al diablo la coincidencia! —pensó en voz alta. El expediente de Uccello le dejaba demostrado hasta qué punto y cuán fácilmente se apartaba de la verdad. Sin duda, Boldesca logró engañar a Guffo, a Moretto y a los hombres de Spadoni que lo vigilaban, pero ahora estaba muerto, asesinado... Gian Uccello, sepultado tranquilamente en el pequeño cementerio de Mirave... y quién sabe dónde, un hombre llamado Paolo Cervia. Cervia y Uccello. Ambos fueron canteros, ambos hábiles dibujantes. Cervia ayudó a extraer un cuerpo mutilado de entre las ruinas de aquel hotel bombardeado en Mirave y a sepultarlo después. Si Cervia y Uccello eran la misma persona, entonces el cuerpo de un extraño no identificado habría sido un verdadero regalo del cielo para un hombre que, como aquél, tenía un pasado criminal y deseaba borrarlo para siempre... Boldesca había trabajado aquí, y también Cervia, quien, posiblemente, llevó el tapiz uno de sus propios dibujos... ¿Era todo esto también inocencia? Verdaderamente había obrado muy estúpidamente.

¿Y ahora, qué? Pensó lo que debería hacer. Llegaría hasta el fondo en aquel asunto de Uccello. Era muy probable que hubiese grave peligro para él, pero, desde aquella mañana, se hallaba furioso y su cólera hizo que no pensara mucho en ello. Además, ya tendría cuidado, y por otra parte, poseía algunas ventajas en favor suyo, ventajas que no tenía intenciones de divulgar. Nadie sabía lo que sospechaba. Una solicitud para visitar el cuarto de trabajo, hubiese provocado sospechas en aquella gente. Además, hasta que no supiera exactamente la posición que en todo aquel lío ocupaba Adriana, no le diría nada nuevo. Por el momento, apartó el recuerdo de la mujer, rehusándose a dudar de ella, debido a su propia incertidumbre. Por ahora, todo lo que deseaba era comparar los dos dibujos. La respuesta al misterio de Gian Uccello y las razones de la muerte de Boldesca, estaban allí, en algún lugar de ese palacio.

Cuando salió del armario, pudo darse cuenta de que la oscuridad no era completa. Por las ventanas penetraba una luz pálida, procedente de los edificios del otro lado del Canal. Por encima de él, al principio de la escalera de piedra que subía hasta el

último piso, había una luz bastante débil. Caminó cautelosamente a lo largo de la galería. Después, se detuvo.

De la escalinata que llevaba al vestíbulo principal venía ruido de pisadas. Al fondo de la galería, vió el resplandor de una lámpara de bolsillo, que se alzaba por sobre los últimos peldaños, semejante a una pequeña alborada. Dió media vuelta y se deslizó sigilosamente hasta el último piso.

Se encontraba ahora en un amplio pasillo con una ventana a su izquierda, una puerta grande enfrente y otro pasillo oscuro a su derecha. Aguardó un momento. Veía el resplandor de la lámpara recorriendo la galería de abajo, camino de la escalera. Fué hasta la ventana para ocultarse tras los largos cortinajes medio plegados. Sintió en el cuello el frescor del aire nocturno y vió que la ventana se hallaba abierta a su espalda. Por el Canal pasó veloz un transporte, semejante a un insecto fosforescente. El ruido de las pisadas venía ahora en dirección suya. Alguien pasó cerca de la ventana. Los pasos se detuvieron y escuchó el sonido característico de un hombre al aclararse la garganta. En seguida, el picaporte de una puerta y la voz sorprendida de un hombre que denotaba irritación.

—¿Qué diablos hace él aquí?

Del interior de la habitación salió una voz fatigada, pero agradable, que respondió:

—Eso mismo se podría preguntar respecto a ti. Entra y cierra la puerta.

Aquel a quien se le había ordenado, cumplió el mandato y la luz que se filtraba por entre las cortinas, desapareció. La curiosidad se apoderó de Mercer. Le habría gustado oír toda la conversación. En él, la curiosidad era un hábito profesional y no había por qué avergonzarse de ello.

En el exterior había un balconcillo estrecho, más ornamental que práctico, pero lo suficientemente ancho para dar cabida a un hombre. Se dejó caer en él y avanzó. A cinco pasos, había otra ventana. Entre las cortinas se filtraba un rayo de luz, demasiado alto para poder ver algo, pero una de las puertas del centro se hallaba semiabierta y Mercer podía oír las voces de quienes hablaban en el interior de la habitación. Se aproximaban y se alejaban, a veces claras, en ocasiones confusas, como si los interlocutores estuviesen paseando.

Prestó atención; la sombra de una figura se recortaba contra la oscura pared del palacio: era el reflejo de las aguas del Canal, y probablemente de alguna góndola. Una brisa cálida envolvía todo aquel grupo de edificios.

—Ignoro quien pueda ser. Acabo de recibir un mensaje diciéndome que él estará en Orfeo el próximo sábado, a eso de las seis. Podemos verlo allí, pero tengo que confirmar la noticia. —A Mercer le parecía que aquella voz era la misma del hombre que habló antes desde la puerta.

—Está bien. Sírvete un vaso de jerez y deja de fruncir el ceño. —Esta voz era la otra, la fatigada, pero autoritaria. Se produjo un leve murmullo y el sonido de un vaso

al golpear con otro. Seguidamente, la primera voz pudo escucharla con toda claridad. Forzosamente, el hombre debía encontrarse a muy poca distancia de la ventana.

—Pero ¿qué es lo que está haciendo aquí? —Volvía a mostrarse irritado.

—Precisamente iba a preguntárselo, cuando tú llegaste —repuso el de la voz fatigada, y prosiguió, cambiando de tono, como si se dirigiese a una persona distinta —: ¿Por qué has venido?

—¿Por qué no había de venir? —El que hablaba se echó a reír como si lo hiciera de sus dos interlocutores—... Dentro de poco me iré para siempre —prosiguió—. Ya comprende lo que sucede con hombres como yo. Nos gusta ver nuestro trabajo cuando se haya terminado. Todo lo que necesito, son unos pocos minutos.

En tanto que el hombre iba hablando, Mercer sentía que algo en aquella voz le resultaba familiar. Ya la había oído antes en alguna parte, pero no con tanta frecuencia que se le quedase firmemente grabada. Era una voz atractiva, melodiosa y algo enérgica, una voz que inspiraba la curiosidad de conocer a su propietario.

—¿Te dijo Adriana que estaba acabado ya?

—¿Quién, si no? Ella me lo cuenta todo.

—Espero que tú no hagas lo mismo con ella. —La irritación se había diluido ahora y solamente se advertía un ligero mal humor.

—Con eso basta —prosiguió rápidamente el de la voz cansada, y luego de una pausa, continuó—: Bueno, supongo que es lo razonable. El dibujo es tuyo, y no hay peligro. Puedes disponer de cinco minutos. Te aguardaré aquí mismo.

Se oyó ruido de pasos en la habitación. Mercer se apartó de la ventana y avanzó a lo largo del balcón. Cuando volvió a situarse en su anterior observatorio detrás de las cortinas, se encontró con que los dos hombres que salieran de la habitación hallábanse ya al extremo de la escalera. Levantó un poco la cortina para poder observarlos, pero aquéllos eran solamente dos sombras. Lo único que vió era el resplandor de una lámpara de bolsillo moviéndose por entre los muebles. Los hombres se iban y la luz iba diluyéndose camino de las galerías y la escalera principal. Por un instante, le pareció ver una forma oscura que se hallaba al pie de la escalera. Luego, desapareció y se quedó solo con el ruido de las pisadas de quienes descendían y el resplandor de la lámpara. Permaneció allí. Escuchaba y no sabía qué hacer.

El palacio estaba en silencio, los únicos ruidos eran los misteriosos rumores de la noche penetrando por la ventana que seguía abierta detrás de él, y advirtió en sí mismo una sensación de miedo precursora —lo sabía perfectamente— de una emoción más fuerte. Hizo un gran esfuerzo para concentrar todos sus pensamientos en una sola cosa: en el trabajo. El hombre que había dibujado aquella tapicería, se encaminaba ahora al taller, y Mercer precisaba ver a ese hombre. Apartó de su imaginación todos los demás pensamientos.

Bajó la escalera rápida y suavemente, atravesó luego el primero de los grandes salones y caminó con brazos y manos extendidos para no tropezar con algún mueble.

Se detuvo a la puerta de la enorme habitación engalanada para dar la impresión de una sala de Corte en el siglo XVIII.

La pálida luz que dejaban penetrar las ventanas pugnaba con la oscuridad reinante en aquel salón repleto de cosas. Imaginó hallarse ante figuras de seres vivientes que hubiesen quedado paralizados por la sorpresa de su entrada. Un abanico entreabierto colgaba de una mano quieta, cual una pálida mariposa en reposo; dedos sin vida, junto a la maravilla de un enjoyado *pedentif* de artístico acabado, que lucía un turgente pecho de blancura cerúlea; la curva de un brazo semiapoyado en la empuñadura de una elegante espada; el encaje que pendía de la muñeca de una dama y se movía a impulsos del viento sutil que penetraba por la ventana entreabierta... Todo aquello, tan fantástico, lo obligó a sonreír.

Siguió caminando entre aquellos muñecos y había casi llegado junto al gran trono que se alzaba al extremo de la sala, cuando la luz que se filtraba por debajo de la puerta del taller y que le sirviera de guía, se apagó. Pudo oír el ruido del picaporte. Se detuvo y dió varios pasos atrás para ocultarse entre las sombras del propio trono. Inesperadamente, tropezó con el borde de la gradería y trastabilló. Extendió un brazo para tratar de guardar el equilibrio, y cuando la puerta se abría, una de sus manos chocó con el brazo desnudo de una de las tantas figuras de cera que se hallaba junto a él. La figura se balanceó peligrosamente; los amplios pliegues de su vestido de brocado crujieron con ruido y aun cuando logró sujetar a la muñeca, seguramente que aquél debió ser oído por la persona que se hallaba en la puerta.

Mercer permaneció extático, con el cuerpo rígido y alerta, la respiración alterada, confundiéndose con las inmóviles figuras, perdido como ellas entre las tinieblas. En aquel silencio, los ruidos de la ciudad se percibían débilmente; hasta él llegó el grito de un gondolero, semejante al triste chillido de un ave marina. La hélice de un bote a motor rasgaba aceleradamente el agua, cerca de la terraza del palacio. El rítmico sonar del motor al alejarse, le producía la impresión de ser su propio corazón. Escuchó un ruido que partía de la puerta, unos pasos cautelosos que se movían secos y crispantes y creyó advertir el movimiento de una sombra que se movía en la oscuridad.

Mercer soltó la figura de la reina viuda que estaba sosteniendo y avanzó lenta y cuidadosamente. A su izquierda, hacia la mitad de la sala, oyó el roce de telas y algo cayó suavemente al suelo. Se volvió con el mayor sigilo. En la penumbra de la luz grisácea que penetraba por la ventana vió a una joven en cuyo rostro de cera se echaba de ver cierto aire de coquetería impropio de su edad, y que, al tambalearse en su pedestal, hacía suaves movimientos de cabeza como invitándolo a recoger el abanico que se le había caído de la mano. Dejó de prestarle atención para fijarse en la figura que estaba a su lado. Cuando la estaba mirando, se desvaneció en el abismo de tinieblas debajo de la ventana.

Mercer, ansioso por ver la cara del hombre, se deslizó alrededor del trono y comenzó a caminar pegado a la pared en dirección a la oscura masa de sombras, pera

la escasa luz que penetraba comenzó a producirle fantásticos efectos de óptica. Un galante caballero se detuvo en su camino y lo miró ceñudo; un anciano de labios caídos, con el resplandor de la muerte en sus ojos, le tendía una caja de rapé, y varios jugadores lo contemplaban desde una mesa mientras se movía entre las, sombras. Seguidamente, desde la puerta que había al extremo de la sala, brotó una voz amistosa y clara con cierto trémolo de excitación, y dijo:

—*Buona sera a tutti. Sono venuta solo per cinque minuti. Cosa volete fare esta sera? Giocare, ballare o cantare?*^[23]

Por un momento, Mercer pensó que ya no sólo eran sus ojos, sino también sus oídos los que le estaban jugando una mala pasada. ¿Quién era aquel que sólo podía estar allí cinco minutos y deseaba saber si los muñecos querían cantar, bailar o jugar a las cartas?

—*La Contessa preferisce ballare? Ebbene*^[24]...

Se oyó ahora el ruido de unos pasos ligeros y entre la poca luz que venía de la ventana, logró ver la figura de Ninetta. La niña hizo un leve saludo a la Condesa, a quien se le había caído el abanico, y recogió éste del suelo. Con él en la mano, comenzó a bailar, infantilmente, pero con cierta gracia y formalidad, moviéndose de un lado a otro y cantando suavemente.

Mercer pensó que cualquier ruido inesperado hubiese aterrado a la niña.

También se le ocurrió que en alguna otra parte del salón había alguien, más. Los cinco minutos de una chiquilla, cuando el mundo es todo pura fantasía, se convierten fácilmente en quince. Hasta que ella se fué, hubo una tregua entre ellos. Quienquiera que fuese el que estaba en el salón, deseaba desaparecer sin ser visto. En cuanto a él, ya lo había decidido, no era preciso ampararse en el secreto. Aun cuando no le resultase fácil explicar su presencia en aquel lugar, le resultaría muy beneficioso poder ver al hombre. Mientras Ninetta se divertía con su baile, él iría aproximándose a la puerta para hallarse cerca de la llave de la luz eléctrica. Cuando la chiquilla desapareciese, la encendería para ver quien había allí.

En su camino, había grupos de figuras, muebles y, de vez en cuando, algún alto pedestal en los que pudo atisbar que había bustos. Avanzaba despacio y cualquier pequeño ruido que hubiera podido hacer, desaparecería con el canto de Ninetta.

Se hallaba ya en el extremo más alejado de la habitación, cuando encontró bloqueado su camino por un sombrío grupo de figuras que alcanzó a distinguir difusamente. Fué sorteando a los cortesanos y a las damas de altas pelucas empolvadas. Comenzó a rodear el grupo, con las manos extendidas para tantear el camino como hacen los ciegos. De pronto, su mano derecha tocó una tela, y la fué llevando hacia arriba para poder determinar la posición de la figura. Inesperadamente, palpó una garganta y la línea ósea de un maxilar y, en ese instante, se quedó estupefacto, estúpidamente incapaz de hacer algo para defenderse. Había sentido el calor de la piel y por su textura conoció que se trataba de un hombre. Demasiado tarde ya, alargó el brazo libre en busca de algún apoyo. El desconocido se volvió y su

rostro sumido en tinieblas se hallaba tan cerca, que Mercer recibió en el suyo el calor de una respiración agitada y el agrio y fuerte olor de ajo que aquél despedía. Una cosa pesada le golpeó sobre la sien y Mercer cayó hacia atrás sobre uno de los grupos de figuras cortesanar. Cuando caía hundiéndose en la oscuridad, oyó gritar a Ninetta.

Se encontró acostado en un elegante sofá de madera de palo de rosa con incrustaciones de ébano, y los cojines en que apoyaba la cabeza eran poco confortables a causa de los hilos de oro de su tela. Se sentó frotándose la nuca dolorida y sin dejar de observar a los tres hombres que se hallaban frente a él. Dos de ellos, le eran conocidos. Se trataba de Minelli y de Longo, su inquilino. La chiquilla, Ninetta, se apretaba contra Minelli que la tenía sujeta por un brazo. Sollozaba y no cesaba de mirar a Mercer con ojos temerosos. Él le sonrió, pero la mirada de la niña continuó inmutable. Todas las luces de la habitación se hallaban encendidas y las figuras de cera eran, una vez más, simples grupos rígidos.

El tercer hombre se adelantó y brindóle un vaso de agua. Mercer la bebió mientras lo miraba con fijeza. Era viejo, de rostro flaco, arrugado y con algunas cicatrices; pero en sus movimientos, cuando le entregó el vaso, podía verse cierta elegancia digna. Vestía traje de etiqueta y los brillantes que llevaba en la pechera de la camisa relucían cual cristales de nieve. Recogió el vaso que le devolvía Mercer y con voz suave pero llena de autoridad, exclamó:

—¿Podría explicarnos su actitud? También le aconsejo que se cubra con el pañuelo la herida que tiene en la frente, pues no quisiera que me echase a perder los almohadones.

—¿Es usted el Conde Boria? —preguntó Mercer mientras sacaba el pañuelo.

—Sí, yo soy.

—Mi nombre es Mercer. Ese hombre que está ahí, Minelli, me conoce.

—Ya me lo imaginaba, Mr. Mercer. Pero eso no explica su presencia en este lugar ni lo que sucedió.

—Sería mucho mejor que se lo explicase a la policía —expuso Longo con sequedad.

—Si es necesario, Mr. Mercer, también se lo explicará a ella, mas por el momento, quisiera escuchar su historia.

Mercer buscó su cajetilla en los bolsillos. Ellos no le perdían de vista: Minelli, suspicaz; Longo, intolerante y acusador, y el Conde Boria, sonriendo pacientemente en espera de una explicación que, según pensó Mercer, no habría de creer.

—Vine aquí ya tarde para visitar la galería. Me hallaba cansado y debo haberme quedado dormido junto a uno de los ventanales. Cuando desperté, todo aquello estaba en tinieblas. Solamente había una luz que se filtraba por debajo de la puerta del taller. Crucé el salón en busca de alguien que me indicase la manera de salir, pero antes de llegar a la puerta, la luz se apagó y alguien salió de allí. Quienquiera que fuese, tuvo

que haberme oído, pero en vez de llamarme, esa persona procedió en forma muy sospechosa y trató de huir. Creí que podría ser un ladrón y lo seguí. De hecho, casi estuvimos jugando al escondite. En medio de todo esto, llegó Ninetta y comenzó a bailar y a cantar. No quise atemorizarla, pero intenté llegar hasta el conmutador eléctrico. En el camino me tropecé con el hombre que me golpeó.

—Una bonita historia —refunfuñó Longo.

—Silencio, Teniente —ordenó el Conde, y volvió a dirigirse a Mercer—: ¿Está seguro de que había otro hombre aquí? Ya sabe usted que de noche puede uno sentir cosas extrañas en estas habitaciones, sobre todo cuando acaba de despertarse y la mente no se halla del todo despejada.

—Estaba encendida la luz del taller y esto... —Mercer señalaba la herida en su frente.

—Eso fué lo que le golpeó, Mr. Mercer —explicó el Conde sonriente y moviendo la cabeza. Al mismo tiempo señalaba con el dedo un alto pedestal que estaba caído, y próximo a él, un pesado busto de bronce. El Conde lo levantó, diciendo:

“Es Goldini, uno de nuestros colaboradores. Podría llamársele el Noel Coward de la época. Oímos gritar a Ninetta y cuando Longo y yo llegamos, usted se hallaba tendido cerca del pedestal. Minelli —dijo volviéndose hacia el aludido que se hallaba detrás de él—, será mejor que lleve a esa niña a su cuarto y de aquí en adelante procure que no salga de allá abajo. Ya le he llamado la atención otras veces sobre esa costumbre que tiene de andar por esta parte de la galería. Lo mejor será que ahora revisen todo el edificio. Longo lo ayudará”.

—No vamos a encontrar a nadie, ni se ha perdido nada. Por mi parte, no creo la historia que nos ha contado este hombre —expuso Longo señalando a Mercer—. Deberíamos registrarlo.

—No Crea que va a encontrar mis bolsillos llenos de cerámica, y desde luego, no me golpee con ese busto de Goldini. Sin embargo, si eso puede agradarle a alguien, por favor, llame a la policía. Yo no tengo ningún inconveniente.

Mercer advirtió una sonrisa disimulada en la cara de Minelli cuando dio media vuelta para llevarse a la niña. Longo frunció el ceño y permaneció en el mismo sitio.

El Conde, tocándole ligeramente en el brazo, le indicó que se fuera con Minelli.

—No se preocupe, Longo. Yo sé juzgar a las personas y me parece que podemos tener confianza en Mr. Mercer.

Longo se encogió de hombros y después de un instante de vacilación, siguió a Minelli.

—Esa es una gentileza de su parte —expuso Mercer poniéndose en pie. Por encima del hombro del Conde, acababa de ver la puerta del taller entreabierta. Ya se había perdido la posibilidad de ver a Paolo Cerva, pero cuando menos, deseaba echarle un vistazo al tapiz—. Sin embargo, insisto en haber visto un hombre en esa puerta —exclamó dirigiéndose al taller—. Quizá fuese conveniente que miráramos ahí.

—Como ya le dije antes —replicó el Conde siguiéndolo— es muy fácil que en este lugar se desborde la fantasía de cualquiera. Sin embargo...

Ambos hombres hallábanse a la puerta del taller. El Conde se apartó a un lado para facilitar la entrada de Mercer, e inclinando la cabeza, exclamó con cierta sonrisa de cansancio:

—Tan difícil me resulta creer que aquí hubiera un hombre, como a usted creer también lo del golpe con aquel busto de Goldini. —Y encendió las luces de la habitación.

Mercer vio que el tapiz se hallaba totalmente acabado. Bajo la fuerte luz, los colores eran vividos. Se percibía el olor de alguna sustancia química, y el gotear del agua en el lavabo situado en un rincón de la habitación.

—Como ve usted, no hay nadie aquí. —El Conde se detuvo ante el tapiz. Hablaba en forma vaga y no cesaba de mirarlo.

—Así parece —repuso Mercer que se hallaba detrás del italiano. Ya no le quedaba duda. El dibujo del tapiz era el mismo. Pudiera haber algunos detalles diferentes, la posición de una liana, la colocación de un pájaro, pero era el mismo dibujo que fuera trazado por la mano de Paolo Cerva, por aquella mano que, indudablemente, lo había golpeado en la oscuridad del salón.

Aun tratándose de un tapiz, se había conservado la distinción del boceto original, la misma línea de trazos vigorosos, la claridad de visión, la fantasía de una imaginación que se deleita en la exuberancia de la vida tropical, la melancólica y fría belleza heráldica de una exótica ave del paraíso, perfectamente representada en el centro.

—Esta luz disminuye el colorido y resulta mejor verlo de día. En cuanto al hombre, habrá usted podido darse cuenta de que no hay nadie.

Caminaron despacio cruzando los amplios salones, y el Conde iba apagando las luces conforme avanzaban. Cuando llegaron al pie de la escalera que conducía al piso superior, dijo:

—Tenga la bondad de salir por mi entrada privada, Mr. Mercer. Minelli tiene las llaves de la puerta principal y todavía estará ocupado durante un buen rato. Son muchas las habitaciones que debe revisar... —En tanto que subía tras de él, iba estudiando a Mercer. El hombre era inteligente y con fe en sí mismo... Un hombre, pensó, a quien se le podía tomar afecto a pesar de su rudeza, de alguna vulgaridad ocasional y de su evidente falta de cultura... Principió a seguir el hilo de sus pensamientos, nacidos al observar el traje bastante usado de Mercer.

Ya en su habitación, el Conde se detuvo cerca de una mesita y levantó una garrafa.

—Está usted pálido, Mr. Mercer. ¿No quiere tomar un vaso de vino?

Bebieron de pie. El Conde no cesaba de observar a Mercer, ni de recordar los informes logrados merced a sus influencias: “Un policía particular, mal vestido, fracasado; un hombre a quien la policía conoció tiempo atrás, en Roma...; el

instrumento de otras personas, alguien a quien podía utilizarse, ser comprado y vendido, un tipo de conciencia escasa, ya que de lo contrario no desempeñaría trabajos de esta clase...; un hombre cuya lealtad y habilidades podían ser aumentadas o anuladas con dinero. Podría manejársele sin ninguna dificultad en caso de que llegara a ponerse impertinente”.

—¿Quién hizo el dibujo del tapiz? —preguntó Mercer.

—La signorina Medova que trabaja aquí.

¿Interesante, verdad? Me recuerda una pintura de Roelandt Savery titulada “*Paisaje con Pájaros*”, la cual, si mal no recuerdo, se halla en el *Kunsthistorisches Museum*, de Viena.

El teléfono que se hallaba sobre el escritorio comenzó a sonar. Cuando el Conde hubo respondido la llamada, explicó:

—Era Minelli; han estado buscando por todo el palacio, pero no hay nadie sino los que deben estar.

—Quizá yo estuve soñando todo eso.

El Conde, sonriente, recogió su abrigo de una silla cercana.

—¿Estará mucho tiempo en Venecia todavía? —preguntó, dirigiéndose a uno de los extremos de la habitación.

—Posiblemente, una semana más.

Ahora era Mercer quien observaba con curiosidad. Al llegar a la pared, el Conde oprimió uno de los rosetones tallados en madera y se abrió una puerta. Al ver el asombro de Mercer, esbozó una sonrisa.

—Era una salida secreta —explicó—, pero ahora, desde que todo el piso superior lo he habilitado como vivienda para mí, la utilizo para evitarle molestias a Minelli durante la noche.

Encendió la luz de la escalera, volvióse y cerró la puertecilla. Bajaron por una serie de escalones estrechos y complicados. Al final, había una puerta coronada por un arco puntiagudo, y por ella salieron a un jardincillo de alta tapia, y más tarde, a un reducido embarcadero, en un ángulo del palacio. El Gran Canal estaba frente a ellos, y a su derecha, serpenteaba un estrecho riachuelo. Un frágil puentecillo de madera atravesaba el río dando acceso a un muelle amplio del lado del Canal. Una góndola estaba amarrada en espera del Conde.

—¿Quiere que lo lleve a algún sitio? Voy al otro lado de la ciudad.

—Ya le he causado bastantes molestias —respondióle Mercer moviendo la cabeza.

Se apoyó en el barandal del puente y durante un momento estuvo viendo alejarse a la góndola, que se deslizaba por las aguas oscuras. El Conde debe saber, pensó, que fuí golpeado por Cerva y ha de tener sus buenas razones para ocultarlo. ¿Cuáles razones? ¿Porque Cerva y Uccello eran una sola persona? ¿Y qué más? ¿Trabajaba Uccello para él? Falsificando o copiando cuadros... No, eso no le parecía factible. ¿Entonces, qué habría en el fondo de todo aquello? Por encima de la baranda, lanzó

un escupitinajo al agua, repentinamente más furioso de lo que había estado en todo el día. El asunto se le iba de entre las manos.

A su regreso, atravesó la Piazza San Marcos camino del domicilio de Rosa. En la plaza estaban probando los reflectores, preparándolos para la temporada de verano. Eran ya casi las nueve y el lugar se hallaba muy concurrido, con ese gran intercambio humano de Venecia, de chismorreo, confidencias amorosas, conversaciones comerciales y de hombres que acudían a contemplar las caderas y los provocativos senos de las mujeres, o a escuchar la última intriga escandalosa que se narraba en la mesa cercana. Gente que paseaba de arriba abajo, o permanecía en grupos alrededor de las mesas relucientes, sin dejar de tocar los vasos y las tazas de café. La chiquillería corría y reía a su gusto. Sólo Dios sabía a qué hora se acostaban los venecianos, pensó Mercer... Eran como todos los del Continente. El templo de San Marcos parecía recortado en papel metálico, con oros tenues y verdes bajo las fuertes luces, y el *campanile* semejava un dedo descomunal que rascase el oscuro cielo con su uña puntiaguda.

Rosa estaba acostada en su sofá, atenta a la radio, cuando llegó él. Levantó una mano para indicarle que guardase silencio, señaló a una botella que había sobre la mesita y siguió escuchando el programa. Alguien leía una poesía con voz resonante y expresiva. Mercer se sirvió un vaso, sin prestar gran atención...

*Sperai che il tempo, e i duri casi, e queste
Rupi ch'io varco andando^[25]...*

A Rosa siempre le había gustado la poesía. Mercer encendió un cigarrillo y se quedó mirándola. Tenía los ojos cerrados y su ancho rostro reflejaba la estupidez de aquel colapso de satisfacción. Diez años antes, pocos hombres hubiesen resistido a la tentación de acostarse con ella. Ahora... los pies de la mujer sobresalían por debajo de la colcha y Mercer observó el rosado bulto de carne que se formaba en el lugar donde terminaban las zapatillas..., daba la impresión de hinchazón, de unas salchichas excesivamente rellenas.

*... Amor fra l'ombre inferne
Seguirammi inmortale, onnipotente^[26]...*

La voz se calló y Rosa desconectó la radio.

—Ugo Foscolo —explicó—. Uno de mis favoritos.

—Me gusta su voz —dijo Mercer.

—Tú eres un bárbaro, muchacho querido. Foscolo ya murió. Eso lo leyó otro poeta, Madeo Nervi. Pronto llegará a Venecia para presentarse en un Festival de Arte. Iré a oírlo. Puedes llevarme, si estás aquí todavía.

—Si estoy, lo haré con mucho gusto.

—Todavía no hace una hora —siguió diciendo Rosa— que alguien te aporreó la frente. Todavía no se ha secado la sangre.

—Me golpeé contra una pared.

—En tu trabajo eso suele suceder a menudo.

Mercer se levantó y paseó alrededor de la habitación llevando el vaso en la mano. Se detuvo cerca de la ventana, pasando un dedo a lo largo de las tablillas de la persiana.

—¿Averiguaste algo respecto a esa muchacha, la Medova?

—Poca cosa. —Ella sabía que el hombre no estaba dispuesto a dar muchas explicaciones y quería ayudarlo. Por eso hablaría. Tenía deseos de conocer a la muchacha, porque se sentía celosa. Por cierto que esos mismos celos le producían cierta satisfacción. Le ocurría como si entrase en una habitación helada y se encontrase con un rescoldo que sólo aguardara a que alguien lo avivase para encenderse nuevamente el fuego y brillar entre las cenizas grisáceas.

—Continúa.

—Tiene veintinueve años. Nació en Potenza; eso queda allá en Lucania, en el sur. Vino a Venecia en 1939; el Conde Boria la trajo junto con sus dos hermanas. Boria tiene algunas propiedades en los alrededores de Potenza. ¿Sabes algo de las hermanas?

—Sí. ¿Por qué las traería el Conde?

—Supongo que para trabajar en los tapices. A ellos debe la fama que tiene, y las muchachas los diseñan y los tejen.

—¿Casada o...?

—Eso es lo primero que generalmente preguntas, ¿no es cierto? Pero no, con ella nada de hombres.

—Tuvo una aventura aquí con un tipo llamado Gian Uccello, durante la guerra. Debías haberte enterado de eso. —Sentía un placer morboso en contárselo, una especie de autoflagelación.

—Pues no me enteré. Me gustaría saber cómo se las arregló para hacer eso en esta ciudad sin dejar huellas. No sé, pero me parece que estás tratando con una de esas aves nocturnas, a las que oyes, pero no llegas a verlas. Si intentas...

—¿Cómo es Potenza? —Quería evitar discutir con ella sobre Adriana.

—Turcos y árabes que se alimentan con sopa de verduras. ¿Has encontrado a Gian Uccello?

—Me dijeron que ha muerto. Supongo que mañana podré pedir qué me envíen mi cheque.

Ella observaba su cara alargada, con una ceja semilevantada y el mal humor bien visible en la comisura de sus labios.

—¿Dejó Bernardo esa lista que le encargué?

Rosa buscó debajo de la almohada y sacó una hoja de papel escrita a máquina. Hacia la mitad, figuraban dos nombres que nada hubieran significado para él, de no

haber sido por los motes indicados entre paréntesis: Guffo y Moretto.

—El búho y mi querido amigo el moreno. Lo único romántico en ellos, son los apodos con que sueñan. Por mi parte, yo prescindiría de ellos, y tú debes hacer lo mismo. Pide que te manden tu dinero, puesto que el asunto ha terminado, y quédate aquí hasta que encuentres otra cosa.

—Espero encontrarla.

—Tal vez..., pero ojalá no sea en el fondo del Canal. Poco importa lo que esperes de ella, pero te va a resultar difícil ahogar tu desilusión mientras la lleves en el fondo del corazón.

—¿Averiguaste algo más?

—Algunas otras cosas. Supe que la policía te interrogó acerca de un cadáver..., el de Valentino Grandini. También él terminó en un canal.

—No te preocupes por mí. Sé cuidarme bien. Tú me enseñaste la manera de hacerlo.

—Yo jamás tuve éxito en enseñarte nada.

Riendo, Mercer se fué hacia ella y le tendió una mano, al tiempo que decía:

—Vine para llevarte a comer conmigo. Deja de preocuparte de todo eso y ponte elegante.

Al centro del campo Boria, había una de esas bocas de alcantarilla con tapa de hierro, que tanto abundan en toda Venecia. Un grupo de niños jugaba alrededor, saltando, subiendo y bajando la estrecha gradería que la rodeaba. A espaldas de Mercer, el aparato de radio del café voceaba a los cuatro vientos un discurso sobre el Plan Marshall de ayuda a Italia. A su derecha, tres hombres de negocios, con la cabeza inclinada sobre la mesa, discutían sobre precios y descuentos en las piezas de seda, y presentaban todo el aspecto de unos conspiradores. Una de las chiquillas que jugaban, era Ninetta. Los niños se desbandaron como hojas a merced del huracán y desaparecieron gritando a coro:

—¡Ciao, Mario! ¡Ciao, Ninetta! ¡Ciao!... ¡Ciao!^[27]

Mercer contempló a la niña mientras aquélla subía las escaleras del palacio iluminado. Continuó sentado, esperando. Todavía no había podido hallar ninguna excusa que le disipase sus dudas sobre Adriana. Estaba convencido de que todavía vivía Uccello, y de acuerdo con lo que alcanzó a oír en el palacio, ella estaba enterada perfectamente. Por lo tanto, ella le mintió en aquella conversación que sostuvieron en la góndola. Lo curioso es que no sentía indignación contra la muchacha. Quizá tuviera algún motivo fuerte para no decirle la verdad. Uccello pudiera tener algo contra ella. Ese era su punto de vista preferido, deduciendo que ella ignoraba todos los restantes acontecimientos. Así que... aún le quedaban esperanzas. El hecho de que hubiese amado alguna vez a Uccello, no significaba que ese amor subsistiese ahora; pero tenía que enterarse. Y el caso era que, por el momento, aquella mujer atraía todo su interés. En cuanto al asunto de Uccello que lo había traído a Venecia, podía darlo por terminado cuando le viniese en gana, simplemente enviando toda la información conseguida a Gevlin Frères, de París. El inicio de felicidad y las esperanzas que concibiera en la góndola, habían disminuido, pero no desaparecido todavía. Necesitaba hablar con ella para confirmar si es que alentaba un sentimiento igual al suyo. Si era así, reviviría.

Adriana bajó las escaleras de la Galería Boria y caminó en sentido oblicuo, cruzando la plaza. Mercer llamó al camarero, pagó y salió en su seguimiento.

Dobló tras de la mujer por la Calle Larga 22 de Marzo, dirigiéndose hacia San Marco, pero al llegar a la columnata que conduce a la plaza, la muchacha, de pronto, dió vuelta a la izquierda, pasando por detrás del edificio de Correos, y continuó por la derecha. Al llegar a la esquina, la vió entrar por una puerta que se hallaba a unos cuatro metros de él. Se detuvo un momento para darle un poco de tiempo. Estaba frente a la curva formada por un canal estrecho. La fachada de un *albergo*^[28]

iluminado, parecía inclinarse sobre las aguas negruzcas. Encendió un cigarrillo y se recostó en la barandilla, colocada para evitar accidentes a los transeúntes nocturnos. De una ventana abierta del hotel, salió música de fonógrafo. Cantaba una voz decadente y desentonada, preguntando si alguien se sentía solo, si alguien estaba triste... La pregunta parecía dirigida a él. La impaciencia lo dominaba y no podía soportarla ya. Arrojó su cigarrillo al canal, oyéndolo chisporrotear al caer a la negra espuma, y se encaminó a la puerta.

Por el interior de la casa, se esparcía un fuerte olor a ajo y a gato. Subió la escalera estrecha, y al pasar iba leyendo los nombres escritos en las puertas; en cada piso era distinto el olor... Aquí, fideos cociendo y perfume barato; luego, el indispensable olor de pañales infantiles, entremezclado con aroma de tabaco malo. En la pared de uno de los tramos, habían tratado de borrar carteles, pero aún podían leerse algunas palabras... *Democrazia Cristiana... Uomini!... Partito Comunista... lavoratori italiani*^[29]...

Encontró el nombre de ella sobre una puerta verde, en el último piso. En el pasillo no había ninguna otra puerta. Signorina Adriana Medova. Había sido escrito a máquina en una tarjeta colocada en un pequeño marco de latón. Apretó el timbre y esperó.

Vino a abrir ella misma. Tenía el ceño fruncido, como una mujer a quien se importuna en la intimidad de su hogar. Llevaba una toalla al brazo, sosteniéndola contra la cintura de su vestido verde. No llevaba medias; solamente unas zapatillas de piel verdosa. Se disponía seguramente a tomar un baño.

—Buenas noches —dijo Mercer, y entonces vió que la mujer sonreía ligeramente al reconocerlo.

—¡Ah! ¿Es usted?

Vió sus labios rojos entreabiertos, y en un instante, antes de que la mujer hablase de nuevo, sintió como sí otra vez comenzase la vida para él. Por ella había subido corriendo la escalera y pulsado el timbre con impaciencia, para encontrarla cuando le abriese la puerta brindándole el calor de sus labios.

—¿Cómo supo que yo vivía aquí? —preguntó mientras sostenía la puerta para que pudiera pasar.

—La vine siguiendo desde el palacio. Quisiera hablar con usted un momento.

—Con mucho gusto. —Cuando hubo entrado, Adriana cerró la puerta y le indicó una silla. Dirigióse rápidamente a un sofá, recogió un par de medias y se excusó, diciendo:

—Perdóneme un momento.

Salió, y Mercer alcanzó a ver un cuarto de baño y escuchó el ruido del agua al caer en la bañera. Así fué como comprendió que la había interrumpido en el momento en que se disponía a bañarse. Seguramente habría llegado a su casa, pensó, y se recostaría en el sofá, arrojando las zapatillas lejos de ella; una se veía, precisamente, debajo del biombo, y finalmente, se quitaría las medias de seda. Todos esos detalles

íntimos que pertenecen a los demás y que sólo podía hacer suyos con el pensamiento, con la imaginación...

Mientras ella regresaba, se entretuvo en examinar la habitación, que era más bien estrecha y alargada, pero confortablemente amueblada. Una de las paredes, tenía una fila de ventanas francesas. Una de éstas se hallaba abierta, con las cortinas plegadas, y daba acceso a una pequeña *loggia* rodeada de una barandilla de hierro. A través de una verdadera masa de enredaderas sostenidas por una red de alambre, podía verse escasamente una faja de oscuro cielo y el resplandor de las luces de la ciudad. Además, había tres puertas, una daba al baño, y las otras dos, pensó que correspondían a la alcoba y a la cocina. En una mesita junto al sofá, se alzaba una pila de libros. Adriana regresó en el momento en que Mercer se inclinaba para leer los títulos de la pequeña biblioteca. Le brindó un cigarrillo y cuando ambos fumaban, ella se sentó en uno de los sillones.

—Fuí a Mirave —dijo él—. No puede decirse que sea la ciudad más bella de Italia.

—¿Pero encontró allá lo que buscaba? —preguntó Adriana sonriendo,

—En cierto modo, sí; pero no lo que yo esperaba encontrar.

Hablaba sin dejar de observarla, pero su semblante era inexpresivo, y la luz de una lámpara semivelada por la pantalla lo hacía resaltar con oscuras sombras.

—No lo comprendo bien.

Adriana no estaba sorprendida ante la presencia de Mercer. El Conde Boria le había explicado que lo encontraron en el palacio y que la explicación dada no fué suficiente para convencer a nadie. Asimismo, la previno que tuviese mucho cuidado en lo que hablara, caso de que él volviera a buscarla de nuevo.

—Por eso me hallo aquí. Mire, no la comprendo. ¿No sería mejor que fuéramos sinceros?

—Pero si ya le he dicho todo lo que sé...

Mercer observó el nervosismo que la embargaba y sintió pena por la muchacha. Quería protegerla y trató de levantarse para tranquilizarla. Se echaba de ver claramente que su cuerpo estaba rígido, tirante.

—¿Por qué usted y algunas otras personas, probablemente, tienen tantos deseos de hacerme creer que Gian Uccello ha muerto?

—Porque así es.

—Allá en la góndola estaba dispuesto a creerlo —dijo al tiempo que movía negativamente la cabeza— pero ahora, ya no. Sé que no está muerto y que ahora se halla en Venecia y estoy seguro de que usted lo sabe.

—Gian Uccello, murió. —Hablaba como una chiquilla testaruda, insistente, y eso le hizo pensar que no lograría de ella sino negativas. Por eso se puso de pie.

—Gian Uccello no me interesa. La que me interesa es usted y por eso le hablo con toda franqueza. Usted sabe que estoy diciendo la verdad, pues en otro caso, ya me habría preguntado por qué estoy tan seguro respecto a Uccello. Lo que quiero

saber es qué clase de poder ejerce ese hombre, y otras personas tal vez, sobre usted. Presiento que hay muchas cosas que usted no conoce todavía... ¿Qué significaba Boldesca para usted?

—Nada.

Sacó una cartera del bolsillo y dejó caer una fotografía en la falda de Adriana, preguntando:

—Sabe usted, la encontré en su cartera la noche que él fué a visitarme.

La mujer tomó la foto, le echó una ojeada y se la devolvió explicándole:

—Boldesca sólo vive por dos cosas: el vino y las mujeres. Hay muchos hombres que gustan de llevar consigo fotografías de mujeres que están fuera de su alcance. Esta, seguramente la robó, y de todas maneras, no entiendo por qué me la enseña usted.

—Porque presiento que usted se halla en dificultades y deseo poder ayudarla. Sé que Uccello tiene antecedentes criminales. ¿Por qué se pone de su parte, a menos que él tenga algún poder, algo sobre usted? Usted está metida en algo mucho más hondo de lo que supone... Tengo la seguridad de ello. De otra manera, no me encontraría aquí deseando ayudarla. ¿Sabe usted que Boldesca murió? —las últimas palabras las soltó de pronto.

—¡Eso es absurdo! El Conde Boria ha recibido carta suya. Ahora está en Milán.

Ya no le quedaba ninguna duda. En su forma de hablar, en su tono, había mucho de la incredulidad que sentía. Lo propio sucedía con la mirada que le dirigió, levantando la vista desde la zapatilla que estaba meciendo en la punta de su pie desnudo. Todo le indicaba que ella creía que Boldesca estaba vivo todavía. Le volvió la espalda para ocultar la satisfacción que ese pensamiento le producía. Luego, prosiguió:

—Pues yo creo que murió.

—Está equivocado —exclamó, y levantándose de la silla, se puso a pasear por la habitación. Mercer observó que se hallaba preocupada por algún problema, abstraída; su cuerpo había adquirido una gracia delicada, al olvidar aquella disciplina personal de antes, que la mantuviera rígida hasta hacía un instante.

—No. Su cuerpo fué sacado del Rio dei Greci, a la mañana siguiente de haberme visitado. La policía me interrogó a ese respecto, y dice que se llamaba Valentino Grandini.

—Estoy segura de que ha de haber algún error.

—No.

—Entonces ¿por qué la policía no ha ido por la galería?

—Porque yo no les dije donde había vivido, ni tampoco que se llamase Boldesca.

—¿Por qué no? —Adriana lo observaba sorprendida, y él podía darse cuenta de que todo lo que hubiera adelantado comenzaba a desvanecerse ahora.

—La policía y yo no acostumbramos a tener confianzas. Hay que tener en cuenta que yo me gano la vida igual que ellos. Supongo que son celos profesionales.

—Lamento no poder creer lo que me dice sobre Boldesca —exclamó la mujer echando atrás la cabeza.

Mercer irritóse consigo mismo, porque comprendió que si ella no le creía, era por culpa suya.

—Bueno —dijo— no me crea. No he venido para hacerla hablar ni para sonsacarle algún secreto suyo. La sola razón de que esté aquí, es porque quiero ayudarla.

Fué evidente el disgusto que le causó la vehemencia de aquellas palabras que acababa de pronunciar. Estaba furioso, porque hubiera querido que esta situación de tirantez no se hubiese producido nunca y porque no comprendía la razón por la cual Adriana se encontraba tan interesada en todo aquello. Él no significaba nada para ella... Ahora, lo que ella seguramente estaba deseando, es que se fuera, que la dejase sola.

—No necesito su ayuda. Uccello murió y eso es todo lo que sé.

Él se hallaba en un rincón oscuro junto a la ventana y envuelto en la mayor confusión. Sentía que entre ellos se extendía como una pared de telaraña llena de incomprensión y desconfianza; pero tenía que sobreponerse, cual si toda su vida dependiera de eso tan sólo. Sin embargo, cuanto más luchaba, más oprimido se sentía por aquellos hilos invisibles de que estaba rodeado. Tiró su cigarrillo a la *Loggia* y se volvió hacia ella. Adriana se entretenía en alisar los pliegues de su falda, haciendo presión contra un muslo. Su mirada fué siguiendo los movimientos de la mano de la mujer. Repentinamente, sintió como si aquella mano fuera la suya, y a la confusión que lo invadía, vino a sumarse un deseo que acabó de turbarlo más aún. Cuando principió a hablar, casi no se daba cuenta de lo que estaba diciendo. Quería solamente explicarle que la necesitaba; sólo ansiaba que lo comprendiese y le contestara.

—¿No lo ve? Yo no tengo ningún interés por ese Gian Uccello, ni por el misterio que se esconda tras de él —exclamó furibundo—. Toda mi vida la he pasado escudriñando rincones en la penumbra y ya no me sorprende por nada de lo que vea. Podrían asesinar a un millón de Boldescas, y yo no movería un solo cabello por eso. Las mentiras resbalan por mi espalda, como el agria por las plumas de un pato... El mal, la sospecha, el temor... esa es la profesión mía. Pero ahora, en medio de ese fangal, uno encuentra alguien que le hace comprender que en un hombre hay algo más que boca y estómago, algo más que un cuerpo que desea mantener caliente, que el mundo no son tinieblas únicamente, que existe algo que vale la pena poseer... Una mujer puede despertar ese sentimiento. Usted me lo ha hecho comprender... — Mientras hablaba, no la perdía de vista, esperando algún gesto de rechazo, de defensa, pero ella ni siquiera se movió. Estaba pálida e inmóvil, sin denotar emoción alguna. Esa actitud de la mujer, le hizo pensar que estaba retrocediendo espantada, al sentirse obligada a cruzar un abismo al que había sido atraída por ignorancia.

—¡Demonios! —gritó el súbitamente—. No me mire con tanto miedo. Debe comprender lo que quiero decirle...

Ella comprendió. Comenzó a mirarlo con una curiosidad nueva, pues en lo profundo de su ser se veía obligada a admitir que le halagaba el sentirse amada. Los más mínimos detalles del hombre, resaltaron ante sus ojos: el cabello liso y encanecido, el rostro alargado y con profundas arrugas, y la limpieza que él respiraba, su relevante personalidad, a pesar del traje bastante ajado; el saludable color de su epidermis, la punta saliente del cuello de su camisa... Bajó la mirada a la mano de Mercer, que ahora jugaba con un botón del chaleco, y vió que los dedos largos y algo aplanados en la punta, con las uñas bien cortadas, eran de unas manos limpias y nerviosas.

—Comprendo —dijo de repente—, pero está perdiendo el tiempo. Quisiera que no hubiese venido.

Hubo un momento en el que ella pensó que Mercer se iba a poner furioso, pero, lejos de eso, él rió tranquilamente y dijo:

—El tiempo es lo único que tengo y puedo perder.

Fué hacia ella y de puso las manos en sus brazos, deteniéndola por un momento para contemplar la fina línea de las cejas, la caprichosa belleza de su rostro, sintiendo el calor de su epidermis correr por entre sus dedos. Cualquiera cosa que haya dicho, pensó él, esa respuesta última, la angustia o la traición final, se olvidarían. La atrajo hacia sí y la besó... Pero la boca de la mujer parecía mármol, igual que la muchacha con cara de figura de Boticelli, que recordaba hacía muchos años, y su cuerpo estrechado contra el suyo, lo insultaba con aquella pasividad fría. Si ella se hubiese defendido para librarse de él, habría seguido teniendo algo de respeto hacia la mujer; pero todo lo que tenía entre sus brazos era un cuerpo sin espíritu ni personalidad, incapaz de negarse o de darle una esperanza. La soltó. Fué a la puerta, y ya con la mano en el picaporte, le dijo sin volverse:

—Cuando me preguntó que si al regresar de Mirave dejaría Venecia, ¿fué porque deseaba que me marchase?

—No hay nada para usted en Venecia —fué lo que él le oyó decir.

Cuando Mercer hubo salido de la habitación, ella se quedó un momento pensativa. Luego, se dirigió a su alcoba, hizo una pausa en el oscuro umbral de la puerta mientras su mano buscaba despacio la llave de la luz y, adentro, una voz perezosa de hombre, exclamó:

—No te molestes; yo encenderé ésta.

Se encendió una lámpara que había sobre la mesita de noche, y un cono truncado de luz fué a reflejarse sobre la gruesa alfombra, sobre un pequeño reloj de plata, y las diminutas flores blancas que adornaban la colcha, parecieron expedir un suave resplandor. Una mano y parte de un brazo, descansaban todavía sobre la mesa. Eran unos dedos largos y oscuros que jugueteaban con el conmutador eléctrico. El diván

forrado de seda, proyectaba una sombra oscura sobre la cama, ocultando el resto del cuerpo.

—¡Gian! ¿Qué haces aquí? —preguntó casi gritando.

—Esperándote. ¿Qué otra cosa podía hacer? —repuso el hombre riendo en tono de burla.

Ella fué hasta el lecho, y después se quedó quieta observándolo. Su rostro y el contorno del cuerpo no eran sino una forma difusa entre las sombras. Él alzó una mano y tomó una de la mujer, apretándola con suavidad. Eso hizo sonreír a Adriana.

—No debiste haber venido tan temprano. Eso es una imprudencia.

—Un hombre que está enamorado, no puede pensar en ser prudente, *cara mía*^[30]. No te preocupes. Tú no hubieras sido capaz de traer aquí a nuestro amigo Mercer. Y si lo hubieses hecho, sería para cortarle después el pescuezo; además, siempre tendríamos la ventana, en último caso.

—¿Lo oíste?

—Sí.

—Me tiene preocupada. ¿Por qué dice esas cosas de Boldesca?

—Los hombres como él, dicen lo que les parece oportuno —respondió riendo, al cabo de un rato—. Quiso confundirte para hacerte hablar.

—Boldesca no ha muerto ¿verdad?

—Adriana, ¿qué te pasa? ¿Estás creyendo las mentiras de ese tipo? Ven, acércate. —Hablabas en voz baja, prometedora—. ¿Quién podría querer matar a Boldesca? Está en Milán. No te preocupes por lo que dice ese hombre.

—No es él solo. Somos nosotros, Gian. ¿Cuánto tiempo va a durar todo esto?

—Paciencia, querida. Dentro de una semana, me encontraré en lugar seguro y no pasará mucho tiempo sin que te reúnas conmigo. Entonces se habrá terminado esta clase de vida. No deja de tener cierto atractivo el venir aquí de la manera que yo lo hago, pero puede llegar a ser demasiado peligroso.

Hizo una pausa. Adriana estaba silenciosa mientras jugaba con sus dedos, que eran largos, finos y nerviosos, pero, tenían manchas de nicotina, y las uñas mordidas, mostraban una raya de suciedad. La comparación mental con las manos de Mercer, la hizo sobrecogerse, pero, terriblemente leal, apretó aquella mano contra su seno para abrigoarla y darle calor.

—¿Te sorprende que se haya enamorado de ti? —preguntó Gian con aparente indiferencia que logró conmoverla y hacerle desear que hubiese dicho cualquiera otra cosa, menos esa.

—No le comprendo. Cada vez que lo veo, tengo la impresión de que está buscando algo que yo ignoro por completo.

—Olvídalo. Boria sabe cómo ha de tratársele. Él no puede hacernos nada. Yo soy un hombre que murió hace ya mucho tiempo, allá en Mirave... Olvídalo.

Se movió de pronto, mientras ella todavía permanecía en silencio, y prosiguió hablando, pero ahora su tono de voz era duro y reflejaba cierta amargura al

preguntar:

—¿Qué te hizo ése cuando estabais allá afuera? Le oí, pero no pude verlo y tú guardabas silencio cuando se marchó. ¿Te tocó?

—No seas tonto, Gian —contestó la mujer inmediatamente con voz reposada, segura.

Entonces él la atrajo hacia la cama con impetuosidad hambrienta y cuando la rodeó con sus brazos, y sus manos se movieron con toda la libertad que podían hacerlo, ella no se dió cuenta de que por primera vez en su vida, le había dicho una mentira. Sintió la barba del hombre recién afeitada, rozándose con su mejilla, y la caricia fué como el abandono de sus temores en la intimidad de la pasión amorosa, cuando sus labios besaron los de ella con avidez. Sus manos fueron hacia él y sus dedos se enredaron en el espeso cabello negro del amante.

No había nada que lo detuviera ya en Venecia. Esa mañana le había telefoneado a Rosa para decirle que se marchaba. Además de ella, había solamente otras dos personas de quienes quería despedirse: Minelli y Ninetta. Sentía que a ambos les debía esa pequeña cortesía. A Minelli, porque el incidente del palacio pudo haberle originado alguna dificultad, y a Ninetta, por el susto que le dió.

Sentado al sol en uno de aquellos largos bancos de piedra que marcan la orilla de la Riva degli Schiavoni, tocaba, por encima de la chaqueta, la caja de bombones que llevaba en el bolsillo para la niña. Sacó el globo de cristal y la sacudió para entretenerse en contemplar los copos de nieve al caer sobre la pintura representando la Plaza de San Marcos. La imitación de nieve, caía sorprendentemente blanca, en contraste con el cielo azul añil y los edificios de suave color melón. Al otro lado del muelle, un hombre pegaba un cartelón sobre las tablas grisáceas de un embarcadero. Mercer encendió un cigarrillo y observó las aguas de la laguna.

Un magnífico barco pintado de blanco se encontraba anclado en el Canal frente al Hotel Danielli. Una barcaza pintada de rojo y amarillo, pasó deslizándose junto a la isla de la iglesia de San Giorgio, camino del Lido, y fuera de la Dogana —donde antaño anclaban las naves de Ragusa con su proa prominente— había ahora cuatro corbetas italianas que cabeceaban de proa, sujetas por las amarras. Las soleadas y blancas cubiertas de lona de sus cañones, y los toldos, herían la vista. Se le ocurrió pensar que era una ciudad en la cual la vida había tenido un encuentro con el tiempo. Un camarero, saliendo del sótano de un café, era portador de un *cinzanino*. Y otrora, probablemente, aquel sótano sirvió de almacén a los vinos y aceites griegos que llenaban las botellas de cualquiera de los Dux. El tizne de cinco siglos se mezclaba ahora con una capa de polvo en el tapón nuevo que ocultaba un número para la rifa de un automóvil Fiat, o una motocicleta Vespa, si es que le ayudaba la buena suerte... Pero él no la tuvo nunca. Continuó tranquilo, formándose la ilusión de que la tenía al alcance de la mano. Había deseado a Adriana, pero el recuerdo del día anterior, le había dejado una amargura que tardaría mucho tiempo en disiparse. *No hay nada para usted en Venecia*. Aún le parecía oír su voz cuando se lo dijo. Y ella tenía razón. No había nada para él, ninguna maldita cosa. Nada sacaba con repetirse que ninguna razón había tenido para esperar algo de ella. Había dejado volar su fantasía y eso era todo. El desengaño resultó un golpe rudo para él, y su único lenitivo, era seguir pensando que no le importaba nada. Se iría. No había nada para él en Venecia. En lo referente a Uccello —y el asunto le parecía poco importante cuando se acordaba de Adriana— no obraría honradamente. Tampoco le remordería la conciencia por eso.

Lo mejor sería que dieran al hombre por muerto. Que pensaran lo que mejor les acomodase sobre sus cualidades heroicas, y la ignorancia de la verdad sería más humana para el cliente de Gevlin Frères, que lo sucedido realmente. Tiró la colilla de su cigarrillo y se quedó mirando cómo el viento jugaba con las finas volutas de humo sobre las piedras grises del muelle.

En ese, momento, dos hombres llegaron por detrás de él y tomaron asiento en el banco, uno a cada lado y tan cerca, que le hicieron sentirse oprimido. Guffo estaba a la derecha y Moretto a la izquierda, mirando fijamente el cartelón que acababan de pegar en uno de los muros del muelle, ignorando a Mercer por completo. Guffo se inclinó, apoyando los codos sobre las rodillas, y volvió su cabeza hacia Mercer.

—Lo felicito, *signore* —exclamó con afabilidad.

—¿Por qué?

—Porque le traigo un obsequio.

—No es mi cumpleaños.

—A la gente se le hacen obsequios por muchas razones —explicó Guffo enderezándose— y usted lo sabe. —Hizo una pausa y alzó un poco los lentes para descansar la nariz—. Pensé que se equivocaba al no querer hacer negocios conmigo —siguió diciendo—, pero me retracto. Usted lo hizo muy bien. Yo no lo habría hecho mejor.

—Dejemos a un lado las alabanzas y vamos a lo del obsequio. La realidad es que sospecho de ustedes dos.

—No tiene necesidad de hablar así, *signore*. —Mientras hablaba, sacó del bolsillo un sobre alargado y perfectamente pegado que le entregó a Mercer.

—¿Esto es de usted? —Mercer le daba vueltas. Era grueso y pesado.

—No, *signore* —exclamó Guffo suspirando—. Desgraciadamente, no sé quién se lo envía, pero ya lo sabrá usted cuando lo abra.

Mercer abrió el sobre y sacó su contenido. En sus manos sostenía un buen paquete de billetes nuevos de mil liras. Ya en otras ocasiones se había encontrado frente a situaciones semejantes, pero nunca con el poco interés que ahora sentía. Oyó silbar entre dientes a Guffo, y después su voz llena de envidia reprimida.

—¿Cuántos, *signore*?

Mercer los contó despacio. Mientras iba contando, pensaba en la razón por la cual producen tanto placer los billetes nuevos y, a medida que los tocaba, el interés iba apoderándose de él poco a poco. No podía negarlo. Era agradable tocarlos; su rigidez era toda una promesa... Por un momento, estuvo inclinado... a sentirse molesto de su propio placer, pero se le disipó el enojo rápidamente.

¡Al diantre! ¿Por qué no debía sentirse satisfecho? El dinero es el dinero y con él se puede vivir. Cada crujido de los papeles, era una promesa, y lo más raro de todo, una que habría de cumplir.

—Cien.

—¿Han menospreciado el valor de las molestias que usted les puede causar?

—El valor de las molestias que puedo causar, es algo que no acostumbro a discutir en público; pero me sorprende que hayan confiado en usted para entregármelo.

—No es fácil ser amigo suyo, *signore* —en la voz de Guffo se advertía claramente un deje de tristeza—. Soy un hombre de negocios como usted y los dos debiéramos entendernos muy bien. Cuando se nos presenta una ventaja, la hacemos dinero inmediatamente. Pero robar, es cosa bien distinta. Me apena usted, *signore*.

—Ya se le pasará —dijo Mercer guardando los billetes en un bolsillo interior. Inmediatamente lamentó haber hablado con tanta brusquedad y comprendió el porqué. Incluso en Guffo, para quien el asesinato no significaba nada, existía cierta forma de conciencia obnubilada, una especie de ética adoptada por él para mantener un rudimentario respeto de sí mismo. Deseando escapar a sus pensamientos, Mercer dijo con voz aguda—: ¿No había ningún mensaje junto con esto?

—Sí, esto —Guffo tendió la mano—. Las instrucciones a que debe atenerse. Es un billete para un asiento reservado de primera clase, en el tren de París, que sale de Venecia a las seis de la tarde. —Le entregó un pequeño sobre impreso con el nombre de una agencia de viajes—. En mi opinión —añadió—, y si quiere hacerme caso, utilícelo. Vea, *signore*, yo sugerí que no había necesidad de malgastar tanto dinero con usted para obligarlo a marcharse. Moretto y yo, estábamos dispuestos para convencerlo por la cuarta parte de esas cien mil liras. Pero no se puede obligar a la gente a que vea las cosas desde nuestro punto de vista, a menos de que se trate directamente con el interesado, y nosotros no pudimos hacerlo. Supongo que no dejará usted de irse de Venecia ¿verdad?

—¿Piensa hacerme vigilar por Moretto?

—Moretto o quizás yo mismo. Ambos necesitamos hacer ejercicio y tengo curiosidad por ver lo que hace usted.

—Estaría yo loco si satisficiera su curiosidad.

Guffo se levantó y Moretto hizo lo propio.

—Efectivamente, *signore* —dijo el primero.

—No se preocupe, me iré de Venecia.

—No lo he dudado. Es precisamente lo que yo haría. —Movi6 un poco sus lentes, soltó una carcajada y echó a andar. Moretto lo siguió.

Los estuvo observando mientras desaparecían, y sólo cuando se hubieron perdido de vista, se puso de pie y caminó en dirección al Palacio Boria.

Tenía la certeza de que el dinero procedía del palacio. Sus primeras investigaciones allí después de lo de Boldesca, sus conversaciones con Adriana, que ella, probablemente, le habría repetido a su jefe; el intento de dejarlo satisfecho y deshacerse de él, enviándolo a Mirave, y por fin, el haber sido sorprendido aquella noche en el palacio... Se imaginaba al Conde tramándolo todo, haciéndose consideraciones respecto a su carácter y circunstancias. Había decidido pagarle porque, en apariencia, era eso, un hombre a quien se podía comprar. Seguramente

también lo pensaba Adriana. Tal vez fué ella misma quien lo sugirió. Incluso pudo haber sido ella quien quiso que le pagasen, para compensarlo por la otra desilusión. ¡Eso era todo lo que él había logrado de ella! Se rió de sí mismo con amargura. Lo irónico resultaba que —sus dedos tocaron la parte exterior de la chaqueta, haciendo crujir los billetes al oprimirlos contra su pecho— ya había decidido abandonar Venecia, de todas maneras. Si hubiesen esperado un día más, se habrían ahorrado cien mil liras. Se alegró de que no esperasen. Ese dinero aplazaba la necesidad de buscar en seguida otro empleo. Cualquiera cosa era bienvenida, pero sentía un ligero desasosiego por tener que rendirle a Gevlin Frères un informe lleno de falsedades. Sin embargo, el dinero venía a convertirse en bálsamo para aquella herida.

En el palacio encontró a un desconocido en el escritorio, por tratarse del día de descanso de Minelli, y no era fácil que éste se hallase allí. No obstante, finalmente, lo encontró junto con Ninetta. Ambos estaban sentados en un pequeño patio separado por un muro del angosto jardín al cual daba la salida privada del Conde. Minelli fumaba y daba de comer a sus palomas. Ninetta se entretenía en hacer un túnel en un montón de arena, en el que había incrustado un montón de conchas y lo tenía adornado con algunas ramas de mimosa, cortadas de la enredadera del muro.

Fué una entrevista desagradable, a pesar de su buena voluntad. Minelli tenía ganas de hablar lo menos posible, como si guardase algún rencor por lo sucedido en el palacio. Mercer sospechó que seguramente lo habrían reprendido por no haberlo visto esa noche, cuando hizo la inspección antes de cerrar el palacio. El hombre arrojaba maíz a las palomas, acariciando el cuello de color metálico de una que se había posado en su mano, y volvía la espalda a Mercer. Recibió la noticia de la marcha de éste con un leve movimiento de cabeza. En cuanto a Ninetta, no hubo interés de ninguna clase. Recibió los regalos, le dió las gracias, y en cuanto pudo, se escapó para seguir jugando con su túnel, olvidándose de su presencia a los pocos segundos, es decir, cuando principió a hablar sola, en tanto seguía jugando con la arena. Eso fué lo que por un instante hizo salir a Minelli de la reserva en que estaba y, aun así, Mercer comprendió que lo hacía más en defensa de la niña, a quien quería como un padre, que en atención a él.

—No le haga caso, *signore*. No es que sea desagradecida, sino que está siempre distraída. Probablemente, esta noche no querrá dormirse a no ser que tenga debajo de la almohada su bola de cristal con el paisaje nevado. Pero ahora... es como un duendecillo que excavase un túnel para buscar algún tesoro fantástico. —Sonriendo, echó a volar la paloma que tenía entre las manos. La paloma se elevó dibujando graciosas espirales.

—Cuando yo era muchacho, los gavilanes nos arrebatan muchas palomas. ¿No ocurre lo mismo aquí?

—Muy raras veces, *signore*...

Después de esas pocas palabras, se hizo tan patente que el hombre estaba deseoso de verlo desaparecer, que Mercer se retiró desilusionado.

Pasó una hora en el bar del *Albergo Adriático*, antes de comer, y bebió más de lo que era habitual en él. Para celebrar lo sucedido, se dijo cínicamente. Pero, más tarde, cuando se hallaba acostado en la cama dispuesta a dormir las pocas horas que le faltaban para tomar el tren, y sintiéndose pesado por el licor ingerido, experimentó verdaderamente preocupación. Lo invadió la curiosa sensación de que algo había ocurrido desde la hora del almuerzo, algo que ignoraba todavía..., y cuando el sueño comenzaba a apoderarse de él, todos los recuerdos se agolparon en su mente: al momento de subir, había pagado su cuenta en el despacho del hotel, y para ello, se había llevado la mano al bolsillo interior de la chaqueta donde guardaba su propio dinero en una billetera muy usada, de piel... Todavía semidormido seguía pensando en todo ello.

Cuando despertó, tenía la cabeza tan pesada, que un baño no fué suficiente para acabar de aclararle las ideas. La lengua se le pegaba al paladar y le daba la impresión de un trozo de piel de gamuza.

Al llegar a la estación, faltaban todavía veinte minutos para la salida del tren. En el amplio vestíbulo, se detuvo para comprar alguna revista y cigarrillos. Al dar media vuelta, se enfrentó con Guffo. Este llevaba un ligero impermeable italiano echado sobre los hombros, a manera de capa. Su rostro alargado mostraba señales de un reciente afeitado y todavía llevaba algo de polvo refrescante. Sus ojillos resplandecían bienhumorados tras de los lentes. Al ver aquella cara sonriente, plena de bonhomía, a Mercer se le hacía difícil pensar que aquel hombre era un asesino.

—*Sono venuto a dirvi addio, signore*^[31] —dijo con voz agradable.

—A decirme adiós y para estar seguro de que me voy ¿no?

—*Signore*, estoy aquí porque usted me agrada —replicó Guffo encogiéndose de hombros—. También porque he estado pensando en un sinfín de cosas y quería decirle que si algún día necesita alguien para que lo ayude, recuerde que puede contar conmigo. Hablo francés y alemán y no tengo nada que me obligue a permanecer en Venecia.

—¿Quiere decir que está atravesando por una mala situación?

—Los hombres como nosotros no pueden poner un anuncio o ir a una agencia de colocaciones, *signore*. ¿Se acordará de mí cuando se presente alguna oportunidad?

Se hallaban ya en la verja; Mercer no había respondido, pues buscaba afanosamente su billete; por eso, Guffo, prosiguió hablando.

—Siempre puede encontrarme; bastará con que me escriba a casa de Gostini. *Addio, signore, e buon viaggio*^[32]... —Hizo un movimiento para tenderle la mano, pero Mercer se hizo el desentendido y cruzó la puerta que llevaba al andén. Desde el otro lado de la reja, se volvió, miró a Guffo por un momento y levantó la mano en un saludo breve. Luego, se adelantó en busca del tren. Las últimas palabras del hombre le habían producido asco.

En el compartimiento había otras dos personas: una pareja de jóvenes ingleses recién casados, coligió; hablaban en voz alta y despreocupadamente. En su país,

pensó, lo habrían hecho a media voz, pero aquí, y creyéndolo italiano e incapaz de comprenderlos, hacían del vagón su propia casa.

—Si permitieran que uno trajese más dinero. ¡Ya lo ves, preciosa! Habría gastado todo lo que tenemos en esa tiendecita de artículos de piel cerca de Luna. ¿No crees que hemos sido un poco egoístas respecto de los guantes para Marta?

—No, ángel mío. La pañoleta le agrada lo mismo y nos habremos ahorrado cerca de mil liras. ¡Demonio!... ¡Apenas si nos queda bastante dinero para comer en el tren! Los parientes no creerán que uno ha de morir de hambre, sólo para poder llevarles los regalitos que ellos quieren. Ya tiene bastante suerte con que le regalemos la pañoleta. Tengo la seguridad de que se equivocaron en la cuenta del hotel. Quinientas liras más de lo que yo había calculado...

Mercer se recostó en su rincón; cerró los ojos y trató de no oírlos, pero las voces continuaban sonando altas y molestas. Todavía le seguía doliendo la cabeza por haber dormido con tanta pesadez. En su mente se mezclaban aquellas voces con otras que lo habían herido hondo. Era Adriana, diciéndole fríamente: *Comprendo. Pero está perdiendo el tiempo.* La de Guffo, explicándole: *Los hombres como nosotros, no pueden poner un anuncio... Los hombres como nosotros... Usted y yo nos comprendemos, signore... Usted y yo...* Hizo un movimiento repentino, tratando de escapar a sus pensamientos, y al moverse, los billetes que guardaba en el bolsillo produjeron un crujido seco que le pareció una explosión en el ruidoso compartimiento.

Se levantó de un salto y fué al pasillo. ¿Por qué no arrancaba aquel maldito tren? Deseaba alejarse de aquel lugar cuanto antes. No le había ido muy bien en Venecia. Sólo deseaba estar lejos. Y la voz de Guffo parecía conveniente en el eco de lo que estaba pensando. *Yo no lo habría hecho mejor.*

Y por supuesto, en eso radicaba la verdadera dificultad. No solamente Guffo, sino otras personas, Adriana y el Conde, lo habían tomado por lo que era, por un aventurero miserable, sin escrúpulos ni conciencia, un hombre cuyo silencio podía comprarse con el soborno. Ya antes habían tratado de hacerlo, pero siempre se rehusó. Siempre había sido leal, incluso con Gevlin Fréres. Era una cualidad que debía conservarse porque, a la larga, era el mejor negocio y, lo que resultaba más importante, cuando se perdía la decencia, no era difícil verse mezclado con la multitud de Guffos y Morettos... ¿Pero, qué diablos tenía eso que ver? Algún día se vería obligado a juntarse con ellos, si quería seguir comiendo. Habría de juntarse con ellos. Ahora no le era posible presumir de lealtad profesional. Estaba en venta al mejor postor; marcado, sin garantía, barato... Frente a un porvenir violento, triste, y un día cualquiera acabaría con un puñal clavado en la espalda, o caminando por *Les Halles*^[33], recogiendo los desperdicios de las verduras para hacerse una sopa con ellos... Incluso devolviendo el dinero...

No, demonios, eso era ridículo y estaba tolerando que su fantasía lo llevase demasiado lejos. Ahora poseía dinero y podía principiar de nuevo. Si regresaba, quizá

se acercase demasiado a Uccello, no le haría ningún beneficio a los clientes de Gevlin Frères y seguramente recibiría alguna paliza... Posiblemente no se contentasen con eso solamente. No, esto sería lo mejor: no regresaría.

Volvió a su compartimiento y se sentó recostándose en los almohadones. La voz de la muchacha inglesa seguía dejándose oír con su molesto aflautamiento:

—Si permitieran que uno trajese más dinero... Todavía creo que hubiese sido más seguro darle un cheque a aquel hombre. Ya estaba de acuerdo.

—No seas burra, querida. Era uno de esos tipos que no saben lo que dicen. Pero ya no vale la pena que hablemos de eso.

La máquina lanzó un largo silbido al alejarse del andén y el tren dió un tirón. Mercer se incorporó velozmente, bajó su maleta y se encaminó al pasillo, pero en la puerta se volvió para contemplar a la pareja y, sonriéndoles, exclamó:

—Tienen razón. Sencillamente, no vale la pena... —Y echó a correr, saltando a tierra justamente en el momento que el tren adquiría más velocidad.

Desde el vestíbulo de la estación llamó por teléfono a su hotel pidiendo que le reservaran su cuarto. Luego, entregó la maleta a un mozo y le pagó, al tiempo que le indicaba la dirección de su hospedaje. No tenía prisa por regresar. Necesitaba algún tiempo para pensar lo que iba a hacer. A Guffo no se le veía por parte alguna.

Fuera de la estación, dobló a la izquierda y caminó en dirección a Lista di Spagna, siguiendo la gran curva del Canal, con intenciones de llegar a la Plaza de San Marcos. Varias veces se extravió en el camino, pero al preguntar, le indicaban la dirección correcta.

Pensó que si tuviera sentido común, se habría quedado en los mejores lugares de Venecia sin regresar a su hotel; pero ahora el problema era, más que de sentido común, de orgullo, y le desagradaba verse obligado a hacer alguna transacción. Desde luego, todo eso no tenía nada que ver con Adriana. Ella ya había muerto para él. Tenía derecho a estar en Venecia con propósitos honorables... y esperaba que eso no preocuparía a Guffo, a Moretto o a la gente que estaba detrás de ellos. De todas maneras, lo que él hiciese o el sitio adonde fuera, no habrían de tardar en saberlo. No tenía objeto el buscar dificultades que ellos resolverían inmediatamente... Sin embargo, quizás fuese lo mejor ir a visitar a Spadoni y relatarle todo lo sucedido; pero ¿lo creería Spadoni? No, no haría eso. ¿Qué podría ofrecerle? No tenía sino aquella conversación que escuchó, o decirle que Grandini era Boldesca, cosa que antes le había ocultado. Todo ello era muy vago y aunque Spadoni interrogase al Conde, resultaría que la autoridad de sus negativas y evasivas, tendría más peso que las afirmaciones suyas. Spadoni no le tenía grandes simpatías. Pensaría que estaba jugando un doble juego, dudaría de él. Ese era el problema al tratar con la policía. Trabajaban lentamente y dudaban tanto de la verdad, que ni siquiera sabían reconocerla cuando la tenían ante los ojos.

No podía apartar de su pensamiento a Spadoni y siguió pensando en él durante todo el recorrido de la Vía 28 Aprile. Por fin, descartó ese pensamiento. Desde que se bajó del tren, sabía perfectamente que él era responsable único de cuanto sucediese; pero al menos no estaría desarmado y no dejaba de sentir cierta fría fruición con las perspectivas de lucha. Permanecían en él la lealtad a su trabajo, por molesta que fuera, y a sí mismo, aun cuando no se tuviese gran consideración. Y la lealtad, fuera como fuera, ya representaba una virtud. Posiblemente esa era la única de que podía hacer gala, principalmente desde que estuvo a punto de dejarla perder.

Era una de esas noches apacibles en que la refulgencia del cielo parece un gran cortinaje de seda azul, descornado en la ventana del firmamento. Casi parecía escucharse el crujido de sus amplios pliegues en el momento de descorrerse. Del golfo del Gran Canal venía un vientecillo suave. En los callejones y canales se formaban ligeros remolinos. Y para olfatear el viento y gozar de la noche, todo Venecia se lanzó a la calle. El movimiento del aire y de la gente, agitó los olores que habían permanecido todo el día en tórrida suspensión, tal como si la repentina agitación de los barcos al despegar de los muelles, removieran todas las negras aguas del Canal, esparciendo los olores rancios del fango grisáceo. Aceite y vinagre; la savia de la madera de sándalo al esparcirse, saliendo de las carpinterías; el perfume atractivo de jabón en las peluquerías; el aroma del pimiento frito y el aliento que dejaban escapar las bocas infantiles, oliendo a pan; la vulgaridad del perfume barato; la sensación de limpieza del agua de Colonia; las emanaciones plebeyas de los macarrones; la carne guisada y el pescado; todo mezclado con el humo de muchos cigarrillos... El viento lo traía y lo llevaba, y lo revolvía el gentío, pero en el movimiento había una riqueza de fuerza alborotadora y de fertilidad que lo amontonaba y zarandeaba todo, cual si se tratase de una habitación reducida, en los amplios espacios nocturnos de la ciudad forjada en grises,oros y ocres...

En el Campo San Angelo, Mercer se encontró con el *signore* Orlino, el cuñado de Adriana. Su silla de ruedas estaba colocada frente a la pared de un edificio contiguo a un café, y él leía atentamente un anuncio pegado recientemente. Mercer permaneció un momento junto a él, antes de ser reconocido. Observó que el cartel era igual a los que vio pegar aquella misma mañana, lo mismo que los muchísimos que ahora llenaban la ciudad entera. Anunciaba la visita a Venecia, para el domingo siguiente, del poeta Madeo Nervi. Rosa se lo había dicho ya. Nervi iba a ser recibido entusiásticamente, seguido por una procesión ceremonial de góndolas, Gran Canal abajo, hasta la Plaza de San Marcos, donde se inauguraría una Exposición de Artes Proletarias de los Siglos XIX y XX, y durante los dos días siguientes se celebrarían recitales públicos de sus poemas y de los de otros autores.

Cuando Orlino vio a Mercer, hizo girar su silla de inválido y se le acercó diciendo con dulzura ligeramente matizada de amargura:

—¡Mi mala suerte, *signore*! Toda mi vida he estado deseando verlo en carne y hueso, y ahora que yo tengo que irme, él llega a Venecia.

—¿Adónde piensa usted ir?

—A Turín. El sábado. Los doctores creen que existe alguna esperanza y piensan hacer algo por esto. —Al decir las últimas palabras, se golpeó las piernas cubiertas con una manta y empujó su silla para llevarla junto a una de las mesas del café—. Ellos lo creen así, pero yo sé que cualquiera que sea la ciencia que gobierna este mundo pequeño y estúpido, ha decidido que no pueda jamás Volver a usar mis piernas. Los doctores son un grupo de arrogantes que nunca se han ocupado de preguntarme si quiero volver a caminar.

—¿Es que no lo quiere usted?

—Tal vez no. No me han servido de gran cosa las piernas, y careciendo de ellas, puedo llevar la vida de un holgazán. ¿No es ese el deseo de todos nosotros? Y tiranizar a mi familia y a todos los amigos solicitando sus atenciones para conmigo, las cuales, francamente, *signore*, encuentro por demás agradables. Permítame que le ofrezca una copa y así podrá contarme por qué no ha venido a verme. Fíjese bien, ya comienzo a asustarlo, lo mismo que hago con los demás. —Dió varias palmadas fuertes para llamar al camarero.

—¿Por qué lamenta tanto no estar aquí cuando venga Nervi? —le preguntó Mercer mientras aguardaban a que les trajesen las copas.

—*Signore*, porque se trata de un hombre de verdad. Italia no tiene otro como él, aunque pudiera tenerlos, desde luego.

—¿Se refiere a su política o a su poesía?

—Él está por encima de la política, es toda una fuerza arrolladora. Para los campesinos y los obreros de este país, significa más que ningún partido. Es un hombre cuya grandeza es innata. Su pensamiento se halla entre las estrellas del firmamento, pero tiene los pies firmes sobre la buena tierra. Nació campesino, supo educarse a sí mismo, sufrió bajo el régimen de Mussolini, peleó como guerrillero, y cuando comienza a hablar, todo hombre cargado de preocupaciones, toda mujer con el problema de hacer que doscientas liras se conviertan en quinientas, escuchan aquella voz, como si fueran sus propios corazones los que hablasen. Póngase ahora mismo de pie en este café, *signore*, hable mal en alta voz contra Nervi, y se formará un verdadero tumulto. No sólo los liberales como yo, sino también los comunistas, y los cristianos y los demócratas, tratarían de matarlo a usted. Aun aquellos que odian su política, adoran al hombre.

—Si es tan bueno, ¿por qué no dirige algún partido?

—Porque sabe que resulta más provechoso estando al margen de todos los partidos. Cuando Togliatti estuvo a punto de ser asesinado, fué Nervi, y no el Ministro Scelba con toda su policía, quien evitó la guerra civil en esta nación. El fué quien habló para hacernos ver el desastre que podía venírse nos encima, y su palabra nos hizo contenernos. Pero, de haber sido él y no Togliatti quien resultó herido, una llamarada roja habría assolado este país. Puede sonreír si quiere, *signore*. Vaya y escuche a Nervi. Si estuviese aquí, yo mismo lo llevaría para que pudiese comprender

cómo yo, que dudo de la mayoría de los hombres, tengo fe en él. Usted no comprende a Italia, *signore*. Es un polvorín expuesto a que cualquier día alguien le acerque una cerilla. Los campesinos están hambrientos de tierras..., los obreros de las ciudades anhelan mejores salarios y casas habitables y una mejor distribución del trabajo. Estamos hartos de los hombres que nos han gobernado alimentándonos con simples promesas.

Mercer escuchaba con atención su voz plena de sinceridad. El hombre creía todo lo que estaba diciendo, se expresaba con apasionadora nostalgia, como si del futuro que él entreveía dependiese el beneficio de la humanidad entera, que de esa forma podría vivir como una gran familia, libre de egoísmos.

En cuanto a él, no tenía política. Durante mucho tiempo, había frecuentado las oscuras antecámaras donde diputados y funcionarios del gobierno cuchicheaban y parecían resolver los grandes problemas nacionales. Por eso, Mercer se hizo la firme promesa de ir a escuchar a Nervi, si tenía oportunidad de hacerlo. Sentía deseos de ver al hombre que provocaba tal admiración y que contaba con la lealtad de tantos partidos opuestos.

Caminó al lado de Orlino cuando el hombre hacía rodar su silla pacientemente. Iban de regreso a la casa, y cerca del “Teatro Fenice”, lo ayudó para que pudiera subir la rampa de madera que habían colocado sobre los escalones de la entrada. Estuvo un momento con él en el oscuro vestíbulo, rehusando el entrar a tomar otra copa más, pero le prometió que iría a visitarlo, si podía, antes de que se fuera a Turín.

Orlino se le quedó mirando en aquella semipenumbra, y una sonrisa forzada contorsionó su boca grande y expresiva.

—*Signore*, usted promete —dijo— como un hombre cuyo pensamiento se halla fijo en otra idea. ¿En qué está pensando? Y conste que no pido disculpas por esta curiosidad mía.

—Si lo supiera, se lo diría.

—Quizá pueda decírselo yo. He perdido mis piernas, pero los ojos no. María Pía me dijo esta tarde que había oído decir que usted iba a salir de Venecia en el tren de las seis; sin embargo, todavía se halla aquí.

—Es cierto. Cambié de idea.

—Usted pierde el tiempo —repuso Orlino moviendo gravemente la cabeza— y lo sabe perfectamente, pues de otra manera entraría a tomarse una copa conmigo. Adriana llegará pronto con unos libros para mí.

—Está equivocado. Adriana no me interesa —exclamó con seca brevedad.

Orlino se echó a reír cortésmente. Alzó una mano, se la pasó por la barbilla, y hubo un instante en que su aliento, oliendo a ajo, invadió la pituitaria de Mercer.

—Aunque le interesara, *signore* —prosiguió— perdería el tiempo; pero me tomo la libertad de no creerlo y de aconsejarle que vuelva a cambiar otra vez de idea. Si es por Adriana que usted ha regresado... hay un tren que sale para Milán esta noche a las diez. Enlaza allí con el de París. Ella no es para usted, *signore*...

Hizo rodar su silla con lentitud y se alejó, pero el tono de su voz habíase grabado con fuerza extraña en los oídos de Mercer. Se notaba una cierta amargura y una sugerencia de precaución en las palabras del inválido.

Salió despacio a la calle, abismado en sus pensamientos. Una mujer llegaba a la puerta y, abstraído todavía, se echó a un lado para dejarla pasar.

—Buenas noches —dijo Adriana con voz firme—. Minelli me dijo que usted se iba en el tren de las seis.

Al oír su voz levantó la vista sorprendido. En la tenue luz de la noche, sus cabellos parecían de ébano y el óvalo de su rostro tenía tonalidades marfileñas. Llevaba tres libros bajo el brazo y su propia frialdad le hizo experimentar una sensación que jamás había tenido. La mujer arañaba la cubierta de uno de los libros con el índice de su mano derecha. Un ramillete de flores adornaba el cuello desabrochado de su abrigo y entre las hojas brillaba una gota de agua semejante a una perla. Le pareció estarla viendo cuando sacaba el ramillete de un vaso y se lo colocaba, antes de ir al trabajo. El aroma de su perfumé, la pequeña mancha de barro en la punta de uno de sus zapatos, el ligero subir y bajar de la cadenilla de oro que lucía al cuello... Cosas pequeñas e íntimas, todas con vida y movimiento tras ellas y que sólo imaginativamente podía disfrutar. Aquella era una vida que le estaba vedada en forma irrevocable.

—El tren se fué hace casi dos horas —dijo mirando su reloj— pero yo estoy aquí todavía.

—¿No se va usted esta noche?

—O mañana. —Su voz era reposada, pero sólo él podía apreciar la frialdad de que estaba llena, una frialdad más dolorosa que un enfado declarado.

—No comprendo...

—Parece que estamos tardando mucho tiempo en comprendernos —repuso él llevando una mano al bolsillo interior de la chaqueta—; pero, sea lo que sea que usted siente por mí, pensé que se habría dado cuenta de que yo no pertenezco a esa clase de hombres que se pueden comprar.

—No entiendo de qué me está hablando.

—Es inútil que trate de fingir. —Sacó de la cartera los billetes de mil liras y ajustó la goma que llevaban alrededor. Entre ellos había una atmósfera de verdadera tirantez—. Será mejor que se los devuelva a quien me los envió y dígame que aún estoy husmeando... en los rincones más sucios y oscuros que pueda encontrar.

Seguidamente, echó a andar calle abajo.

El enorme reloj de la Plaza de San Marcos dió la una, y aquella campanada fué seguida, como una disculpa apresurada, por las de los restantes relojes de toda la ciudad. Adriana se hallaba tumbada en su cama con la habitación a oscuras y sabía que el enfado que la había poseído toda la noche, habíase convertido en una

convicción honda, de la que no podría ser arrancada. Anteriormente había tenido otros disgustos con Gian, pero ninguno como éste. En algunas ocasiones fueron provocados por su estupidez, por un descuido impaciente. Ahora, el enfado era una mezcla de amor y de ansiedad por él y se sentía molesta por la arrogancia con que había procedido.

Oyó el ruido producido por la puerta de su alcoba, al abrirse. En el silencio de la habitación, la respiración de la mujer semejaba el sonido de alguna máquina lejana.

—¿Estás despierta?

—Sí.

—No pude venir antes. A veces, las cosas no salen como uno desea.

Lo oyó cruzar el cuarto, y luego el ruido del agua al servirse un vaso. Su silueta se dibujó por un instante, destacando al cruzar cerca de la ventana, e inmediatamente se esfumó al sentarse. También oyó el ruido de los zapatos al caer al suelo. Antes de que el hombre se moviera, Adriana le dijo:

—Estate ahí quieto un momento.

—¿Por qué? —Su sorpresa fue como un eco en la oscuridad.

—Me será más fácil decirte lo que quiero si no estás a mi lado.

Él rió suavemente, confiando en sí mismo, pensando que el enfado duraría tan poco tiempo como él quisiera; sin embargo, se quedó junto a la ventana.

—¿Qué es lo que hice, querida? —exclamó—. Termina de regañarme lo antes posible.

—¿De dónde sacaste las cien mil liras?

—¿Qué sabes tú de eso?

—El inglés me las ha devuelto.

—¿A ti?

—Sí. ¿De dónde las sacaste?

—Boria me las prestó. Mercer me estaba poniendo nervioso. Estando ya el final tan cerca, quise deshacerme de él para estar seguro de que se iría.

—Pues aún está aquí.

—Ya lo sé.

—¿Qué vas a hacer ahora con él?

—Tendré que ver primero a Boria. No deben cometerse más equivocaciones.

Ella se sentó en la cama colocando los brazos sobre la fría colcha de seda. Estaba enfadada y se echaba de ver claramente, cuando dijo:

—Los errores que tú cometes... todos ellos pudieron haberse evitado si lo hubieses pensado bien antes. Gian, los demás hombres del mundo son distintos a ti.

—¿Estás verdaderamente enojada conmigo?

—Sí. Si me lo hubieras preguntado, te habría advertido que a ese hombre no se le podía comprar.

—Cien mil liras... en billetes nuevos. Debe ser algún santo varón. *San Eduardo dalle Centomila Lire*^[34]. —Soltó una carcajada, esperando suavizar a Adriana, pero

ésta siguió hablando con una seriedad que él sabía no iba a borrarse fácilmente; tendría que echarle los brazos al cuello e imaginó el calor que sentiría pasar al través de su fino camisón. Se agitó nervioso en su silla.

—No es un santo —replicó ella— pero tiene algo que tú no tendrás nunca. Se siente orgulloso de sí mismo, y es más fuerte porque odia el trabajo que está obligado a hacer. Tú eres todo lo contrario, te enorgulleces de lo que estás haciendo.

—¿Y cuál resulta más admirable, *colombella mía*^[35]?

—Resulta más difícil ser como es él —contestó Adriana después de pensarlo un momento.

Gian se levantó de un salto y cuando comenzó a hablar, su voz se hallaba empañada por los celos.

—Piensas demasiado en él.

—Pienso demasiado en ti. Has tenido mala suerte toda tu vida, pero te he amado. Ya es bastante para que una mujer el confesarlo. Pero ahora que el final se halla tan cerca, —tu libertad y la mía—, no es el momento más apropiado para cometer errores. ¿Te preguntó el Conde para qué querías el dinero?

Él se aproximó a la cama y la mujer retiró inmediatamente los brazos porque, debido a alguna razón que no hubiera podido explicarse, deseaba que no la rozase siquiera..., por lo menos hasta que hubiera contestado a su pregunta.

—Naturalmente. Fué idea suya.

—¿Él sugirió comprar a ese hombre? —Se advertía por el tono de su voz que se hallaba sorprendida.

—Sí. Desde que él llegó al palacio y después de haberse entrevistado contigo y decirte todas aquellas tonterías sobre Boldesca, demostrando que sospechaba que yo estaba vivo... no teníamos más remedio que hacer algo.

—Debías habérmelo dicho. Esa no es la manera de tratar con él.

—Pues Boria creyó que sí y no le gusta discutir sus decisiones.

—¡Cien mil liras!... Eso es mucho dinero.

—Le he dicho a Boria que las tomaba en pago por el tapiz y otros dibujos que le voy a mandar.

Ella permanecía en silencio. En todo aquello había cierta confusión que no le era dable comprender, pero que la llenaba de dudas.

Uccello comprendió que no había logrado convencerla y dijo cuidadosamente:

—¿Qué te preocupa, querida?

—No lo sé... A veces pienso que no os comprendo, a ti o al Conde. Me parece que hay algo entre vosotros dos y que me lo estáis ocultando.

—Me está ayudando a salir del país. ¿Qué más?

Ella le habría respondido, pero las manos del hombre se apoyaron en sus hombros desnudos y sus labios se juntaron a los suyos. Después, sintió cosquillas en las orejas cuando él le hablaba en voz baja. El enfado y la ansiedad desaparecieron

inmediatamente, y lo único que pudieron hacer sus labios, fué pronunciar el nombre de él...

Tío, el encargado del bar, cubriendo el turno de uno de los camareros que se hallaba enfermo, le llevaba el desayuno en una bandeja. Mercer se sentó en la cama y alargó un brazo para coger los cigarrillos. El sirviente llegó a la ventana y descorrió las cortinas. El sol matutino, al llenar el cuarto de luz, reveló toda la pobreza del mobiliario.

—¡Diablos! —exclamó Tío, volviéndose y sonriendo—. A pesar de lo que nos dicen los sacerdotes, hay cosas verdaderamente extrañas.

—¿Qué cosas? —Mercer se había servido su café y posaba los labios con cautela en el grueso borde de la taza.

—Pues, un corcho que se parte en la botella; una mujer que dice: “No, porque me arrugas el vestido”; una gata que pare en el rincón más oscuro del bar... ¡Tantas cosas, *signore!*... Un mantel después de festejar un aniversario en la familia; un camarero que se enferma para quedarse una hora más en la cama junto a su esposa... —Recogió el cigarrillo que le arrojó Mercer.

—¿Y el Cielo?

—El Cielo, *signore*, es una forma de perder el tiempo y la felicidad de las cosas pequeñas. Un vestido que resbala fácilmente de los hombros; un cigarrillo y un periódico, mientras alguien llama a la puerta; una fila de botellas con etiquetas de colores semejantes a los estandartes papales... o un rostro de mujer al penetrar por el vetusto corredor de un hotel; una cara tan fresca como la de los ángeles que pintó Fray Filippo Lippi. El Cielo, puede ser un pequeño sobre azulado que nos envía alguna mano femenina... o quizás sea el Infierno. —Diciendo las últimas palabras, tiró un sobre encima de la cama—. Lo dejaron para usted, hace una hora más o menos. La muchacha dijo que lo traía de parte de su hermana. —Al terminar de hablar, salió silbando suavemente.

Era una carta de Adriana, y a medida que la iba leyendo, se sorprendía más y más, naciendo en él una esperanza súbita. Sospechaba que ese sentimiento era debido a que conocía el gran desencanto que ella le había causado y hacía toda clase de esfuerzos para justificar su conducta. No podía remediarlo; a pesar de lo infantil que parecía su amor hacia ella, deseaba con vehemencia el momento de una reconciliación.

“Necesito verlo de nuevo —decía la carta— para decirle cuán equivocado ha estado respecto a mí y mis sentimientos. Necesito que me ayude. Por favor, no permita que su enfado le impida venir a verme”. Luego, señalaba la hora de la cita

para las dos de la tarde en el Fondamente Nuove, en el sitio en que el Rio dei Mendicanti desembocaba en la laguna.

Mercer sabía que el Fondamente Nuove era el largo muelle que formaba el lado norte de Venecia, dando frente al ancho espacio de la Laguna Morta, hacia la gran explanada del Cementerio Público, y las distantes isletas de Murano, Burano y Torcello. Era esa una parte de Venecia que los turistas preferían no visitar. Todo lo más lejos que ellos acostumbraban llegar, era el Campo San Zanípolo, para ver la estatua ecuestre de Bartolomeo Colleoni, y desde ahí regresaban. Era un lugar demasiado alejado de la ciudad para que ella lo hubiese escogido. Se dió cuenta de que deseaba ir a la cita, pero había que andarse con cautela. ¿Qué podría decirle ella para que la situación cambiase entre los dos?

Por de pronto, esa mañana se fué a visitar a Rosa Melitus. Tenía que hacerle una pregunta... Una frase que había escuchado allá en el palacio, posiblemente la última y única huella que le quedaba.

Rosa no se mostró sorprendida por su regreso. La encontró sentada junto a una mesa bajo la ventana, haciendo cuentas y teniendo una cafetera al lado. Le sirvió una taza y le pasó la botella del coñac.

—Precisamente en el momento en que entrabas —le explicó, poniéndose la mano en el pecho para contener un eructo producido por el café caliente— estaba pensando en Patrick Smith. Algo debe tener la indigestión que despierta los recuerdos. ¿Te acuerdas de Patrick? Fué a España conmigo en 1936.

—Todavía me debe mil francos y estoy seguro de que su verdadero nombre no fué jamás el de Smith.

—Nunca recobrarás ese dinero, porque murió. Pero por razones sentimentales, tendré mucho gusto en pagarte esa deuda que tenía contigo.

—No, gracias. Por ahora, me sobra dinero.

—Lo malo de Patrick —siguió explicando Rosa— era que nunca sabías cuando iba a cambiar de opinión. Al final, la tensión fué excesiva. Lo sacaron del río Ebro, en un pequeño lugar llamado Pina. Tenía un agujero en la cabeza, como si alguien se lo hubiera hecho para saber qué clase de cerebro era aquel que tanto mudaba de parecer.

—Alguien me ha pagado cien mil liras para que abandone esta ciudad y me olvide de un tal Gian Uccello —dijo, de pronto, Mercer—. No trato de defender mi locura, pero he devuelto ese dinero y aquí me tienes.

—A no ser que esperes un precio más alto —respondió Rosa lanzando un profundo suspiro— y se lo hayas dicho claramente... Me parece que te has excedido.

—No.

—Entonces debieras llevar contigo algún seguro de vida. —Abrió el cajón de la mesa—. Este carece de árbol genealógico; no está registrado, es un perro ordinario, pero su mordida es muy fuerte. —En su mano tenía una pistola automática.

—Nunca uso esas cosas. Tú lo sabes muy bien —replicó él moviendo la cabeza negativamente.

La mujer volvió a lanzar un suspiro y guardó la pistola en el cajón de la mesa, diciendo:

—Con frecuencia, el poder sobrevivir es, simplemente, poder cambiar a tiempo de costumbres.

—Prefiero seguir con mi sistema rutinario. —Terminó su café y encendió un cigarrillo. Era el decimotercero que fumaba esa mañana, y comenzó a fumarlo rápidamente para terminar pronto con el número de la mala suerte—. Si alguien te dijera que lo esperases en Orfeo a las seis ¿irías?

Rosa se quedó callada por un momento. Estaba pensando en él con más preocupación de la que el propio Mercer hubiera podido imaginar. Él no podía ganar nada. No porque ella supiese lo que sabía del asunto, sino porque lo conocía muy bien. Si se esforzaba, llegaría a ser cruel, pero no despiadado. La tensión nerviosa lo dejaba sin otros recursos. Antes y durante la guerra, pudo conseguir empleos porque había trabajado y faltaban hombres. Hablaba cinco idiomas y era inteligente, pero aparte de eso, sólo poseía algunas virtudes a medio formar y bastantes defectos irritantes. Todo le era desventajoso. Resultaba patético..., por eso ella le quería como una verdadera madre... La vida debió haberse portado mejor con él y convertirlo en comerciante de maíz. Ahora... cualquier día lo sacarían de uno de aquellos asquerosos canales y lo arrojarían sobre las polvorientas piedras de un muelle, como si se tratara de un saco de repollos. Y ella lloraría con toda el alma un día entero, y se emborracharía otros tres en compañía de Bernardo.

—Nunca recibo citas de nadie, pero si fuese así y me dijeran Orfeo a secas, tendrían que explicármelo. Hay una pastelería con ese nombre cerca del puente del Rialto, un burdel con ese mismo nombre en el distrito del Dorsoduro, y una fábrica de cristal en Murano.

—Se ve que Orfeo es muy popular.

—Toma mi consejo y diles que te devuelvan el dinero, muchacho querido.

Ella estaba sentada en la popa de una de esas lanchas pequeñas que los pescadores usan manejándolas con remos o guiándolas con un palo, a lo largo de la laguna. La vió cuando bajaba las gradas del puente que cruza el Rio dei Mendicanti. No lo saludó, pero dirigiéndose al jovenzuelo que sostenía la barca junto al último peldaño, dijo:

—*Bene, Carlo. Al ritorno lasceremo qui la barca*^[36].

El llamado Carlo, la sostuvo para que Mercer pudiera subir a bordo.

—¿Quiere remar usted, o lo hago yo? —preguntó Adriana.

—Necesito hacer ejercicio —replicó él en el momento en que empujaba la embarcación, mientras los observaba el muchacho salir al amplio espacio de la

laguna.

Él remaba sin dejar de mirarla y ambos permanecían silenciosos. Ella no lo miraba, limitándose a contemplar los remolinos del agua gris verdosa que emergían de la proa de la barca. Él, en cambio, tenía los ojos fijos en el cuerpo de la mujer, firme y espléndido; en la postura de su cabeza; en la curva de la barbilla, y en toda la promesa de cálido amor contenida en aquellos labios a medio abrir, con toda la ardiente fe de un deseo desesperante y profundo de que ella hiciese algo que le devolviese la tranquilidad perdida. Y esa idea lo hizo remar con mayor brío. Adriana volvió la cabeza, dejando ver por el borde de fino encaje que remataba el vestido el brillo de un crucifijo de oro pendiente de su cuello; y en ese momento, cual si hubiese captado una vibración de los pensamientos del hombre que tenía enfrente y sintiera la necesidad de decir algo, comenzó a hablar.

—Debo confesar que lo engañé.

—Por supuesto. —Cuando menos, pudo comprobar que no había una capitulación decidida.

—Aunque ahora no me crea —siguió diciendo Adriana— ya no tengo intenciones de volver a hacerlo más.

—¿Piensa usted hacerme alguna proposición?

—No. Simplemente quiero que sepa la verdad.

—Puedo aprovecharme de ella.

La joven se quedó silenciosa durante un momento, y a Mercer le dió la impresión de que lo que iba a decir era tan difícil como peligroso.

—Ya lo he pensado, pero no creo que usted se aproveche de esa ventaja. De haber creído yo otra cosa, no habría venido. Cuando usted devolvió el dinero, comprendí lo que antes no había sido capaz de entender.

—Poco faltó para que me quedase con él.

—No lo creo.

Era estúpido, pero la realidad es que con tan pocas palabras se sentía más unido a ella. Sin embargo, en la conversación trataba de aparentar que se hallaba muy lejos.

—Quizá no fué suficiente..., usted no puede saberlo.

—Lo sé. —Ella habló ahora con verdadero énfasis, casi con enojo hacia él por expresarse sobre sí mismo en esa forma. El interés de Adriana le produjo a Mercer tanta emoción, que éste evitó mirarla a la cara, bajando la vista al suelo de la barca. Entonces, ella prosiguió—: Ignoraba que le habían dado ese dinero. Lo hicieron sin consultarme... Siento lo que ha sucedido.

—¿De quién era ese dinero?

—De Gian Uccello.

Se apoyó en los remos un instante y se quedó mirando las algas finas y verdes, que flotaban sobre el agua. Un ave marina, posada en una de las boyas que marcaban la ruta, alzó el vuelo lanzando un atronador chillido.

—Entonces ¿está vivo?

—Sí.

Mercer se dió cuenta que los labios de Adriana se apretaban con fuerza después de pronunciar aquella afirmación, como si persistiera en ella el esfuerzo por callar.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Lucio Gianbaptista Martellore.

La satisfacción sentida hizo que aumentasen sus esperanzas. Ahora imperaba entre ellos la verdad. Si el amor no llegaba a existir jamás, por lo menos había un respeto mutuo, y mientras existiera eso, no había que perder las esperanzas.

Siguió remando lentamente, sin dejar de observar las boyas alineadas en una perspectiva curva que se dirigía al bajo y caluroso tumulto ciudadano.

—A pesar de tratarse de un héroe, resulta verdaderamente difícil entregarle la recompensa. Eso es lo que yo deseaba hacer. Ponerlo, sencillamente, en relación con la persona que puede convertirse en benefactor suyo, pero... Yo no me dedico a entregar gente a la policía.

—Por eso he venido a hablar con usted —contestó la mujer reposadamente y moviendo la cabeza—. Gian Uccello tiene antecedentes policíacos. Hace mucho tiempo que mató a un hombre en defensa propia. Después, se sintió desesperado y cometió muchos errores. Era joven e impetuoso. Durante la guerra, combatió en las guerrillas y cuando se presentó la oportunidad de enterrar para siempre a Gian Uccello, lo hizo. No hubo perjuicio de ninguna clase para el hombre que llevaba sus documentos... Ignoro lo que pueda usted saber de todo esto, pero le estoy diciendo toda la verdad. Fué hecho prisionero por los alemanes bajo el nombre de Cerva. ¿Sabe lo que eso significa? Hace seis meses, regresó a Venecia y me pidió que lo ayudase a salir del país. Quiere irse a América del Sur para poder comenzar una vida nueva. Es un hombre con un talento excepcional... y a un hombre de esa clase debe perdonársele. Dentro de pocos días, se irá. El Conde Boria, que lo conoce desde que era chico, comprende su carácter y las posibilidades que tiene ante sí. Por eso lo está ayudando. Sin él... yo no hubiese podido hacer nada. Ha sido largo el poder arreglarlo todo.

Se advertía cierto cansancio en Adriana cuando pronunciaba las últimas palabras. Casi parecía que se le habían escapado sin que ella pudiera evitarlo, y Mercer comprendió que la espantosa tensión en que había vivido los últimos tiempos, se acentuó tanto, que la obligó a buscar esta entrevista a manera de válvula de escape.

—Si usted hubiese encontrado a Gian —siguió explicando la mujer— eso se habría hecho público; la policía, que tiene muy buena memoria, hubiera recordado... El Conde creyó que podría sobornarlo a usted para que se marchase de Venecia y lo olvidase usted todo. Prestó el dinero para hacerlo. Yo no trato de engañarlo, ni de sobornarlo tampoco... No tengo nada que ofrecerle. Se lo estoy pidiendo por favor..., por favor, váyase de Venecia y olvídese. Gian hizo una vez algún servicio al hombre representado por usted. Deje que la recompensa sea el decirle que ahora está enterrado en Mirave.

Mercer no contestó inmediatamente. En él había nacido un sentimiento de honradez y de orgullo. Ella se ponía a merced suya, confiaba en su decencia, y lo juzgaba como un hombre que no trataría de obtener ventaja de su desesperación. Por eso podía perdonárselo todo. Dudar de ella, sería tanto como dudar de sí mismo. Lo que le había contado sobre Uccello, era cierto también. De repente, sintió menos atracción por la verdad que por lo que era el hombre en sí. Tuvo curiosidad y quiso saber. Habíase hallado en tinieblas tanto tiempo, que quería darle forma a aquella figura tan nebulosa.

—¿Sabe él que usted ha venido a verme?

—No. No lo hubiera permitido.

—¿En qué lugar de Venecia se encuentra ahora y cuál es su nombre actual?

—Le prometí a usted decirle la verdad... pero no puedo decir más. Es mucho lo que he arriesgado ya y eso... no podría decírselo sin su consentimiento.

Mercer se dió cuenta de que nada iba a conseguir insistiendo sobre ese punto. Era mucho ya lo que Adriana había arriesgado por Gian Uccello, sin que él estuviera enterado. Claro que ella lo sabía exactamente... Porque... Y ahora, sólo quedaba la pregunta que se le había ocurrido en tanto que ella estaba hablando, pero le resultaba difícil hacerla. Dejó de mirarla para quedarse observando los remolinos que los remos formaban en aquellas aguas poco profundas, como si un gran animal estuviese respirando por debajo lentamente. Hallábanse frente a una de las islas que emergían de la laguna, un bastión militar abandonado, con algunos árboles de poca altura y algunas paredes en ruinas. A lo lejos, se veía la elevada torre de Burano inclinada sobre su propio reflejo en el agua, y por la parte oeste, el sol iluminaba los cipreses de la isla de San Francesco del Deserto, haciéndolos parecer espadas erguidas, cuyos extremos afilaba la luz en tanto que el cuerpo de los árboles permanecía oscuro, en sombras. Otros barquichuelos más paseaban por la laguna, pero estos indicios de vida hacían que el aislamiento fuese más completó. Sentados a relativamente pequeña distancia uno del otro, entre agua y cielo y con un fondo que era la ciudad de Venecia, ambos guardaban silencio.

—Dígame —manifestó Mercer observando cuidadosamente los remos al hundirse y volver a surgir como si ello tuviese la mayor importancia en ese momento—, ¿qué significa ese hombre para usted? ¿Cuáles son sus derechos sobre usted?

—Soy su esposa —respondió lentamente—. Me casé con él cuando tenía diecisiete años. No me importa todo lo que haya podido hacer, porque sé todo lo bueno que hay en su alma, y además lo amo. Si esto no fuese verdad, yo no estaría aquí.

Cada palabra iba produciendo allá en su mente un choque lento y tambaleante. Su corazón latía trabajosamente y en sus oídos se producía el eco de un sonido parecido al golpear contra un árbol seco. Entonces, advirtió cuanto la deseaba. No era sólo el calor y la carne, sino esa tremenda fuerza que era ella misma. Hasta ese momento, creyó que todo era un algo indefinible, un sentimiento ciego que lo empujaba hacia

ella, su soledad, su tristeza atraídas instintivamente por la fuerza emotiva de la mujer. Su lealtad era otro incentivo más, lo que no había hallado en muchas mujeres que pasaron por su vida... Eso era lo que siempre había estado buscando y ahí lo tenía ahora... pero no era para él. Y al reconocerlo así, al aceptar con amargura que había perdido, comprendió que no debía hacer nada contra la mujer indefensa que se hallaba frente a él... Oyó la voz de Adriana, forzada y extraña:

—Algunos años antes de la guerra, él había desaparecido ya de mi vida... A veces llegué a desear que no volviera jamás, pero cuando regresó, me sentí muy feliz. Hay algo en el corazón que no puede arrancarse. Lo que haya hecho, no me importa..., somos marido y mujer. Vivo y trabajo para el día en que nuestro amor pueda salir al descubierto, ese día en que no tenga que visitarme secretamente, el día en que podamos salir juntos a la calle en otro país cualquiera, pero donde no haya el temor de que alguien pueda reconocernos...

Manejando la barca con suavidad, Mercer la condujo hacia la isleta. La proa rozó en el fango y en las piedras de la playa. Tiró los remos al fondo de la embarcación y el ruido que hicieron al caer, se desvaneció en el amplio espacio de la laguna y el cielo. Algunos otros ruidos quebraron aquel silencio absoluto; un tren silbó a lo lejos; seguramente se dirigía a tierra firme por una vía invisible desde allí; el motor de una canoa, ronroneaba plácidamente en algún lugar alejado de la misma isla, pero en seguida murió con una especie de tos débil; un ave marina, pasó volando a baja altura. Sus alas abanicaban suavemente al aire y mecía la cabeza rítmicamente.

—Si Gian Uccello es lo que usted dice —dijo Mercer encendiendo un cigarrillo—, si es un genio que desea mantener su pasado en secreto para poder comenzar a vivir de nuevo en otro país, yo le aseguro que no tengo ningún interés en denunciarlo a la policía.

—Esa es la verdad.

—Probablemente usted lo cree así.

—¿Qué otra cosa puede haber?

—No lo sé, pero hay ciertos detalles que me hacen pensar. ¿Pudo Uccello haber asesinado a Boldesca porque éste conocía su secreto?

La vió sonrojarse y contestar violenta:

—Boldesca vive. Ya se lo dije a usted. He visto la carta que escribió desde Milán. Gian solamente mató una vez. Quizá la policía lo considere asesino, pero él obró en defensa propia. Cuando lo hizo, era joven, alocado y, sobre todo, tenía miedo... Pero ahora, ¡no!, ¡no!

—Perfectamente. Yo sólo trato de poner las cosas en claro, tanto por su bien, como por el mío. El Conde pudo haber falsificado la carta de Boldesca.

—Usted no conoce al Conde —replicó Adriana, echándose a reír—. No se habría prestado a nada semejante. Él es la única persona en Venecia que está enterada de lo de Gian.

—También Boldesca lo sabía. Precisamente iba a decírmelo.

—Solamente pudo haberle dicho exactamente lo mismo que yo. Por eso el Conde lo envió fuera de Venecia.

—El Conde... ¿qué interés tiene él en todo este asunto?

—Nos está ayudando porque nos conoce desde que éramos niños, y porque reconoce que Gian es un genio. Para el Conde, eso excusa todo lo demás... Debe usted creerme.

—¿Piensa usted irse con... su esposo?

—Me reuniré con él más tarde.

Mercer tiró su cigarrillo. Deseaba que todo lo que ella le había dicho fuera verdad, pero no podía alejar la idea de que entre Uccello y el Conde Boria había algo más de lo que Adriana sabía. Comprendía que ella no sospechaba nada porque estaba muy enamorada de él y resultaba imposible que lo juzgase objetiva y serenamente. Se le vino al pensamiento el recuerdo de algunas mujeres semejantes que, viendo a sus amantes condenados a muerte, convictos de asesinato, se resistían a creerlos culpables. Contra eso, no cabía hacer nada.

—¿Qué piensa? —La voz de ella era indiferente, cansada.

—Ya se lo he dicho. No tengo interés en colaborar con la policía... si es eso lo que usted quiere saber.

Al terminar de hablar, oyó el ruido producido por algunas piedras al caer a sus espaldas. Volvió la cabeza y descubrió a Guffo que había brincado por algunas de las paredes más bajas y descendía caminando despacio en dirección de la playa. Moretto lo seguía. Cruzaron la espesa alfombra de hierbas y los montones de algas marinas llevadas allí por las mareas. Sus siluetas destacaban contra el gris perla del cielo, con una negrura que los hacía aumentar de tamaño y los convertía en grotescos gigantes. La idea de que ya anteriormente había vivido este momento, cruzó el cerebro de Mercer como un relámpago agudo y horrible. Pensó que no era la primera vez que los veía bajar por entre el barro y las piedras, que ya había escuchado el asqueroso chapoteo de sus tacones y visto el cigarrillo de Guffo al ser arrojado al suelo, y el ruidito al caer como una culebra sobre las piedras mojadas, y que también había visto la cara estúpida de Moretto, torcida en una mueca espantosa, como la máscara de algún animal fabuloso.

Saltó fuera de la barca, llegándole el agua a los tobillos; un agua tan fría como la misma frialdad que lo poseía por entero. Se inclinó para impulsar la embarcación y observó la cara de Adriana, sorprendida, lívida; pero no le causó impresión. Era el rostro de una mujer enmudecida por la sorpresa y asustada; sin embargo, todo eso era tan indiferente para él como la lejana ciudad. Una mano le cayó sobre un hombro y tiraba de él sin hacer gran fuerza, quizá con objeto de vencer con mayor facilidad toda la resistencia que hubiera podido ofrecer.

—No hay prisa, *signore*, sólo queremos hablarle un minuto —le decía Guffo sonriendo calmoso. Era aquella una cara sin ojos, pues el sol al reflejarse sobre el óvalo de los lentes, los hacía parecer dorados, y sólo destacaban sus labios, muy

apretados, como una herida recientemente cicatrizada. Moretto puso un pie en la proa de la barca y le dió un empujón haciéndola que se deslizara de la playa y comenzase a mecerse perezosamente en medio del agua que azotaba sus costados. Al mismo tiempo, decíale a Adriana:

—Usted puede regresar cuando hayamos terminado nosotros, Signorina.

Retiró Guffo la mano que apoyaba en Mercer e invitóle, con un movimiento de cabeza, a seguirlo a lo largo de la playa, hacia una casa en ruinas que otrora fuera, probablemente, cuartel para la guarnición de la isleta.

—Vamos para allá, *signore*.

—Lo que quieran decir... o hacer, puede hacerse también aquí.

Guffo se encogió de hombros, y sin mirar a su compañero, exclamó:

—Está bien, Moretto.

El nombrado adelantó un paso y golpeó a Mercer encima del ojo derecho. Fué un golpe corto y duro que lo hizo caer de espaldas sobre el fango y las piedras. Caído, y con los ojos cerrados por efecto del golpe, oyó decir a Guffo:

—¡En la cara no, imbécil!

”Caminemos por toda la playa hasta el edificio, *signore* —prosiguió el mismo Guffo dirigiéndose a Mercer cuando éste se hubo incorporado. Y a aquél no le quedó otro remedio sino echar a andar. Ambos individuos, Guffo y Moretto, lo seguían tan de cerca, que podía oír su respiración, y el suelo de la playa, bajo la presión de sus pasos, producía ruidos que semejaban voces risueñas y diminutas saliendo de los hoyos escondidos y de las bolsas de barro y piedras.

”Debe usted comprender, *signore* —volvió a decir Guffo— que este es un asunto que nos atañe. Como el dinero no significa nada para usted, se nos pidió que lo convenciésemos a nuestro modo. ¿Esperaba ganar algo con su regreso?”.

—La última frase tenía un tono solícito, era una verdadera pregunta profesional.

—No lo comprendería, Guffo. Casi ni yo mismo puedo explicármelo.

Subieron por una pequeña vereda que atravesaba el umbral de una puerta en ruinas. El techo de la casa había desaparecido, los hierbajos crecían a su antojo por entre las grietas del cemento de los pisos, y los oscuros rincones estaban llenos de papeles sucios y excremento seco. En la pared de enfrente a ellos, había una inscripción con pintura roja: *Cristo fu il primo comunista. Perché i pretri hanno sempre difeso i maestri?*^[37] Debajo había una gran hoz y un martillo, y la frase: *Viva Togliatta*. La pared de la derecha se hallaba derrumbada y Mercer vió el fondo de la laguna, gris y tranquilo, unido por una gran curva con la diminuta isleta de San Francesco del Deserto, que emergía inmaculada, ceremoniosa, como un palanquín a lomos de un elefante. Y él sentía frío, frío en el cuerpo y en el interior de su ser, una ferocidad de hielo que iba en aumento, cegándole la inteligencia para convertirlo en un animal atrapado, pero incapaz de aceptar la trampa en que había caído.

Se volvió rápidamente en redondo. Los dos hombres se hallaban cerca de él. Dió un puñetazo a Moretto en el rostro y se sorprendió al ver que a pesar de golpear con

toda su fuerza, el otro era como un cojinete. El hombre se desplomó rabiando de dolor. Saltó Mercer sobre él, pero Guffo, con la determinación del espectador que repentinamente decide tomar bando, levantó la pierna y le dió una patada feroz en el vientre. Su dolor fué tan agudo como una fina lengua de fuego que le recorriese el estómago. Se dobló hacia adelante sujetándose la parte golpeada para mitigar el dolor, y entonces, Moretto, respirando con fuerza, jadeando como un toro, se lanzó sobre él para darle un nuevo golpe debajo del corazón, en el preciso momento en que se enderezaba para defenderse. Cayó hacia atrás y sintió que el lienzo de pared se desmoronaba al mismo tiempo. Sus manos extendidas, tratando de apoyarse para ponerse en pie, trituraron algunos fragmentos de yeso. Avanzó velozmente lanzándose sobre el rostro moreno, pegando furioso y olvidándose de sí.

Moretto recibió los golpes con una tranquila indiferencia, que hizo aumentar la ferocidad de Mercer hasta convertirla en desesperación. En su propio cuerpo sintió los golpes que daba y, de pronto, volvió a caer de espalda por un puñetazo de Moretto. Fué de una pared hasta la otra y ello lo dejó sin respiración. El dolor se extendió por todo su cuerpo, como una espantosa borrachera que continuaría indefinidamente hasta que quisiera disiparse por sí sola; pero mientras duraba, Mercer percibíalo todo claramente y eso aumentaba cada segundo de su agonía, cuando Guffo, riendo, le daba patadas arrojándolo al suelo y el dolor de los tobillos era insufrible. Los puntapiés que sintió cuando estaba tirado en el suelo, se juntaron al espasmo de tormento del convulsivo número de golpes. Peleó para defenderse, pero nunca supo en cuál momento lo abandonaron el orgullo y el instinto, convirtiéndose en un montón de carne y sentidos humillados. Las patadas se repetían duras y crueles contra todo su cuerpo. Moretto lo levantó, sujetándolo por la solapa de la chaqueta, y oyó decir a Guffo:

—Recuerda que en la cara no.

Entonces, un puño golpeó contra el lado derecho, encima del corazón, y creyó que lo estaban barrenando. Una vez más, volvió a caer con pesadez y el suelo se unió a sus antagonistas, golpeándolo cuando cayó. La propia fuerza que mantenía despiertos sus sentidos en todos los instantes de su agonía, le dió también ánimos para conservar abiertos los ojos. Por eso vió aquella figura que se inclinaba para continuar pateándolo, y podía seguir todos los detalles de tan terrible instante..., el ligero brillo de la saliva en las comisuras de los labios de Moretto, el llamativo color de la corbata de lazo de Guffo, las salientes lengüetas amarillas de una planta que crecía en una hendidura del muro resquebrajado, la palabra Cristo y las lágrimas de pintura roja que chorreaban de las grandes letras... Luego, esa claridad de visión y todas las demás sensaciones parecieron abandonarlo y elevarse en una curva ascendente. Era un *crescendo* silencioso de nervios contraídos que se retiraban de él gradualmente, sumergiéndolo en un vacío de estupidez, que fué como una paz repentina, pero sin olvido.

—Ya tiene bastante —le oyó decir a Guffo, y vio aquella carota inclinarse para observarlo bien; pero cerró los ojos y halló un placer inocente en las fuerzas que parecía ir recobrando. Era como un niño que ensayara un nuevo juego. Abrió de nuevo los ojos y los volvió a cerrar. En seguida, todo se desvaneció para él.

—Ha perdido el conocimiento —dijo Guffo.

Dió media vuelta para salir de aquel sitio y Moretto lo siguió lamiéndose sus nudillos lacerados y doloridos.

Adriana había llenado de agua una lata que halló en la barca y le rociaba la cara. Podía sentir sus dedos en la nuca y oler el perfume de su pañuelo húmedo. Ella no dijo nada cuando él consiguió sentarse apoyado en la pared. Respiraba con fuerza, atontado. Tan pronto fué capaz de moverse, la fuerza de la costumbre le hizo comenzar a sacudirse el polvo y el cemento que manchaban su traje; hizo un ademán con la mano para evitar que ella lo ayudase a levantarse. Pero cuando bajaban hacia donde estaba la barca, su estupor no le permitió darse cuenta de que ella lo llevaba sostenido por un brazo, ayudándolo cuando se tambaleaba con paso inseguro.

La joven iba remando de regreso a la ciudad y Mercer cerró los ojos para evitar los vahídos que lo acometían. Todo lo que deseaba ardientemente, era quedarse allí acostado, sin que nada le importase, sin poner atención a lo que hicieran con él, ni adonde lo llevaran. La oyó hablar y sintió que lo ayudaba a salir de la barca. Le parecía estar en una horrenda pesadilla, y se impacientaba por llegar al desenlace, volviendo a la realidad.

Cuando su mente se despejó, encontróse tumbado en un diván en casa de Adriana, sin chaqueta y con un vaso de coñac en la mano. Ella estaba inclinada sobre él y le colocaba, en ese momento, un tafetán sobre la herida que tenía encima del ojo derecho. La muchacha se apartó y recogió la chaqueta para sacudirla y cepillarla.

—¿Sabía usted lo que iba a ocurrir? —preguntó él, de pronto.

Dejó de cepillar y fué a sentarse a los pies del diván.

—¡No! ¡Se lo juro! Gian está asustado. Ignoraba que yo iba a hablar con usted. El miedo nos hace estúpidos y seguramente que él supuso que la fuerza podía conseguir lo que no hizo el dinero.

—No la creo.

—Pues debe creerme...

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué cree usted que soy yo? —se mostraba confuso, amargado, triste y, sobre todo, humillado. Fué hasta la ventana en busca de aire. No era capaz de pensar en nada. Se recostó sobre la barandilla de hierro del balcón.

Adriana lo siguió. Se sentía desfallecer y aunque las palabras eran inútiles, hizo un nuevo intento:

—Tiene que creerme. No debe odiarme.

—Déjeme solo.

Estaba junto a él, pero no quiso mirarla y siguió inclinado sobre la barandilla. Le dolía todo el cuerpo y sentía que los golpes comenzaban a enfriarse, y que el coñac,

por causa de su debilidad, exageraba todo lo que oía y veía con una claridad casi insoportable. El tejado se extendía por debajo de donde él se encontraba, y luego volvía a elevarse en suave pendiente que llegaba hasta los edificios situados alrededor de la Plaza de San Marcos. Bajo el sol poniente, podía ver los parches de musgo amarillo en las viejas tejas, como una selva diminuta en cada uno de los parches. Plumbagos marchitos y flores de mimosa en la enredadera del balcón, llenaban todo el barandal de hierro, y la leve brisa que las hacía moverse, producía un ruido que le parecía tumultuoso. La superficie del pasamanos del balcón, estaba surcada por rayos de plata sobre la pintura azul. Se quedó quieto, sintiéndose atontado. Ella, que no dejaba de observarlo, comprendió perfectamente.

—Necesita descansar... y quizá un médico —dijo.

Mientras Adriana estaba hablando, se vió obligado a sujetarse de la barandilla para aguantar un vahído. La amplia perspectiva de los remates de tejados que partía de allí mismo y llegaba hasta la lejanía, principió a curvarse y a girar entre una multitud de tejas que bailaban una danza fantástica y confusa. Trató de sobreponerse al vértigo y oyó la voz de la mujer como si viniera de muy lejos.

—Bébase esto.

Sintió en sus labios la impresión helada de un vaso y bebió con avidez.

Regresó despacio a la habitación y se puso la chaqueta. Al salir, se detuvo en el umbral de la puerta. Ella estaba de pie en el centro del cuarto observándolo, y los pliegues de su blusa de encaje tenían una luminosidad argéntea bajo la luz que penetraba por la ventana. Pero ni su belleza, ni la ansiedad que reflejaba su semblante, lograron conmoverlo. Salió.

Adriana estuvo despierta esa noche hasta las cuatro de la madrugada, esperando a que llegase Uccello. A veces, él dejaba de presentarse durante algunos días. Cuando se convenció de que tampoco llegaría ahora, casi se alegró. Por primera vez en su vida, lo esperaba sin sentir deseos de verle y sabía que ese sentimiento de desgana era debido a la atracción que en ella logró despertar Mercer. Ahora pensaba más en él que en Gian. En su presencia había sido herido y humillado, y compartía con él su sentimiento. Habíase despertado su compasión, pero el rencor de Mercer, le impedía cualquier demostración. El lugar de Gian, lo ocupaba ahora él... Hubiese querido probarle de alguna forma que ella no había contribuido en nada a la brutalidad que ejercieron con él... Le resultaba una cosa nueva el estar esperando a Gian, y no saber cómo tratarlo, ni qué decirle cuando llegase. Durante algún tiempo, antes de que el sueño la venciera, hizo todo lo posible por explicarse la incertidumbre de sus propios sentimientos. También se le vino al pensamiento lo que Mercer le había dicho respecto a que había muchas cosas que ella ignoraba. Pero le resultaba todo tan confuso, que poco tiempo después se quedaba dormida.

A las doce del siguiente día, que era viernes, telefoneó al *Albergo Adriático*, para preguntar por Mercer. La contestación que le dió el empleado de la oficina la hizo sentirse aliviada, al tiempo que la embargaba un extraño sentimiento de desilusión.

—El *signore* Mercer pagó su cuenta y se fué para tomar el tren de mediodía con destino a Milán.

En efecto, Mercer había salido en el tren del mediodía, tomó la canoa para ir hasta la estación y no se sorprendió al ver a Guffo y a Moretto que lo habían seguido a cierta distancia. Lo que sí le produjo cierta sorpresa, fué ver en la embarcación al fotógrafo Cassana y supuso que Spadoni fué informado de la paliza que le dieron y ordenó vigilar a los tres, a él, a Guffo y a Moretto.

En Mestre, la primera estación después de Venecia, abandonó el tren y tomó un autobús hasta Piazzale Roma, terminal del camino a Venecia. Ahí alquiló una canoa con motor y, sentándose en el fondo de la cabina, se dirigió al domicilio de Rosa, desembarcando en el pequeño muelle que había a pocos metros de su casa. Encontró a Rosa en el vestíbulo, al entrar.

—Quiero una habitación donde no me moleste nadie. Una cama y comida cuando te la pida. He salido de Venecia esta mañana, en el tren de Milán.

—Desde luego, querido. —Echó a andar delante de él para guiarlo hasta el segundo piso. Entre ellos no había necesidad de explicaciones. ¿Por cuánto tiempo quieres la habitación?

—Tengo una cita para mañana a las seis de la tarde. Después, ya te diré. —La mujer abrió la puerta de un pequeño cuarto en el último piso y preguntó—: ¿Ni siquiera Bernardo debe saberlo? —Respiró con dificultad, fatigada por el ascenso.

—No, ni siquiera Bernardo.

—Está bien, muchacho. Las sábanas están limpias, pero tal vez encuentres la habitación un poco ruidosa. Mis muchachas forman un grupo muy alegre. Quitó la llave de la cerradura y se la entregó a Mercer.

—Cuando quieras algo, llámame con el timbre.

—Gracias, Rosa.

Cuando ella se fué, cerró la puerta con llave y se metió en la cama. A los diez minutos estaba profundamente dormido, no sólo por causa del cansancio, sino porque deseaba estar descansado para poder pensar con tranquilidad, y hacía mucho tiempo que había adquirido esta costumbre para sosegar.

Cuando despertó, eran las ocho de la noche. Tocó el timbre llamando a Rosa, y poco después aparecía la mujer llevando una gran bandeja. Le sirvió lengua en fiambre, ensalada, dos botellas de cerveza helada y un paquete de cigarrillos Guibek.

—¿Qué habría hecho si no te hubiera tenido a ti? —dijo sonriente.

Pero en aquel momento, ella no estaba de buen humor y fácilmente pudo verlo en su respuesta:

—Exactamente lo mismo que has hecho teniéndome: todo lo posible para ir a terminar en un depósito de cadáveres. No me interesa saber de qué se trata, pero tú y yo conocemos perfectamente esta ciudad. ¿Por qué no te vas de Italia?

—Porque tengo unos deseos tremendos de averiguar una cosa. Porque voy a hacer algo que le molestará mucho a alguien que yo sé.

—Sí, ya veo que te has golpeado otra vez contra alguna pared.

—Exactamente. ¿Cómo supiste que tenía ganas de beber cerveza? —preguntó a tiempo de llenarse un vaso.

—Porque es el momento más apropiado para bebería. Cuando vuelvas a recobrar el buen sentido, te obsequiaré con una botella de champán de la Veuve Clicquot, para que te la tomes en el tren.

Rosa tenía razón, por supuesto, pensó Mercer. Estaba procediendo como un estúpido. Pero eso era más fuerte que él mismo y no cabía hacer nada ahora para remediarlo. Cuando Rosa le dejó solo, su mente comenzó a dar vueltas al terrible problema que tenía entre manos. Adriana había dejado de existir para él. Los días de aquella locura ciega se acabaron. Su presencia en la ciudad tenía preocupados al Conde y a Uccello y se creyeron lo bastante fuertes como para deshacerse de él. Pagarle, y si ese procedimiento fracasaba, darle una buena paliza, y si también así no se lograba nada... Y estuvieron tan cerca de conseguirlo, que su propio ingenio logró hacerle abrir los ojos. Un hombre podrá reconocer la verdad respecto de sí mismo, pero cuando es otra persona quien habla de ello, ya no se halla muy dispuesto a aceptarla sin discutir ni probar que está equivocada. Eso es lo que a él le estaba sucediendo. Él era uno de esos hombres susceptibles de ser comprado o apaleado, pero lo que no podía hacerse, era dejar de reconocer que también poseía alguna buena cualidad. Ahora, se quedaría, pero no por arrogancia terca y estúpida, no. Para mantener una actitud clara y una postura honesta, decidió correr el riesgo de hacer otra averiguación. Una pregunta que le hizo en el hotel aquella misma mañana a Tío, el *barman*, le permitió saber que la fábrica de cristal Orfeo era propiedad del Conde Boria. Se presentaría allí al día siguiente a las seis de la tarde para ver lo que podía averiguar sobre el Conde y todo el misterio que envolvía la muerte de Boldesca, así como las intenciones respecto a él mismo. Pensándolo con toda la frialdad de que era capaz, comprendió que tenía que mostrarse astuto y cauteloso, si no quería terminar su vida en el fondo de un canal.

Saltó de la cama y comenzó a fumar. La habitación era reducida y destartalada, pero, sin embargo, se sentía cómodo y tan seguro como en su propia casa. En el piso de abajo, tocaba un gramófono, y de vez en cuando se oían las carcajadas de una muchacha, una voz de hombre, y en ocasiones, el ruido de pasos por la escalera, no lejos de su habitación. Efectivamente, la casa no era silenciosa, ni mucho menos. Toda ella era un hervidero de escándalo alegre y de voces humanas. Cuando sacudía la ceniza del cigarrillo en el cenicero que tenía junto a la cama, observó que el platillo de porcelana tenía una curiosa leyenda: "*Uomo ammogliato, uccello in gabbia*"^[38].

Una buena máxima para aquella casa; pero lo más que sucedía, es que uno escapase de una jaula para entrar en otra. Uccello, el ave que a él más le interesaba, ya tenía su jaula. Odiaba al hombre, pero no podía negar que algo bueno existía en él. Poco importaba todo lo malo que hubiese hecho; también tenía talento... Era el héroe que con riesgo de su vida había salvado la de otro semejante. Era el artista cuya mano maestra daba vida a grandes fantasías de arte. Era el enamorado capaz de hechizar a Adriana hasta el punto de cegarla...

Al día siguiente, a las cinco de la tarde, ya se hallaba en camino hacia Murano. Rosa contrató una góndola que fué a recogerlo a unos pocos metros de la casa. También le entregó un sombrero de fieltro que se puso echado sobre los ojos y un ligero impermeable de estilo italiano. Nuevamente le ofreció la pistola, pero volvió a rehusarla.

La embarcación se deslizó plácidamente a través de la red de canales y pronto estuvieron fuera de la laguna, al norte de la ciudad. El día estaba nublado y la tarde comenzaba con cálidas lluvias ocasionales, que soplaban sobre las aguas grisáceas, haciéndolas parecer mosaicos oscuros. Mercer permaneció sentado, envuelto en su impermeable. Fumaba y contemplaba como se movía despacio, frente a ellos, la geométrica isla del Cementerio Público. Una góndola fúnebre, cubierta de negros crespones, pasó balanceándose cerca de la que ellos ocupaban, conducida por dos gondoleros. Era una escena sumamente desagradable para un ánimo tan deprimido como el suyo. Tocó madera, riéndose de sí mismo.

Poco después, salieron de la laguna para entrar en el canal principal de Murano. El lugar era poco impresionante; casas tranquilas de color gris y edificios con acera estrecha de piedra, a lo largo del canal; todo tenía aspecto de decrepitud. Pagó la góndola en el desembarcadero y saltó a tierra. Echó a andar por la acera estrecha pasando frente a un café y una ebanistería. Luego, dos callejones oscuros que servían de entrada a dos fábricas de vidrio y, en seguida, casi en el puente que atravesaba el canal, otro callejón con un rótulo en letras blancas y negras, clavado en el muro, y que decía: *Vetreteria Orfeo*. Algunos metros más allá, había otro café. Entró y tomó asiento cerca de la puerta para ver la entrada del callejón.

El lugar se hallaba desierto, a excepción de una muchacha desarreglada, que fué quien le sirvió una botella de cerveza; puso a funcionar el aparato de radio instalado detrás del mostrador y desapareció en el interior del establecimiento. Una o dos barcas cargadas con cajones, subían canal arriba; después, pasó una canoa; tres niños en una balsa, remando con unas tablas, jugaban cerca de la orilla del lado opuesto. El panorama le trajo el recuerdo de algunos canales de aguas mansas y tranquilas, en ciertas poblaciones del Norte de Francia. Había en el paisaje cierto ambiente de somnolencia que lo hacía repelente. Una cortina de lluvia dibujaba figuras caprichosas en los cristales de las sucias ventanas, y el gato del café, con las

orejas llenas de cicatrices originadas en sus luchas amorosas, se frotaba, ronroneando, contra una pierna de Mercer.

Cuando Mercer subió a la canoa en el muelle próximo a la casa de Rosa, Cassana estuvo observándolo desde la sombra que proporcionaba el toldo de una fábrica de muebles situada en la orilla opuesta del Canal. Lo reconoció inmediatamente, pues estaba informado de que Mercer se hallaba de regreso en Venecia y refugiado en el domicilio de Rosa.

Sonrió al ver alejarse la embarcación y esperó durante cinco minutos. Luego, saltando a un esquife que se encontraba amarrado de aquel lado del Canal, se dedicó a seguir a la canoa, subiéndose las solapas del impermeable para protegerse del chubasco. Iba pensando que Mercer era un tipo raro e interesante para él, ya que todavía no se había dado cuenta de la persecución de que era objeto, y agregaba, para sí, que era también un estúpido por haberse alejado de Venecia en una ocasión y haber regresado. Por algo estuvo esperándolo cuatro interminables horas en la terminal de los autobuses, espera que no resultó inútil. Iba silbando al tiempo que remaba y, de cuando en cuando, dirigía sus miradas a Venecia, que se iba quedando atrás. La visión le parecía maravillosa ahora, más tarde grisácea y casi siniestra cuando desapareció la iluminación y el color hubo perdido el espejismo dorado que le proporcionaba la caída del sol...

Por algún tiempo, se quedó dejándose mecer por las aguas a la entrada del canal de Murano, hasta que vio a Mercer entrar en el café. Amarró el esquife en un sitio bastante retirado del muelle y saltó también a tierra. Caminó despacio por la acera de piedra y se detuvo a la puerta de una zapatería.

Un hombre de bastante edad se hallaba sentado en un banco y cortaba tiras de fieltro azul para hacer unas zapatillas. La finísima hoja de la cuchilla se deslizaba semejante a un pez de plata por el material azul. Cassana lo estuvo contemplando en silencio recostado en el quicio de la puerta, para evitar la lluvia.

—¿Esperando el barco? —preguntó el anciano levantando la cabeza de su trabajo.

—¿Cómo van los negocios? —contestó Cassana asintiendo con un movimiento de cabeza.

El hombre volvió a levantar el rostro, hizo un gesto significativo y se encogió de hombros. La sirena de un barco se dejó oír cercana, y lo propio sucedió con el ruido que producían las hélices al batir el agua. Cassana se volvió y estuvo contemplando aquella blanca mole del barco dirigirse ruidosamente al embarcadero.

También Mercer estuvo viendo entrar el barco y, al oír más tarde sonidos de voces, salió a la puerta y vio un grupo de turistas franceses, acompañados de un guía, que se

aproximaba por la acera. El guía los precedía, semejante a un gran jefe seguido por su tribu. Se metieron por el callejón que conducía a la entrada de la Fábrica Orfeo. Mercer los siguió, caminando tranquilamente a la cola del grupo. Siguieron el callejón evitando cuidadosamente los innumerables charcos que había allí.

Al fondo, estaba una puerta arqueada que llevaba hasta un patio repleto de cajones, montones de cenizas y trozos de hierro enmohecidos y apilados. La pared más cercana tenía una hilera de ventanas muy sucias, protegidas con tela metálica, a través de las cuales surgía el caluroso oleaje de los hornos.

El guía condujo a los turistas por una puertecilla hasta una gran sala de exposiciones en que las paredes relucían llenas de estantes donde se exhibían todos los productos de la fábrica. A lo largo de la sala, había grandes mesas con diferentes artículos de cristal. El grupo se dividió admirando todo aquello y Mercer se quedó indeciso, oyendo las exclamaciones admirativas de los turistas. Un dependiente de la fábrica, que había estado conversando con el guía, se dirigió al grupo para explicarles que todo se hallaba en venta, y por eso, después de que vieran la fundición, los invitaba a regresar para que pudiesen comprar lo que más les gustase, pero que, por de pronto, le hiciesen el favor de no tocar ninguno de los objetos exhibidos. La última indicación fué ignorada, con ese típico buen humor de los franceses. Mercer, entretanto, simulaba estar admirando un enorme delfín de cristal que llevaba una ninfa en sus lomos. Advirtió que al fondo del salón había una puerta a medio abrir, por la cual se veía el arranque de una escalera.

El guía, de nuevo con el empleado de la fábrica, dejó que su grupo saciase sus primeros entusiasmos por la exposición, y luego les llamó la atención con unas palmadas, y dándose aires de importancia, dijo:

—*Messieurs! Dames! Suivez-moi s'il vous plait*^[39]... Podrán volver luego si así lo desean. Ahora vamos a la fundición donde se hacen todas esas cosas tan bellas. Deseo explicarles algo sobre la historia de la industria vidriera veneciana... Esta no es una fábrica en el sentido en que esa palabra pudiera ser interpretada. Solamente trabajan aquí cinco o seis hombres... Su arte es un tesoro que han heredado de sus familias a través de los siglos...

Mercer lo escuchaba mientras describía a grandes rasgos la historia de la fabricación del vidrio. El Conde tenía que estar allí a las seis para asistir a una importante conferencia, y como era el propietario de todo aquello, probablemente la conferencia se celebraría en su propio despacho que, seguramente, tenía que estar en el piso superior. Precisaba, pues, de alguna forma separarse del grupo y subir aquellas escaleras.

—... vengan... —seguía diciendo el guía—, y las señoras sírvanse cuidar de sus vestidos, porque la fundición no es un lugar muy limpio.

Mercer se vió obligado a seguirlos. La fundición era un lugar alargado y oscuro como una caverna, el piso se hallaba cubierto de ceniza y el aire saturado de un olor acre. Todos se agolparon frente a la puerta abierta de uno de los hornos, por la que se

veía el resplandor del vidrio derretido, un resplandor que lastimaba la vista. Un hombretón con delantal de cuero y rostro lleno de tizne, con barba de dos días cuando menos, hundió un tubo dentro del vidrio y sacó en un extremo una gran pompa dorada. Levantó el tubo hasta sus labios y, parándose ante ellos, como el sumo sacerdote de algún viejo rito, comenzó a demostrarles su extraordinaria habilidad. Sobre una rodilla sostenía el largo tubo con una mano; inflados los carrillos llenos de aire y con la otra mano y la ayuda de unas pinzas, iba alargando y dando forma al vidrio. Con la pompa, fabricó un vaso con la elegancia de líneas de un ánfora griega; luego, un ave, en posición de descenso, con las alas extendidas; después, una graciosa copa y toda una familia de pequeños animales... Todo ello brotó bajo el influjo de su excelente maestría del extremo del tubo, que no cesaba de girar en ritmo constante, y mediante el uso acertado de las pinzas. Inmediatamente después, volvió a arrojarlo todo al vidrio en ebullición, e hizo aquel trabajo con asombrosa facilidad, sin darse casi por enterado de la presencia del gran grupo que lo observaba atento. Al finalizar, les volvió la espalda sin parar mientes en los billetes de una lira que los turistas depositaban en una vasija colocada sobre una caja próxima adonde él se hallaba.

El grupo salió de la fundición para ver otros detalles de la fabricación del vidrio, pero algunos de sus integrantes prefirieron regresar al salón de exposición. Mercer se fué con éstos. Esperó hasta que la atención del encargado de las ventas se dedicó a una pareja que discutía sobre la selección de algunas figuras de vidrio de colores diversos, para escurrirse por la puerta entreabierta. Subió las escaleras en silencio y llegó hasta una habitación alargada y excelentemente iluminada, cuyas ventanas daban a la laguna y a la fila de edificios asentados sobre la pantanosa ribera de la isleta. Había muchos estantes y mesas con artículos de vidrio, pero el piso se hallaba atestado de cajones clavados y listos para su embarque, y de otros a medio llenar. En algunos espacios libres, había paja, papel y virutas de madera. El extremo más alejado de la habitación servía de oficina mediante la separación de un espacio con cristales y madera. Una capa de pintura blanca cubría los cristales para darle cierto carácter privado al lugar. Encima de una puertecilla que daba frente a Mercer, había un rótulo con letras negras que decía *Direttore*.

Caminando pegado a las ventanas y rodeando las cajas de madera que lo ocultaban, llegó hasta la oficina. Se escondió en un estrecho rincón formado por la pared de la habitación y la de la oficina, y escuchó. No se oía ruido alguno procedente de la oficina. Observando los cristales, se dió cuenta de que el extremo de uno de ellos había comenzado a perder la capa de pintura. Con sumo cuidado raspó un poco más y dejó al descubierto una rendija del tamaño de la uña del dedo pulgar. Se agachó todo lo que pudo, y miró.

Adentro se encontraban dos hombres. El Conde Boria y Longo, el marino, con traje civil. El Conde estaba sentado y revisaba un archivador comercial. Absorto en su trabajo, iba pasando hojas y se golpeaba en los dientes con el extremo de un lapicero de plata. Longo, permanecía sentado a su espalda y próximo a la única

ventana de la oficina. Tenía la silla inclinada, y aunque Mercer no podía oírlo, tenía los labios en tal forma dispuestos, que cabía presumir que estaría silbando. Encima de las rodillas tenía un rifle que estaba limpiando y aceitando. Momentos después, enderezó su silla, dijo algunas palabras al Conde y éste asintió. Mercer sólo alcanzó a oír un murmullo ininteligible.

Los estuvo observando algunos minutos y luego se enderezó para desentumecer las piernas. El ruido de pasos procedentes de la escalera, al extremo de la habitación, lo obligó a esconderse velozmente tras la pila de cajones. Por entre la paja y las virutas que sobresalían de uno de los cajones, alcanzaba a divisar una parte de la habitación, y así vió al encargado de las ventas entrar y tirar sobre un escritorio destartado, que estaba cerca de una de las mesas grandes, un libro de notas. Luego, fué hasta una pequeña alacena empotrada en la pared y sacó un sombrero y un impermeable, mientras tarareaba una cancioncilla. A continuación, llegóse a la puerta de la oficina, llamó ligeramente con los nudillos y abrió.

—Ya se fueron todos, *signore*. ¿Desea usted que aguarde?

—Sí, tiene que esperar —oyó Mercer que respondía el Conde—. No tardará en llegar. —Su voz era ruda y llena de impaciencia.

—Muy bien, *signore*.

El encargado de las ventas cerró la puerta y retrocedió a la habitación. Detúvose junto a su mesa de escritorio e hizo un breve gesto de desagrado. Se quedó allí un momento, indeciso, y seguidamente encendió un cigarrillo y se encaminó a la escalera. Segundos después, desaparecía con ruidoso paso.

Mercer se acomodó lo mejor que le fué dable detrás de las cajas y decidió aguardar. Por lo visto, el Conde esperaba visita y Mercer necesitaba saber de quién se trataba. Probablemente no lograría oír lo que se dijeran, pero al menos, podría verlo. Se armó de paciencia y esperó. Desde su escondrijo, podía mover la cabeza con cierta libertad y observar los nubarrones, presagio de lluvia, que se cernían sobre la laguna. La rama de una planta trepadora principió a golpear imperiosamente contra la ventana, a impulso del viento fresco de la tarde. De pronto, lo asaltó el recuerdo de una observación hecha por una joven francesa, cuando allá abajo, en la fundición, contemplaba al habilidoso operario: “*Faire comme ca, il faut avoir un peu de Dieu dedans...*”^[40]. Y era cierto, para crear todas aquellas maravillas de vidrio, el hombre tenía que poseer algo de Dios en el fondo de su ser. ¡Cómo le envidiaba a aquel hombre toda su habilidad y su arte! Un trabajo del que podía enorgullecerse... y que valía la pena hacerlo. Casi era una virtud. Y el mismo Uccello, a pesar del odio que le inspiraba, a pesar de sus maldades todas, también tenía algo de aquello... Y él, ¿qué tenía? Algo de Diablo, pero lo necesitaba para hacer su trabajo. Aquí estaba ahora, de nuevo, con algo más de animal que de persona, espionando... ¿Y todo eso para qué? Ni siquiera con la esperanza de recibir alguna gratificación, como el viejo soplador de vidrio.

Se oyeron pasos en la escalera y reapareció el encargado de las ventas. Con él venía un hombre de baja estatura, bien vestido y luciendo un pequeño bigote. Mercer no lo había visto nunca. Llevaba un abrigo azul marino bastante amplio y una cartera bajo el brazo. Cruzaron la habitación y Mercer les oyó abrir la puerta y el ruido de pasos y de sillas cuando se levantaron los dos que estaban en la oficina. Hubo algunas voces confusas al saludarse y luego, la voz clara del Conde, diciendo:

—Ya no es preciso que espere nada más.

Oyó al empleado dar las buenas noches, el ruido de la puerta al cerrarse y lo vio salir de prisa, volver a cruzar la habitación, apagar las luces y desaparecer escalera abajo. Segundos después, oyó cerrar la puerta de la calle.

Hasta su escondite, completamente a oscuras ahora, llegaba un murmullo de voces incomprensible. La tenue luz que se filtraba por los cristales de la oficina, llenaba el lugar de sombras extrañas y difusas. Se atrevió a levantarse y miró por entre las raspaduras de la pintura.

Longo estaba de pie, junto a la ventana, y el Conde, arrellanado en su sillón, con el entrecejo levemente fruncido y dando la impresión de impaciencia. El visitante se encontraba de pie, también, próximo a la mesa, abriendo su cartera y hablando. De cuando en cuando, el Conde movía la cabeza.

Era una escena estúpida para Mercer, ya que no lograba sacar nada en limpio. El recién llegado extrajo algunos papeles y seguramente se refería a ellos mientras hablaba. En seguida, desdobló algo parecido a un mapa y señalaba algo en él. Longo, se acercó para examinarlo mejor, pero el Conde se limitó a hacer algunos movimientos de cabeza y permaneció con la vista fija en el sitio donde Mercer se hallaba. El visitante, con los ojos semientornados, comenzó a hablar, y se golpeaba la palma de la mano izquierda con el pulgar de la derecha, para darle énfasis a lo que estaba diciendo.

Mercer podía verlo todo, pero el nervosismo y una gran irritación, comenzaron a apoderarse de su ánimo.

Oyó las campanadas de alguna iglesia cercana dando las siete. Siguió espionando a través del cristal. Parecía que el hombrecillo pudiera muy bien ser algún comprador de Milán que estuviese discutiendo un contrato de compra con la fábrica. Repentinamente, Longo tomó el rifle que había en la mesa y balanceándolo en sus manos, dijo algo que hizo sonreír al de baja estatura y produjo un gesto de disgusto en el Conde. El desconocido empezó a guardar sus papeles en la cartera. Boria se levantó dirigiéndose a la puerta y todo hacía presumir que iban a marcharse.

Mercer regresó velozmente a su escondite tras las cajas. Oyó abrir la puerta. Ahora percibía con toda claridad lo que hablaban los tres hombres.

—... si no tuviera usted tanta prisa, Coronel, podría entrevistarse con Uccello. — El Conde hablaba con tono áspero—. Precisamente vendrá esta noche para recoger el rifle.

—Sí, sí. Me agradaría verlo, pero necesito tomar el tren. Y, de todas maneras, como usted lo tiene ya todo arreglado...

—Todo. Ahora, para la gente con quien trabaja en Venecia, la excusa es que va a Turín para ver a su madre que se encuentra enferma, y tardará dos semanas en regresar. Mañana hará aquí lo que tiene que hacer para nosotros y permanecerá escondido dos días hasta que abandone Italia. Es una precaución que hemos considerado necesaria... Esta ciudad se hallará repleta de policías durante los próximos días.

—Sí, sí. Me parece una idea excelente. Escóndanlo.

Mercer podía distinguir cierto tono nervioso e impaciente en la forma de hablar del llamado Coronel. Pensó que era un hombre preocupado, envuelto en algún asunto demasiado complicado para él y que no lo aceptaba muy satisfecho. Por eso, le pareció lógico que dijese ahora:

—Bueno, debo dejarlos. Tengo que irme en seguida para tomar el tren.

—Llegará a tiempo —manifestó el Conde entrando de nuevo al despacho acompañado de Longo—. Por cierto que no era preciso que viniese, ya que todo se halla en orden. Los de la Marina no me han dado tanto que hacer como ustedes los militares.

Era perfectamente perceptible para cualquiera el tono de autoridad y de intolerancia con que el Conde Boria le hablaba a aquel anciano al que le desagradaba que se dudase de los arreglos hechos por él.

—Su responsabilidad no es la misma. Sin embargo, acepto que mi visita no haya sido del todo necesaria; pero, como usted comprenderá, yo no podía decirles eso a mis superiores. La verdadera responsabilidad les corresponde a ellos.

—Tan sólo existe una responsabilidad o riesgo verdadero, y mañana a estas horas, ya habrá pasado. Luego, todo dependerá de nuestros amigos de Roma. Si necesitan mayores garantías, envíelos con Machiavelli y recuérdelos que las oraciones en sí no valen nada. El profeta armado, conquista y vence siempre.

Cuando terminaba de hablar, empezó a sonar el timbre del teléfono.

—Vaya a ver quién es, Longo.

Mercer podía ver de nuevo al Conde con toda claridad. Tenía en una mano uno de los objetos de vidrio y se entretenía en darle vueltas. Longo llegó hasta el teléfono, pero Mercer no pudo enterarse de lo que decía. En seguida, salió hasta donde los otros dos lo aguardaban, en el umbral de la oficina. Con cara en la que se reflejaba una gran emoción, dijo:

—Ese inglés, Mercer, no se ha ido de Venecia. Según lo que me acaban de decir, es probable que esté ahora mismo en este edificio.

Pasaron algunos segundos antes de que Boria respondiese. Comenzó por dejar sobre la mesa el objeto de vidrio, y se volvió al Coronel:

—Es el tipo ese que andaba haciendo averiguaciones sobre Uccello. Creí que por fin se habría ido ya. Parece que nos está resultando demasiado terco. —Señaló con la

cabeza hacia el fondo de la habitación y siguió diciendo—: Encienda todas las luces, Longo. Comenzaremos por esta habitación y luego bajaremos a la fábrica.

Longo, de acuerdo con las órdenes recibidas, atravesó todo aquello, sorteando mesas y cajones. A Mercer le parecía que caminaba haciendo un gran esfuerzo, como un hombre abriéndose paso a través de la maleza enmarañada de una selva. Lo contemplaba cual si estuviera fascinado y su mente paralizada. Los instantes pasaban sin que lo advirtiese; estaba aletargado, como entre sueños; parecía que Longo no llegaría jamás al conmutador de la luz, que nunca habría de encenderse para iluminar los montones de cajas, que los tres hombres nunca buscarían hasta encontrarlo allí agazapado...

Pero Longo encendió la luz.

El súbito brillo fué para Mercer un choque físico y mental tan fuerte, que lo obligó a ponerse de pie violentamente. Vio el reflejo de los prismas de un candelabro que estaba sobre una mesa, las palabras *New York* pintadas en la tapa de uno de los cajones, la confusión opalescente de unos monogramas grabados en un juego de cristalería y a los tres hombres... El Conde con semblante de extraordinaria sorpresa; el Coronel con una mano en el botón superior de su abrigo y una rodilla levantada para evitar que la cartera sujeta bajo el brazo siguiera resbalando y se le cayera, y Longo, vuelto de espalda y una mano en la llave de la luz, con una chaqueta deslucida por el uso, a la altura de los hombros. En ese instante, Mercer, comenzó a moverse.

Empujó los cajones e inició una carrera a todo lo largo de la gran habitación.

—¡Longo! —gritó el Conde como un aviso de precaución, y el aludido se volvió veloz. Mercer se hallaba ya fuera del alcance de los otros dos y solamente Longo se interponía entre él y la puerta.

Mercer vió su rostro enjuto y encolerizado. El hombre se puso en guardia, con los brazos alzados, pero le lanzó un puñetazo con la mano derecha que le dió en pleno rostro y aquél comenzó a retroceder trastabillando y tratando de agarrarse a lo que fuera para mantener el equilibrio. Tropezó, chocó contra uno de los estantes repletos de cristalería y todo aquello se vino al suelo con enorme estrépito. Mercer corrió, atravesó la puerta y bajó la escalera saltando los peldaños de tres en tres, pero al llegar abajo, oyó ruido de pasos a su espalda. Ya en el salón de exposiciones, sorteó la larga mesa intentando salir al patio, pero la puerta estaba cerrada por su parte interior. Desesperadamente, quiso mover el pestillo con manos que la prisa entorpecía. Oyó gritar a alguien desde la desembocadura de la escalera, volvió la cabeza y vió que Longo entraba en la sala, agarraba una gran vasija de vidrio y se la arrojaba violentamente. Mercer se inclinó y la vasija fué a estrellarse contra la puerta, cayéndole los vidrios en el dorso de las manos. Seguidamente, Longo se le fué encima y comenzó una lucha desesperada, a vida o muerte. El marino lo aporreaba al tiempo que retrocedía para esquivar un puñetazo, pegó contra la mesa del muestrario y se oyó el tintinear de vasos, figuras y demás objetos. Luego, se fueron a las manos

y forcejeando, los dos contendientes cayeron al suelo. Unas manos semejantes a garras se hundieron en su garganta. Longo pretendía estrangularlo, seguramente, pero Mercer, escuchando el silbido de la jadeante respiración del otro junto a su rostro, levantó la rodilla y le dió en pleno pecho, rodando los dos entre un pandemonio de vidrios, brazos y piernas como aspas de molino. Longo quiso enderezarse y Mercer le dió repetidas patadas en los tobillos, haciéndolo caer hada atrás y pudiéndose sujetar en una de las estanterías. Recobró el equilibrio a medias, respirando agitadamente, pero entonces, aparecieron el Conde y el Coronel, en la puerta de la escalera, y en la derecha de Boria refulgía una pistola que Mercer sabía que sería disparada en el preciso instante en que no peligrase la vida del marino. Por eso se levantó para esquivar un enorme objeto de vidrio que Longo le arrojó, provocando llamaradas de púrpura y todo un rocío de reflejos, una verdadera masa de colores. El objeto fué a estrellarse contra el suelo, pasándole a muy corta distancia, y miles de fragmentos de vidrio volaron por los aires, zumbando como un enjambre de abejas enfurecidas. Ese fué el momento que aprovechó Mercer para lanzarle a Longo un puñetazo bajo la barbilla, y sintió que su puño se hundía en el cuello de aquél. El italiano se derrumbó como una masa inerte.

—Apártese, Coronel. —El grito del Conde era ferozmente estridente, casi parecía el de un niño aterrado, y Mercer, que estaba rodeando la mesa, vió que el Coronel corría armado de una estaca. Boria levantó el brazo armado. Mientras le apuntaba, Mercer levantó un pisapapeles y lo arrojó a la lámpara del techo, corriendo velozmente hacia la puerta que comunicaba con la fundición. La lámpara se hizo mil pedazos; en la oscuridad, brilló una llamarada y la habitación retumbó con el eco de un disparo. Mercer oyó que la bala iba a aplastarse contra la pared. Descorrió el cerrojo, abrió la puerta y se perdió en las tinieblas de la noche. A mitad de camino, vió el brillo de una pequeña luz que salía de uno de los hornos de la fundición. Corrió en esa dirección. Tropezando y cayendo, metiendo las manos entre las cenizas que había en el suelo, escuchó gritos detrás de él y oyó al Conde decir imperioso y colérico:

—La llave de la luz, Longo. ¿Dónde está la luz?

Al cruzar frente al horno, sus reflejos le permitieron ver una puertecilla baja en la pared más apartada. Forcejeó para abrirla, y cuando la cerraba a sus espaldas, las luces se encendieron. Se recargó contra la puerta para esquivar el paso de sus enemigos. Halló un cerrojo y lo descorrió. Avanzó algunos palmos. Había una ventana estrecha por cuyos sucios cristales se filtraba una luz tenue procedente de alguna lámpara del patio.

Alguien empujaba la puerta, intentando abrirla, pero aquélla no cedió por el momento. Mercer se fue a la ventana y quiso abrirla también, pero le fué imposible. Tomó una silla y la alzó para arrojarla contra los cuatro pequeños cristales que la formaban. En ese momento, oyó que el Conde le decía a Longo:

—Vaya al patio; la ventana es por donde únicamente puede escapar.

Destrozó la ventana y empujó el marco, que estaba podrido por la acción del tiempo. Oyó los trozos de vidrio que caían sobre las piedras, produciendo un ruido musical. En el cuarto, penetró una ráfaga de aire fresco.

Rápidamente y con gran precisión, montó a caballo sobre el destrozado marco, cuidándose de los bordes de los cristales rotos que todavía quedaban, y dejóse caer al suelo. Una lluvia pertinaz le azotaba el rostro en tanto corría por todo el patio para salir al callejón. Una vez fuera, ya se encontró seguro entre la gente y las luces.

Cassana se hallaba de pie entre las sombras del callejón citando oyó el disparo. Fue un ruido débil, pero para él resultaba inconfundible. Instintivamente, metió mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó la pistola. Estuvo sin moverse algunos segundos; se mordía el labio inferior y tenía el entrecejo fruncido. Dió media vuelta y manteniéndose pegado al muro, caminó lentamente hacia la entrada. Hacía ya mucho tiempo que saliera el último grupo de gente y tenía la certeza de que Mercer no se hallaba en él.

En el momento en que llegaba a la puerta, oyó el estallido de cristales que se rompían con violencia y veloz se ocultó nuevamente entre las sombras. Observó la figura de un hombre que saltaba por la ventana y echaba a correr hacia el patio. Era Mercer.

Lo vió aproximarse a la entrada y también el óvalo blanco de un rostro, instantáneamente iluminado por el brillo débil de la luz que pendía de la puerta. A su derecha, se abrió la entrada al salón de exposición, dejándose ver un haz de luz amarillenta, como una cuña en la oscuridad rociada de negras rachas de lluvia. La forma de un hombre se recortaba en el quicio de la puerta. Oyó un agudo grito.

Mercer cruzó el arco, tambaleándose. Cassana oyó su respiración agitada, vió el cuello de su camisa levantado, como un ala quebrada debajo de la barbilla, y cuando Mercer pasaba, le echó una zancadilla.

Aquél cayó pesadamente y quedó tirado en el suelo. Su cuerpo se golpeó con tanta fuerza sobre el pavimento, que perdió el sentido. Permaneció tendido, dolorido y maltrecho, sin saber lo que le había ocurrido. Tenía que levantarse para poder continuar, pero su deseo se le convertía en agonía espantosa. Ayudándose con ambas manos, logró incorporarse.

Cassana adelantó un paso y con la culata de la pistola le golpeó en la cabeza. Mercer se desplomó y su rostro fué a dar contra el suelo lleno de lodo y lluvia, con los ojos cerrados en amargo rictus de dolor.

Longo se acercó a todo correr.

—*Dio mio!* ¡Gracias a Dios que estaba usted aquí, Uccello!

Cassana se echó a reír y se inclinó para observar a Mercer. En seguida, explicó:

—Después de llamarlo a usted por teléfono, creí que lo sensato sería aguardarlo aquí afuera. La mayoría de las ratas buscan la salida por el mismo sitio que entraron.

Ayúdame... —Y pasó un brazo por debajo de los hombros del inconsciente Mercer, para levantarlo.

Spadoni se hallaba preocupado, de pie en la ventana de su oficina, contemplaba el rielar de la luz sobre el Rio dei Greci. Frotábase las mejillas, y su voluminoso cuerpo se balanceaba suavemente sobre sus piernas delgadas y ridículas.

Luigi, su ayudante, sentado en el borde del escritorio, silbaba soplando en el filo de una hoja de papel colocada de través en los labios. Se trataba de una comunicación, ya descifrada, que se había recibido una hora antes.

—Si hay algo de cierto en todo esto —decía Luigi en voz baja—, todo se va a ir al diablo y se nos vendrá encima un verdadero diluvio.

Spadoni se volvió con gran lentitud, y por un instante sus labios se contrajeron en un gesto violento.

—¡Diablo, el Ejército, y diluvio, la Marina!

—Si resulta cierto.

Spadoni le quitó de la mano la comunicación y volvió a leerla despacio, dejándola caer después sobre la mesa con un ademán de impaciencia.

—Se trata de informaciones verídicas que no tienen por qué ponerse en duda —dijo—, y además, vienen acompañadas de pruebas circunstanciales auténticas que tampoco pueden pasarse por alto. Ahí tiene usted una bonita frase. Casi me imagino estar viendo al propio secretario en el momento de pronunciarla y pasarse luego la lengua por los labios, para irse inmediatamente de paseo considerando que ya había hecho suficiente y que su sueldo está bien ganado. Y ¿qué significa todo ello? Pues que hay murmuración, cuentos, palabras dichas por algún espía, o por un criado asustado que sabe muy poco, pero deduce mucho más. En un asunto como éste han de producirse indudables indiscreciones. Cuanto más grande sea el complot, más agujeros habrán de taparse, pero a medida que uno recibe más informaciones y se hace eco de más rumores, mayor es la imposibilidad en que se encuentra. Me trasladaron aquí para ver qué pasaba. Ahora se limitan a esperar sentados sin darme pruebas concretas, sólo por una simple teoría. Parece que tratan de asesinar a un alto personaje y con ello se prenderá la mecha que hará arder en llamas a este país. Unos días más tarde, los jefes del Ejército y de la Marina se adueñarán de todo el aparato gubernamental y asumirán el control de la nación. ¿Sabe usted lo que eso viene a significar en pocas palabras? Pues una orgía de sangre, y cuando se haya terminado, ellos volverán a implantar el fascismo.

—¿Y si fracasan?

—No fracasarán. Todos los partidos lo considerarán un mártir. Permitirán que los comunistas, los demócratas, toda una multitud furiosa enciendan el fuego y pongan a

hervir la olla durante unos días; luego, los acallarán, le darán una patada al fuego y otra a la olla, mandándolo todo al diablo. Si ello llegase a suceder, nuestra esperanza única será advertir a todos los partidos políticos, avisándolos de que solamente los están utilizando como instrumentos y que mantengan la serenidad precisa. Usted sabe muy bien lo difícil que sería conseguirlo, si un hombre de la talla del poeta Nervi fuera asesinado.

Regresó a la ventana y se pasó una mano por los cabellos, alisándose los.

—Una escolta policíaca —prosiguió— y todas las precauciones que tomáramos serían inútiles si ellos se han propuesto realmente acabar con él. Si pudiésemos encerrarlo con llave en una habitación..., pero ya sabe usted como es, y siempre pensarían que es un truco del Gobierno para no dejarlo actuar en Venecia. No, lo único que cabría hacer, sería apresar ahora al asesino. Muy fácil, ¿verdad?

—Dentro de dos horas podemos tener encerrados a todos los tipos que nos infundan sospechas.

—Eso es precisamente lo que vamos a hacer, pero, a pesar de todo, no habremos conseguido cerrar la red. El hombre que va a hacer eso nos es probablemente desconocido, o se encontrará bien escondido en algún lugar que ignoramos... —Se fué a la ventana y volvió, parándose muy cerca de Luigi. Frunció el ceño y comenzó a morderse la uña del dedo pulgar. En seguida, se llevó una mano al bolsillo y sacó una fotografía que le entregó a su ayudante, explicándole—: No le había enseñado esto antes, porque siempre supuse que sería una pista falsa. Ahora ya no estoy tan seguro.

Luigi observó la fotografía. Había sido tomada por Cassana y en ella se veía a Mercer, Guffo y Moretto, sentados junto a la mesa de un café, bebiendo animadamente.

—Muy necesitado andaba de compañía —comentó Luigi haciendo un guiño expresivo—. Puedo detener a Guffo y a Moretto dentro de diez minutos pero a él no. Ya salió del país.

—Todo lo que sabemos es que tomó el tren para Milán —añadió Spadoni recogiendo la fotografía—. Anteriormente, ya anduvo mezclado en asuntos como éste. Necesita dinero y puede haber regresado. Si es él, no se dejará ver hasta el momento preciso; pero usted, yo y algunos hombres más, iremos ahora mismo a casa de su amiga Rosa, y haremos detener a todos los que nos parezcan sospechosos, incluyendo a esos dos, Guffo y Moretto.

Se sentó a la mesa y sacó una pluma.

—Necesitaré una hora para prepararlo todo —expuso Luigi sonriendo.

—Está bien. Si se encuentra allí, no se moverá. De todas maneras, voy a redactar una comunicación que ha de ser enviada a Roma.

Tomó un papel para ponerse a escribir y lanzó un hondo suspiro.

Un reloj estilo Luis XVI, que se hallaba sobre una consola, dejó oír siete campanadas, notas vibrantes que con su eco llenaron todos los ámbitos de la habitación.

—¿Qué lo tiene preocupado?

El Conde se levantó, y desde su escritorio caminó lentamente hasta llegar a la chimenea. Con el pie, empujó el conmutador de la calefacción, pues la estancia comenzaba a enfriarse. Surgieron una serie de llamas rosadas y azuladas..., feas y vulgares en comparación con el cadmio de los filamentos que brillaba con delicada intensidad.

—Yo soy marino —exclamó repentinamente Longo— y cuando se ha formado un proyecto, me gusta llevarlo a cabo. Creo que hay otros procedimientos para tratar a ese hombre.

—Pero ninguno tan efectivo y seguro como éste. Un proyecto no es más que el bosquejo del resultado final. Si usted compara los bocetos de Rafael con el cuadro ya terminado, podrá ver que aquello no era sino la guía y que el conjunto ha ido reajustándose a medida que la pintura avanzaba.

Sabía que el hombre había aceptado en principio. Ese era precisamente otro ejemplo más de una tendencia estúpida y fatigosa que suele darse en esa clase de tipos. No es que vacilase en dar las órdenes directamente a Longo, si era preciso. Tenía autoridad suficiente para ello, pero le divertía manejarlo a su entero capricho. Desde luego, el hombre era un salvaje, el hijo de algún campesino pudiente que, con dinero, logró que su vástago ingresara en la Marina..., pero era un colaborador en quien podía confiarse, y lo suficientemente astuto para darse cuenta de las ventajas que podía obtener cuando todo estuviera resuelto.

—¿Qué actitud cree usted que asumirían los nuestros en Roma, si se los llegara a consultar?

—No tenemos tiempo para consultarlos ni para convencerlos, pero si lo tuviéramos, estarían de acuerdo conmigo. Mi querido Longo... —su voz adquirió un tono paternal, invocador de confianza e intimidad, destinado a hinchar la vanidad y el sentido de importancia de su interlocutor—, piense en las palpables ventajas. En el proyecto original, Uccello tenía que disparar y desaparecer seguidamente. Tendríamos un asesinato y un asesino vivo aún..., un misterio que inquietaría las imaginaciones populares, a pesar de todas nuestras seguridades. Podemos tener confianza en Uccello y pronto se hallará a varios miles de millas de esta ciudad; pero, el misterio continuaría, y ese misterio engendra odios para quienes se encuentran cerca. Por mi parte, ya he aceptado esa penosa situación. Recuérdelo, el disparo se hará desde esta misma habitación. Pero por otra parte...

—Uccello seguirá siendo el asesino —atajó Longo poniéndose en pie para acercarse a la chimenea.

—Por supuesto, pero usted se convierte en un héroe y yo no habré despertado el odio de nadie. Ahí, junto a la ventana, estará el cuerpo del asesino, Mercer, al que se vió usted precisado a matar cuando intentó echársele encima armado. Un cadáver,

Teniente, que no puede hablar, un inglés mercenario que lleva escondido en sus bolsillos el dinero con que le han pagado su crimen, y un hombre que, en cuanto a mí se refiere, ya ha penetrado clandestinamente en este sitio y ahora, lo ha utilizado para esa finalidad. Un hombre que no tiene posibles relaciones conmigo. Desde el punto de vista de la conveniencia, también nos evita el tener que matarlo de otra manera y no saber qué hacer con su cadáver. Lo que me satisface de todo este plan, es su claridad. Supongo que estará usted encantado en representar un papel de héroe, ¿no?

—En caso de no gustarme, ya se encargaría usted de encontrar algún argumento convincente —repuso Longo riendo.

—¿O es que siente alguna simpatía por Mercer?

—No. Me será muy fácil pegarle un tiro.

—Y cuando esta nación se halle en manos de un gobierno fuerte, cuando hayamos acabado con esa democracia raquítica y con la amenaza de un paraíso proletario, a usted se le tendrá presente. —A medida que hablaba, observaba fijamente a Longo. Era un tipo duro, ambicioso, con una especie de vigor e instintos animales, reminiscencia resultante de sus antepasados, campesinos de Lucania.

—Algo tenemos que hacer con él y me parece que lo propuesto por usted es lo más apropiado —comentó Longo, mientras sacaba los cigarrillos y encendía uno.

—En ese caso, será mejor que preparemos todos los detalles.

El Conde Boria regresó a su mesa de escritorio. Se sentó y le sonrió a Longo. Pero era una sonrisa fría y extraña.

Adriana se recostó en la barandilla del balcón, con la cara apoyada en las manos. Contemplaba los tejados de los edificios iluminados por el pálido resplandor de la luna. Era un mundo frío y complicado en sus planos geométricos, un mundo muerto, de color de piedra y una variedad inmensa de sombras. Uccello se paseaba tranquilo, de arriba abajo, entre las plantas trepadoras, a su espalda. De vez en cuando, al fumar su cigarrillo, el resplandor de la lumbre iluminaba las hojas de la enredadera que envolvía la barandilla de hierro, y las venas diminutas de la hojarasca adquirirían curioso relieve en sus filamentos.

—Me dijiste que estaba equivocado, que era un estúpido y un terco... ¿Cuántas veces me has dicho lo mismo? Ahora que, esta vez, tenía yo razón. —Su voz era agradable, pero ella se daba cuenta que detrás se ocultaba toda la cólera intolerante que lo poseía—. Ya se ha ido de Venecia, eso es lo que yo quería, y eso es lo que ha ocurrido. —La mentira carecía de importancia. Mercer ya no volvería a molestarlo más—. ¿Cómo iba yo a cometer un error?

—No era necesario apelar a la violencia. Yo pude haber conseguido eso también, sin llegar a ese extremo. —El recuerdo de Mercer caído entre el polvo del cuartel, le resultaba doloroso a la mujer.

—Es posible, pero tú no me dijiste lo que ibas a hacer.

—Y si te lo hubiese dicho, no me habrías permitido hacerlo.

—No. Te he pedido que hagas muchas cosas... pero esa no. No tienes necesidad de arrodillarte ante ningún hombre para implorarle en favor mío. ¿No llegaste a hacer eso, verdad? —Hizo la pregunta en forma entrecortada.

—No —respondió Adriana con toda calma.

Uccello se le acercó por detrás y le tocó en un hombro.

—Querida —dijo— si hubieras dicho que sí, no me habría enfadado por ello. No debemos ocultarnos nada...

—No le dije nada. —La mujer mintió, sabiendo que a pesar de lo que acababa de decir, la verdad lo hubiese enfurecido.

Él rió suavemente, con satisfacción. Luego, jugueteando con los rizos del cabello de la mujer que le caían sobre la nuca, prosiguió:

—No fué muy de mi gusto tenerlo que arreglar así. En cierto modo, casi me agradaba ese hombre. Algunas veces se me ocurre pensar si será tan estúpido como parecía.

—¿Estúpido? —La pregunta casi parecía una defensa y al oír su propia voz, pensó por qué tendría ella que defender a Mercer.

—El que tira cien mil liras...

—No a todos los hombres se les puede comprar.

—Pudo haberse guardado el dinero y evitarse la paliza, de haber sido un poco sensato.

—A veces hacemos cosas que ni nosotros mismos podemos explicarnos.

—¿Como el regresar para que le den una paliza que no es capaz de resistir? Eso es absurdo.

—A mí no me parece tan extraño. El cuerpo tiene debilidades que traicionan al espíritu de mayor fortaleza... —Y sintiendo que las manos del hombre le rodeaban el cuello, se asombró al no saber si había hablado por Mercer o por ella misma. Las manos de Gian comenzaban a suavizarla en su enfado. Volvió la cara lentamente, y la mano del hombre acarició ahora su barbilla. Entonces, Adriana, con su cara muy pegada a la de Gian, prosiguió:

—Hubo un momento en que pensé que quizá tuviese algún otro móvil para haber venido a Venecia. Todo eso que me contó sobre Boldesca.

Él quedóse silencioso algunos segundos, pensando hasta donde podría ella llegar. En épocas pasadas, le había mentado porque sabía que aun con ella, había un límite para la lealtad y el amor, pero éste le era muy preciado y no quería arriesgarlo ahora. Ella nunca sabría el precio que el Conde Boria le había exigido para dotarlo de una identidad nueva y ocultarlo en el seno del propio campo enemigo. Por fortuna, no existía ninguna fotografía suya en los archivos policíacos. Además, le iba a facilitar los medios para empezar una vida nueva en un país distinto y lejano.

—Spadoni estaba molesto con él desde que llegó. Pensó que venía con otro motivo... Nunca te lo había dicho, pero tiene malos antecedentes aquí. Hace años,

estuvo mezclado en un asesinato cometido en Roma...

—¡No puedo creerlo!

—Los archivos lo dicen... Es un hombre extraño. Creo que lo que hicimos con él fué lo mejor. —Hizo una pausa, mientras sus dedos jugaban con la cadenita que ella llevaba pendiente del cuello—. El caso es que ya se largó de aquí. Olvidémoslo.

Despacio, fué rodeándola con sus brazos, con su rostro junto al de la mujer. Su voz suave y llena de romanticismo, murmuró:

—*Cara mía...*, sólo unos cuantos días más. Las cosas han sido difíciles para ti..., pero dentro de poco te reunirás conmigo y seremos libres..., podremos pasearnos juntos en un país diferente, sin tener miedo de nada..., libres para sentarnos juntos al sol... sin que nos rodee la oscuridad en la que tantas veces Hemos estado a punto de perdernos el uno del otro.

La obligó a volverse y la oprimió suavemente contra él. Su ternura hizo desaparecer en ella la ansiedad y el temor. Sintió que sus labios la besaban detrás de la oreja, y la languidez del desmayo se agitó en el interior de su ser, avivando todos los deseos cuando Gian principió a balbucear palabras dulces de amor.

Todavía permanecían en el mismo sitio, cuando de los relojes de las torres de la ciudad caían las campanadas de la medianoche, unidas en un dulce encanto en las sombras.

Del techo pendía una pequeña luz protegida por una red de alambre, y ésta le hacía recordar, quién sabe por qué asociación de ideas, las que había visto sobre las tumbas, protegiendo las macetas con flores. Días húmedos y grises de otoño y el continuo caer de la lluvia sobre los lánguidos crisantemos... Pensaba en el *Père Lachaise*^[41] y en la tumba de su madre. Sintió frío y cansancio, y le pareció haberse perdido aquel día... Posiblemente lo estaba desde entonces. Todo destilaba humedad, y los ruidos del agua se acumulaban unos sobre los otros en una serie molesta de lamentaciones.

Volvióse de lado. Todavía su cerebro hallábase nublado por el sopor, como resultado de haber perdido el conocimiento, y vió un desagüe que se vaciaba en una abertura hecha en el suelo, saliendo de un agujero situado en la base de la pared y que desaparecía por debajo de la pared opuesta. Bajo el resplandor de la pálida luz amarillenta, las piedras del cuarto parecían barnizadas, húmedas y pegajosas. Se dejó caer hacia atrás en el banco de piedra que corría a todo lo largo del muro y bajo el peso de su cabeza oyó crujir la paja de la almohada. Luchó por mantenerse despierto y resistir el sueño que lo vencía. Por encima de donde él se encontraba, brotando repugnantemente de entre las juntas de las piedras, crecían unos hongos pálidos, chatos, como lenguas exangües, en cuya parte inferior destacaban las venas grisáceas... Durante unas vacaciones con su madre, siendo él todavía un muchacho y regresando ambos de Inglaterra, ella se había reído de él por su creencia errónea de que solamente las setas y no los hongos eran comestibles. En los bosques próximos al lugar donde ellos vivían, su madre recogió unos hongos de color gris rosado que ella llamaba *prunelli*, y que tenían un sabor muy parecido al de las ostras... A pesar de su voluntad, se le cerraron los ojos y se quedó dormido.

Podían haber transcurrido cinco minutos o cinco horas cuando se despertó. No había nada en el cuarto que pudiese ayudarlo a calcular al tiempo, y tenía las manos atadas a la espalda, impidiéndole echar un vistazo a su reloj. Se movió penosamente y logró sentarse, alzando los hombros con dificultad para aliviar el entumecimiento. Un olor acre, pútrido, salía del desagüe. Se puso de pie y caminó cuidadosamente alrededor del cuarto, con objeto de desentumecerse. Le dolía la cabeza horriblemente. Habría dado cualquier cosa por tener las manos libres y poder frotarse los ojos, que sentía lacerados. Allí no había ventanas, y a juzgar por la humedad, encontrábase seguramente bajo el nivel del agua. Se veía una puerta ribeteada de hierro y con una enorme cerradura sin cerrojo. Probó su resistencia con un hombro, pero hubiera sido igual tratar de forzar el propio muro.

Retrocedió y volvió a sentarse en el banco, observando por primera vez la manta gris, de tipo militar, que había tenido debajo del cuerpo. La manta, la almohada, las cuerdas que ligaban sus muñecas... Ahora es cuando comenzaba a recordarlo todo. Su carrera a través del patio en la fábrica de vidrio. Había tropezado con algo y cuando estaba en el suelo, alguien le dió un fuerte golpe en la cabeza. Y ahora este sitio; pero aun cuando entre todo esto existía un lapso de tiempo, él no podía comprender todavía las cosas con mucha claridad. Eran impresiones vagas, como de pesadilla, algunas voces a su alrededor, unas manos que lo zarandeaban, el rugir de un motor y el ruido del agua. Además, al abrir los ojos, como una persona que saliera momentáneamente de una anestesia, vió la fachada iluminada de la *Salute* y su color gris irguiéndose entre un cielo pálido en el que brillaba la luna; pero después, volvió a caer en un abismo de sueños.

—He caído en una trampa sangrienta y yo tengo la culpa —exclamó en voz alta, de repente. El eco repitió sus palabras por toda la habitación.

Nadie sabía lo que iba a sucederle ahora. Lo tenían encerrado en aquel calabozo, en espera de decidir lo que iban a hacer con él. Por lo que ya sabía, no podía esperar que le dieran un trato muy agradable. Tenía que escaparse. Para sus enemigos, resultaría un problema sencillo deshacerse de él... En cuanto a él mismo, no le era dable hacer otra cosa que aguardar. Su ventaja ahora consistía en el problemático conocimiento de que todas sus pasadas angustias respecto al futuro se encontraban resueltas de golpe, pues se reducían a las dimensiones presentes... ¡Cuatro paredes!

Una llave rechinó en la enorme cerradura, y Longo, con uniforme de Marina, apareció en la puerta. A su espalda se veía una escalera de piedra, y un agudo rayo de luz iluminaba la pared y los escalones. Mercer se levantó y al hacerlo así, Longo se le aproximó. Su rostro, delgado y triste, mostraba una sonrisa dura y cruel.

—Si hubiese de estar más tiempo con nosotros, lo habríamos provisto de más comodidades.

—¿A quién tengo que agradecerle la manta y la almohada? ¿A usted?

—No. Las envió el Conde Boria. Probablemente quiso que la última impresión que usted guardase de él fuese de gratitud.

Al terminar de hablar, apretó los labios con fuerza, y sus ojos fríos y negros permanecieron fijos en el rostro de Mercer.

—Me agradecería verlo —dijo. Sabía que esa era una esperanza de poder llegar a una transacción con el Conde, un sentimiento inspirado por la amenaza que veía en aquel hombre que tenía enfrente.

—Usted no verá a nadie.

Y al acabar de decir esas palabras, Longo extendió el brazo derecho y, gritando como un salvaje, le dió un terrible puñetazo a Mercer en la mandíbula. El golpe lo hizo echar violentamente la cabeza hacia atrás y contraer los músculos de la garganta, lanzando un quejido casi animal por el dolor experimentado. Luego, Mercer cayó pesadamente sobre el banco y quedó inmóvil.

Longo se frotó los nudillos y, estuvo pensativo durante un momento. En seguida, le dió vuelta a Mercer y le desató las manos. Sacó de un bolsillo un par de guantes de piel fina y un sobre alargado. Con cierta dificultad, puso los guantes en las manos de Mercer y metió el sobre en el bolsillo interior de su chaqueta de paño.

Una vez hecho eso, colocó el cuerpo inanimado de Mercer, como si estuviera sentado, y sosteniéndolo con una mano, se inclinó del lado del banco y se lo echó al hombro. Enderezóse un poco, inseguro por el peso del otro, y salió del cuarto en dirección a la escalera.

La luz del sol era fuerte y brillaba con encendido color por entre los pilares deteriorados del reducido vestíbulo existente al comienzo de la escalera. Cuando cruzó por él, pudo escuchar un susurro de voces que hablaban con excitación al otro lado de la pared. Con el hombro, empujó una puertecilla, y luego ascendió los peldaños altos y desgastados. Caminaba inclinado, sudando bajo el gran peso y oyendo que los zapatos de Mercer raspaban el muro siempre que había de dar vuelta en las estrechas curvas. Al llegar al rellano de la escalera, descorrió con una manó el cerrojo de la puerta secreta del Conde.

Entró con su carga, y la hoja de la puerta se meció suavemente tras de él, hasta que se cerró. Dejó caer el cuerpo de Mercer al suelo, junto a una poltrona próxima a la ventana, y allí lo dejó como un muñeco desarticulado.

En la ventana flameaban las cortinas largas y entreabiertas, impulsadas por el viento cálido de la tarde, que se filtraba a través de las persianas. Por detrás, una voz que denotaba agitación, dijo:

—¿Cuánto tiempo va a estar así? —El rostro de Uccello asomó por detrás de la cortina.

—El suficiente.

—Bastará con diez minutos. ¿Un cigarrillo?

—Podrá usted fumar cuando salga de esta habitación, pero no antes —dijo Longo acercándose a la ventana.

—¿Es una orden? —Había cierto tono sarcástico en la pregunta.

—Sí..., ¡y tenga esa maldita cosa apuntando al suelo, hasta que vaya a utilizarla!

—¿Nervioso?

Longo rechinaba los dientes irritado, sin dejar de mirar la mano enguantada del otro que frotaba el cañón largo y azul del rifle; pero no respondió. Miró hacia abajo, a las aguas del Canal, muy concurridas ahora. Gran número de canoas y góndolas hundían sus proas en la corriente y el espacio entre las embarcaciones era como una tira de tela color café, a través de una cortina clara de la que se ha sacado un hilo.

—¿No ha matado nunca a un hombre? —prosiguió Uccello—. Eso es lo que la ocurre. La culpa no es suya. No es cosa muy agradable... la primera vez. Resulta mejor cuando uno se encuentra furioso, o asustado, o borracho. Y todavía sale mejor, si el enemigo ataca. Eso le facilita a uno la excusa ante el sacerdote..., si es que usted

se preocupa por esa clase de cosas..., pero estando ahí tirado como un saco de garbanzos...

—¡Cállese! —exclamó Longo volviéndose y mirando a Mercer. Metió la mano en el bolsillo y tocó la fría culata del revólver... En su interior, le pareció escuchar que alguien rezaba; era una voz que repetía con monotonía terrible, *Santa Madre...* Alargó un pie y enderezó las piernas rígidas de Mercer. A continuación, fué y probó el pestillo de la habitación. Ahora estaba cerrado, pero debería abrirlo antes de disparar sobre Mercer y dar la impresión, cuando todos subieran corriendo, de que él acababa de entrar. El trabajo que le habían encomendado era todavía más sucio que el de Uccello y habrían de darle un buen premio por llevarlo a cabo...

—Cincuenta yardas —siguió diciendo Uccello—. Más allá de La Spezia, acostumbrábamos a matar a los correos de los *tedeschi*^[42] disparando sobre ellos, a ochenta yardas, en la oscuridad de la noche... A veces, los automóviles seguían su camino llevándolos a ellos ya muertos. Eso era la guerra y hasta los campesinos tenían que combatir. Siempre estaban luchando por su derecho a comer pan negro. ¿Qué hizo la Marina de guerra? Nada, sólo zarpar para ir a entregarse a los ingleses. ¡*Mare Nostrum!*

—Está usted hablando demasiado. —Longo se dejó caer en una silla. Ya comenzaba a sentirse mejor.

—Sí, estoy hablando... y lo hago para mantener mis manos ágiles. Estrictamente profesional, *amico mio*. Nací campesino, pero siempre comprendí que se trataba de un error. Yo quiero pasteles y no ese pan negro. El hombre sólo tiene una vida. Puede vivirla para él o en beneficio de los demás.

El Conde Boria escuchaba todo lo que decían aquellas dos señoras. Cuando hicieron una pausa, les contestó con palabras fáciles, con esa fluencia que se logra después de muchos años de vida social. ¿Qué dirían o qué harían, pensó, si supieran que sólo se estaban dirigiendo a la figura de un hombre cuyo pensamiento se hallaba bien lejos, con los otros, vigilando el Canal, oteando por entre las góndolas y canoas apiñadas..., extendiéndose él mismo hacia la muerte, que ya se aproximaba? Ese momento brutal que odiaría, aunque sin hacer nada por evitarlo. Tenía que ser así..., era la única manera de resolver el dilema que se había ido tejiendo lentamente sobre él y los de su clase... Ninguna sutileza, ningún argumento podría mantener para ellos esas cosas que hacen que la vida sea digna de vivirse. Estaban luchando por sobrevivir... y si sospechara que la lucha era inútil, aún así, seguiría luchando. Era la contradicción entre su sentido de la tradición histórica ancestral y sus lealtades innatas lo que le agotaba, lo que le hizo advertir sus años..., un gran deseo de quedarse solo, en paz... Pero tenía que seguir luchando, ocultándose de sus amigos, diciéndoles ahora esas palabras vacuas, fáciles como las que acababa de pronunciar, dirigidas a las dos

señoras que lo acompañaban y que demostraban que ese era el hombre que ellas conocieron siempre, civilizado, afable y generoso...

—No es la edad la que acaba con las instituciones, mi querida Lía —dijo—, sino las finanzas. —Ella le lanzó una sonrisa. Era uno de sus amigos más viejos.

Minelli, cruzando por entre la nutrida concurrencia que llenaba el palacio, llegó hasta donde el grupo se encontraba, trayendo una bandeja de plata llena de copas.

—Dentro de cincuenta, ya no quedará una sola góndola. Las canoas están acabando con ellas.

Tomó una copa y se la brindó.

—Trescientas liras desde aquí hasta el embarcadero de los *ferry-boats* —prosiguió— y mil si se le ocurre a uno tomar una góndola. En estos tiempos, la gente cuenta sus liras... Aun en plena temporada, un gondolero se siente feliz si hace seis mil liras por día. Lo cual no basta para poder vivir, y a menos que el Municipio les pase un subsidio, desaparecerán, y entonces los talleres de la *Guidecca* dejarán de trabajar... y el oleaje de las canoas irá lentamente derribando nuestros palacios... —Soltó una carcajada y alzó lentamente la copa que tenía en la mano.

—El Conde siempre es un gran pesimista respecto al futuro —argumentó un hombre, recostándose sobre la barandilla gris.

—*Au contraire*^[43] —replicó sonriente. Encaminóse a la gran escalinata que bajaba hasta el agua y contempló las góndolas agrupadas junto a los altos pilotes que ostentaban su escudo y sus colores. Algunos rostros de entre la inmensa multitud flotante, al observar a aquellas mujeres tan elegantes y sus caballeros, y el brillo de las copas y la plata, los contemplaban con curiosidad. Un gondolero, que lucía camisa azul y blanca, gritó con malicia.

—¡Adán buscó, Eva accedió, y ahí la cosa empezó! ¡Viva Nervi!

El Conde se sumó al coro de gentes que reían, y lo hizo de buena gana. Después observó anhelante lo que sucedía hasta la parte más alejada del Canal. Nervi no tardaría en llegar en la góndola oficial y rodeado por las autoridades ciudadanas. Los gondoleros, con sus trajes abigarrados y las cintas de sus grandes sombreros de paja mecidos por la brisa, se inclinarían al remar. La multitud gritaría enardecida..., fastuosidad y homenaje, y entonces, llegaría el maestro a cuyo cargo se hallaba la ceremonia final y el eco de un disparo de rifle sería su heraldo anunciador.

Minelli se le acercó y Boria puso en la bandeja su copa vacía.

—¿No está por ahí la señorita Medova?

—No, *ignore*.

—¿Y el Teniente Longo?

—Hace un momento andaba por aquí, *ignore*.

—Tal vez haya ido al piso de arriba, porque se ve mejor desde allá. Traiga más copas, Minelli.

El servidor se retiró y pasando dificultosamente por entre los invitados, pudo llegar hasta la puerta. Ahí, de pie en la base de una columna y sujetándose abrazada

con uno de sus bracitos, estaba Ninetta. La niña llevaba en el brazo libre a su perrito faldero. Minelli se detuvo un instante, apoyando la bandeja en el pecho.

—Ahí lo ves todo muy bien, *piccina*.

—Sí, pero Do-do no puede verlo —contestó la chiquilla, y aproximó su carita a la cabeza del animal, con gran cariño—. ¿Puedo ir hasta el extremo de la terraza? —preguntó.

—Al Conde no le gustaría que lo hicieras —repuso Minelli denegando con la cabeza—. Cuando lleguen las barcas, levanta bien a Do-do para que lo vea todo.

—Hay mucha gente delante.

—Bueno, yo vendré para levantaros a los dos —exclamó sonriente el hombre—. Quédate ahí y pórtate bien.

Seguidamente, se metió en el palacio para cumplir la orden que le había dado el Conde Boria.

Más allá de la curva que formaba el Canal, en el aire cálido de la tarde, fué levantándose una ola ruidosa, cuyos ecos parecían flotar en murmullo creciente, sobre las cabezas de la muchedumbre.

—Ya viene...

Sí, ya viene, pensó el Conde..., en busca del momento que lo será todo y nada para él. Sin malicia personal, sin piedad, aguardaba el momento. Por su mente pasaba, en extraña proyección, toda la vida de Nervi. Veía al chicuelo caminar descalzo por entre los olivares, espantando a los pájaros de la fina línea verde que eran los maíces tiernos; el chico que observaba a las mujeres enlutadas, mientras subían a la colina cuando el cielo comenzaba a teñirse con las púrpuras y rosicleres de la aurora; luego, hecho ya un joven, inclinado sobre sus papeles en la penumbra de su cuarto, que a la pobreza unía la fetidez del olor a cabras y gallinas; después, el mostrador lleno de manchas de aceite y de vino, y también de mugre de los codos y las manos que en él se apoyaban desde hacía muchos años...; finalmente, el poeta, el humanista, la fuerza inconsciente que, al quedar destruida, haría disgregarse otras fuerzas. Y pensando en él, Boria no experimentaba simpatía, ni odio, ni otra emoción que la que le producían sus propios deseos de triunfar. Sus ojos buscaron la ventana abierta en la fachada del palacio. Después, miró despacio el enorme escudo de piedra que sujetaban unos tritones barbados, aquel escudo colocado sobre la gran puerta de acceso al palacio. La piedra mostraba la huella del tiempo y exhibía, orgullosa, la divisa de la linajuda familia... No había escape, pensó, no podía escapárseles.

—¡Ya llegan! —exclamó Uccello para prevenir al otro.

Longo saltó por encima de Mercer y se quedó a unos cuantos pasos de la ventana. Las góndolas y algunos botes de menor tamaño habíanse alineado Abajo, se veían multitud de cabezas y brazos agitándose con inquietud. Ya había recobrado la calma.

—Cuando haya disparado, deje caer el rifle encima de él y váyase.

—No tenga cuidado, pues no pienso quedarme para recibir las felicitaciones.

Longo vió alzarse el cañón del arma describiendo un pequeño arco y apoyarse en seguida en el marco de madera de la ventana. Oyó el crujido de los músculos de Uccello, cuando éste se apoyó en una rodilla. Dos góndolas de popa elevada, ceremoniosas, cuatro remeros en cada una, los gondoleros vestidos con lujosos uniformes de terciopelo oro y marrón, pasaron impulsadas hábilmente; luego, se volvieron, formando un remolino de aguas sucias, y quedaron con las proas ofreciendo un escollo a la corriente. De la muchedumbre escapó un aplauso terrible e interminable.

—¡Qué bello es todo esto...! Me gustaría más tener un lápiz que un rifle — exclamó Uccello a media voz.

Longo variaba de postura a cada momento. Tan pronto se apoyaba en una pierna, como en la otra. Los minutos parecían escapar de la habitación, dejándola fría, pequeña, desolada. La proa de una barcaza comenzó a asomar por el extremo de la cortina de seda, tras la que se ocultaba Uccello. Con la cautela de un monstruo marino perezoso, la embarcación se dejó ver por entero sobre las aguas negruzcas. Uccello no perdía de vista a los gondoleros cuando alzaban los remos y se deleitaba observando el brillo de los rayos del sol en sus pantalones de seda y a los tres hombres que iban en la popa: dos, sentados, arrogantes, figuras truncadas que movían la cabeza en saludos rituales, y el otro, de pie, erecto en toda su elevada estatura, con un brazo extendido hacia el cielo, luciendo su hermosa cabeza leonada y una cabellera que recordaba el mármol pulido. Al fondo, los negros cascos de las góndolas. Y el eco de muchísimas voces del gentío que gritaba alborozado:

—¡Nervi! ¡Nervi! ¡Viva Nervi! ¡Viva...!

Como un largo suspiro contenido, del negro corazón de las góndolas salió un ¡Vivaaaaa...!, largo, interminable.

—¡Que muera Nervi! —dijo Uccello, entre dientes y cerrando los ojos para evitar el resplandor—. ¡Que muera! ¡Que siga conservando los galones y que se guarde todos sus apetitos ambiciosos!

Uccello disparó. La erguida figura de la góndola giró repentinamente sobre sí misma, cual si alguna persona de entre la multitud le hubiese llamado la atención en forma inesperada. Se llevó una mano al pecho. El eco del disparo resonaba furioso por entre el canal. Nervi se desplomó, y un gran clamoreo de dolor brotó de todas las góndolas y embarcaciones. El ruido calló instantáneamente y parecía que todo el silencio de la Tierra se hubiese concentrado en aquel lugar.

Longo se volvió, saltó nuevamente por sobre el cuerpo inanimado de Mercer y fué hasta la puerta, poniendo una mano sobre la llave. Oyó el ruido que hacía Uccello moviéndose a sus espaldas, y en seguida, el que produjo el rifle al caer al suelo.

—*Addio...*!^[44]

El saludo se oyó como un susurro y lo contestó levantando una mano. Su atención se hallaba fija en la ventana por donde entrara aquel rugido de dolor lanzado por la

muchedumbre. Dió vuelta a la llave.

El rifle se hallaba sobre la alfombra, cercano a Mercer. Le colocó una de sus manos en actitud de tratar de agarrarlo, y la otra tendida hacia la poltrona.

A continuación, Longo, se llevó la mano al bolsillo para sacar su revólver. Al hacerlo, movió, con un pie, el brazo de Mercer, apartándolo del rifle, y alteró la forma en que estaba el cuerpo. Levantó el brazo armado apuntando a la cabeza inmóvil y, con la mano izquierda, se santiguó pensando que esto lo absolvía del crimen que iba a cometer. Sabía que, tres segundos más tarde, aquel rostro inexpresivo ahora sería un amasijo de carne despedazada y masa encefálica. Dejó caer su brazo izquierdo al costado. Volvieron a oírse los gritos de una multitud furiosamente enardecida, y se acercó más al cuerpo de Mercer.

—¿*Signore*?

Era una vocecilla infantil que lo llamaba. Longo dió media vuelta. Era Ninetta que había abierto la puerta y estaba allí, mirándolo. Con la mano derecha, apretaba contra ella al inquieto perrillo.

—¡Ninetta..., vete de aquí! —Su voz era áspera, con un acento que denotaba pánico, e hizo un movimiento en dirección a la niña.

—Quiero verlo mejor, *signore*. Desde allí... —y echó a andar sin dejar de sonreírle.

Velozmente, Longo se interpuso entre ella y Mercer y le colocó una mano en el hombro para tratar de convencerla.

—Tienes que irte, Ninetta.

Hablaba con urgente desesperación, pero hacía esfuerzos para mantener una voz amable que ocultase sus salvajes designios. Mientras ella estuviese en la habitación, no podría hacer nada. Las cosas empezaban a complicarse. Se vería obligado a decir que Mercer había recobrado el conocimiento al irse la niña, que se lanzó sobre él para agredirlo y que tuvo que dispararle.

—Es que yo quiero ver el... —Ninetta se le escapó y las palabras se le quebraron en la garganta al ver el cuerpo de Mercer caído en el suelo. Se volvió y miró a Longo con ojos muy abiertos, solemnes—: ¡Es el *signore* Mercer! ¿Está herido?

El pánico principiaba a adueñarse de Longo como una fiebre y hacía grandes esfuerzos para sobreponerse.

—Sí..., sí, es el *signore* Mercer; pero pronto estará ya bien. Ahora vete. —La tomó por el brazo y la empujaba con rudeza hacia la puerta. Cada segundo tenía un valor extraordinario. Cinco minutos nada más; eso era todo lo que Boria le había concedido para hacer lo que debía.

—¿Pero por qué...?

—¡Vete!

Le dió un fuerte empujón. Sentía deseos de pegarle, o más bien de estrangularla. Sus nervios estaban tensos y, contraídos, a punto de estallar. Todo él ardía de impaciencia y luchaba contra la idea del desastre que parecía inevitable.

—¿Está desmayado? —Le temblaba la voz con inocente preocupación por Mercer.

—Sí. —Longo había conseguido ya que saliera y se disponía a cerrar la puerta.

—¿Qué ha sucedido, *signore*?

Minelli se encontraba frente a él, respirando con dificultad por haber subido la escalera corriendo.

—Estaba buscándola cuando oí un disparo... —comenzó a explicar, pero la voz se le quebró al ver el revólver en la mano de Longo. En ese instante, con una rapidez que asombró al marino, Minelli colocó a la niña detrás de sí, para protegerla, y trató de apoderarse del arma.

Ya no había hacer nada. Todo se le escapaba de las manos. Sin esforzar la voz, débilmente, dijo:

—No sea tonto, Minelli. Es el inglés. Yo también oí el disparo. Ahí está.

—¿Lo hizo él? —preguntó adelantando un paso y mirando el cuerpo que seguía inconsciente.

—Trataba de escaparse cuando llegué y tuve que golpearlo para que no disparase sobre mí...

—¡Dios mío! —se acercó a la ventana y miró hacia abajo, moviendo la cabeza, entristecido—. Si esa gente le pone las manos encima, es capaz de despedazarlo.

Por las escaleras se oían voces y ruido de gente que subía. Ninetta se apartó de la puerta al ver aparecer al Conde seguido de algunos invitados. Se detuvo un instante para observar la escena. Longo no cesaba de mirarlo ansiosamente. Se volvió a éste, levantó un brazo para impedir que entrasen los que venían tras de él y preguntó:

—¿Está muerto?

—No, desmayado solamente. Le di un golpe cuando vi que trataba de huir.

—¿Quién es? —volvió a preguntar. Su rostro hizo una rara contracción.

—El *signore* Mercer. El inglés...

—Lleve a todos abajo —indicó el Conde a Minelli— y espérense allí hasta que llegue la policía. Usted, Longo, quédese conmigo —se volvió cuando Minelli atravesaba la habitación, y levantando una mano, dijo a la gente que esperaba afuera:

—... lo mejor es que hagan lo que yo les diga. Minelli los atenderá en todo lo que necesiten...

Cuando todos hubieron desaparecido, se acercó a Mercer, que comenzaba a moverse, y estuvo observándolo un momento.

—Cierre la puerta.

Longo hizo lo que le mandaban tan imperiosamente.

—¿Por qué no le mató?

—¡Esa maldita chiquilla! No podía arriesgarme a que me encontrasen con él en una habitación cerrada con llave.

—Debió haber corrido el riesgo —quizá pensaba decir algo más pero la futilidad de la protesta lo hizo callarse. El pasado era un peso muerto con el que tenían que

cargar ahora las cosas no serían tan sencillas como pareció. La espada que pudo haber cortado el nudo gordiano, se les había escapado de entre las manos. No quedaba otro remedio sino hacer frente al problema, al desafío que venía a disipar su cansancio.

—Podemos matarlo ahora. —Longo señalaba el revólver que le había quitado Minelli y que tenía el Conde en su mano derecha.

Boria se encogió de hombros y caminó en dirección a la mesa.

—Después de todo, ya lo han visto ahí sin poder defenderse. ¿Íbamos a hacerlo ahora que somos dos, uno armado y el otro en condiciones de quitarle el rifle? No, Longo..., la policía resolverá lo que usted no fué capaz de hacer. Ellos tardarán más, habrá un proceso, pero el resultado final será el mismo. Fué cogido con las manos en la masa y negaremos todo lo que diga sobre nosotros. La policía nos creerá mejor a nosotros que a él... —Tomó el teléfono y pidió un número. Tapó cuidadosamente el auricular y dijo con voz baja:

—Tenemos algún tiempo antes de que vengan y quiero que me oiga bien...

Longo asintió, dejándose caer en una silla y encendiendo un cigarrillo. El Conde no demostraba hallarse enojado, pero él sabía que lo estaba y mucho; tampoco ignoraba que durante largo tiempo todos se burlarían de él. No obstante, sentía cierto alivio viendo que Mercer se movía dificultosamente. Que viniera pronto la policía y se lo llevase... No le sería difícil ampararse en algunas mentiras bien urdidas. Otras cosas más difíciles había hecho. Pensó que si no se le hubiera ocurrido detenerse un instante para santiguarse antes de disparar, Mercer estaría muerto ahora.

Pidió algo de beber y alguien —creyó que fué Minelli— le había servido coñac mezclado con agua. Acostado, con los ojos cerrados y la cabeza descansando sobre el respaldo acojinado de la poltrona, podía oír todo el ir y venir de aquellas gentes por la habitación, se daba cuenta del temblor de su mano al sostener la copa junto al brazo del amplio sillón. Tomó un trago más y, despacio, fué abriendo los ojos.

Comenzó a darse cuenta de las cosas. Sonó el teléfono que había encima del escritorio, y Mercer vió a Spadoni levantar el auricular y contestar. Spadoni estaba muy elegante, pensó Mercer. Vestía un traje blanco muy limpio y al destacar sobre la camisa, su corbata parecía una lengua azul muy ancha. Llevaba muy bien peinado el cabello con fijador. Spadoni hablaba sin dejar de pasarse la mano suavemente por él, en un ademán que tenía algo de femenino, y a Mercer se le ocurrió que, de seguir así, pronto perdería el brillo y quedaría despeinado.

Con dificultad, pudo Mercer volver la cabeza. El Conde Boria se encontraba de pie junto a la chimenea y se entretenía en frotar la piedra de su anillo en la mano izquierda. Parecía abstraído. No lejos de él, veía a Longo, medio sentado y medio de pie, en un arcón dorado. Balanceaba una pierna, y de vez en cuando, al golpear contra el arcón, éste producía un sonido seco, hueco. Mercer, vió que el Conde se volvía para hacer una seña y el ruido cesó.

Mercer alcanzó la copa y echó el último trago. Sintió el calor y la fuerza del coñac correr por su cuerpo, como si la energía se desbordase milagrosamente. Minelli se acercó desde la ventana y recogió la copa, poniéndola sobre el escritorio. A continuación, se colocó cerca de la puerta donde había un hombre sentado.

Spadoni colocó el auricular en su sitio y se recostó en su asiento. Tenía los dedos extendidos en el borde del escritorio, como si fuese el teclado de un piano. De pronto, se levantó y dió un rodeo en torno a la mesa. Mercer observó que todas las cabezas seguían sus movimientos.

—La bala atravesó los dos pulmones. Green que es cosa de algunas horas. — Spadoni hablaba con calma, pero la amargura de su voz retemblaba en toda la habitación como el zumbido de una avispa en un ático silencioso. Se dirigió hasta la Ventana y estuvo mirando la gran aglomeración de embarcaciones que, desde el palacio, se extendían hasta el otro lado del Canal. La hostilidad del gentío había cesado, no se escuchaba ningún grito, solamente murmullos y una tranquilidad inquietante. La muchedumbre esperaba—. Cuando muera, la tapa de esta olla saltará volando —terminó diciendo el policía.

—¿Cuando muera quién? —Mercer oyó su propia voz, que le pareció insegura y rara.

Spadoni se le quedó mirando, pero no contestó. Su cara angulosa reflejaba todo, el disgusto y desprecio que sentía. Regresó hasta el escritorio y se sentó.

—Deben llevarse a este hombre ahora mismo —dijo de pronto el Conde—. Hay muchísima gente abajo y quizá traten de asaltar el palacio.

—Si intentase sacarlo ahora —replicó Spadoni, negando con la cabeza—, lo despedazarían. He pedido refuerzos y cuando nuestras canoas hayan despejado el canal, nos lo llevaremos.

Mercer se levantó y pudo darse cuenta de que su movimiento les causó cierta inquietud y sus rostros daban claras muestras de odio.

—Si están hablando de mí, me gustaría saber qué es lo que suponen que yo haya hecho.

—¡Siéntese!

—Quiero saber de qué se trata —inquirió Mercer sin atender la orden de Spadoni y sacudido por un espasmo de angustia—. ¿Quién ha muerto?

—¡Como sí no supiera usted quien ha muerto!... —masculló Longo, al tiempo que avanzaba algunos pasos—. ¡Cochino, inmundo!

—¡Longo! —El Conde lo alcanzó por el hombro y el marino retrocedió, pero se quedó mirando a Mercer.

—A usted podrá no importarle la muerte de Nervi, pero, por favor, no siga demostrando ignorancia.

—Nervi... De manera que se trata de él...

Observó todos los semblantes y éstos lo contemplaban cual si se tratase de algún animal peligroso. Mercer sintió la desagradable impresión de hallarse atrapado, sin derecho a nada. Volvió a sentarse, y lentamente le pareció que comenzaba a entender algo de todo aquello.

—Mientras aguardamos —decía ahora Spadoni, dirigiéndose a Luigi, su ayudante — quiero saber todos los detalles.

Luigi, próximo a la puerta, chupaba la punta de un lápiz. Movié la cabeza en señal de asentimiento y colocó su libro de notas sobre la rodilla.

—*Signore* Longo, ¿fué usted el primero en llegar? —Spadoni se le quedó mirando y el aludido se puso de pie.

—Sí.

—¿Nombre completo?

—Marcello Longo. Teniente de navío, destinado en la corbeta “Medea”.

—Está anclada en la Dogana. ¿Cómo es que se encontraba usted en este palacio?

—Cuando estamos en Venecia, le suelo alquilar una habitación a Minelli, abajo en el sótano. La mayoría de los oficiales hacemos lo mismo, es...

—Está bien. ¿Qué sucedió?

—El Conde Boria me invitó a ver pasar el desfile. No conocía a ninguno de los demás invitados y me sentía un poco molesto abajo. Pensé también que lo vería mejor desde el primer piso y me vine aquí. Estaba sentado junto a una de las ventanas presenciando el espectáculo. Cuando la embarcación donde iba Nervi se hallaba frente al palacio, oí un disparo y lo vi desplomarse. El disparo salió de esta habitación y vine para acá corriendo. Este hombre —con la cabeza señaló a Mercer— se apartaba en ese momento de la ventana llevando un rifle en las manos. Al verme, levantó el arma. No tuve tiempo de poder sacar mi revólver. Le di varios golpes y cayó desmayado. Creo que al caer se golpeó contra el sillón. De todos modos, se desvaneció, pero saqué mi revólver por precaución.

Mercer lo escuchaba y sentía que cada palabra era como un trozo de hielo. Su mente se hallaba ya totalmente despejada y comprendía todo el complot en que lo habían metido. Esa era la forma en que pensaban deshacerse de él. Su impotencia lo puso furioso.

—¡Ese hombre miente!

Spadoni murmuró algo, se pasó los dedos por el cabello y se quedó mirando a Mercer.

—Ya llegará su turno. ¡Mientras tanto, cállese!

Por el desprecio con que pronunció estas palabras, Mercer comprendió que no encontraría ninguna ayuda de nadie de los que estaban en la habitación. Tendría que ayudarse él solo.

—Cuando acababa de hacer eso —prosiguió explicando Longo—, la niña Ninetta, entró en la habitación con su perrito. La empujé hacia la puerta y cuando estábamos en eso, llegó Minelli y me quitó el revólver. Unos pocos segundos después, llegaba el Conde Boria, acompañado por algunos de sus invitados. El Conde los obligó a marcharse acompañados por Minelli, e inmediatamente llamó a la policía.

—Gracias. —Spadoni se entretenía en arrollar la punta de su corbata. Se inclinó más sobre el escritorio y llamó—: ¡Minelli!

El hombre se movió inquieto. Miraba a la pared más alejada para evitarse la contemplación de los demás rostros. Su embarazosa situación, era verdadera, sin fingimiento de ninguna clase.

—Pietro Minelli. Estoy encargado de vigilar y cuidar el edificio. Mi vivienda se halla en los sótanos. Todo lo que él ha dicho es verdad.

—Dígalo a su manera, pero comience por el principio —arguyó Spadoni amablemente.

—Llevo doce años trabajando aquí. Ninetta es sobrina mía. Una niña muy buena, pero con muchas fantasías. Al Conde Boria no le gusta que venga a los pisos altos, y a veces, tengo mis dificultades por eso... La niña no podía ver bien desde donde yo la había dejado, en la terraza. Vine corriendo aquí y la encontré de pie, en la puerta, con el Teniente Longo. Él llevaba un revólver en la mano, y por un momento, por favor,

Teniente, perdóneme, pensé que trataba de hacerle algo malo y le arrebaté el arma. Entonces, él me trajo aquí y vi al *signore* Mercer tendido en el suelo, cerca de la silla. Me resultaba muy penoso creerlo..., pero esa es la verdad.

Mercer no perdía palabra de cuanto se decía. No dudaba de cuanto dijera Minelli. Sabía que, efectivamente, tuvo que haber estado tumbado en el suelo. Tampoco dudó del Conde cuando explicó que había escuchado el disparo y en seguida subió junto con algunos invitados para averiguar lo sucedido. Pero, tenía la seguridad de que el Conde sabía perfectamente lo que iba a encontrarse cuando llegase, y él sabía —lo sabía muy bien— que el que hizo el disparo se encontraba muy lejos ahora, y a salvo, además. Y que ese hombre no era sino Uccello.

Pasara lo que pasara, no podía perder la cabeza. No ganaría nada poniéndose furioso ni perdiendo la serenidad. Por lo que se refería a Spadoni, sabía que la vieja rivalidad entre los hombres como él y la policía adquiría toda su mayor fuerza ahora, máxime habiéndolo sorprendido *in flagranti*. Que no esperase apoyo de ninguna clase, por muchas protestas de inocencia que hiciese. Spadoni se atendería a los hechos, a la realidad, y si quería probar que era inocente, la demostración habría de ser categórica, terminante, sin la menor huella de dudas... Tenía que haber algún modo de probarlo, porque él era ajeno por completo, pero se precisaba buscarlo.

—¿Alguno de ustedes ha visto anteriormente a este hombre?

Spadoni miró a su alrededor y Mercer observó que movían la cabeza afirmativamente. Él era “este hombre”, segregado de todos, despojado de personalidad, siendo solamente “éste”, uno que estaba allí sentado entre ellos.

—Ha visitado la galería una o dos veces —dijo el Conde— como lo hacen otras muchas personas, pero no hace aún mucho tiempo, Longo, Minelli y yo, lo encontramos aquí a una hora bastante avanzada de la noche y en circunstancias bastante sospechosas. En aquella ocasión, acepté como buena su historia de que se había quedado dormido. Ahora...

—Eso es muy interesante —expuso Spadoni al tiempo que metía la mano en un bolsillo para sacar su paquete de cigarrillos. Deliberadamente, le arrojó un cigarrillo a Mercer—: Ahora, ya puede hablar.

El cigarrillo cayó a los pies del inglés y por un instante pensó dejarlo allí. La forma de tirárselo había sido insultante, y el gesto carecía de sentido humano, pero su deseo de fumar era demasiado grande. Lo recogió y lo encendió.

—Yo no he matado a Nervi. ¿Por qué iba a hacerlo? Ese hombre no significaba para mí nada más que un nombre.

—Quizá esto lo explique mejor. —Spadoni se había encogido de hombros y tomó un sobre que había sobre la mesa. Lo abrió y se desparramaron bastantes billetes nuevos de mil liras—. ¡Cien mil, *signore*! Y tal vez más, esperándolo.

Yo mismo saqué el sobre de su bolsillo. Me parece que con esto queda contestada su pregunta de “¿Por qué iba a hacerlo?”. Su tarifa ha bajado bastante desde mil novecientos treinta y ocho.

Mercer se levantó enfurecido y vió el movimiento de todos los que estaban en la habitación: el medio paso, un hombro que se vuelve repentinamente, músculos en tensión; pero, Spadoni movió la cabeza tranquilamente y dijo:

—Déjenlo que camine si así lo desea. No creo que el *signore* Mercer se vaya a volver loco. —Y con su gruesa mano acariciaba el revólver de Longo que estaba sobre el escritorio—. Continúe su historia, *signore*. Comience por donde quiera pero no se sorprenda si lo interrumpo de cuando en cuando.

Mercer se sentó sobre el brazo del sillón tratando de dominarse. Nada iba a conseguir con enfadarse. Necesitaba hablar en forma convincente.

—A Nervi le disparó Longo, o un hombre llamado Gian Uccello. No, puedo decir cuál de los dos habrá sido, porque en ese momento yo estaba tirado en el suelo inconsciente.

—Los informes sobre mi puntería —rió Longo secamente— pueden probar que yo no soy capaz de hacer blanco en una barca a esa distancia, y mucho menos en un hombre de pie en ella. Padezco un defecto visual en el ojo derecho... Por cierto que eso es debido a una enfermedad contraída en el cumplimiento de mis deberes militares.

Spadoni asintió y dijo:

—No es necesario que se moleste en seguir explicándolo. —Se volvió a Mercer—: Respecto a Uccello, me interesaría saber cómo un hombre que, según la propia evidencia de usted, se halla enterrado en Mirave, vino hoy a esta habitación.

—No está muerto; en eso radica la dificultad. Yo vine a Venecia para buscar a Uccello. Un hombre que trabajaba en este palacio me ofreció algunos informes, pero lo asesinaron antes de que pudiera hablar conmigo.

—¿Se refiere a Grandini?

—Su verdadero nombre era Boldesca. Era portero aquí.

—Usted me indicó otro nombre y no me dijo que trabajase aquí —replicó Spadoni frunciendo el ceño.

—En aquella ocasión tenía yo tantos deseos de ayudarlo como usted los tiene ahora de ayudarme a mí.

—Quizá pueda resolver toda esa confusión de nombres si les digo que hace dos días recibí una carta de Boldesca, escrita en Milán —atajó el Conde hablando desde la chimenea, donde se hallaba.

—Prosiga, *signore* Mercer —indicó Spadoni—. Usted vino en busca de Uccello, y finalmente lo encontró enterrado en Mirave.

—Así me lo dijo su esposa, la Signorina Medova, que trabaja también aquí en la galería. Trataban de hacerme creer que había sido sepultado en Mirave. Pero se halla todavía vivo. Trabajaba como ayudante de un tallista en ese pueblo y puso su documentación en un cadáver desconocido, después de un bombardeo aéreo. Se hacía llamar Paolo Cerva y los alemanes se lo llevaron prisionero cuando hicieron la evacuación de Mirave. Por eso no volvieron a verlo por allí. Pero la noche que me

encontraron aquí, lo oí hablar. Yo había venido para examinar despacio el dibujo de un tapiz hecho por las obreras del Conde. Ese dibujo es idéntico a uno hecho por Uccello. Cada vez crecía más y más mi interés por ese hombre y comencé a meter las narices en muchas cosas, y entonces, alguien, el Conde Boria, se sintió preocupado por tanta insistencia mía... —Mercer se expresaba rápidamente, como si hablando de tal suerte consiguiera convencer a Spadoni—. Primero, trataron de comprarme; después, me dieron una paliza para que me fuera de Venecia, y finalmente, cuando ya estaba a punto de averiguarlo todo, quieren achacarme este crimen. Estando en la fábrica de vidrio *Orfeo*, oí al Conde, a Longo y a un Coronel del Ejército discutir todos los detalles para asesinar a Nervi. Quieren sembrar el descontento en Italia, para que los altos jefes militares y navales se apoderen del gobierno del país. Traté de huir, pero me golpearon dejándome inconsciente y me han tenido encerrado en algún lugar de este edificio hasta el día de hoy. Hace una hora, Longo vino adonde me tenían escondido y volvió a golpearme. Cuando recobré el conocimiento me encontré en esta habitación y todos ustedes a mi alrededor mirándome como si fuera un apestado. —Al terminar de hablar, se arrellanó en su asiento y respiró con fuerza. Por un instante, la habitación quedó en el más absoluto silencio.

—¿Sugiere usted, *signore*, que el Conde Boria y los demás iban a usar a Uccello para este asesinato y que, cuando su interés estrictamente profesional por ese hombre lo obligó a estar demasiado cerca, tratan de inculparle de un crimen que en realidad es él quien lo ha cometido?

—Efectivamente, eso es evidente.

—No sé si será evidente —arguyó Spadoni levantándose—, pero me parece verdaderamente ingenioso. Quiero felicitarlo por esa agilidad mental que posee usted.

—¡Vaya al diablo, yo no miento! —Se había puesto nuevamente de pie, y su ira emanaba de la desesperación que lo invadió al oír las últimas palabras de Spadoni.

—Tome asiento, *signore* Mercer, y cálmese. Le aseguro que así podrá impresionarme más.

Fué a la ventana y miró lo que estaba ocurriendo afuera. Las canoas rojas de la policía se estaban abriendo paso entre la multitud de góndolas, forzándolas a retirarse. Trabajaban en semicírculo frente al palacio. Pensó que no era cuestión de culpabilidad o inocencia de aquel hombre. La verdadera dificultad se hallaba ahí fuera e iría extendiéndose, a no ser que se hiciese algo; lo preciso, acción restringida y sentido común, lo cual era más que difícil de inculcar en hombres y mujeres tan terriblemente apasionados...

—Conde Boria, creo que usted podría hacer algún comentario sobre uno o dos de los puntos que acabamos de tratar —terminó diciendo Spadoni.

—Gracias. Tal vez pueda hablar tanto por los demás como por mí. —Su voz era firme; el cansancio había desaparecido ante la necesidad de afrontar una amenaza. Mercer no le preocupaba. La interrogante estaba en el futuro, un descuido al hablar, una frase impremeditada. Contra eso, deseaba prevenirse. Mercer, personalmente, lo

había decepcionado; el hombre era casi patético y presentaba su caso de manera inadecuada. Consideraba que, en posición semejante, él lo habría hecho bastante mejor, y dijo en voz alta:

—Gian Uccello es un nombre muy conocido para mí. Nació en una finca de mi propiedad, cerca de Potenza. Siendo aún muy joven, se casó con la *Signorina Medova*, una mujer por cuyo talento tengo el mayor respeto. Más tarde, cuando él se dedicó a la vida delictuosa, ella no quiso volver a saber de él. La traje a Venecia poco antes de la guerra para trabajar conmigo, y volvió a usar su nombre de soltera. Por mediación del ayudante de un cantero de esta ciudad, supo la muerte de Uccello en Mirave. He olvidado su nombre, pero indudablemente ha de ser Paolo Cerva. Vino a verla una vez y, como sabía que trabajaba conmigo, trajo unos dibujos hechos por él. Le compré uno, que por cierto es magnífico, y si no se lo hubieran llevado prisionero los alemanes, tal vez lo tuviera empleado aquí... El resto de la historia de este hombre es absurdo. Ni he tratado de comprarlo, ni tampoco de golpearlo. La fábrica *Orfeo* es mía, pero no he estado allá desde hace dos semanas. Puede usted interrogar a mis empleados. A Longo, lo conozco únicamente como huésped de Minelli y hablo con él ocasionalmente. Con sinceridad, no obstante mis respetos por Nervi, más como poeta que como político, hubiese sido un estúpido rematado, si se me hubiera antojado matarlo, para preparar las cosas de tal manera que todo se hiciera en mi propia casa.

—Usted sabe que el hecho de disparar sobre Nervi desde este palacio no le afecta en lo más mínimo —terció Mercer—. Este es, prácticamente, un edificio público; cualquiera podría entrar y hacerlo.

—Por supuesto que sí. Usted es una buena prueba de ello.

Colérico, Mercer se volvió a Spadoni y exclamó con arrebato:

—¿No se da usted cuenta de la verdad que tiene ante los ojos? Me están calumniando. Fué Uccello quien disparó sobre Nervi.

—Uccello está muerto, *signore*... —insistió el policía, mesándose los cabellos.

—No, no lo está. Llamen a la *Signorina Medova* y pregúntenselo. Ella misma me dijo que estaba vivo y en Venecia y que el Conde Boria lo estaba ayudando para que pudiese abandonar el país.

Spadoni permaneció algún tiempo en silencio, sin dejar de observar a Mercer. En cuanto al Conde Boria, alzó las manos en un ademán de aburrimiento desesperado.

—Este hombre posee una imaginación fantástica —dijo—. Por supuesto que todo eso no es cierto, pero, a pesar de ello, sería mejor hacer venir a la *Signorina Medova* para que usted la interrogue.

—Por el momento, no pienso mandar a buscar a nadie —refunfuñó el polizante.

Mercer permaneció inmóvil. Su desesperación iba en aumento. Si hubiesen enviado a buscar a Adriana o si Spadoni la interrogaba más tarde, ella tampoco lo ayudaría. Uccello y el Conde sabrían asegurarse su complicidad. Ella amaba a Uccello y sólo diría lo que a él le conviniese decir. No había esperanza. Podría

argumentar y protestar cuanto le viniese en gana, pero para cuanto él dijese, tendrían una respuesta preparada. Si lo procesaban, los procedimientos serían de una lentitud terrible, y como el Conde tenía amigos en el poder que lo respaldaban, tampoco cabía esperar la solución por ese lado. Sobornarían a los testigos, o los harían desaparecer; mentiras bien respaldadas legalmente, serían enfrentadas a sus afirmaciones, y si por casualidad comenzase a abrirse paso la verdad, la razón, podían llegar hasta a asesinarlo. ¡Cuántos hombres mueren en la cárcel! ¡Cuántos se suicidan!... Contemplaba la cara del Conde. Por el gesto y la posición de los labios, Mercer sabía que no estaba preocupado en lo más mínimo. Lo tenían en sus manos, imposibilitado para moverse.

—Bueno —dijo Spadoni—, deseo hablar a solas con el *signore* Mercer. Luigi, quédese usted conmigo.

Y llegó a la puerta para sostenerla y facilitar así la salida de cuantos se hallaban en la habitación. Mercer alcanzó a divisar dos *carabinieri* armados, guardando la salida. El policía cerró la puerta y regresó a su sitio. Levantó el revólver del escritorio, se lo metió en un bolsillo pero no llegó a sacar la mano que, seguramente, sujetaba el arma. Estuvo caminando algún tiempo a lo largo de la alfombra, frente a la chimenea, abstraído en sus pensamientos y sin dejar de morderse la uña del pulgar izquierdo. Luego, sin mirar siquiera a Mercer, con la vista fija en un dibujo de la alfombra, comenzó a decir.

—Es ingenioso, pero incapaz de soportar prueba alguna. Cuando se presente ante los jueces, todo eso se le vendrá abajo.

—¿No quiere creerme?

—¡Por el amor de Dios, deje ya sus estupideces! —Por vez primera, en todo el interrogatorio, Spadoni dejaba ver la cólera que lo poseía—. Delante de los demás admito que finja, pero no quiera engañarme también a mí. Por supuesto que no lo creo. Ni siquiera pienso en usted. ¡Lo que me preocupa es eso! —y agitaba la mano con fuerza señalando a la ventana—. ¡Todo un infierno a punto de desbordarse si no obramos con acierto y pronto! Y usted lo sabe perfectamente.

—Claro que lo sé, pero no soy el responsable.

—*Signore* Mercer —Spadoni se dejó caer en un sillón y le lanzó una mirada de desesperación—, no soy ningún niño que crea historias o cuentos de hadas. Usted ha sido sorprendido en esta habitación, con guantes puestos y un rifle recién disparado en la mano. Usted es un agente profesional. Anteriormente, y en este mismo país, anduvo complicado en otro asesinato. Toda su vida ha estado mezclado en asuntos turbios. Se encuentra en malas circunstancias. Los tiempos son difíciles. Usted vino a Venecia, lo admito, para llevar a cabo un asunto lícito. Llega al fin de su trabajo, se acabaron los ingresos y sólo le quedan algunas pocas liras mientras encuentra un nuevo empleo. ¿Por qué no regresó a París? Porque encontró aquí mismo un nuevo trabajo. Usted ha estado en combinación con Guffo y con Moretto. Hace dos días que salió de Venecia y hoy se encuentra nuevamente de regreso aquí mismo, pero

entretanto se ha sepultado en alguna parte. *Corpo di Bacco!* ¿Por quién me está usted tomando?

—Ya comprendo que todo esto se halla tan tenebroso como el propio infierno. Pero yo no lo hice. Fué Uccello. Afirmo que está vivo.

—No me importa que esté vivo o muerto —replicó el policía moviendo la cabeza — y tampoco que usted viva o muera. Eso es lo que me preocupa —y apuntaba nervioso hacia la ventana. En seguida, dejó caer la mano sobre el escritorio y continuó expresándose con voz calmada, untuosa—. Pero a usted sí le importa vivir o morir, y una sentencia de cadena perpetua en cualquiera de nuestras islas, significa la muerte. Escuche, dígame la verdad; deme algún indicio sobre la gente que hay detrás de todo este asunto, de las personas que tratan de crear tales dificultades... Dígame algo para que yo pueda vigilar y sepa donde apretar o aflojar la mano. Hagamos un trato. Cuando Nervi muera, el Gobierno dispondrá de un par de días para actuar, y solamente podrá resolver las cosas, la situación, sabiendo donde está el peligro. Usted nos lo puede decir, o ayudarnos, y le prometo hacer todo lo que pueda en beneficio suyo.

—Ya se lo he dicho —contestó Mercer acercándosele—. El Conde Boria y Longo lo saben todo. Uccello es el hombre que ustedes deben buscar.

—Ya lo comprendo —exclamó Spadoni recostándose en el asiento—. Quiere usted cargar con toda la responsabilidad. Comenzarán los disturbios, sus amigos se harán dueños del Gobierno y todo quedará arreglado para que usted salga con otro rollo de billetes y unirlo a éste. Pero usted no podrá conseguir lo que se propone, ¿sabe? Ocurra lo que ocurra, esa gente seguirá exigiendo la cabeza de usted, y sus amigos, esos de los billetes de mil liras, le entregarán a la muchedumbre un cadáver bien envuelto para que no pueda hablar. ¡Animal estúpido, suceda lo que sucediere, quien saldrá perdiendo es usted!

Mercer le dió la espalda y se puso a caminar lentamente por todo el recinto. Los dos policías lo observaban, y hubo un momento en que Spadoni sintió la esperanza de que hablaría y diría lo que sabía.

Sin volver la cabeza, con la mirada fija en los tableros dorados que adornaban la habitación, Mercer expuso lentamente:

—Ya le he ayudado, ya se lo he dicho. El Conde Boria lo sabe todo. Hágalo hablar o detengan a Uccello.

—¡Uccello! —Spadoni suspiró con desesperación—. Ese hombre está muerto y usted lo sabe. Oiga, Mercer, le estoy brindando una oportunidad. Dígame la verdad y yo haré todo lo que pueda por usted. En esta habitación podemos hablar con franqueza, aquí no existe el problema de lealtad y buena intención de usted para la persona con quien está trabajando. Lo único en que necesita pensar es en su seguridad personal y en dinero. Sea sensato y saque el mejor partido a una situación tan mala como es la suya en este momento...

En el silencio que se produjo mientras Spadoni aguardaba su contestación,

Mercer experimentó la angustia de un temor creciente. Se encontraba solo, como lo estuvo siempre, y entre él y la amenaza que pendía sobre su cabeza no podía contar sino con su propia astucia. Dióse media vuelta y recostóse en los tableros de madera que formaban el friso de la pared. Con las manos a la espalda, buscaba angustiosamente las rosetas de madera.

—Tiene razón, Spadoni —expuso calmoso mientras todo su cuerpo se agitaba por la tensión nerviosa—. Dinero y mi seguridad personal, eso es lo que preciso. Si pudiese hacer algún arreglo con usted... ¿No es esa la prueba de que le estoy diciendo la verdad?

—No. —Spadoni se levantó y sopesaba el revólver sin dejar de mirar a Mercer—. Eso significa que el convenio que usted hizo con los otros le parece mejor. Ya no estoy dispuesto a perder más tiempo. A medianoche lo tendré a usted hablando, en una pesadilla que no acabará hasta que me lo haya dicho todo, todo.

En ese instante, Mercer sintió que la roseta cedía bajo la presión de sus dedos y, con la espalda apoyada en los tableros y la puerta secreta de la habitación, aguantaba todo el peso para evitar que pudiera moverse hasta el momento preciso.

—A quien debe hacerle todo eso es a Uccello.

—¡Está muerto!

—Pero ¿y si estuviera vivo?

—Entonces, podría creer la historia que usted me acaba de contar. Sólo así me arriesgaría. Haría hablar a Boria. Todo el país sabría la verdad y quien está detrás de la cortina en este asunto, y quienquiera que fuese, no saldría muy bien librado. —Dió un paso adelante, visiblemente encolerizado—. ¡Deme los nombres! ¡Los nombres de los complicados en Roma para saltar sobre ellos y le recompensaré en debida forma!

—Sólo Boria o tal vez Uccello pueden hacerlo.

—¡Uccello! —Spadoni repitió la palabra como un eco y dió una vuelta en redondo—. Luigi, dígales a los demás que ya pueden entrar de nuevo. Estamos perdiendo el tiempo con este asesino.

Mientras hablaba, Mercer se echó a un lado y abrió la puerta. Rápidamente, se deslizó por ella y corrió el cerrojo para asegurarla. Oyó gritar a Spadoni. La cerradura era sacudida violentamente. Tres disparos hicieron saltar algunas astillas de los tableros, interiores, pero él ya estaba corriendo. Saltaba los peldaños de tres en tres, con los brazos abiertos y las manos apoyándose en las paredes. En la última curva, doce escalones antes de acabarse la estrecha escalera, la figura de un *carabiniere* se destacaba recortándose contra la luz del vestíbulo. El hombre se le quedó mirando con marcada expresión de sorpresa e inmediatamente llevó una mano al cinturón para sacar su revólver.

Cuando Mercer vió aquel rostro lívido, la masa del uniforme color verde olivo, se arrojó con toda su fuerza contra el hombre, tratando de detener la mano que pugnaba por sacar el revólver. Había saltado los seis escalones que le faltaban para terminar la escalera y, al golpe, ambos rodaron por el suelo, pero el peso de Mercer le impedía

hacer movimiento alguno. De pronto, la cabeza del *carabiniere* se golpeó contra el pavimento, y quedó inmóvil. Levantóse Mercer y corrió a través del vestíbulo, saliendo al estrecho jardincillo. Su presencia asustó a las palomas que estaban posadas en el muro. Como ya conocía la puertecilla que conducía al muelle, escapó por ahí. Con las manos, se sacudió un poco el traje y se lo arregló convenientemente.

En el muelle, había unas cuantas personas que observaban el palacio con gran atención. Mercer sintió que ahora todas las miradas se concentraban en su persona y alguien lo sujetó por un brazo. Era otro *carabiniere* apostado en la puerta para contener a quien quisiera entrar al palacio.

—¿Qué está sucediendo allá dentro, *signore*?

Mercer sonrió y moviendo la cabeza, repuso:

—No me lo pregunte a mí. Yo soy un periodista y no he conseguido averiguar nada.

—¿Por qué no sacan ya a ese cerdo? —gritaba enardecida una mujeruca de entre la multitud.

Mercer se abrió paso como le fué posible, y lo dejaron pasar porque la atención de todos se hallaba concentrada en el palacio. Anduvo a lo largo del muelle. Mantenía un paso firme, y esperaba oír, de un momento a otro, algún grito, alguna señal para que se detuviese. Caminaba sin prisa, con un angustioso dominio de sí mismo que lo torturaba a cada paso. Reprimía el desesperante impulso de echar a correr. Volvióse en una de las callejas laterales y un momento después se encontraba perdido entre el gentío que paseaba tranquilo en ese atardecer dominical y se dirigía al palacio para informarse de lo sucedido. Nadie lo reconoció, ni tenía interés alguno en él. En el lapso de algunas horas, las cosas cambiarían. A la luz del día no le sería posible caminar unos cuantos metros sin que le echasen mano. Se dirigió a la derecha, por detrás de la Plaza de San Marcos. Iba en busca del único refugio que conocía.

Mercer dejó la Vía Garibaldi, a la mitad de camino, entre ese lugar y la casa de Rosa, un grupo de niños jugaba formando corro y cantando: “*Gira, gira, tondo, il pane sotto il forno*”^[45]...

Había algo de luz todavía, pero en la callejuela se notaba un halo de tristeza, una luz difusa que se adhería con nostalgia a todos aquellos hórridos callejones, en que los abigarrados toldos ofrecen siempre una barrera inclinada al resplandor del sol. Cuando iba cruzando por entre el grupo de niños, sintióse invadido por la prisa y la desesperación. ¡Tanto tiempo forzado a esconder sus emociones al caminar, que la última media hora le había parecido una pesadilla en la cual levantaba su cabeza por entre una multitud, aparentando ser un hombre que no sentía temor alguno! El caminar por las calles había resultado para él un juego infantil con reglas observadas cuidadosamente, pero, ya en la casa de Rosa, la fantasía desaparecía de improviso, viniéndose abajo todo aquel sueño.

Las voces de la chiquillería lo siguieron hasta penetrar en la casa y sólo dejó de oírlas cuando cerró la puerta de golpe. Reconoció los olores rancios de siempre, el desaliño y la suciedad de la escalera oscura y el desorden de las habitaciones.

El vestíbulo se encontraba vacío. Llegó hasta la alcoba de Rosa y abrió la puerta de un empujón. La mujer, inclinada sobre un lavabo adosado a la pared, se lavaba el cabello. La parte superior del vestido, se le había resbalado hasta la cintura y los hombros aparecían salpicados de espuma de jabón, en toda su amplitud. Volvió la cara para mirarlo a través de una reja de cabellos chorreando, y el agua corrió deslizándose desde sus senos, en rápidas gotas que parecían una finísima lluvia.

—La mayoría de las personas llama a la puerta antes de entrar, jovencito —dijo ella sacudiéndose el cabello hacia atrás, con un ruido de látigo que dejó un abanico de gotas de agua negruzca en la pared.

—La mayoría de las personas tiene tiempo para hacerlo.

Tomó Rosa una toalla, se secó y se la arrolló a la cabeza a guisa de turbante. Levantó la parte caída del vestido e indicó la cama, con un ademán. Mercer comprendió y le entregó una bata de colores amarillo y azul, que estaba tirada encima del lecho.

—Dentro de cinco minutos, estará aquí la policía preguntando si me has visto.

—No pierden la costumbre de repetir siempre lo mismo, pues anoche también vinieron a preguntármelo. De todas maneras... —hizo una breve pausa— Bernardo telefoneó hace un momento. Pensó que seguramente vendrías para acá. Siempre tiene el oído pegado al suelo y se entera de todo.

—¿Y qué? —Pensó que quizá ella le fallase en esta ocasión. La vió morderse el labio y adquirir de repente una expresión rígida y acusadora, que aumentó en él la impresión de aislamiento que sentía.

—Me gustaban los poemas de Nervi y sus teorías políticas. Si tú lo mataste, te concederé cinco minutos antes de llamar por teléfono a Spadoni.

—¡Por el amor de Dios, Rosa, no creas eso!

—No creo nada, sólo quiero hacerte una pregunta. ¿Sí o no?

—No. Yo no disparé. Se me ha calumniado. Pero de todas formas ya me las arreglaré como pueda...

Y echó a andar hacia la puerta. ¡Qué triste cosa, pensaba, ser como una roca que emerge en un mar de egoísmos, con el temor de verse barrido por ellos en cualquier momento! Incluso ella lo cree también. La impresión que sentía en ese momento, era semejante a la del niño que corre hacia su madre en busca de amparo y recibe una bofetada.

Tenía ya la mano en el pomo de la puerta, cuando Rosa dijo:

—Está bien, niño querido... No es preciso recurrir a las heroicidades.

Se le acercó. Era la misma Rosa de siempre, la vieja Rosa sonriente, amable, digna de toda confianza. Levantó una mano que olía mucho a perfume y lo acarició.

—Tú no disparaste, pero te has cavado un hoyo más profundo de lo que supones. Ven conmigo.

Abrió la puerta y él la siguió.

Subieron la escalera y llegaron hasta la habitación donde se había guarecido no hacia mucho todavía. Cerró la puerta con llave y llegóse hasta el armario empotrado en la pared. Abrió su puerta, echó a un lado los vestidos, alcanzó uno de los ganchos fijos al tablero y lo hizo girar. La parte posterior del mueble, se deslizó pausadamente. Dándose cuenta de que Mercer no le quitaba la mirada de encima, sonrió maliciosa.

—Durante la guerra, la mayoría de los habitantes de Venecia vivía en las azoteas. Era una costumbre que fastidiaba mucho a los alemanes.

Saltó Mercer y ayudó a Rosa a hacer lo propio. Se hallaban exactamente debajo del tejado y por entre las viejas tejas se filtraba algo de luz. Pocos metros más adelante se ensanchaba el pasillo hasta convertirse en una alcoba, construida junto al tiro de la chimenea. Junto al tiro precisamente, había un colchón.

—No puedo ofrecerte otra cosa hasta que podamos resolver el asunto. No fumes, ni te muevas más de lo indispensable. ¿Tienes reloj?

—Sí.

—En caso de que oigas subir a alguien por la escalera antes de la medianoche, apártate del tragaluz. Lo que hagas después, dependerá del tiempo de que dispongas.

—Colocó una mano sobre el bastidor inclinado del tragaluz de madera que había en el techo—. Puedes saltar al Canal. Hay una altura de cien pies. O puedes caminar por

el tejado hasta encontrar el siguiente tragaluz, y meterte por él. Es un taller de carpintería y agencia funeraria. No habrá nadie hasta mañana a las diez.

—Debí haberte hecho caso hace mucho tiempo —exclamó él tomándola de un brazo.

—No tienes por qué venir ahora con hermosos discursos. —Puso una mano sobre su hombro y lo empujó hacia el colchón—. Haré por ti todo lo que pueda. Regresaré a medianoche con algo de comida y una botella de vino.

—Gracias, Rosa.

De regreso en su cuarto, la mujer dejó correr el agua sucia que había en el lavabo y comenzaba a arreglarse el cabello, cuando oyó ruido en la escalera. Alguien llamó y Spadoni entró solo, dejando la puerta abierta. Afuera quedaron tres *carabinieri*. Ella le sonrió con la boca llena de horquillas.

—¿Visita profesional o privada? —preguntóle.

—Tu amiguito ha estado jugando con armas de fuego, Rosa. No estoy para que me tomen el pelo. —Y volviéndose a sus hombres—: Está bien —dijo—. Registren toda la casa. Yo me encargo de este cuarto.

—¿No cree usted que debiera acompañarlos? Algunas de mis muchachas están durmiendo y sería posible que sus policías se olviden de su deber.

Spadoni cerró la puerta y avanzó al centro del cuarto. Miró bajo la cama y en el armario, únicos lugares donde podía haberse escondido el fugitivo.

—Ignoro lo que haya hecho, pero no creo que se le hubiese ocurrido venir aquí.

—Mató a Nervi —explicó Spadoni sentándose sobre la cama. Aguardó la reacción de la mujer, sabiendo que aun cuando la noticia la sorprendiera, no lo demostraría—. ¿Sabes lo que eso significa?

—Ciertamente que sí —contestó Rosa—, pero no creo que él lo haya hecho; no es de esa clase de tipos.

—Tú lo sabes bien ¿verdad?

—¿Por qué no? La psicología es cosa fácil para mí. Freud y yo nos dedicamos a negocios muy similares: el alivio de las enfermedades mentales.

—Tendrás que dejar el negocio por algunos días. Voy a dejar un hombre de guardia en el pasillo, por si se le ocurre volver aquí.

—Escoja uno que tenga paciencia.

Spadoni se mantuvo algún tiempo silencioso. La observaba, en tanto la mujer se hacía su peinado. Trataba de no pensar en ella tal como la recordaba en 1938. Se levantó y fué hasta donde se encontraba la mujer, deteniéndose a su espalda y contemplando su cara en el espejo.

—Dondequiera que se halle, es muy probable que tú lo sepas. Es posible que esté herido. Yo le hice varios disparos.

—Un hombre puede correr mucho, aunque lleve una bala dentro del cuerpo.

—Dinos donde se halla y haré que te den el dinero que él lleva consigo. ¡Cien mil liras!

Rosa le sonrió en el espejo, y con lentitud sacó la última horquilla que sujetaba entre sus gruesos labios.

—Me gustaría ganarme todo ese dinero.

En alguna parte del tejado, faltaba una teja o había un agujero. Tumbado en el colchón Mercer sentía una corriente de aire que le hería el rostro. Hubo un momento que oyó el aletear de un murciélago que se le acercaba, desprendiéndose de la noche. Desde el lugar donde yacía, podía oler el humo que llenaba el tiro de la chimenea, y escuchaba muy distantes los diversos ruidos de la ciudad. Estaba pensando en la cara de Rosa, fea y extraña, cuando le preguntó si él había matado a Nervi. Nunca había un entendimiento completo con otra persona, nunca una fe absoluta. A pesar de lo mucho que Rosa le conocía, hubo un momento en el cual lo había considerado capaz de realizar un acto que ella sabía perfectamente que él no habría cometido jamás. Esa era la esencia de la verdadera soledad humana. No hay persona en el mundo capaz de compartir la verdad que cada uno de nosotros ocultamos.

Y pensando en todo esto, se produjo una concentración mental simultánea y paralela: Adriana. En su angustia y durante el peligro en que se encontró, no pudo pensar en ella. La amargura carecía de importancia ahora. Podía pensar en ella sin la menor emoción. Era posible que estuviese informada de todo lo sucedido, o quizá sólo de una parte. Seguramente sabía que Uccello había sido el asesino... pero él no tenía medios de decírselo. Todo aquel asunto —Boldesca, él cohecho, la paliza de Guffo y Moretto— no tuvieron otro objeto que quitarlo de en medio, y no para impedirle probar que Uccello estaba vivo, sino para que no interfiriese en lo acaecido con Nervi. ¿Sabría ella todo eso? ¿Adivinaba que Mercer era inocente? Incluso Rosa, que le conocía tan bien, había dudado por un momento. ¿Qué pensaría aquella muchacha que conociéndolo tan poco ya lo había traicionado, y sin embargo ejercía una atracción tan fuerte sobre él? Si ella no estaba complicada en el complot, ya Uccello, o el Conde quizá, la habrían influenciado en su contra, dándole informes falsos...

Allí tumbado, escuchaba las horas que daban los relojes próximos. Trataba de ordenar sus pensamientos, se olvidaba de sus temores y hacía proyectos.

Un poco después de la una, llegó Rosa. Oyó abrir la puerta al final del tejado, y en seguida su respiración reposada, mientras cruzaba la habitación para llegar adonde él se encontraba. Le puso una botella de vino entre las manos y en seguida se escuchó el tintineo de un plato al golpear el suelo levemente.

—Come y bebe mientras yo hablo.

Ella se acomodó en un extremo del colchón y éste crujió bajo el peso de su corpachón. El perfume femenino vino a reconfortarlo en medio de las tinieblas que los rodeaban. Echó un trago y exclamó:

—*Lacrima Christi!* Esto me hace recordar Roma... Mil novecientos treinta y ocho.

—Te traje jamón frío y tomates. Un alimento insuperable para los días de campo en los desvanes. Tuve que esconderlo todo dentro de la blusa, así que no te quejes si los tomates están algo calientes. Hay un *carabiniere* en el pasillo encargándose de vigilar y de echar a perder mi negocio de fin de semana.

—¿Qué ha sucedido?

—No gran cosa, todavía. Una información por la radio sobre el disparo y una descripción del asesino, es decir, tuya. Luego, una manifestación pública en la Plaza de San Marcos para protestar contra la policía por haberte dejado escapar. Alguien arrojó un ladrillo contra el Consulado de España por equivocación, pues creyeron que era el de Inglaterra. Las cosas se pondrán peor cuando él fallezca.

—¿Todavía vive?

—Sí. Le están haciendo transfusiones de sangre. Por los boletines radiofónicos, pueden sacarse deducciones de lo que se está esperando. Tú estás metido en un verdadero embrollo.

—Quiero echarle mano a Uccello. Él es quien hizo todo esto.

—Lo que tú tienes que hacer es largarte de este país y pasarte unos cuantos años en tierra firme. Ya lo sabes.

—Es posible.

—No lo dudes. Olvídate de Uccello. Escribe la palabra *finito* debajo del nombre de Mercer, y espero que podamos hacer algo por ti. Ya he hablado con Bernardo. Lo hice venir en calidad de abogado mío para que protestase contra la presencia del gorila ese que tenemos abajo. Al saber lo tuyo, se preocupó muchísimo, pero nos va a ayudar. Mañana por la mañana, te irás de aquí por un conducto subterráneo.

—¡Todo un brillante futuro! ¿No? ¿Dónde voy a terminar mis días? ¿Cultivando uvas pasas en África del Sur?

—No es malo cultivarlas; están muy escasas en todas partes. Harás lo que yo te diga, y pronto..., y olvídate de Uccello y de cualquier otra maravillosa idea de esas que te bullen en la cabeza. Por de pronto, come y bebe. Tengo que regresar, no sea que se le vaya a ocurrir a nuestro amigo darse una vuelta por las alcobas.

Cuando terminó de comer, ella le entregó un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas.

—Ten cuidado con eso.

Y en la oscuridad, le dió un cariñoso tirón de orejas.

—Esta noche me ofrecieron cien mil liras por usted, jovencito.

—Debiste haberlas tomado. En el mercado público, seguramente no darían ni diez mil. —Se levantó y la abrazó cariñosamente.

—Tú eres uno de esos tontos que debías haberte quedado en casita —exclamó ella suspirando.

—No me estoy quejando, y además, no te olvidaré nunca.

—Gratitud es lo único que me dan a mí los hombres. Mándame un paquete de pasas cuando llegues a la estación final.

Sintió que ella le ponía una mano en el bolsillo y, al momento de retirarse, señaló el tragaluz y advirtió:

—No te alarmes si oyes dar ahí tres golpes. Será el enterrador.

—¿Para mí?

—Sí. Ábrele y haz todo lo que te diga. No discutas. Su nombre es Tallius y se dedica igual al contrabando que a los cadáveres. Adiós, y no te olvides de las pasas.

—Le acarició suavemente la cara y desapareció.

Al encontrarse otra vez solo, llevó una mano al bolsillo y sacó el revólver que ella le había puesto allí. Lo sentía frío y pesado.

Los relojes acababan de dar las cinco, cuando oyó llamar en el tragaluz. Lo abrió y hallóse frente a la cara de un hombre en el recuadro de luz grisácea del amanecer. El rostro era delgado, con la piel tirante, los labios fruncidos como si estuviera a punto de ponerse a silbar y el cabello canoso y muy corto. El hombre hizo una señal con la mano y Mercer salió del aposento, dando un salto.

Lejos, allá por la laguna, detrás del Lido, el mar iba tomando un color rosado con la salida del sol. Las islas y los edificios no pasaban todavía de ser negras siluetas recortándose sobre el fondo de una luz naciente. Un viento leve corría por entre los tejados y esparcía el velo ocre del humo de las chimeneas.

Tallius le tocó el brazo, y sin hablar, se adelantó por un tejadillo plano. Se detuvo en una ligera pendiente y con el pie empujó una puertecilla para abrirla.

Bajaron una serie de escalones estrechos y oscuros y el grato olor de madera cepillada se acentuaba más y más, a medida que bajaban. Finalmente, se encontraron en un taller de carpintería situado en el piso bajo. Las ventanas estaban llenas de polvo y las dobles puertas que daban al patio y al Canal se hallaban cerradas con cerrojos. En un extremo de la habitación, había una fila de bancos de carpintero, y colocados sobre caballetes, en el centro del taller, se veían tres ataúdes recién terminados, sin barnizar ni decorar todavía. Apoyado en la pared más lejana, había un cartón muestrario de asas y bisagras de latón y cromo ya ennegrecidas. Un gato dormía enroscado sobre un montón de virutas, bajo uno de los ataúdes, y cerca de la puerta, un ángel de mármol de cuya mano extendida colgaba un cartel diciendo: “No fumar”.

Tallius se detuvo cerca de los ataúdes, dióse vuelta y contempló a Mercer de arriba abajo, dirigiéndole la palabra por primera vez en todo el tiempo.

—Cinco pies, con diez pulgadas y media y ciento cuarenta libras aproximadamente.

—Cinco pies, con diez pulgadas, y aproximadamente ciento cuarenta y cinco libras —replicó Mercer sonriente.

Tallius asintió moviendo la cabeza, y retirando la tapa del ataúd situado entre los otros dos, se echó para atrás y con un gesto invitó a Mercer a entrar en él.

Este se aproximó, puso una mano en el pulido borde de un lado. Tenía un olor de madera fresca, dulce y limpia.

—¿Tengo que hacer ahí dentro toda la jornada? —preguntó riendo.

Tallius se encogió de hombros y sin responder golpeó una de las caras del ataúd. Mercer se metió adentro y se estiró. El carpintero dobló un saco en varios dobleces y se lo puso a Mercer debajo de la cabeza. Luego, alzó la tapa, estuvo observándola y desapareció, para regresar en seguida con un atornillador y algunos tornillos.

—Solamente pondré dos, uno a la cabeza y otro a los pies. Así tendrá aire suficiente.

La tapa se tendió sobre Mercer y éste quedó en la oscuridad otra vez.

Tallius atornilló la tapa y fué a abrir la puerta. El patio tenía una leve inclinación hacia el Canal. El hombre se sentó en la base del ángel de mármol y encendió un cigarrillo. Allí se estuvo sentado dándose golpecitos en la barbilla y contemplando las aguas grises que, poco a poco, adquirirían tonalidades doradas con la salida del sol. El gato fué a frotarse contra sus piernas, y él, cariñosamente, le acarició las orejas.

Media hora después, apareció una góndola canal abajo y atracó a un extremo del patio. Era una embarcación funeraria, larga y pintada de negro, que manejaban dos gondoleros. El centro se hallaba ocupado totalmente por un palanquín con cortinas de terciopelo también negro y flecos de igual color. En los cuatro pilares de las esquinas flameaban plumeros negros. Los hombres se aproximaron, y Tallius se levantó para salirles al encuentro.

—'Giorno, padrone^[46]

—'Giorno.

Todos entraron al taller, y bajo la dirección de Tallius levantaron el ataúd y lo trasladaron a la góndola. Haciendo gran esfuerzo por el peso, lo colocaron sobre el banquillo del palanquín, y uno de ellos corrió las cortinas. Se quedaron un rato en el patio frente al carpintero y uno de ellos, más curioso o más atrevido que su compañero, preguntó:

—Cosa c'e dentro, padrone?^[47]

—¿Dentro? —Tallius los observó solemne, y pasándose la lengua por el labio superior, repuso lentamente—: *Salami*^[48] —Luego, sonriente, se marchó moviendo la cabeza.

Minutos más tarde, surcaban el Canal, y las cortinas negras movíanse a impulsos de la fresca brisa matutina.

Salieron de la desembocadura del Rio della Tana, por debajo del puente cercano al embarcadero de Veneta Marina, y continuaron remando en dirección al Gran Canal. El sol se hallaba fuera ya y el malecón íbase llenando de gente que con prisa se encaminaba al trabajo; grandes transportes acuáticos, lanchas, *ferry-boats* y un sinnúmero de embarcaciones procedentes del Lido, se llenaban de gentes de todas

clases. A medio Canal, frente al Hotel Danielli, el enorme barco blanco permanecía aún anclado arrojando bocanadas de vapor por sus chimeneas, bocanadas semejantes a monstruosos suspiros, en tanto que una masa de barcazas grises se apiñaba alrededor de la popa. Cuando llegaron a la altura de la Punta della Salute, en la entrada del Gran Canal, una lancha de la policía, pintada de rojo, se les acercó por la parte de estribor, disminuyendo su velocidad. Durante un momento, ambas embarcaciones caminaron lado a lado, solamente separadas por un pie de distancia. Un capitán de policía se inclinó sobre la borda.

El gondolero que remaba a popa, le sonrió.

—*Giorno, capitano* —dijo.

—¿Quién es? —preguntó el capitán.

—Está vacío, capitán; pero mañana, estará lleno. Es Aberto Amati, el que vendía postales de San Marcos. Murió ayer. ¡Qué lástima, precisamente ahora que principiaba la temporada de los turistas! —El gondolero levantó la mano derecha e hizo la señal de la cruz.

Mercer, allá dentro del ataúd, distinguía voces apagadas y confusas y hacía esfuerzos por apartar de sí la claustrofobia que iba apoderándose de él. Hay veces que las paredes en una habitación estrecha pueden dar impresión de ahogo, como si uno estuviese atrapado, hundido entre capas de lana húmeda, pero en el ataúd era cien veces peor. Tenía que cerrar los ojos y sacar fuerzas de lo más hondo de su espíritu para contrarrestar aquel miedo irracional, y el esfuerzo le hizo sudar hasta sentir correr surcos de sudor por su rostro y por la nuca. Apretaba los codos contra las paredes del ataúd, obsesionado por la idea de que si aminoraba tales esfuerzos, aquéllos irían oprimiéndolo más y más, hasta triturarlo. Imaginó que el ruido de su respiración era muy fuerte por causa del esfuerzo realizado por los pulmones tratando de conseguir aire puro en la caliente oscuridad.

El capitán levantó las cortinas por un lado, observó un momento el ataúd y volvió a dejarlas caer. Llevó la mano a la visera de su gorra, hizo un saludo seguido de un gesto, indicando que podían continuar su viaje, en tanto que la lancha policíaca se retiraba girando en redondo.

La góndola siguió deslizándose por la corriente y dió vuelta para meterse por el Rio San Moise. Por algún tiempo, navegaron entre casas estrechas, remando siempre hacia la derecha y describiendo un amplio círculo hasta llegar a la cabeza del Bacino Orsento, canal oscuro y solitario, incrustado entre hoteluchos y talleres. Atracaron en un muelle angosto, al pie de la fachada posterior de un edificio bastante elevado que, en su parte central, ostentaba el siguiente rótulo: *Casa Tallius. Pompe Funebri*.

Llevaron adentro su fúnebre cargamento y lo colocaron encima de unos caballetes, en un pequeño taller iluminado por bombillas eléctricas, que pendían del techo sin pantalla de ninguna clase. Un anciano que llevaba un delantal verde, estaba colocando una placa sobre uno de los restantes cuatro ataúdes que había en aquel sitio, y en una esquina distante un jovenzuelo barnizaba otro más. Después que los

gondoleros hubieron dejado su carga, el anciano volvió a su trabajo sin prestarles mayor atención y, cuando los dos hombres se marcharon, volvióse al joven y le dijo:

—Dígale al *signore* que ya puede entrar, y usted puede ir al Correo para echar estas cartas que dejó el *padrone* ayer.

El muchacho salió por la puerta que había al fondo del taller y que comunicaba con un pequeño salón de exposiciones que daba a la calle. El abogado Bernardo, sentado en una silla, leía un periódico. El joven tomó un paquete de cartas que había encima de un mostrador.

—Ya puede entrar, *signore*. —Sostuvo la puerta para dejar paso al abogado, y metiéndose las cartas en un bolsillo, salió a la calle.

El anciano estaba quitando los tornillos de la tapa del ataúd cuando se acercó Bernardo. Sacó los tornillos, se los guardó en un bolsillo y levantó la tapa.

Mercer se sentó con los ojos parpadeantes por la luz, y Bernardo sonrió.

—Con un poco de imaginación, ya podrá usted darse cuenta de cómo será en la realidad.

El inglés salió de su encierro y se sacudió el traje instintivamente. Se sentía entumecido, exhausto. No respondió nada, ni siquiera tuvo una expresión de agradecimiento. Echó una ojeada a la cara de Bernardo, de la que ya había desaparecido la sonrisa, demostrando que el hombre comprendía el mal rato sufrido por el otro, y explicó:

—Durante la guerra, tuvimos algunos que no quisieron hacerla, No solamente italianos.

—Dese prisa, *signore*. El muchacho regresará pronto. —El anciano volvió a colocar la tapa y a atornillarla.

Bernardo atravesó el taller y salió a la tienda. Detrás del mostrador había una puerta de reducidas dimensiones, Mercer le iba pisando los talones. Subieron la escalera hasta el último piso y penetraron en una habitación cuyas ventanas se hallaban abiertas y daban a un balconcillo estrecho. Al llegar a él, Bernardo se detuvo y apoyó las manos sobre la barandilla de hierro. Volviéndose a Mercer, exclamó:

—No es usted el primer inglés que ha venido por ese mismo camino... He visto a un general encaramarse por aquí igual que un gato de azotea.

Hallábanse frente a un pequeño triángulo de tejados, bloqueado a un extremo por una enorme pared. En la pendiente más alejada del tejado se veía una buhardilla de reducidas proporciones. La vista de todo aquello le hizo recordar el lugar donde habitaba Adriana...

Durante su viaje en la góndola, estuvo tan cerca del verdadero pánico como jamás lo había estado antes. Nunca llegaría a saber Bernardo toda la alegría que experimentó cuando, al quitar la tapa del ataúd, vió su cara tan arrugada como una ciruela y abotagada por el exceso de vino. Ahora, aquí ya se sentía libre y muy lejos de las aprensiones que le tuvieron agobiado desde el momento en que puso el pie en casa de Rosa. Iba caminando por un sendero que ya habían recorrido muchos otros

antes que él... ¿Cuántos soldados americanos e ingleses, y civiles italianos perseguidos, habrían pasado por este camino? ¿Cuántas veces, pensó, se habrían detenido precisamente donde él estaba, con las manos apoyadas en la barandilla de hierro, aguardando poder dar su primer paso hacia la libertad?

Bernardo levantó un pie y principió a pasar sobre el barandal. Mercer se dispuso a seguirlo. Alzó las manos y rió para sus adentros al observar algunas huellas anteriores en el barandal que ahora ya no eran sino arañazos. También él dejaría huellas de su paso, rayos brillantes sobre la pintura verde oscura... Siguió a Bernardo en el descenso por el declive del tejado. No había ninguna ventana que diera sobre aquel sitio, a excepción de aquella por donde ellos salieron y la buhardilla a la cual se dirigían. Bernardo resbaló ligeramente en las tejas y Mercer advirtió que muchas de ellas se encontraban rotas...

A los pocos segundos, hallábanse ya en la buhardilla. Era un espacio reducidísimo donde había una cama, un pequeño librero, una mesa y un lavabo encima del cual había un armarito con espejo.

—Puede lavarse y afeitarse —dijo Bernardo al tiempo que cerraba cuidadosamente la ventana—. En el armarito encontrará todo lo necesario. Fume si quiere, pero no se mueva demasiado, porque hay gente en los pisos de abajo. Cierre la puerta con llave cuando yo me vaya y no la vuelva a abrir, a menos de que oiga una llamada como ésta. —Golpeó sobre la mesa dando con los nudillos tres golpes y en seguida uno solo.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo habré de estar aquí? —Mercer encendió un cigarrillo y se aproximó a la ventana mirando hacia atrás, al extremo de la línea de tejados.

Eso depende de otras personas. Tal vez esta misma noche, o mañana por la noche. Me ocuparé de traerle comida.

—¿Qué dijeron por la radio esta mañana? —preguntó Mercer—. Me refiero a él, ¿comprende...?

—Esperan que muera. Un sacerdote no se mueve de su lado.

—Yo no lo hice. Usted lo sabe.

—Quédese en este cuarto, porque la muchedumbre enardecida rio se pararía a discutirlo con usted.

—Podría entregarme a la justicia para que me procesaran. ¡Qué diablos, soy inocente!

Bernardo se le acercó y le tomó su cigarrillo para encender el suyo, diciendo:

—¿Qué tiene que ver la culpabilidad o la inocencia con la política? En ese caso sería mejor que volviéramos al taller y lo metiésemos a usted en el ataúd para siempre.

Mercer se apartó de su interlocutor. Se sentía atraído por la ventana, y junto a ella permaneció viendo como el sol dibujaba ligeras sombras bajo los bordes de las tejas.

Bernardo se encaminó a la salida e insistió:

—Cierre con llave cuando yo salga. Detrás del librero encontrará un poco de vino, y dentro de una hora regresaré con algo de comida.

Al quedarse solo, Mercer se lavó y se afeitó. Luego, al buscar en el librero el vino que el otro le dijera, vió en la pared algunas viejas inscripciones en inglés: *Good old Walham Green, E. C. H. June, 43. You can bribe everyone except the bed-bugs. Paul Klein, p. f. c. To Scragger, if he comes this way... see you in the Chandos Arms, a year from now, if it's still standing. Tim*^[49].

Se sentó en la ventana, en un espacio bañado por el sol. El tranquilo triángulo de tejados, se le aparecía tan quieto y remoto, como un valle en lo más elevado de las montañas. De vez en cuando, unas cuantas palomas pasaban volando. Dibujaban negras y fugaces sombras en las tejas inundadas de sol. Al lado opuesto se hallaba la barandilla del balcón por donde pasaron Bernardo y él, y abajo, un sendero de tejas quebradas, que llegaba hasta la ventana donde estaba sentado. ¡Cuántos habrían pasado por allí...! Y pensó: ¿Dónde terminaría ese sendero?

Presentía exactamente lo que iba a suceder. La influencia de Rosa y de Bernardo podrían hacerlo llegar hasta un cierto límite; con buena suerte, llegaría hasta el final de la línea; pero después, sería abandonado a su propio destino, el de un hombre que carece hasta de nombre... Tendría que inventarse una historia y fraguar un futuro que habría de vivir bajo la sombra de una amenaza que nunca desaparecería. Rosa le había dicho que escribiese *finito* bajo el nombre de Mercer. Después, no le quedaría ya nada. Antes de ocurrirle toda esta aventura, tuvo que hacer frente a la idea de un futuro que tenía muy poco de halagador... pero que le hubiese permitido conservar su propia identidad. Pudo haber pasado hambre, sentirse misérrimo, tener dificultades para conseguir dinero bastante con que emborracharse ocasionalmente. Pudo haber aspirado a una ilusión pasajera, o haber encontrado alguien que le hubiese dado algo de lo que tanto había esperado de Adriana... Todo ello sin miedo a que su idioma o sus características lo delatasen. Los hombres tienen buena memoria y si ésta va unida al odio, las imágenes y los acontecimientos quedan, más que fijos, imborrables. Su fotografía sería exhibida en toda Italia. Cualquiera hombre o mujer que sintiese cariño por Nervi, que respetase al político o admirase al poeta, retendría fielmente en la memoria la cara del asesino. Aun cuando momentáneamente la olvidasen, si la vieran en alguna casa del África, o en un bazar de Siria, el recuerdo volvería de nuevo, claro, detallado, y renacerían nuevamente las pasiones que ahora agitaban a las muchedumbres en las plazas llenas de sol y en las calles tumultuosas. ¿Cómo iba a defenderse contra todo eso? Únicamente con la verdad, la verdad de los hechos que Spadoni se negaba a aceptar, la verdad que solamente él podría llegar a conseguir, si se apoderaba de Uccello. Tenía que encontrarlo y Spadoni, se encargaría de hacerle confesar todo.

Una paloma cruzó en raudo vuelo y se detuvo en el tejado para pasearse con la dignidad de un personaje. Caminaba sobre las tejas, picando, de vez en cuando, el yeso desprendido. Mercer la contemplaba en tanto que sentía la terrible confusión que

le embargaba la mente... Repentinamente, el pensamiento y la memoria le produjeron una alegría inmensa. Recordó el instante en que estuvo de pie en la ventana de Adriana dedicado a la contemplación del tejado. Recordó las rayas y arañazos observados en la barandilla cuando se apoyó en ella: eran Huellas frescas y, luego, algunas tejas rotas también, y las pequeñas manchas de musgo verdoso-amarillento, y a unos cuantos metros de la ventana, el saliente de una buhardilla... Alguien había estado pasando por el tejado a esa ventana y dejó sus huellas en la barandilla. Recordó que Adriana le había dicho que se veía con Uccello secretamente; recordó también haberle oído decir al Conde Boria que después que Uccello hubiese hecho lo que le tenían ordenado se escondería por algunos días, antes de abandonar Italia. Uccello desaparecería solo, y era lógico suponer que permaneciese cerca de Adriana para pasar con ella todo el tiempo posible antes de separarse... Si él pudiera apoderarse de aquel hombre y probarle así a Spadoni que Uccello estaba vivo...

Bernardo llamó a la puerta con la señal convenida. Mercer le abrió sin casi fijarse en él. El recién llegado dejó sobre la mesa un paquete de comida.

—Volveré esta noche con algunas ropas para usted. Las cosas marchan por mal camino...

En ese momento fué cuando Mercer dióse plena cuenta de su presencia. Lo miró y observó en el semblante del otro que estaba amedrentado. Lentamente, preguntó:

—¿Ya?

—Ha muerto —dijo, asintiendo con un movimiento de cabeza—. Hace dos horas. La ciudad es un hervidero de policías. Se han producido desórdenes en la Cámara de los Diputados. Cada partido político alega que fué su contrario quien tomó parte en el asesinato para crear dificultades y adueñarse del Gobierno. Si éste dura una semana, será un verdadero milagro. Mañana comenzarán los motines y las huelgas como protesta... *Povera Italia!*^[50]

—¿Y después, qué?

Los que iniciaron esto, su amigo Boria, se pondrá de acuerdo con los grupos del Ejército y la Marina y volveremos a tener fascismo, aunque ahora ostentará un nombre diferente.

¿Por qué diablos Spadoni no tomó mi relato en serio y detuvo al Conde Boria?

Porque no es más que un policía y lo que usted le dijo no tenía grandes visos de verosimilitud. Boria es un hombre con demasiadas influencias para que la policía se atreva a molestarlo, a no ser que se tengan evidencias absolutas...

—Si aprehendieran a Uccello, si supieran que ese hombre vive, tendrían en qué basarse y habría oportunidad de contener lo que se avecina.

—Claro. Facilíteles la oportunidad de caer sobre Boria y lo obligarán a hablar. Saldrá todo a la luz... Los diversos partidos políticos comprenderían lo que se oculta tras del incidente y el Gobierno arrestaría a los jefes y oficiales del Ejército y de la Marina, que son quienes han tramado todo el complot; pero el tiempo se echa encima y aquello habría de hacerse antes de que llegue a la culminación...

—Si yo pudiese apoderarme de Uccello...

—Usted lo que tiene que hacer es no descuidarse... No puede hacer nada —arguyó Bernardo. En seguida, sirvióse un vaso de vino y lo bebió nervioso. Mercer comprendió que, sin la ayuda de Rosa, Bernardo jamás le hubiese prestado el menor servicio.

—Si las cosas se complican y llegaran a detenerme —expuso Mercer— no se preocupe. No hablaré.

—Aun cuando lo hiciera, estamos protegidos —replicó Bernardo riendo de buen humor y haciendo una mueca con aquel rostro suyo tan lleno de arrugas—. Esa es una precaución que nos vemos obligados a tomar, no contra los traidores, sino ante una posible debilidad. Los hombres pueden hablar aun cuando no quieran hacerlo. —Y echó a andar hacia la puerta—. Regresaré tan pronto como pueda, para traerle la ropa.

—¿Sabe usted donde vive la Signorina Adriana Medova? —preguntóle Mercer sin dejar de observar el tejado lleno de sol.

—Sí. ¿Por qué? —En su voz se advertía la sorpresa que le causó la pregunta.

—Quiero saber quién es el propietario, o el que vive o tiene alquilada la casa que hay a la derecha de donde ella tiene su vivienda.

—¿Por qué?

—Necesito saberlo. —Mercer se le quedó mirando. Creyó que Bernardo discutiría con él, pero el hombre se limitó a encogerse de hombros y salió de la buhardilla.

Comenzaba a oscurecer cuando regresó de nuevo. Abriendo un paquete que traía consigo, tiró encima de la cama un traje azul usado, un impermeable claro y un sombrero de ala bastante ancha.

—Cámbiese de ropa —dijo—. En uno de los bolsillos del traje encontrará dinero. Se irá mañana a primera hora. ¿Sabe dónde está el muelle del barco que sale para Chioggia?

—Sí, algo más allá del *Danielli*.

—Eso es.

—¿A qué distancia se halla de aquí?

—Detrás de esta casa está el Bacino Orsento, no muy lejos de San Marcos. Pero no se preocupe de la forma de llegar hasta allí. Ya se lo diré yo mañana.

Si logra hacer ese recorrido, el resto será muy fácil.

—Sí...

—Hay muy pocas cosas que el hombre pueda garantizar. —Bernardo inició la retirada y Mercer lo acompañó.

—¿Averiguó lo que le dije antes? —preguntó.

—Sí. La casa contigua a la de ella es un depósito de muebles propiedad del Conde Boria. Déjese llevar de mis consejos y olvide todo lo que está pensando.

Pero, acostado en la cama, después de haberse ido Bernardo, volvió a sus pensamientos anteriores. Si pudiera apoderarse de Uccello... Pero, para intentarlo, había que lanzarse a la calle y correr grave peligro; caminar esperando siempre que alguien gritase por haberlo reconocido; esperar que hubiese un momento de pánico. Al reconocerlo, la multitud lo destrozaría y en vez de un apacible futuro, tendría la espantosa agonía de unos minutos segundos, durante los cuales el odio se cebaría en su pobre cuerpo. La idea de la muchedumbre lo obsesionaba. Le despedazarían las entrañas y arrojarían toda aquella masa informe y sanguinolenta a cualquier alcantarilla, antes de que algún *carabiniere* pudiera salvarlo..., y las mujeres eran las peores. Sería una locura arriesgarse..., lo mejor y más seguro era esperar que Bernardo llegase a la mañana siguiente y vivir el futuro lo mejor posible.

La luna había ascendido y brillaba esplendorosamente sobre la quebrada línea que formaban los tejados; era como un disco nebuloso de metal blanco. Mercer continuaba de pie junto a la ventana, y oyó que los relojes daban las nueve. Habíase puesto él traje azul y en la habitación a oscuras, sobre la mesa, estaban el impermeable y el sombrero.

Decíase para sus adentros: *No quieres salir, pero tienes que hacerlo. Ya sabes lo que va a suceder, si no sales. Cuando en el futuro te sientas desesperado, a cada momento, pensarás en lo ocurrido ahora y desearás haberte decidido. Esta es tu única oportunidad. Llevas ya muchas horas de pensar lo mismo... Estás obligado a hacer algo, escoge.*

Se acercó a la mesa y bebió el vino que quedaba. Ambas cosas las hizo muy lentamente. No le halló sabor; no tenía, pues, objeto beberlo. Nada tenía objeto ahora, excepto el miedo a no saber... el temor que duraría en él para siempre, para todo el resto de sus días, si esta noche se quedaba en esta habitación sin decidirse a obrar.

Con resolución, tomó sombrero e impermeable. Púsose éste y con aquél en la mano llegó a la puerta y buscó la llave. Confuso y apremiado, abrió y salió. Cerro y acomodándose el sombrero echado sobre la frente, echó a andar. Bajó la escalera. En un rincón del primer descansillo, un hombre y una mujer, estrechamente abrazados, se besaban. Alzando la cabeza, Mercer vió que ella llevaba una bolsa en la mano y que, sin preocuparse lo más mínimo, rodeaba suavemente la espalda del hombre dejando caer las verduras que contenía. En el descansillo siguiente, dos muchachos luchaban silenciosos, en un combate muy curioso. Tropezaron con Mercer y para separarlos, agarró a uno por el cuello, fino y sudoroso. En el vestíbulo, cuando cruzaba, se abrió una puerta, alguien gritó con enfado y un joven cerró dando un portazo, tropezó con Mercer y se lanzó a la calle.

En los peldaños de la puerta, se detuvo para observar. Frente a él había una balastrada de piedra para resguardar la orilla del Canal. La gente pasaba junto a él y sus voces y ruidos sonaban en sus oídos como algo lejano y difuso. Con las manos hundidas en los bolsillos, se alejó de aquel sitio.

No habría caminado muchos pasos cuando advirtió el cambio que se había operado en la ciudad. Las calles se hallaban sumamente concurridas, la oscuridad de la noche había sido eliminada por la luz de las tiendas, cafés y restaurantes, y tan sólo en algún rincón alejado se veían sombras. Esta debía ser la Venecia nocturna, descuidada, alegre, expansiva después del trabajo diario y las preocupaciones. Ante su imaginación excitada, el ruido y el movimiento adquirirían significados nuevos,

cambios grotescos. Las figuras que pasaban se le antojaban irreales, moviéndose con lentitud, cual si ese ritmo tuviera por causa algún peso invisible. Sus voces las percibía, pero no alegres y chispeantes, sino graves y serias. Cuando alguien lanzaba una carcajada, ésta le producía la impresión de un sonido ondulante y agudo, de tono duro muy semejante a la histeria. Llegó a pensar que todos los habitantes se hallaban fuera de sus casas, caminando inquietos por el laberinto de calles y callejones, como si un hambre agobiante los mantuviera en constante movimiento. Todo aquel ruido y todo aquel movimiento, le parecieron una amenaza. Una mujer que caminaba delante de él, se dió vuelta repentinamente y vió el brillo de su falda de seda y el destello rápido de unas uñas color sangre, cuando ella tomó del brazo a su acompañante. Se imaginó esa misma mano delgada, oprimiéndolo con aquellas uñas largas y frenéticas, hundiéndose poco a poco en su carne. No pudo evitar un movimiento nervioso que le hizo apretar casi ferozmente el revólver que llevaba en el bolsillo. Siguió caminando. Sentía las piernas tirantes y pesadas y esforzábese por aparentar naturalidad, pero sin levantar la vista y observando bajo el ala del sombrero. La oscuridad del arco de una puerta cercana, lo ocultó un instante y Mercer hizo un alto. Levantaba la cabeza como un nadador que sale del agua después de mucho tiempo de inmersión y trata de aspirar el aire puro a grandes bocanadas.

Un poco más allá estaba el rótulo indicador del nombre de la calle y lo miró fugazmente para orientarse. Al bajar de nuevo la cabeza, en la pared próxima al escaparate de una tienda, una cara lo miraba sonriente y se quedó estupefacto. Era su propio rostro. Encima y en gruesos caracteres negros, decía: *AVETE VISTO QUESTO UOMO? ¿HABEIS VISTO A ESTE HOMBRE?* Era su misma cara, sonriente, hinchada y grotesca por la ampliación y recordó que esa fotografía se la tomaron aquella mañana que estuvo sentado bebiendo en compañía de Guffo y de Moretto.

Un hombre y una mujer le dieron un empujón y oyó la voz de ella, gruesa, colérica y ronca, con el acento de los barrios bajos:

—Yo haría algo mejor que la policía. Le despedazaría sin dejar de él ni un solo trozo.

Se acercó al cartelón y escupió. Mercer la miró. Era una troglodita con vestido negro bastante deteriorado. Los senos y el vientre forzaban la lustrosa tela; la cara roja y con algunos lunares alrededor del labio inferior, sobre el cual lucía un vello oscuro. Siguió caminando y se internó entre el gentío que paseaba a lo largo del estrecho canal de aquella calle. El corazón le latía fuertemente y parecía querer escapársele del pecho. Sus dedos seguían aferrados a la culata del revólver y luchaba con un impulso que le hacía pensar en volver rápidamente a la seguridad de la buhardilla. Pero, sobreponiéndose, continuó andando.

Al final de la calle, algunos peldaños subían hasta un puentecillo sobre el Canal. Mercer ascendió por ellos y cuando estaba arriba, una mano le tocó en un brazo. Volvióse agresivo, atemorizado, y en tanto que la muchedumbre pasaba indiferente rozándole la espalda, se encontró frente a los ojos fríos e impersonales de una monja

alta que lucía un crucifijo sobre el pecho sin forma, y que con la mano extendida solicitaba una limosna. Tan grande fué su alivio, que se sonrió y rebuscando en su bolsillo le entregó un billete, recibiendo a cambio una reverencia de agradecimiento. Al mover la monja la cabeza, se agitó un poco la capucha que la cubría y dejó escapar un leve olor a incienso.

Bajó al otro lado del puente y empezó a cruzar una pequeña plazoleta. Allí la oscuridad era mayor y había menos gente en la calle. Unas pocas tiendas en el centro de la plaza, iluminadas con lámparas de petróleo, habían atraído a un reducido grupo de gente. A sus oídos llegó la voz vibrante y ronca de un vendedor. Aligeró el paso. Habíase orientado ya y sabía perfectamente el rumbo que debía seguir.

Dió vuelta a la esquina de la plazuela. Parado junto a la pared y cinco pasos delante de él estaba un *carabiniere* con los pulgares metidos en el cinturón. Llevaba la carabina colgada del hombro y observaba la espaciada línea de transeúntes. Mercer vaciló. Retroceder repentinamente significaba llamar la atención de aquel hombre. Con verdadero esfuerzo, siguió andando con caminar indiferente, sufriendo una verdadera agonía. Mantuvo la cabeza baja y al estar cerca del militar, levantó una mano y se dió un golpe en la barbilla como si, de pronto, se hubiese acordado de algo. El movimiento no tenía otro objeto que cubrir la parte inferior de su rostro. Vió el uniforme oscuro, de un color verde desagradable, bajo la escasa luz de la calle, y el usado cinturón de cuero negro. Ya había pasado.

Un poco más adelante, tuvo el presentimiento de que el *carabiniere* lo iba siguiendo. Deseaba, seguramente, cerciorarse de su identidad. Mercer no se atrevía a correr el peligro de volver la cabeza. Un reflejo luminoso, al fondo de la calle, lo atraía, y aun luchando contra ese deseo, fué en aquella dirección. La luz salía de un enrejado de madera formando arcos, construido en un amplio espacio vacío entre dos casas. A través del enrejado y de las enredaderas artificiales que lo decoraban, flores de papel de abigarrados colores y lámparas eléctricas pintadas, vió el ir y venir de camareros y el vaivén cadencioso de algunas parejas que bailaban lentamente en el espacio que las mesas dejaban libre. Se detuvo y miró el rótulo colocado sobre la entrada principal, *Pista da Ballo*^[51]. De una ojeada, vió que al fondo de la calle el *carabiniere* seguía su mismo camino con pasos lentos y tranquilos. Su rostro era tan inexpresivo y redondo, como el de un campesino a la luz de la luna.

Mercer se metió en el jardín y tomó asiento junto a una mesa desde la que podía divisar la entrada. Era un lugar sombreado por un emparrado y algunas decoraciones. Un reflector con discos giratorios enviaba todo un sinnúmero de colores diversos sobre las parejas que bailaban. Se le acercó un camarero y después de saludarlo cortésmente, aguardó hasta el límite de su paciencia:

—¿*Signore*?

—Coñac —pidió, y el tono de su voz le pareció extraño e innecesariamente bronco y alto. Dos muchachas que habían estado bailando juntas, vinieron a la mesa y se sentaron frente a él, tomando los vasos que Mercer ni siquiera había visto. Lo

miraron un instante y no volvieron a preocuparse más de su presencia. Hablaban en voz baja, cuchicheando larga y excitada mente. Reían alegres y todo su interés radicaba en alguna persona que estaba bailando. Por encima de sus cabezas, alcanzó a ver al *carabiniere* parado junto al arco de la entrada. Con la mirada recorría todo el lugar, mostrando en su rostro una sonrisa paternal, casi aprobatoria, sin denotar envidia porque otros estuvieran disfrutando mientras él se veía obligado a trabajar.

Una de las jóvenes lanzó una carcajada estentórea y eso atrajo la atención del *carabiniere*. Mercer bajó la vista a la mesa, mientras sujetaba sus rodillas para darles firmeza y evitar que alguien se diera cuenta de que tanto las piernas como las manos le temblaban violentamente.

La sombra del camarero oscureció la mesa al ponerle un vaso delante. Entregó al hombre un billete y le indicó que se guardase el cambio. Bebió despacio, sin darse cuenta de lo que bebía, maquinalmente, y al alzar los ojos, el *carabiniere* había desaparecido. Le asaltó la tremenda impaciencia de marcharse de aquel lugar. Cada minuto que permaneciera en la calle, aumentaba el peligro y lo hacía sentirse más y más nervioso. Sólo, se necesitaba un grito, otra mirada de una de las muchachas sentadas frente a él, y el jardín de baile se convertiría en un jardín de violencias, en una selva donde se encontraría atrapado y donde la gente, encolerizada y sedienta de venganza, lo destrozaría. Ese solo pensamiento le hizo sentir un escalofrío nervioso. Se levantó y encaminóse a la salida rodeando la pista, con la cabeza baja y observando los mosaicos de colores del pavimento.

En la calle no había huellas del *carabiniere*. A mitad de camino, el agudo sonido de un timbre le hizo levantar la cabeza. Lo envolvió una oleada de aire caliente impregnado de olor a tabaco y le rodeó el murmullo de voces distantes. Un grupo de gentes se le adelantó subiendo las amplias gradas del pórtico de un cinematógrafo. Un cartelón representando a un hombre alto, de mirada desesperada, llevando de la mano a una muchacha harapienta, atrajo su atención. Junto a ése, había otro de la policía mostrando su efígie y reclamando su detención. Alejóse precipitadamente y el sonido del timbre se perdió...

Mientras tanto, un joven que aparentaba estar viendo las fotografías en el vestíbulo del cine, se volvió rápidamente, tiró su cigarrillo y siguió calle arriba tras de él.

En un momento, Mercer llegó hasta la congestionada fachada principal del edificio de Comunicaciones, detrás de la Plaza de San Marcos. Dobló la esquina y la entrada de la casa de Adriana le quedaba ya bien cerca. Lentamente caminó pegado a la pared. La puerta anterior a la suya era alta, de dos hojas. Se recostó en ella y, disimulando una mano a la espalda, trató de abrirla, pero estaba cerrada con llave. Permaneció indeciso mientras la multitud nocturna pasaba indiferente junto a él.

Probó de forzar la cerradura, pero el ruido atrajo la atención de un paseante, y Mercer se retiró. Las únicas ventanas se hallaban bastante altas y tenían reja. Algo muy parecido al pánico se iba apoderando de él. Debió haber calculado que sucedería

esto. Había corrido el peligro de andar por las calles con todo su pensamiento concentrado, y ahora se encontraba sin poder penetrar en el almacén de muebles.

De pronto, se halló a la puerta de la vivienda de Adriana. Si subía hasta su piso, pensó súbitamente, podría desde allí entrar al almacén; pero ¿y ella? En cuanto lo viese, llamaría a la policía..., tendría que tratar con ella, usar la fuerza..., no había otra solución y estaba desesperado. De nuevo surgía la indecisión. Al otro lado de la calle había unas góndolas amarradas junto a la pared de un *albergo*, figuras negras, silurianas en las sombras de la noche. Unos cuantos hombres descansaban recostados contra la balaustrada del Canal, y las suelas de madera del calzado de algunas mujeres resonaba con aire triste, seco. Un rótulo de neón, colocado en la parte opuesta, en el escaparate de un restaurante, anunciaba una marca de cerveza, y junto a la puerta abierta de una tienda de aparatos radiofónicos se aglomeraba la gente para escuchar un boletín. El ruido le ensordeció; parecía que los gritos pasaban por encima de su cabeza en forma inexplicable: *Una declaración hecha por el Ministerio del Interior esta noche, indica que el asesino Eduardo Mercer, se encuentra en Venecia todavía. La policía confía en que será detenido antes de veinticuatro horas. El Primer Ministro ha hecho publicar este boletín para restablecer la calma en la opinión pública...*

No quiso escuchar más y escapó por el portal de la casa de apartamentos. Sólo tenía un medio para llegar hasta donde se encontraba Uccello: cruzar por la vivienda de Adriana. Subió la escalera, recordando la primera vez que lo hizo, no muchos días antes. Pero ahora se le antojaba un siglo, y es que el hombre de entonces y el de ahora eran dos seres totalmente distintos. A cada paso que avanzaba podía oír los latidos de su corazón, sentía el sudor que le corría entre la nuca y el cuello y una fría sensación aprensiva le oprimía el estómago.

Continuó subiendo. En la escalera había el mismo olor de humedad. Con la luz que llegaba del portal, podía leer los escritos de las paredes. Por fin, se detuvo frente a la puerta que buscaba y volvió a leer el nombre de ella, escrito a máquina en una tarjetita. Permaneció quieto un instante en espera de normalizar su respiración y secó el sudor de las manos con el impermeable. Luego, hizo sonar el timbre.

Lo oyó sonar allá dentro de la habitación y su mano cayó desganada a un costado. Comenzaba a sentir un alivio inesperado, pero aún lo perseguía todo el horror sentido a su paso por las calles. Con el alivio, vino una confianza parcial, un resurgimiento espiritual que le dió ánimo.

Abrióse la puerta y vió a Adriana recortándose contra la luz del aposento. La seda de su falda negra ondeó con la corriente de aire, y a través de las ondas de su cabello se dibujó como una palma al reflejo de la luz. Al quitarse el sombrero, advirtió la sorpresa reflejada en su rostro largo y ovalado, vió los ardientes labios entreabiertos como si quisieran decir algo, pero antes de que pudiese hacerlo, él entró y cerró la puerta.

—¡Usted...! —dijo Adriana y retrocedió asombrada. Su voz era baja y acusadora. Para ella, Mercer era como un fantasma que hubiese entrado en la habitación, la memoria visible de un hombre que, habiendo despertado su simpatía, su piedad y su culpabilidad, hubiera desaparecido, destruyendo todo sentimiento, excepto el desprecio por su última actuación monstruosa.

—Sí, yo.

La mujer se mantuvo erguida a pesar del temor que sentía y se esforzó por no arrojarle al rostro la palabra ¡asesino!

—¿Qué viene a hacer aquí? ¿Qué quiere usted? —Trató de mantener un tono de firmeza, pero se echaba de ver el temor que sentía.

—No va nada con usted.

Ella se dirigió a la chimenea sin dejar de mirarlo por encima del hombro, y el movimiento de su cuerpo, avivó los deseos del hombre. Muchas veces, en el fondo de sus pensamientos, se había soñado llegando a ese aposento, pasear por él y encontrar el privilegio del cariño de ella. Cada vez que entró, cada vez que la vió, sentía que algo que le pertenecía se le escapaba de las manos invariablemente. Sólo había hallado en esta habitación sospechas y humillaciones..., nunca lo que él ansiaba, jamás el derecho de dejarse caer en una silla y que Adriana se le acercase ofreciéndole un vaso de vino y un cigarrillo, sentándose junto a él para conversar y aceptar la ternura de sus manos y de sus besos. Todo eso no pasaba de ser un sueño nacido en aquella soledad suya...

Inconscientemente, ella sacó un cigarrillo de una caja y lo encendió. Comprendió que en aquellos pocos segundos transcurridos había recuperado el dominio de sí misma.

—Uccello mató a Nervi. Y es él quien tiene que ayudarme.

Ella no respondió. Seguía de pie, sin dejar de mirarlo, con el cuerpo rígido y los nervios tensos, igual que un animal que siente amenazada su seguridad. La vió echar una mirada al teléfono que estaba sobre una mesita, cercana a la puerta. Cruzó hasta allí y lo arrancó de un tirón.

—Debe comprender que no estaría aquí a no ser que me hallase desesperado.

Si trata de avisar a alguien, yo sabré lo que tengo que hacer.

Fué hasta las puertas de las restantes habitaciones y miró al interior. Nadie más había en la vivienda. Ambos estaban completamente solos. Se tranquilizó un poco. Aún sentía cierta curiosidad por saber más sobre su vida, y muy pocos deseos de caminar por los tejados para ir hasta el almacén de muebles.

—No le pido que me ayude —dijo, provocado por el silencio de ella—. Yo sé donde está.

—Nadie puede ayudarlo. Usted lo sabe muy bien.

Le volvió la espalda y con cara de disgusto y los labios apretados, se encaminó a la ventana abierta.

—Uccello mató a Nervi —insistió yendo a su alcance.

Le puso una mano sobre el hombro para obligarla a dar vuelta, pero ella consiguió desasirse, llegó a la barandilla de la ventana y se quedó allí, dándole la espalda.

—Eso es mentira.

—¿Por qué se aferra a esa idea? —Mercer se puso a su lado—. Uccello mató a Nervi y usted sabe que estoy diciendo la verdad. —La observó mientras alzaba una mano para pasársela por la frente y después mesarse los cabellos con cansancio y desconsuelo. A pesar de su propia desesperación, logró conmoverlo—. ¡Por el amor de Dios, seamos razonables..., yo no habría venido si eso no fuese cierto!

Adriana se volvió para mirarlo. Su cara estaba lívida a la luz de la luna, su amargura se marcaba en líneas tensas que le daban un aspecto feo y patético, y a pesar de su lealtad tenaz para otro hombre, sintió una profunda sensación de piedad y de ternura para este otro que lograba emocionarla con tanta facilidad. Pero trató de sobreponerse a sus emociones.

—Lo conozco bien y además le amo. Él nunca pudo haber matado a Nervi...

—También a mí me conoce un poco —dijo en voz baja—. ¿Cree usted que yo lo haya matado?

Ella se apoyó en la barandilla. Sus manos ardían en contraste con el frío del metal. Mercer contemplaba las erectas siluetas de los tejados y la penumbra de tonalidades rosadas y verdes de las luces de la Plaza de San Marcos, la gran columna ocre dorada del *Campanile* recortándose sereno entre el fondo de nubes esbeltas y suaves.

La voz de Adriana le llegó como un murmullo que se perdió entre las enredaderas verdes de la ventana.

—Sí, sé que fué usted quien lo hizo... y sé también que no es la primera vez que hace algo semejante.

Comprendió lo que quería decir. Lo creía verdaderamente un asesino. Por un instante, su rabia fué tan inmensa, que sintió deseos de sacudirla con fuerza para librarla de todas las falsedades que la rodeaban. Pero su impulso murió antes de que llegase a hacerlo. Pudo más en él un sentimiento de comprensión serena. Estaba equivocado, ella no sabía nada de lo que estaba sucediendo. Toda la verdad respecto a Uccello, se la habían ocultado. El amargo resentimiento que experimentaba en su contra, no tenía justificación. Era una víctima, lo mismo que él. Todo lo que había sufrido, no era culpa de ella...

—¡La han engañado! —gritó—. ¡Igual que a mí!

La silueta de su rostro adquirió una rigidez inmóvil, visible por la luz procedente del cuarto de detrás de ella. Se llevó una mano al cuello y él comprendió que tocaba la cadena que descansaba sobre la tibieza de su piel, y recordó el brillo del pequeño crucifijo que viera aquel día, en la laguna, destacando sobre su blusa de encaje.

—En el momento que salga de aquí, avisaré a la policía. Nervi era un hombre bueno. Lo odio a usted por lo que ha hecho. —Su voz era grave como la de una criatura que se encuentra extraviada. Los nudillos de sus dedos estaban descoloridos

por la presión que ejercía sobre la barandilla. Ambos estaban atrapados: solamente Uccello podía liberarlos. Mercer volvió a observar los arañazos brillantes, huellas frescas en la pintura. Oyó el rumor del viento nocturno al pasar por entre las hojas de la enredadera, y percibió el suave olor del cuerpo de la mujer. Estaba de pie junto a él, igual a una estatua. Levantó la cabeza y las sombras geométricas de los tejados trazaron un frío dibujo ante su vista. Este es el momento, pensó, ahora en que la vida parece acabarse, al irse estrechando sus paredes.

—Ahora más que nunca, necesito a Uccello —exclamó repentinamente, enfurecido. Tiró el cigarrillo por encima de la barandilla y lo estuvo mirando mientras resbalaba por el plano inclinado del tejado, hasta detenerse en la hendidura de una teja rota. La débil lumbre roja titilaba todavía bajo la pálida luz.

La puerta del piso se abrió de pronto, golpeando contra la pared. Adriana y Mercer se volvieron asustados.

Spadoni, revólver en mano, cruzó velozmente la habitación y se acercó a la ventana. Detrás de él, iban dos policías llevando fusiles cortos.

Con las piernas abiertas, Spadoni se detuvo en la ventana, y su cabello desordenado le cayó sobre las orejas.

—Póngase a un lado, signorina. —Hizo un movimiento brusco con el arma, y Adriana se apartó de Mercer.

Ambos hombres quedaron frente a frente.

—Tuvo mucha suerte, *signore*, de que un *carabiniere* le reconociese en la calle. De haber sucedido con cualquier otra persona, los resultados hubiesen sido profundamente desagradables para usted. Levante las manos por encima de la cabeza y estése quieto.

Mercer hizo lo que le ordenaba el policía y dijo, torpemente:

—En el bolsillo derecho, llevo un revólver.

Spadoni hizo una seña a uno de sus acompañantes, y éste lo registró, regresando con el arma indicada.

—Ha hecho muy bien en no tratar de utilizarlo —dijo Spadoni secamente.

—No estaba destinado para usted —arguyó Mercer, dejando caer los brazos.

—Está bien —el hombre se acercó a la ventana—. Ahora vamos a irnos.

Hay una góndola que nos está esperando frente a la puerta de esta casa. Tiene usted que atravesar un trozo de calle, *signore*. Procure no llamar la atención, pues de lo contrario no puedo garantizar su vida.

—Antes de irnos —expuso Mercer observando a Adriana— recuerde que me prometió creer lo que yo le dije, si conseguía apoderarme de Uccello. Me dijo que creería mi relato y que se atrevería con el Conde Boria. ¿No es cierto?

—Lo recuerdo, *signore*.

—Pues bien, ahora está muy cerca de nosotros. Puedo llevarlos adonde se encuentra.

Vió que Adriana se llevaba las manos al pecho y una ráfaga de espanto cruzó su rostro. Eso le hizo comprender que estaba en lo cierto.

Spadoni pareció vacilar, pero Mercer insistió:

—Si no lo hace ahora, jamás se le volverá a presentar la ocasión. Puede venir detrás de mí con el revólver apoyado en mi espalda...

Spadoni guardó silencio un instante. Tenía un dedo en los labios y mordisqueaba la uña. En seguida, accedió:

—*Bene*. Pero a la primera señal de... —y mostró el arma con gesto significativo.

—Allá, en aquella buhardilla. —Mercer apuntaba al fondo del tejado y comenzó a saltar por sobre la barandilla de la ventana. Los dos policías lo mantuvieron a cubierto con sus fusiles, en tanto que Spadoni hacía lo propio, y luego todos se pusieron en marcha.

Sosteniéndose con una mano, Mercer bajaba por el tejado, sintiendo los trozos quebrados al resbalar bajo sus pies. Al llegar a uno de los canalones, se detuvo para esperar a Spadoni. Con el revólver apoyado en su espalda, Mercer comenzó a subir hacia la buhardilla. Oía la respiración de Spadoni que le iba pisando los talones y las pisadas de los otros dos hombres sobre las tejas. Aún tenía presente la cara de Adriana mientras lo miraba saltar por la ventana. Era un rostro lívido y triste...

La ventana de la buhardilla se hallaba abierta y la habitación a oscuras, a excepción de una luz tenue que escapaba por debajo de una puerta.

Spadoni detuvo a Mercer sujetándolo por un hombro, empujándolo hacia atrás. Uno de los policías lo agarró de un brazo y Spadoni subió primero. Mercer lo siguió.

En silencio, llegaron hasta la puerta buscando el camino por entre algunos muebles y cajones amontonados. Spadoni llevó una mano al tirador y abrió la puerta repentinamente. Llevaba el revólver preparado. Mercer iba junto a él.

Era una habitación alargada, cortada a un lado por tres ventanas que dividían el espacio simétricamente y daban a la Plaza de San Marcos. Las luces de los cafés y los reflectores de los arcos esparcidos por toda la balaustrada de la cornisa sobre la plaza, penetraban por las ventanas y esparcían en la estancia una luminosidad fría y extraña. Aquello olía a polvo y a humo de tabaco. De las paredes pendían espejos y cuadros, algunos de éstos cubiertos con telas blancas. Un montón de sillas formaba una pirámide en una esquina del cuarto y todo el piso se hallaba repleto de sillas, mesas, armarios y otras piezas de mobiliario. Del techo, como murciélagos gigantes, colgaban unas cuantas lámparas cubiertas de tela, y cerca de la puerta había una figura de Perseo, en yeso, sosteniendo la cabeza de Medusa.

Al fondo de la habitación, cerca de la ventana, un hombre se hallaba acostado en una cama. Una lamparita para leer, esparcía su luz rojiza sobre el lecho, y los pliegues de la colcha estaban cubiertos por sombras de color corinto. Cuando entraron y se detuvieron, el hombre se sentó, forzando el cuerpo para verlos. Él libro que estaba leyendo resbaló hasta caer al suelo, y del cigarrillo que tenía en la mano ascendía una espiral de humo. Llevaba camisa blanca y pantalones oscuros.

—¡Cassana...!

Mercer oyó la voz de Spadoni; sabía que había encargado a Cassana que lo vigilase, pero se quedó muy sorprendido. Cassana... ¿De manera que ese era el hombre? Y su sorpresa fué disipándose lentamente, porque comenzaba a comprender muchas cosas. Martellore, Paolo Cerva, Cassana, ladrón, genio, guerrillero, traidor, héroe... y asesino. Todo esto y más... Una naturaleza atractiva, audaz, maleable, que estuvo a punto de acabar con él y que había conseguido mantenerse ligada a Adriana. Sí, ahora lo comprendía todo, este era el hombre que podía atraer a una mujer. Se volvió rápido a Spadoni.

—Este no es Cassana. ¡Es Uccello!

Cassana se sentó en el borde de la cama y se quedó mirándolos con curiosidad.

—¿Qué es todo esto, jefe? —preguntó, y en su voz no se apreciaba señal alguna de temor.

—¿Qué hace usted aquí, Cassana? Yo lo suponía en Turín.

—He regresado esta tarde —repuso el aludido encogiéndose de hombros—. Era una falsa alarma.

—¿Quieren saber lo que hace aquí? —La voz de Mercer era dura, y mientras hablaba, se dirigió a una mesa baja que había no lejos de la cama y sobre la que había una maleta.

—Este es el inglés que asesinó a Nervi —gritó Cassana, levantándose—. ¿Qué está...?

Spadoni lo detuvo haciendo un movimiento con la mano libre.

—No se preocupe —manifestó—. Dice que usted es Gian Uccello. Dígame, ¿qué hace aquí?

—Conozco al encargado de todo esto. He venido a pasar la noche con él. Salió a buscar algo para beber. ¿Uccello? —se echó a reír y sacudió la cabeza, confundido.

—¡Sí, Uccello! —gritó furioso Mercer. Acababa de levantar la tapa de la maleta. Cassana apretó los labios con fuerza—. No se deje engañar, Spadoni. No hay ningún encargado aquí. Ha venido a esconderse hasta que pueda abandonar el país. Mire..., un pasaporte extendido a otro nombre, pero con su fotografía, un retrato de Adriana Medova y los pasajes para el barco *Segovia* que está anclado junto al *Danielli*... —A medida que iba hablando, arrojaba las cosas sobre la cama; los objetos que acababa de enumerar para que los viera Spadoni.

—Espere, voy a ver eso... —El policía adelantó un paso, con los cinco sentidos despiertos y la voz áspera.

—Ese es Uccello. ¡Ese es el hombre que asesinó a Nervi! —repitió Mercer dejando caer la tapa de la maleta, y al decir esas palabras comprendió por la cara de Cassana que ya se daba cuenta de que no tenía salvación.

—¡Cuidado! —gritó de repente uno de los *carabinieri*.

Uccello había saltado de la cama y corrido hasta la mesita. Mercer fué empujado a un lado cuando Spadoni, tirando el pasaporte, se echó adelante. Toda la habitación

repercutió atronadoramente con el estampido de un disparo hecho por Uccello. La bala rozó la muñeca de Spadoni y le obligó a soltar el revólver y hacer una violenta contracción con el brazo.

Uccello dió media vuelta y de un manotón tiró la lamparita que había sobre la mesilla, destrozándola contra el suelo. La llamarada de un disparo de fusil rozó la cara de Mercer, cuando uno de los policías disparó. Se escuchó un estruendo de cristales rotos en el momento en que Uccello se lanzó sobre la ventana para huir.

Mercer recogió del suelo el revólver de Spadoni y echó a correr tras el fugitivo. Cruzó por la ventana destrozada antes que los otros y se encontró de pie en el amplio espacio parapetado que rodeaba toda la fachada del edificio frente a la plaza. Vió la camisa blanca de Uccello que se movía delante y corrió en su seguimiento.

Aquél, llegó al ángulo superior del pasillo y se volvió. Mercer, dejóse caer de lado y una piedra saliente del muro le golpeó en la cadera. La bala le pasó rozando, pegó contra un tejadillo y fué a rebotar a lo lejos. Levantóse en seguida, y por un instante alcanzó a divisar unos puntos blancos que eran las caras de quienes, desde la plaza, observaban la escena. Vió también, como una ráfaga, el brillo de las mesas de colores diversos y la gran extensión de luces que parecían fundirse y girar ante su vista. Luego, con un estruendo de batir de alas, las palomas alzaron vuelo desde el pavimento de la plaza, pasaron por encima de su cabeza y se alejaron produciendo un extraordinario zumbido.

Oyó que los otros gritaban a su espalda, cuando dió vuelta al ángulo más alejado. Uccello seguía adelante corriendo por toda la parte superior que daba a la plaza, cuando lo vió tropezar con una tubería de plomo y caer encima. Oyó distintamente el ruido que produjo en su caída.

Continuó la persecución, sin preocuparse de las piedras que de continuo le caían encima. Oía el golpear seco de sus pies sobre el pasillo con la atención fija tan sólo en aquella figura de camisa blanca que caía y se levantaba ante él. Se daba también cuenta del gentío que, abajo en la plaza, se agitaba y lanzaba gritos, voces coléricas que iban a perderse en la palidez lunar de la noche. La orquesta del Florián tocaba una musiquilla que parecía una burla a sus esfuerzos por alcanzar al fugitivo. Lo vió detenerse junto a una pared con algunas ventanas y lanzarse violentamente contra el marco de una de ellas, en busca de un camino para descender del tejado. Siguió golpeando la ventana hasta que Mercer estuvo a poca distancia suya; entonces, echó de nuevo a correr, y por algunos instantes, se perdió entre las negras sombras del *Campanile*.

Mercer se adentró también por el espacio sombreado y fué a salir a la radiante luz que proyectaba la fachada de la Basílica de San Marcos sobre aquel sitio y el Palacio Ducal. Saltando los obstáculos que se erguían en el pasillo, y algunas paredes bajas entre los tejados, vió un poco más allá de Uccello la negra extensión de la Gran Laguna, y emergiendo de ella, la masa blanca e iluminada del barco anclado en el canal. Ahora, Uccello ya no podía seguir adelante. Habían corrido alrededor de toda

la amplia plaza y se encontraban en el tramo corto que iba a finalizar precisamente encima del muelle. Cortando a través de la hilera de tejados superpuestos, se levantaba un muro como de unos tres metros de altura, y más allá, principiaba un plano inclinado peligrosísimo que iba a dar, desde una altura enorme, sobre las mesas de uno de los cafés de la plaza.

Vió que Uccello intentaba subirse al muro y saltar al otro lado. El hombre se volvió y se mantuvo a la expectativa. Cuando Mercer se le acercaba, levantó el brazo armado y le disparó dos veces consecutivas.

El primer tiro arrancó algunos trozos de yeso de la cornisa del tejadillo. El segundo, fué a dar contra las tejas que estaban a la izquierda de Mercer y las esquirlas de las tejas le golpearon punzantes las manos y las mejillas, pero siguió, furioso y deseando apoderarse de Uccello. Al llegar a la balaustrada, el fugitivo se volvió nuevamente e hizo un disparo más. La bala le atravesó un hombro y lo hizo caer.

Tambaleándose, Mercer se arrojó hacia adelante y agarróse a una de las piernas de Uccello. Un pie vino a aplastarse contra su cuello y cayó de espaldas arrastrando consigo al otro. Cayeron revueltos en el canalón de desagüe y rodaron por él sofocados, retorciéndose, en una lucha frenética que era una confusión de brazos y piernas dando y recibiendo golpes, una lucha a muerte. Dos manos delgadas lo atenazaron por el cuello y sintió que sus pulmones se ahogaban por falta de aire. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, abofeteó el rostro que tenía encima del suyo y un dolor agudísimo le corrió por el hombro herido. Los dedos se cerraban alrededor de su cuello y sintió junto a su rostro la respiración jadeante de Uccello. Sacando fuerzas de su agonía, encogió una pierna y hundió la rodilla en el pecho de su antagonista.

Cayó aquél rodando; seguidamente, se puso de pie tambaleándose y comprimiendo con ambas manos el dolor que sentía en el pecho. Mercer lo vió al tratar de saltar el parapeto, como una figura negra destacando en el cielo iluminado. Vió los brazos levantados como en súplica incierta, cuando el hombre alcanzaba la parte más alta del muro. Al tratar de seguirlo, oyó el silbido de una bala y un golpe seco. Los brazos del hombre se abrieron en un esfuerzo salvaje por mantener el equilibrio. Seguidamente, Uccello desapareció en el vacío. Un *carabiniere* pasó corriendo junto a Mercer, todavía llevaba la carabina levantada y fué a asomarse por la balaustrada.

Parecióle que había pasado un siglo cuando también él se inclinó para mirar hacia abajo. Un círculo de *carabinieri* contenía a la muchedumbre. Una docena de mesas del café se hallaban vacías. Desde arriba, sólo eran discos rojos y amarillos destacando en el pavimento. Una de esas mesas estaba rota y torcida. No muy lejos de ella, yacía el cuerpo de un hombre que vestía camisa blanca y pantalones oscuros. Era una contorsión siniestra, brazos y piernas sueltos, adoptando una forma macabra. Un *carabiniere* llegó junto al cuerpo, y por un momento no supo qué hacer. En seguida, levantó la cabeza, y Spadoni, que permanecía al lado de Mercer, le vió hacer

un gesto de negación al tiempo que señalaba el cadáver. Un camarero salió de la arcada y Mercer vió que cubría al muerto con una tela oscura.

Trató de apartarse de aquel sitio, pero al moverse, se tambaleó. Spadoni lo sostuvo con una mano, diciéndole:

—Tenemos que buscar inmediatamente alguien que le cure su herida, *signore*.

—Hay otras muchas cosas por hacer, todavía...

Spadoni movió la cabeza asintiendo y exclamó:

—Se harán, *signore*, se harán. Gracias a Dios, aún es tiempo...

Mercer se apartó del policía. Un poco más allá de Spadoni, con la espalda apoyada en la balaustrada, se hallaba Adriana de pie. Mercer se le fué acercando lentamente. Estaba pálida, inmóvil, con la vista perdida en el horizonte y los ojos sombreados por un gesto de desesperación. Él comprendió que en este momento no podría hacer nada que le sirviera de consuelo o de lenitivo en su dolor inmenso. Extendió un brazo y la tocó. Ella se movió como una sonámbula, apartándose de él. Pisaba por los bordes de piedra con el cuidado y la abstracción del que camina por los tenebrosos y oscuros corredores de una pesadilla. Mercer la siguió. Los movimientos de su cuerpo repercutían en los músculos rotos de su hombro, produciéndole dolores agudísimos. A su derecha, los caballos dorados de la Basílica de San Marcos alzaban sus cascos en ademán de desafío al cielo. El murmullo de la muchedumbre había decrecido. Y en medio de su propio dolor, Mercer sintió que una nueva esperanza nacía allá en su interior.

FIN

Victor Canning

Nacido en Plymouth, Inglaterra, en 1911, Víctor Canning es uno de los más famosos autores de obras de misterio, no sólo en aquel país, sino también en toda Europa. Publicó su primera novela en 1934 y desde entonces su producción literaria ha sido cuantiosa. Entre sus últimas novelas figuran: *TERROR EN VENECIA* (*Venetian Bird*) *Panthers Moon* y *The Golden Salamander*. Estas dos fueron llevadas con gran éxito a la pantalla.

Durante la Guerra, Víctor Canning sirvió en la Artillería Real, en África del Norte, Italia y Austria, y hacia el final de la contienda, desempeñó una misión especial con un grupo combinado anglo-americano, en Italia, país que conoce entrañablemente en todos sus aspectos, cual destaca de las vibrantes páginas de *TERROR EN VENECIA*.

Está casado, tiene dos hijas, vive en Kent, Inglaterra, y está enteramente dedicado a escribir novelas.

ESTA OBRA SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EN LOS TALLERES
DE GRÁFICA IMPRESORA ME-
XICANA, S.A., CLAVE 150,
MÉXICO, D.F., EN EL MES
DE DICIEMBRE DE 1953



NOVELAS

Laberinto

LAS MEJORES OBRAS
POLICIACAS Y DE MISTERIO



VICTOR CANNING (Plymouth, Inglaterra, 16 de junio de 1911 - Cirencester, Inglaterra, 21 de febrero de 1986), fue un prolífico escritor inglés de novelas de suspense, muy conocido a mediados del siglo xx gracias a sus novelas de intriga y misterio, muchas de las cuales fueron llevadas al cine y a la televisión con guiones del propio Canning, destacando «La trama», dirigida por Alfred Hitchcock.

Su personaje más conocido fue el detective Rex Carver. En 1972 logró el CWA Silver Dagger por «The Rainbird Pattern».

OBRAS

- *Mr. Finchley Discovers his England* (1934).
- *Polycarp's Progress* (1935).
- *Fly Away Paul* (1936).
- *Two Men Fought* (1936), writing as Alan Gould.
- *Everyman's England* (1936), illustrations by Leslie Stead.
- *Matthew Silverman* (1937).
- *Mercy Lane* (1937), writing as Alan Gould.
- *Mr. Finchley Goes to Paris* (1938).
- *Sanctuary from the Dragon* (1938), writing as Alan Gould.
- *The Wooden Angel* (1938), writing as Julian Forest.
- *Fountain Inn* (1939).
- *Every Creature of God is Good* (1939), writing as Alan Gould.
- *The Viaduct* (1939), writing as Alan Gould.

- *Mr. Finchley Takes the Road* (1940).
- *Atlantic Company* (1940), writing as Alan Gould.
- *Beggar's Bush* (1940), stage play produced in Harrogate.
- *Green Battlefield* (1943).
- *The Chasm* (1947).
- *Panther's Moon* (1948) US *Hunter's Moon* – filmed in 1950 as *Spy Hunt*.
- *The Golden Salamander* (1949) – filmed in 1950.
- *A Forest of Eyes* (1950).
- *Venetian Bird* (1950) US *Bird of Prey* – filmed in 1952.
- *House of the Seven Flies* (1952) US *House of the Seven Hawks* – filmed in 1959.
- *The Man from the Turkish Slave* (1954).
- *Castle Minerva* (1954) US *A Handful of Silver* – filmed in 1964 as *Masquerade*.
- *His Bones are Coral* (1955) US *Twist of the Knife* – filmed in 1970 as *Shark!*
- *The Hidden Face* (1956) US *Burden of Proof*.
- *The Manasco Road* (1957) US *The Forbidden Road*.
- *The Dragon Tree* (1958) US *The Captives of Mora Island*.
- *Young Man on a Bicycle* (1958) – collection of novellas – US *Oasis Nine*.
- *The Burning Eye* (1960).
- *A Delivery of Furies* (1961).
- *Black Flamingo* (1962).
- *Delay on Turtle* (1962) – collection of novellas.
- *The Limbo Line* (1963) – filmed in 1968.
- *The Scorpio Letters* (1964) – filmed in 1966.
- *The Whip Hand* (1965) – the first Rex Carver book.
- *Doubled in Diamonds* (1966) – the second Rex Carver book.
- *The Python Project* (1967) – the third Rex Carver book.
- *The Melting Man* (1968) – the fourth Rex Carver book.
- *Queen's Pawn* (1969).
- *The Great Affair* (1970).
- *Firecrest* (1971).
- *The Rainbird Pattern* (1972) – filmed in 1976.
- *The Runaways* (1972) (part 1 of the Smiler trilogy).
- *The Finger of Saturn* (1973).
- *Flight of the grey goose* (1973) (part 2 of the Smiler trilogy).
- *The Kingsford Mark* (1975).
- *The Doomsday Carrier* (1976).
- *The Crimson Chalice* (1976) (part 1 of the Arthurian trilogy).
- *The Circle of the Gods* (1977) (part 2 of the Arthurian trilogy).
- *The Immortal Wound* (1978) (part 3 of the Arthurian trilogy).

- *Birdcage* (1978).
- *The Satan Sampler* (1979).
- *Fall From Grace* (1980).
- *The Boy on Platform One* (1981).
- *Vanishing Point* (1982).
- *Raven's Wind* (1983).
- *Birds of a Feather* (novel) (1985).
- *Table Number Seven* (1987) – completed by his wife and sister.
- *Comedies and Whimsies* (2007) – collection of short stories.
- *The Minerva Club, The Department of Patterns and Dr. Kang* (2009) – collection of short stories.

Notas

[1] “Correo de la Tarde”. <<

[2] Mañana. <<

[3] Placita. <<

[4] Buenos días, señor. <<

[5] Señorita <<

[6] Querida señorita. <<

[7] Director de la Oficina de Extranjeros. <<

[8] Su pasaporte, o el pasaporte de usted. <<

[9] ¿Y su permiso de estancia en Italia? <<

[10] Servicio francés de espionaje y contraespionaje. <<

[11] ¿Quién es? <<

[12] Querida. <<

[13] Un momento, señor. ¡Ah, está bien! Muy bien. <<

[14] Buenas tardes, señor. <<

[15] Mingitorio público, en francés. <<

[16] Nosotros, italianos, estemos dispuestos. <<

[17] Municipio de Mirave. <<

[18] Doscintas diez liras. Gracias, señor. <<

[19] Buenas tardes, señor. <<

[20] Tudescos, alemanes. <<

[21] El campanario. <<

[22] Ovrá: policía secreta al servicio del fascismo italiano <<

[23] Buenas noches a todos. He venido solo por cinco minutos. ¿Qué quieren hacer esta noche? ¿Jugar, bailar o cantar? <<

[24] ¿La Condesa prefiere bailar? Pues bien... <<

[25] Confiad que el tiempo y los liados adversos, y esta roca que yo anhelo pasar... <<

[26] Amor, en las sombras del infierno, seguiremos inmortales, omnipotentes... <<

[27] ¡Adiós, Mario! ¡Adiós, Ninelta! ¡Adiós!... ¡Adiós! <<

[28] Hospedería, posada, casa de Huéspedes. <<

[29] Democracia Cristiana... ¡Hombres!... Partido Comunista... trabajadores italianos. <<

[30] Querida mía. <<

[31] He venido a decirle adiós, señor. <<

[32] Adiós, señor, y buen viaje. <<

[33] Uno de los principales mercados de París, donde se congregan muchos vagabundos y pordioseros. <<

[34] San Eduardo el de las Cien Mil Liras. <<

[35] Palomita mía. <<

[36] Está bien, Carlos. Al regreso dejaremos aquí la barca. <<

[37] Cristo fué el primer comunista. ¿Por qué los sacerdotes han defendido siempre a los patronos? <<

[38] Hombre casado, pájaro enjaulado. <<

[39] Señores y señoras. Tengan la bondad de seguirme. <<

[40] Para hacer un trabajo como ése, es necesario tener un poco de Dios dentro de uno.
<<

[41] Famoso cementerio Je París, donde están enterradas muchas personas célebres.

<<

[42] Alemanes. <<

[43] En francés: “Al contrario”. <<

[44] Adiós. <<

[45] Da vueltas, da vueltas, redondo, el pan bajo el horno. <<

[46] Buenos días, patrón. <<

[47] ¿Qué cosa hay dentro, patrón? <<

[48] Salchichón. <<

[49] El buen viejo Walham Green. E. C. H. junio 43. Puedes sobornar a todo el mundo, excepto a las chinches. Paul Klein, p. f. c. A Scragger, si es que viene por este camino... te veré en la "Chanclos Arms" dentro de un año a contar desde esta fecha, si es que todavía existe. Tim. <<

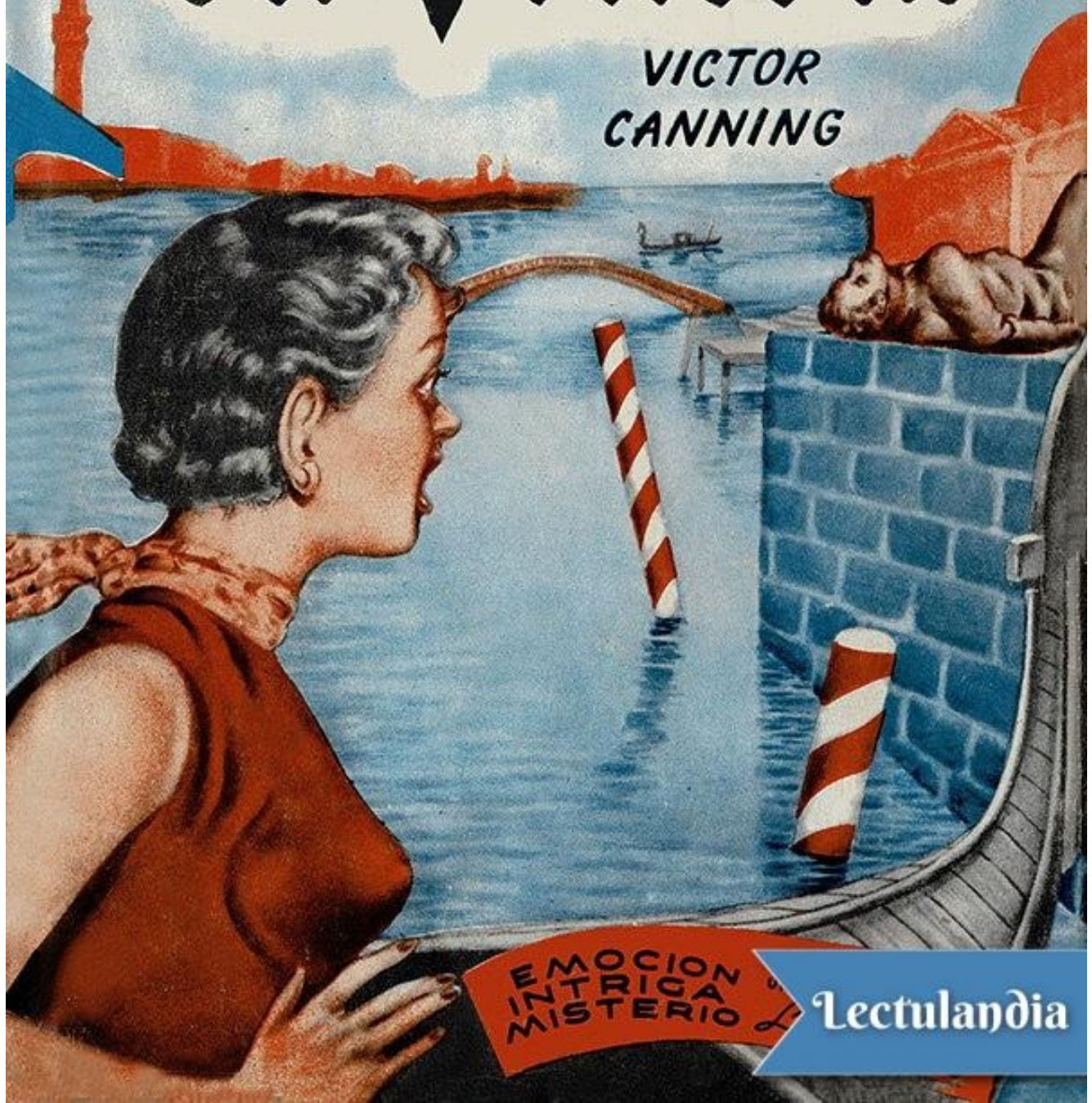
[50] ¡Pobre Italia! <<

[51] Pista de baile. <<

se

Terror en Venecia

VICTOR
CANNING



EMOCION
INTRIGA
MISTERIO

Lectulandia

